

432

# CONFERENCIAS

DEDICADAS Á LAS

**Religiosas de Vida Activa en General  
y á las Hijas de Don Bosco  
en particular**

POR EL

**Ilmo. Sr. Don Santiago Costamagna**

Obispo titular de Colonia

y Vicario apostólico de Méndez y Buglaquiza (Ecuador)

EDICIÓN 3.<sup>a</sup> CORREGIDA Y AUMENTADA POR SU AUTOR



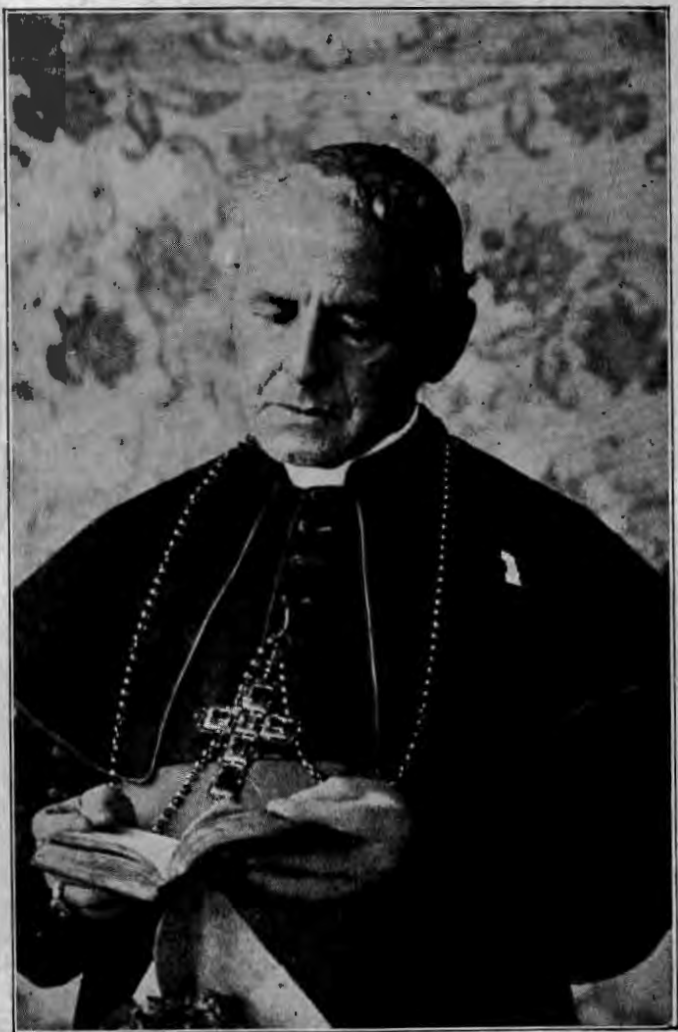
SARRIÀ—BARCELONA

ESCUELA TIPOGRÁFICA Y LIBRERÍA SALESIANA

1910

ES PROPIEDAD

---



*Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna*  
*Obispo titular de Colonia*  
*y Vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza (Ecuador)*

---

## DOS PALABRAS DEL EDITOR

---

Aunque dirigidas por el ilustrísimo autor especialmente á las Hijas de María Auxiliadora, son tambien útiles estas conferencias, no sólo á las demás religiosas de vida activa sino á los fieles en general por muchas de las materias que contienen y por el modo de exponerlas.

Trata el Ilmo. Sr. Costamagna con mucha claridad y piadosa unción los puntos principales de la vida de perfección y las enseñanzas contenidas en dichas Conferencias están todas impregnadas de aquel espíritu práctico, que necesitan las personas del sexo débil en sus relaciones sociales, si en todo quieren conducirse como hijas de Jesucristo; y la prueba nos la dan los títulos de algunas materias: *Buena educación—Trabajo y estudio—La Recreación—Amor propio—Amor sensible—Prudencia—Buen ejemplo—Tristeza y Alegría, etc.*

Cónforme siempre el Ilustrísimo Autor con los principios pedagógicos de don Bosco; conocedor experimentado del corazón humano, para saber apreciar la instrucción y educación que debe darse á las niñas, materias en que tanto yerro voluntario comete la Pedagogía moderna, que prescinde de Dios para con lo sociedad; el escritor ha comenzado desde un punto más elevado, según el aforismo filosófico: *qui est causa causæ est causa causati*; pues nadie duda que la cabeza tiene influencia en los demás miembros del cuerpo, y, por lo mismo, según las enseñanzas que hayan modela-

do el alma y el corazón de la niña del colegio, será la mujer en su triple aspecto cuando ejerza sus funciones en medio de la sociedad. El libro del Prelado Salesiano instruye, educa, convence y siembra en las niñas, semillas de bien, que más tarde, quizá en día no lejano, producirán frutos de bendición.

Porque bien puede afirmarse que la educación de la mujer es aún más necesaria que la del hombre, ya que no se pueden imaginar reyes como San Luis sin madres como Doña Blanca, ni Crisóstomos sin Antusas, ni Gregorios sin Nonas, ni Agustines sin Mónicas; ni se amansan los Longobardos sin Teodolindas, ni reciben el bautismo fieros Sicambros sin Clotildes, ni se salvan ciudades como París sin Genovevas.

Todo lo dicho basta para medir cuánta sea la utilidad que se obtiene con la lectura de estas Conferencias, y cuán grande sea el mérito, que la difusión de la obrita tendrá delante de Dios y de los hombres, que trabajan por las mejoras sociales. ¡Cuántos bienes sacarían las buenas maestras para sí mismas y para las alumnas que dirigen, si tuvieran delante este librito.

Decíanos el Antor, que hasta de los rincones del Chubut le llegaban peticiones de que escribiera algo encaminado al provecho espiritual de las religiosas y sus educandas; y el presente trabajo es el resultado de las súplicas de muchas personas piadosas.

Dirigiéndonos más especialmente á las Hijas de María Auxiliadora, parécenos oportuno aplicarles estas palabras del Autor de la Imitación: «Leed estas Conferencias con el mismo espíritu con que fueron escritas; es decir, con espíritu de caridad de padre y con no pequeño trabajo; corresponded á estos dos motivos grandes, leyendo, volviendo á leer y meditando sus palabras, para que no ocurra

la anomalía de que seáis vosotras las menos aprovechadas ó las últimas; tened presente que vuestra Madre María conservaba dentro de sí misma, todas las cosas de Jesús, meditándolas en el corazón (*Luc. 11, 19*); hacedlo vosotras del mismo modo, dando á Dios gracias por el bien grande que os proporciona; exclamad con Bossuet: "He aquí mi patrimonio;" y estimad el don que Monseñor os hace de la manera que lo harían las Hijas de la Visitación, si San Francisco de Sales les regalara su Filotea.

Y para que saquéis fruto de estos avisos de vuestro Padre Superior como le llamasteis en un tiempo, tened presentes aquellas palabras de la Imitación: "En el día del Juicio no se os preguntará qué habéis leído, sino qué habéis *hecho*," y que ahora la intención del Autor, no es otra sino la del Apóstol Santiago en su *Canónica* (1, 22) cuando para la palabra de Dios no quería *auditores tantum sed factores verbi*, que, á saber, la escuchasen y la pusieran en práctica.

A LAS  
HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA  
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

México, mayo 24 de 1909

Mis buenas Hermanas:

Os presento reunidas en un solo libro aquellas breves Conferencias que el año del Señor de 1894, como si presintiese mi próxima y dolorosa partida de la cara inspectoría argentina, os mandaba en forma de cartas.

Os las presento en compañía de otras, que fuí obligado á escribir por las repetidas instancias de vuestras Hermanas de Italia, de España, del Uruguay, del Brasil, del Perú, de Méjico, del Salvador, de Chile y de la Tierra del Fuego.

¡Dios quiera que sean de gran ventaja espiritual para vosotras y para todas vuestras Hermanas presentes y futuras, á quienes especialmente las dedico! Así lo espero.

Vosotras sois las afortunadas hijas de María Santísima Auxiliadora, Madre del amor hermoso. En cada casa ó colegio vuestro le debéis erigir un monumento de amor santo, puesto que las hijas deben asemejarse á la propia madre. ¡Quiera Dios que estas conferencias contribuyan cual pequeño grano de oro celestial, para levantar este precioso monumento!

Vosotras sois aún siempre las amadas hijas del inmortal D. Bosco, de aquel que fué por antonomasia

el apóstol de la juventud en el siglo pasado. Quiero esperar que estas conferencias, bendecidas por Dios, acertarán á excitar en vosotras el mismo celo, que devoraba el corazón de nuestro Venerable Padre por la salvación de los pobres niños del pueblo.

No dudo que vuestra piedad me querrá compensar esta pequeña fatigá, rogando y haciendo rogar por mi alma ahora y después de mi muerte.—¡Así sea!

De todo corazón os bendice en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, aquel que por el espacio de diez y siete años habéis llamado con el nombre de

vuestro padre Superior

† Santiago

OBISPO TIT. DE COLONIA

---



# PARTE PRIMERA

---

## Lo que debe practicar y lo que debe evitar la Religiosa

### CONFERENCIA I

LA PERFECCIÓN RELIGIOSA  
POR MEDIO DE MARÍA SANTÍSIMA

Sed, pues, perfectos, así como  
vuestro padre celestial es perfec-  
to. (M. V, 48).

I.—Juana, hija de Altonso V rey de Portugal, princesa tan distinguida por su virtud, como notable por su hermosura y brillante educación, era pretendida por los príncipes más ilustres de la tierra. Como su padre la estrechara á enlazarse con algunos de tantos pretendientes, ella humilde, pero francamente, así le contestó: «Recorriendo hoy los nombres de los ilustres príncipes, que solicitan mi mano, he preguntado en espíritu á cada uno de ellos si nunca, nunca afligirían mi corazón. Y he aquí la respuesta que cada uno me dió: —«Todo el tiempo de mi vida haré lo que de mí dependa para no contristarte; pero mi muerte arrancará lágrimas amargas á tus ojos, y hará que tu corazón sufra cruelmente».

Al oír esta pregunta se me presentó un Esposo encantador, que me dijo: «¡Noble virgen, sé muy prudente en tu elección! Yo también te ofrezco mi mano; de ella dependen todos los reinos; ella es la que distribuye las coronas á los príncipes de la tierra. Sólo conmigo podrás hacer un desposorio eterno, que jamás la muerte podrá deshacer; porque mis tesoros y goces son eternos como Yo!» Ahora bien, padre mío, ¿á cuál de estos esposos debe elegir vuestra hija? ¡Sin duda vos queréis que sea eternamente feliz!..

Alfonso, derramando un mar de lágrimas, le contestó: «¡Oh Juana, oh hija mía, objeto el más querido de mi corazón, elige sin más ni más á este último pretendiente; toma por Esposo á ese Rey, que no muere, sino que vive eternamente, y te reserva tesoros y goces eternos!»

Juana siguió el consejo de su buen padre; abandonó el mundo y llegó á ser feliz esposa del Esposo eterno. (*Ex scala caeli* P. REIRE).

II.—La dicha inefable, que cupo en suerte á esta santa princesa, tocó también á vosotras, mis buenas hermanas. El mismo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores (*I, Tim. vi, 15*), paseando su mirada sobre toda la redondez de la tierra, ha elegido á cada una de vosotras de entre diez y seis mil niñas, según cálculos aproximativos hechos por personas competentes; y se ha dignado desposarse con vosotras mediante la fe (*Os. II, 20*); os ha puesto un anillo en el dedo (*Luc. xv, 22*); os ha conducido á una tierra que mana leche y

miel (*Jerem.* II, 5); es decir á la Casa religiosa que es su misma Casa, y ciudad de vuestra fortaleza, en cuyo derredor vuestro Esposo, el Salvador, se ha puesto por muro y baluarte, por defensa y parapeto (*Isai.* XXVI, 1); y la quiso ornar y enriquecer con una viña escogida, que El plantó de su propia mano (*Jerem.* II, 21); de sarmientos selectos para dar frutos: estos sarmientos son vuestros santos Fundadores; y la cercó de vallado (*Matt.* XXI, 33), la santa Regla y la vigilancia paterna y asidua de los Superiores - ; y la despedregó (*Isai.* V, 2), á saber, le quitó los tropiezos é incentivos al mal, que á cada paso hállanse en el mundo; é hizo en ella un lagar (*Isai. ibid.*) que es el santo Sagrario, de donde brota á raudales el Vino del Amor Santo; y edificó una torre (*Matt.* XXI, 33), la protección especial de María Santísima, Superiora nata que es de todas las Casas religiosas.

Razón sobrada tenéis, mis buenas religiosas, de exclamar á menudo con el Real Salmista. «¡Cuán amables son tns tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo; pues el pájaro halló casa para sí, y la tórtola encontró su nido. ¡Bienaventurados, Señor, son los que moran en tu Casa por los siglos de los siglos te alabarán! Mejor es un día en tu Casa que millares fuera de ella. Escogí estar abatida, ó como se lee en Hebreo: *servir de portera* en la Casa de Dios, más bien que morar mil años en las tiendas de los pecadores».

III.—Subirá de punto vuestro regocijo al meditar cómo Dios os haya conducido á su santa Casa, no sólo para amarle, servirle y glorificarle, sino también para hacerlo amar, servir y glorificar de un sinnúmero de almas, que sin la religiosa educación que les estáis impartiendo, caerían sin duda en los eternos braseros, á maldecir eternamente de todos, hasta del mismo Dios, y de su divina Madre María Santísima... ¿Lo habéis pensado bien, oh religiosas de la vida mixta, que sois nada menos que las ayudantes y las cooperadoras de Dios *in salutem animarum*? ¿No oís la voz del Señor que, cada vez que entra una alumna á vuestros Colegios, os repite al oído del corazón; «Recibe á esta niña y edúcala para mi solo, pues yo te daré tu premio condigno á su tiempo?» (*Exod. II, 9*).

Las Congregaciones, que se dedican á la gran obra de la educación religiosa, más numerosas en esos tiempos tan necesitados que las órdenes contemplativas, son ciertamente un señalado beneficio de la Divina Providencia para la salvación del mundo.

Es la educación religiosa la que forma al hombre, y por ende á las familias y á las naciones; es ella que decide de la suerte de los individuos tanto en el tiempo, como en la eternidad; ella es quien guía por el recto sendero de la virtud, así las familias como los Estados; ella quien proporciona al Santuario dignos Ministros; á los Gobiernos legisladores y magistrados íntegros; á los hogares padres y madres dechados de virtudes, hijos bien

educados; á la religión protectores esforzados; Santos al Cielo.

Habr , quizás; obras de celo de más lustre que la educación de la infancia y de la juventud, pero ninguna más sólida y fructuosa, ni más digna de Dios y de los hombres, que la educación religiosa.

Dejad, pues, que os lo repita,  h venerandas Esposas de Jesús,  h esforzadas cooperadoras de todo un Dios! Entre las personas felices de este mundo sois vosotras de veras las más dichosas!

IV.—Empero todas las inefables señales de predilección divina, arriba indicadas, exigen de vosotras una muy especial correspondencia de amor, un continuo progreso en la senda de la virtud; en una palabra, os exigen   imponen terminantemente la práctica de la perfección religiosa, que todas prometisteis solemnemente, cuando la emisión de vuestros santos votos.

Hasta   los simples cristianos dice el Señor: Sed santos porque santo soy Yo, el Señor vuestro Dios, que os separ  de otros pueblos, para que fueseis míos (*Levit. xx, 22*). Sed, pues, perfectos como vuestro padre celestial es perfecto; (*Matt. v, 48*) es decir, imitad en cuanto os sea posible, la perfección del amor, que vuestro Padre celestial demuestra   cada uno de vosotros y   todas sus criaturas, colm ndolas de bienes en cada momento, sin que detengan sus misericordias la ingratitud y dureza con que le corresponden. Hacedos ahora cargo, mis buenas Herma-

nas, con cuanto más derecho exigirá Dios de vosotras la santidad, ó sea la perfección religiosa habiéndoos tratado cual benjamines, y colmado de sus mas selectos beneficios.—«Yo soy el Señor, os dice, que os he sacado de la tierra de Egipto,—el mundo tan peligroso para ser vuestro solo Dios. (*Levit. ex cap. xxvi*). «Las que vienen á morar en mi Casa, las que pretenden ser esposas de todo un Dios, han de caminar siempre hacia adelante, de virtud en virtud». (*Os. 83*). «Quiero que suban de día en día por la senda de la santidad: *Ascensiones in eis disposui, (ex eod.)*»  
 «¡Ay de ti, oh religiosa tibia, que gozas fama de santa, y para mí estás como muerta! *Nomen habes quod vivas, et mortua es. (Ex Apoc. III, 2)*. ¡Ay de la higuera infructuosa en la cual no hallé sino hojas! Habrá que cortarla y echarla al fuego; (*Matt. XXI, 19*). ¡Ay de las vírgenes necias, que al tomar sus lámparas, no se provayeron de aceite; y como el Esposo tardase en venir, se adormecieron todas en el sendero de la perfección, y al fin se quedaron dormidas en el pecado! (*Matt. xxv, 30*). En verdad os digo que tanto á aquéllas como á otras que desgraciadamente las imitaren, yo me veré obligado á darles con la puerta del cielo en la cara, repitiéndoles el terrible: *Nescio vos*. ¡Ah, Esposas mías, corred por el camino de la perfección! La que ya es justa, que se haga más justa, y la que es santa, procure de hacerse cada día más santa, *qui justus est, justificetur adhuc, et sanctus sanctificetur adhuc. (Apoc. 22, 11)*. No bastan las veleidades de las perezosas, pues,

no sirven sino para dar muerte al espíritu: *desideria occidunt pigrum*. (Prov. 4, 25). Se necesita amor, mucho amor: éste es el que procurará una firmísima voluntad de siempre ir hacia adelante: *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum*. (Os. 118, 32)ᵐ.

V.—Y cuando acaba de intimaros vuestro Divino Esposo, os lo repiten, mis Hermanas, N. S. Madre la Iglesia y sus santos Doctores.

«¡Oh celestial Jerusalén!—exclama la Iglesia en su oficio *de la Dedicación*.—¡Oh beata visión de paz! que toda formada de piedras vivas, te subes hasta los altísimos cielos! Todos tus muros son de piedras preciosas y tus torreones son de puros diamantes: *Lapides pretiosi omnes muri tui et turre Jesusalem gemmis aedificabuntur*. Esas perlas preciosas, esos refulgentes diamantes, son las almas de los celestes comprensores, máxime de los Sacerdotes y de los Religiosos y Religiosas.

Pero, ¿y cómo se han de labrar tales piedras vivas, para que se tornen verdaderamente preciosas y dignas de figurar en la eternal Jerusalén? A fuerza de golpes de cincel en la dura peña de nuestro corazón: *scalpri salubris ictibus*; limpiando y pulimentando el alma mediante esfuerzos continuos, para adquirir la perfección religiosa: *et tunsione plurima*; acrisolando nuestro corazón en el fuego del amor santo, bajo el martillo de la mortificación; *fabri polita malleo*. Sólo así tendremos al fin la dicha de ser verdaderamente *lapi-*

*des pretiosi* dignas de ser colocadas en las alturas del Paraíso: *locatus in fastigium, (ibid).*

Hablen ahora los santos Doctores.—El angélico Santo Tomás después de habernos enseñado que por perfección religiosa no se entiende la santidad heroica, á la que subieron las almas más santas del Paraíso—puesto que una santidad semejante, uno no la alcanza sin ser guiado por el mismo Dios en los prodigiosos senderos de una gracia extraordinaria: ni que tampoco consiste en tener visiones, éxtasis y arrobamientos, en lo cual hay peligro de volverse orgulloso y soberbio: ni mucho menos estriba en esa santidad contrahécha, que hace alarde de mortificaciones exteriores y continuos rigores, indicio claro de hipocresía y vanidad;—después de habernos dicho terminantemente este santo Doctor, que la verdadera perfección religiosa se funda en el cumplimiento de todos los deberes de nuestra santa profesión, añade esta importante doctrina:—El que ha entrado al estado religioso, no está obligado á poseer desde luego la perfección: *non tenetur charitatem habere perfectam*, mas está en el deber de trabajar por conseguirla: *sed tenetur ad hoc tendere et operam dare ut perfectam habeat charitatem. (2.<sup>a</sup> quaest. 184-art. 5.<sup>o</sup>)* El único objeto del estado religioso, añade, es la perfección de la caridad: *Perfectio charitatis est finis status religionis. (ibid. art. 2.<sup>o</sup>)* Es así que la caridad consiste en amar de veras á Dios; luego la perfección de la caridad se compendia sustancialmente en la perfección del amor á Dios: *Cha-*

*ritatem quod est vinculum perfectionis, (ad Colos. 3, 14)*—procurando tender á esta perfección seria y costantemente, evitando con todo empeño lo que á esta perfección se opone, y ejercitándonos siempre más en todo lo que á ella conduce.

El melífluo Doctor San Bernardo, habla de un modo más explícito á las Religiosas:—«Oyeme, Hermana mía, ¿por qué no quieres progresar en la virtud? ¿Quieres ir para atras? *Vis ergo deficere?*—¡No, jamás!—Pues, pretendes lo imposible. *Hoc ergo vis, quod non potes.* Ahí mismo, donde dejares de correr para adelante, ahí comenzará por atrasarte, y, mal que te pese, te alejarás de tu Jesús... ¡Ay! ¡ay! Todos los que de Dios se alejan, inexorablemente perecerán: *Ecce qui se elongant a te, peribunt (Os. 72, 27).* «Así como el que quisiese limpiar bien una cloaca, receptáculo que es de tantas hediondeces, no solamente debería procurar de sacar todas las inmundicias, sino lavarla más y más de arriba abajo, interceptando además todos los canales, por donde pasasen las fétidas heces; así, oh religiosa, no basta haber sacado de tu corazón la horrible fetidez de los pecados graves, que hicieron tu alma abominable á los ojos de Dios, sino que debes tratar además de conservarte siempre bien limpia, evitando hasta la sombra de todo pecado venial deliberado, que directamente impide la perfección de la caridad».

A la verdad, ¿con qué frente se podrá presentar una religiosa á su Divino Esposo para decirle: Jesús mío, te amo, soy toda tuya, si contentándose

con no clavarle en el corazón el puñal maldito del pecado mortal, no reparara después en arrojar fango en su Divino Rostro con repetidos pecados veniales deliberados?

Finalmente, el Doctor máximo, San Jerónimo, dirigiéndose á los religiosos, exclama:—¡Ay de los que no produjeron frutos de santidad! «*Vae illis, eae, qui non produxerunt germina sanctitatis*».

Y escribiendo á su discípula Eustoquia, religiosa:—Esfuérzate, le dice, combate, reuiega de tí misma; pues, tanto más progresarás en la perfección, cuanta mayor violencia te hicieres á tí misma: *tantum profeceris, quantum tibi vim intuleris*. (*Ep. ad Eust.*). Así como los viajeros no reparan en lo que han andada, sino en lo que aun les queda que recorrer, y como los comerciantes no consideran lo que ya han ganado, sino que ansían ganar siempre más y más, del mismo modo no debemos contentarnos nunca con lo que hayamos andado y ganado en el camino de la virtud, sino que hemos de aspirar siempre á dones mayores *emulamini charismata meliora*. (*I Corint. 13, 31*).

VI. No se puede negar que eso de ir adelante, siempre adelante, en el camino de la verdadera perfección religiosa, es cosa no sólo árdua, sino del todo imposible á nuestra naturaleza ignorante, flaca, voluble, mísera y tan proclive al desaliento. ¡Oh con cuánta facilidad una llega á creerse virtuosa, tan sólo porque tiene estima de la virtud, ó bien suele inculcarla á menudo á los otros!

Con eso y todo, el *omnia possum in Eo qui me confortat*, (ad Philip. 4; 13), no fué tan sólo propiedad de San Pablo, sino que lo fué y es de cuantos á imitación de este Apóstol, ponen por obra los abundantes y eficacísimos factores de santificación que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado.

Pasando por alto sobre todos los demás, mentaré aquí uno solo de estos máximos factores, y es *la verdadera devoción á María Santísima*. Dios mismo nos ha grabado la letra inicial mayúscula M en ambas manos, casi diciéndonos: Lee y medita; «María es tu madre, María es tu Maestra y gran Maestra de santidad. Yo la he constituido sobre las naciones y los reinos todos, para que desarraigue y destruya, arrase y disipe cuanto hay de maldad, para en seguida plantar y edificar toda suerte de virtudes. (Jer. 1, 10). Yo he dicho á mi dulcísima Madre, que habite en modo especial en Jacob, es decir, en toda Casa Religiosa; y sea Israel su herencia, y eche raíces en mis elegidos, (Eccl. 24, 13), las raíces de la inmortalidad, ó sea mis dones, que hacen fructificar las virtudes y comunican la santidad».

¿Habéis entendido, Hermanas? María Santísima ha recibido del mismo Dios *la misión especial de formar santos*; de llevarlos á la perfección para que completen el número de elegidos, que han de ir á ocupar los tronos de donde fueron arrojados los espíritus *revolucionarios*.

María ha sido y será siempre la cultivadora de la herencia escogida de Dios, es decir, la maestra

de los santos. Cree la gente mundana que la semilla de éstos ya se perdió. Y no sabe ó no quiere saber, que aún no se ha encogido la mano del Señor; *Non est abbreviata manus Domini.* (Isai. 59, 1). Y que centenares de causas de canonización de almas santas que vivieron en el siglo próximo pasado, se están ventilando actualmente ante la Santa Sede, entre las que santamente nos gloriamos de enumerar la de nuestro Venerable Fundador y Padre Don Juan Bosco, la de su discípulo Domingo Savio, la de su confesor el Venerable Cafasso, y la de su amigo el Venerable Cottolengo.

Ahora bien: la vida de estos santos nos asegura que han sido tales porque María los ha formado, así como formó la pléyade de todos los otros santos del Nuevo Testamento. ¿Por qué, pues, no acudiremos también nosotros á esa divina maestra de perfección y de santidad? ¡Oh! *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae,* (Hebr. 4, 16), y entreguémosle sin más nuestro corazón, tan pobre, tan mal inclinado, á fin de que con sus purísimas manos lo exprima, sacándole toda maldad y reemplazando á ésta con otro tauto de bondad y santidad.

No bien María haya tomado posesión de nuestro corazón, le comunicará su espíritu de humildad tan necesario para adquirir la santidad. Y ¿qué sucederá entonces? Si la superficie de la tierra estuviese más baja que el nivel del mar quedaría inmediatamente inundada por sus aguas. Lo propio dígase de un corazón dotado de humildad; al

instante lo inundan los dones del Espíritu Santo que María Santísima, *Mater divinae gratiae*, le obtiene; y de consuno entrará el don de la verdadera compunción, el desprendimiento del mundo, el recogimiento interior, el indispensable espíritu de oración y la rectitud de intención, sin la cual todas nuestras obras, buenas sólo exteriormente, serán echadas en un saco perforado, *in socculum pertusum*. (Agg. 1, 6). Y para que la llama que sale de nuestro corazón, no venga á ser fuego de pajas que en un momento después de encendido, ya se apaga, nuestra óptima Maestra de santidad, María Santísima, nos alcanzará, si nos dejamos guiar por Ella, un deseo de la perfección siempre más ardiente, grande, generoso, eficaz y perseverante hasta el último instante de nuestra vida.

¡Oh qué misión tan admirable es ésta de María Santísima la de formar y perfeccionar en la santidad á las afortunadas Esposas de su Divino Hijo!

¿Cuál de vosotras se atreverá á descuidar este medio tan seguro de santificación? ¡Oh María, María! Vos sola sois después de Dios, todo el motivo de nuestra esperanza: *Tota ratio spei meae, Maria*. (San Bernardo). ¡En Vos, oh Madre y Maestra mía, Dios ha acumulado todos los dones, todas las gracias, todos los privilegios, todas las virtudes y grandezas, que ha distribuido entre todas las demás criaturas visibles é invisibles! ¿Cómo dudar un instante de que Vos sepáis guiarnos al Paraíso por el camino de la santidad? Vuestro amor para con nosotros, oh María, es tan grande, que no ha habido, ni puede haber otro que lo

iguale. Así es. Todo el amor que tienen todas las madres á sus hijos, todas las esposas á sus esposos, todos los Angeles y Santos á sus devotos, no puede parangonarse al amor que Vos tenéis á una sola alma. Y ¿desconfiaremos de Vos? Y ¿no nos lanzaremos á ojos cerrados entre vuestros brazos, oh Madre ternísima, seguros de que nos llevaréis derecho al Cielo? Nuestra devoción hacia Vos, oh María, es el pasaporte de nuestra salvación. (S. Jerón). *In te, Domina, speravi; non confundar in aeternum.*

Os lo repetiré una vez más, oh buenas Religiosas, oh felices cooperadoras del Divino Redentor en su divino apostolado. --Si no queréis jamás desfallecer en el camino de la perfección, si queréis ser santas, acudid á la que ha recibido de la Santísima Trinidad la misión de hacer santos. ¡María es la gran Maestra de santidad!

Mas, no creáis que esta Maestra os enseñe, por ejemplo, á detener el sol como Josué, ni á sanar enfermos, ó á resucitar muertos como los Apóstoles, ni á hacer otros estrepitosos prodigios. No. La santidad que os enseña María consiste en practicar exactamente cada punto de vuestra santa Regla, lo cual, en sentir de Benedicto XIV, es suficiente para tener derecho á ser canonizados. La santidad, que os enseña María se compendia en aquellas dos palabras que con respecto á Jesús pronunciaron, y con razón, las turbas de la Palestina: *Bene omnia fecit*, (Marc. 7, 37), todo lo ha hecho bien, con religiosa perfección: *bien la santa Comunión*, sin dejarla por lo que de

vosotras depende en ningún día de vuestra vida excepto el Viernes Santo; y creciendo cada día más en humildad y fervor; *bien la meditación*, en la que os quedéis modestas cual violetas, y encendidas como una mística rosa, meditando y contemplando las verdades eternas, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, etc...; *bien el Santo Rosario* y las demás oraciones de comunidad, sin que nunca os turbe la mente niuguna distracción ni aún sólo semivoluntaria; *bien la santa Obediencia*, imitando á Jesús vuestro Esposo y modelo perfecto de obedientes, y á vuestro Ángel custodio, que mantiene continuamente sus alas desplegadas, para ir á cumplir la voluntad de Dios; *bien las tareas agridulces de la enseñanza y de la vigilancia concienzuda sobre vuestras alumnas, de la asistencia á los enfermos, y de las demás obras tanto espirituales como materiales, que los Superiores, ó la santa Regla os imponen: bien hasta las comidas, los recreos, los inocentes solaces que os conceden de vez en cuando vuestras Superiores; hasta las peligrosas visitas indispensables á los bienhechores, etc., etc., en términos que si alguien os preguntase:—¿Qué harías, si ahora mismo te llegase el aviso de la muerte?—podáis sin vacilar responder como San Luis y el Beato Gabriel de la Dolorosa:—Continuaría haciendo la obra que tengo entre manos.*

He ahí en compendio la verdadera santidad, que os enseñará Aquella que sabe formar santos como por encanto, con tal de que uno se decida á tomarla por Maestra y en Ella ponga toda su confianza.

Sí, Hermanas mías, Ella os enseñará el modo fácil de cumplir todas vuestras obligaciones de Esposas de todo un Dios, os enseñará á hacerlo todo con pureza de intención, es decir, por Dios solamente, y no por las criaturas, porque en el interior está la principal gloria ó lucimiento de la Hija del Rey: *Omnis gloria ejus filiae Regis, ab intus. (Psal. 44, 13)*; apoyadas en su brazo, daréis pasos agigantados en la perfección religiosa, y seréis un día ciertamente salvas, porque está escrito: Bienaventurado el siervo, á quien, cuando venga el Señor, lo hallare cumpliendo su obligación: *Beatus ille servus, quem, cum venerit Dominus, invenerit sic facientem. (Matt. 25, 46)*.

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA II

### OBEDIENCIA RELIGIOSA

*Vir obediens loquetur victorium.  
El obediente oantará la victoria.  
(Prov. XXI, 28).*

¿Y no será tal vez pretender llevar agua al mar el querer inculcar *la santa obediencia* á Religiosas, á quienes se debe con todo derecho aplicar las palabras del Espíritu Santo: *Et natio illorum obedientia et dilectio* (*Ecc. 3, 1*), y su estirpe es obediencia y caridad, virtudes que forman el esencial carácter de aquéllas?

Y sin embargo parece del todo necesario, porque ciertas leognas, no muy delicadas, han llegado á decir:—Yo he hecho voto de obediencia, es cierto, pero, mi libertad es un bien harto grande para que yo deba sacrificarla.....—¡Oh! ¡Luego tu voto no vale nada! ¡Luego tú no eres religiosa!—¿Un bien harto grande la libertad? ¿Y no era un grandísimo bien para los mártires su misma vida? Sin embargo la sacrificaron con gusto en homenaje á su Dios. ¿Y por qué, pues, no sacrificarás, por qué no sepultarás, si no tu vida, al menos esa tu libertad, por medio de la santa obediencia, la cual es llamada precisamente *sepulchrum propriae voluntatis*, el sepulcro de la propia voluntad?...

I.—Necesidad de la obediencia religiosa.

«Pensadlo bien, decía Santa Teresa á sus hermanas. No ser obedientes quiere decir no ser religiosas, porque desobedeciendo se rompe del todo el vínculo de religión».

Más aún, sin la santa obediencia pronunciamos una fea mentira cada vez que al rezar decimos al Señor:—Dios mío, os amo con todo el corazón. Sin obediencia no somos ni siquiera buenos cristianos. Sólo el verdadero obediente dice en este caso la verdad, y es verdadero cristiano y verdadero religioso, porque no tiene voluntad propia, sino que reina en él la voluntad de Dios.

La casa religiosa, donde no reina la obediencia, está próxima á su destrucción; el demonio la domina y canta victoria. *Tota religio perimitur, si a materia subditi obediencia subtrahatur.* (Papa Juan 23). ¿Cómo puede esperar de obtener la victoria un ejército, donde no se conozca la obediencia á los propios jefes?

La obediencia religiosa es cabalmente como una orden militar, en la que hay que obedecer sin réplica y sin ambages. El militar no discute nunca; mas algunas religiosas á veces lo hacen, y demasiado. El militar es capaz de arrojarse á la boca del cañón para obedecer á su jefe; mas algunas religiosas... ¡Ay con sus terribles reticencias laceran el alma!..

El voto de obediencia es el más necesario al bien de la Comunidad. (Santa Teresa).

Examinémonos, pues, y si reconocemos que

todavía está demasiado viva en nosotros la propia voluntad, digamos no más con las lágrimas en los ojos: ¡Ay de mí que todavía no soy una verdadera religiosa! ¡antes bien no soy ni tampoco una verdadera cristiana!

Es cierto que no toda desobediencia ligera quebranta el voto; sin embargo es certísimo que nadie llegará jamás á cometer graves desobediencias y á transgredir el santo voto sin haber descuidado antes las pequeñas obediencias. — *Qui spernit modica paulatim decidet.* (Eccli. 9, 1). El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco tocará á su ruina. Se empieza con la transgresión de ciertas cosillas establecidas en el Reglamento, ó recomendadas por los Superiores, y después se rueda paulatinamente para abajo hasta exigir de los superiores, que obedezcan ellos en vez de mandar, y se llega hasta á decir: *quiero* que me cambien de oficio, *quiero* que me cambien de casa, de otra suerte... — ¡Ay de mí que á veces son escuchadas! De un oficio pasan á otro, de una casa á otra, pero acabarán por pasar de la casa religiosa al desgraciado mundo, y, Dios no quiera que del atrio del Paraíso á los antros del infierno! Tan cierto es esto que no sin razón fué escrita la sentencia: *grande malum, propria voluntas*. Sí, es siempre el gran mal la propia voluntad.

Y dado aún que no se caiga tan abajo, es cosa cierta que las que viven de desobediencias, viven siempre desconsoladas, porque se han hecho esclavas en todo y por todo del mayor de los tiranos, que es la voluntad propia; y cuanto más éstas se

agitan para salirse con las suyas, tanto más inquieta y amargada queda la conciencia. Demasiado dueñas y siempre amigas del propio parecer, ellas no prestan otra obediencia *voluntaria á los propios Superiores* sino en cuanto éstos les manden cosas agradables. Entonces ellas son todo fervor, y ya les parece que tocan el cielo con las manos; pero á la más mínima contrariedad que les acontezca, he aquí que se apaga á un tiempo el fuego de pajas, y no queda otra cosa sino negro humo de murmuraciones, de insolencias, etc., que harto hace quemar los ojos á los padres superiores: ¡grande malum! ¡grande malum!

Excelencia de la virtud y del voto de obediencia.

Virtud de obediencia es la que vuelve y dispone al hombre á cumplir prontamente con el mandato ó la voluntad del superior. (*Sto. Tomás*).

Por la virtud de la obediencia los sujetos están obligados á cumplir con las disposiciones de las Constituciones y las órdenes de los superiores. (*Normas, 134*).

*Excelencia.*—Voto de obediencia es aquel por el cual una religiosa se obliga para con Dios á obedecer á sus legítimos superiores en todo lo que le manden *secundum regulam*.

Por el voto de obediencia el sujeto contrae la obligación de obedecer al mandato del superior legítimo en las cosas que se refieren directa ó indirectamente á la vida del Instituto, es decir: á

la observancia de los votos y constituciones. (*Normas*, 132) (1).

Es tan bella, importante y esencial la obediencia, que los antiguos monjes no hacían sino este voto. Los religiosos mismos llaman con el nombre de *obediencia* la orden del Superior que autoriza ú ordena ir de un lugar á otro; y dicen *casa de obediencia* aquella en que uno de ellos hace su ordinaria permanencia.

1.º, La santa obediencia es un verdadero *holocausto*. ¡Bendito sea el momento, mis buenas Hermanas, en que os habéis ligado á Dios con el voto de obediencia! Es éste sin duda el más excelente y el más noble de los tres votos, porque con la obediencia no sólo se ofrecen á Dios los bienes terrenos como en el voto de pobreza, ó nuestro mismo cuerpo con el de la castidad, sino que se le

(1) No sería exacto decir que las Constituciones de un Instituto deben ser observadas en virtud del voto, *vi voto*, de tal manera que el sujeto peque contra el voto de obediencia todas las veces que infrinja un punto cualquiera de las constituciones. (N.º 133).

El sujeto no está obligado á obedecer en *virtud del voto*, sino cuando el superior legítimo le manda expresamente en virtud de Santa Obediencia, ó bajo un precepto formal, ó con palabras equivalentes, según las Constituciones del Instituto.

Es conveniente que en este caso la obediencia formal sea dada por escrito, ó bien en presencia de dos testigos (135).

Dije según la regla canónicamente establecida. Si por ejemplo el Instituto tuviese por único objeto la educación, no puede la Superiora confiar á sus súbditas el cuidado de los hospitales. Si tuviesen clausura ó media clausura, no podrá la Superiora enviarlas á cuidar enfermos, ó á distribuir socorros á domicilio. No forman materia del voto las cosas ilícitas, ni los imposibles, ni las gravemente perjudiciales.

ofrece el mismo corazón, el alma toda entera, la propia voluntad, el *propio yo*, de manera que con toda verdad se puede repetir con San Pablo. *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*. No soy yo quien vivo, sino que Jesucristo vive en mí. (*ad Galat. 2, 20*).

*Melior est obedientia quam stultorum victimae.* (*Eccles. 4, 17*). Mucho mejor es la obediencia que el sacrificio de los insensatos; sí, porque con las víctimas se sacrifica la carne ajena, mas con la obediencia se mata á la propia voluntad: *quia per victimas aliena caro, per obedientiam voluntas propria mactatur.* (*San Gregorio Magno*). Por el voto de obediencia sacrificamos á Dios nuestra libre voluntad, que es el don más bello que Él nos ha hecho.

Este voto, sin empargo, no disminuye nuestra libertad, dice Santo Tomás, al contrario, la perfecciona, porque la verdadera libertad consiste en la facultad de poder hacer el bien. Es así que la propiedad del voto es precisamente la de confirmar la voluntad en el bien, luego hemos de bendecir mil veces estas dulces cadenas del voto, que nos dan la verdadera libertad, al paso que la triste libertad de hacer el mal es una verdadera esclavitud. *Omnis qui facit peccatum, servus est peccati.* (*Joan. 8, 34*); todo aquél que comete pecado, es esclavo del pecado.

El voto quita la voluntad de hacer el mal (*Sto. Tomás*). ¡Dichosa necesidad, exclama San Agustín, que nos obliga á hacer lo que es mejor! Yo nunca he sido tan libre como despnes que me

dejé encadenar por el voto de obediencia: *Funes ceciderunt mihi in praecclaris. (Psalm. 15, 6).*

La obediencia es pues un verdadero holocausto de la propia voluntad. En esto consiste su principal nobleza y excelencia.

La desobediencia, especialmente cuando se ha hecho con los ojos abiertos y con toda reflexión (como por ejemplo cuando se resiste con obstinación y testarudamente á los superiores, diciendo de palabra y de hecho: *no quiero, no quiero*), es una especie de idolatría: *quasi scelus idololatriae est nolle acquiescere* dijo Samuel al desobediente Saúl. (*1 Reg. 15, 29*). Porque en vez de adorar la voluntad de Dios en la de nuestro Superior, adoramos la propia voluntad, el propio juicio. Pero la santa obediencia es un acto del culto de Latria, por el cual reconociendo á Dios como dueño y propietario absoluto de nuestro corazón, adoramos su Divina Voluntad expresada en la Santa Regla y en el justificado mando de nuestros superiores.

2.º, La obediencia es *la voz de Dios con respecto á nosotros*. ¿La Superiora habló? Es como si hubiera hablado Dios mismo. Bajo las especies Sacramentales está escondido nuestro buen Dios, y en el mandato de los Superiores está oculto su divino querer relativamente á nosotros.

Lo propio dígame de la Santa Regla, la que, siendo aprobada por el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, es la clara expresión de la Divina Voluntad. De manera que la que obedece, al mismo Dios obedece; mientras que *qui potestati re-*

*sistit, Dei ordinationi resistit* (Rom. 13, 2), quien desobedece á las potestades, á la voluntad de Dios desobedece. De consiguiente los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenación.

Si un ángel apareciera trayéndoos una orden del Cielo ¿cómo estaríais de contentas!

Por otra parte una aparición de tal naturaleza podría aún ser un engaño diabólico, mientras que en el mandato expreso de una Superiora vuestra, cuando ella manda *secundum Regulam*, no hay duda que el Señor os habla expresamente. «Consideremos á los Superiores, dice la Madre Brechardt (Salesiana) como otros tantos Tabernáculos dentro los cuales está el Santísimo Sacramento».

En verdad, todo Superior es una especie de sacramento humano, cuyas apariencias permanecen, como las de la Santísima Eucaristía; pequeñas, frágiles y miserables, pero contienen realmente á Dios, es decir, su voluntad, para transmitirla á los súbditos. ¿Por qué en el Santísimo Sacramento, pregunta Mons. Bougoud (*La iglesia, capítulo, 11*), aunque esté Jesús verdadera, real y substancialmente, con todo no nos habla ya físicamente al oído como cuando vivía en esta tierra de vida pasible y mortal? ¡Ah! es porque ahora nos habla por medio del Papa, su Vicario.

La voz del Sumo Pontífice, cuando se trata de dogma ó de moral, viene á ser como complemento de la Santísima Eucaristía.

Algo parecido podríamos decir de la voz de nuestros Superiores, cuando nos mandan *secundum Regulam* en nombre de Dios. *Qui vos audit, me*

*audit*, les dice el Señor. (*Luc.* 10, 16), el que os escucha á vosotros, me escucha á mí.

«Y aun cuando la orden de un superior, escribe Suárez, no sea en sí misma divina, en cuanto que proviene de la boca de un hombre y no de la de Dios, sin embargo siendo el motivo de la obediencia puramente divino, es decir, la misma voluntad del Señor, se colige que nuestro acto de obediencia es como si hubiésemos recibido el mandato de los mismos labios de Dios».

Dice Dios por boca de Isaías, refiriéndose á la obediente: *Vocaberis voluntas mea in ea* (62, 4), serás llamada *mi voluntad* en ella; á saber: *Mi amada*, porque imitas á tu divino Esposo, que nunca hizo su voluntad, sino tan sólo la del Padre.

¿Por qué es tan bello el arco iris? porque es el espejo del sol. Del mismo modo vuélvese el alma muy hermosa, cuando por la obediencia refleja la voluntad del mismo Dios.

3.º) *Es un martirio*: La verdadera obediencia, además de ser un continuo y purísimo holocausto, que tanto agrada al Altísimo y aplaca su justa cólera, es también un *continuo martirio*; que, como el de la sangre, purifica el alma y soberanamente la embellece, á fin de que se vuelva digna de ir al encuentro del Esposo Divino.

Hasta hubo quien dijo que es mayor martirio perseverar por toda la vida en la santa obediencia, que no morir de un solo golpe de cuchillo. Con el martirio de sangre se sacrifica el cuerpo, mas con el de la obediencia se sacrifica la libertad de la propia voluntad.

4.º) *Parentela con Jesús*: Tres son los nacimientos de Jesús: el 1.º es del Padre: *et ex Patre natum ante omnia saecula*; el 2.º es *de Maria Virgen* en el tiempo; el 3.º es en el corazón de todo verdadero obediente, que con Maria Santísima repite el *Fiat mihi secundum verbum tuum*.

Por este acto de obediencia uno se vuelve como pariente de aquel Jesús que ha dicho: *Quicumque fecerit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse meus pater et soror et mater mea est. (Matth. 12, 50)*. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana, y mi madre.

Jesús vino al mundo á darnos ejemplo de vida santa. Si todo cristiano está obligado á seguir sus huellas, cuánto más deberá la esposa imitar á este Divino Esposo, que hacía consistir su manjar en hacer la santa Obediencia; á aquel que prefirió perder la vida á perder la obediencia, á aquel que no sólo fué obediente hasta la muerte de cruz, sino que en el Santísimo Sacramento quiso ser obediente *usque ad consummationem saeculi*. ¡Ah! ¡compararemos los descuidos, insultos, desprecios, oprobios y demás humillaciones, que la santa Obediencia ha procurado y sigue acarreado á Jesús, con lo que nuestra obediencia nos hace sufrir, y ya no habrá quien se queje de ninguna obediencia!

III 1.º *Utilidad*: El Abad Juan desde joven fué puesto bajo la obediencia de un santo anciano religioso. Este para probar la virtud de aquél plantó su bastón en la tierra y le ordenó que

todos los días lo regase con agua. Lo hizo así ese óptimo novicio por tres largos años, y eso que la fuente estaba tan lejos que se ponía en viaje desde la tarde y no volvía sino á la mañana, caminando toda la noche. Pero en un hermoso día ese bastón reverdeció y produjo bellisimos frutos, los que distribuyó aquel anciano entre los monjes, diciéndoles: *Accipite et manducate fructus obedientiae.*

Ahora bien ¿quién podrá saber los dulcísimos frutos que esta virtud produce de toda religiosa, que sepa obedecer con perfección?

Si la desobediencia es el *grande malum*, la obediencia por el contrario será el *grande bonum*.

1.º *Utilidad para la Congregación.*—“Cuando no se obedecé, dice San Alfonso, ¿para qué quedarnos en la Congregación? La pupila de la Congregación es la obediencia; ella es quien nos ha hecho religiosos. Si se pierde la obediencia la Congregación pronto será derrotada, acabada, ya no será casa de Dios.

Al contrario, la santa Obediencia viene á ser el nervio de la Congregación. La vuelve invencible.—Mirad á los Padres Jesuitas, atacados siempre por todas las potencias del Infierno, pero siempre victoriosos. ¿Por qué? Porque cumplen siempre con el programa que les dejó el Fundador:

“*Obediencia*”. Es la obediencia la que mantiene entre los Jesuitas la armonía y tranquilidad de una familia y el férreo rigor de una milicia. Pero sobre este rigor ellos no discuten, mas lo soportan de buena gana. Para ellos todo comentario sobre las superiores disposiciones es una infracción de las Reglas. Entre los Jesuitas el *yo* está suprimido.

Quien existe es la Compañía. La Compañía quiere, piensa, obra. Todo Jesuita es la Compañía. Todo Jesuita, anónimo para sí mismo, se vuelve en la Compañía y por la Compañía un hombre excelso y victorioso. El se llama la Compañía de Jesús. El Jesuita no dice *yo*, sino *nosotros*. El está en cada uno y á la vez en todos; cada uno es todos en la potencia y en la fuerza. Y así la Compañía es siempre fuerte, joven y robusta.

2.º *Utilidad para cada miembro de la Congregación*: El apego á nuestra propia voluntad: ¡he ahí lo que aleja á muchos del camino de la perfección! Mas la obediencia, siendo el sepulcro de nuestra propia voluntad, destruye los gérmenes de nuestras malvadas tendencias.

La verdadera obediencia, dice San Pedro Damiani, es el camino de oro del cielo, *aurea in coelum via*; porque las ansias del verdadero obediente son todas para dar gusto á Dios.

El verdadero obediente no cae en la muerte del pecado, así como el obedientísimo Isaac no fué víctima de la muerte allá sobre el monte Moria; pues, (como respondió el monje Acacio, recién resucitado de entre los muertos, á un anciano que le había preguntado si estaba muerto). — *Obediens mori nequit*: el obediente no puede morir. — Oh religiosas, oíd: quizás muy pocas de vosotras, quedando en el mundo, se habrían podido salvar; mientras que ahora, por la misericordia de Dios, ninguna se perderá, á condición, empero, que persevere hasta la muerte en la santa obediencia, de la que está escrito: (*Prov. 21*,

28), el obediente cantará la victoria. Sí, sí. En la santa obediencia se halla la prenda de la predestinación; pues á la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos (si lo imitan) constituidos justos. (*Ad Rom. v, 19*).

3.º Produce un feliz abandono en la mano de Dios, plenitud de paz, y un desapego universal de todas las cosas; y de ahí un grande amor á Dios.

He ahí por qué San Luis Gonzaga iba muy alegre al encuentro de la muerte. Es que podía decir haberlo hecho siempre todo según la más perfecta obediencia.

4.º La obediencia, dijo San Francisco de Sales, es la sal que da mucho gusto y sabor á todas nuestras acciones, y las torna meritorias para la vida eterna.

Una santa religiosa escribióse estos apuntes: —He hecho voto de obediencia, luego he de obedecer de veras, y en todo y siempre. El mismo acto de obediencia es un aumento de gracia en la tierra y de gloria en el Cielo. ¿Quién más dichosa que yo? El Señor en su tribunal me pedirá cuenta quizás muy estrecha; pero yo le contestaré: Señor, he hecho siempre la santa obediencia.

5.º San Gregorio nos asegura que la obediencia *omnes virtutes in corde inserit, insertasque custodit*: siembra en uestro corazón todas las virtudes y nos las conserva.

La virtud es un hábito, el hábito una repetición de actos. En el mundo ó en casa del desobediente

se comienza á veces una obra buena, pero presto se deja, y, ¡adiós virtud! La obediencia al contrario nos obliga á repetir cada día y muy á menudo actos de paciencia, de humildad, de devoción, de prudencia, de castidad, de celo... y nos da la victoria final sobre el enemigo, *vir obediens loquetur victoriam*. (Prov. 21, 28).

6.º «En la religión, decía el P. Vicente Carraffa, ser obediente y ser santo es una misma cosa bajo diversos nombres; porque el verdadero obediente no exceptúa otra cosa sino el pecado.

¿Quién es santo?—El que ama á Dios.—¿Y quién es el que ama á Dios?—El que hace su Divina voluntad. (*San Alfonso*).

7.º La obediencia es cual puerto seguro, donde el alma encuentra abrigo contra todas las tempestades, y pasa su vida alegre y tranquila hasta dar con la puerta del Cielo, donde le esperan los santos. Vivir en santa Obediencia, es lo mismo que colocar su propio peso en hombros ajenos; es nadar apoyándose sobre las espaldas de los superiores, es cruzar el mar bravío de la vida con breve y segura navegación. (*San Juan Climaco*).

8.º Ella nos cambia entre las manos nuestras obras, y hace que lo poco se torne en mucho ante el Señor; todo acto de virtud adquiere dos méritos: uno porque es acto de la misma virtud, otro porque es hecho por obediencia. De este modo el obediente recoge con dos manos por decir así, palmas y laureles. (Segneri junior).

9.º Las acciones indiferentes, como sería comer, dormir, recrearse, se vuelven meritorias para el Paraíso.

Todas las cosas que se hacen por obediencia son oraci6n. (*Santa Magdalena de Pazzis*).

Es m1s meritorio el tomar alimento por obediencia que el ayuno por voluntad propia. (San Germ1n).

Se viaja hacia el Cielo, a1n durmiendo: *Obedientia est confectum durmiendo iter.* (*S. Juan Climaco*).

10.º Hay todav1a m1s. El verdadero obediente adquiere el m1rito hasta de aquel bien que deja de hacer por obediencia. Por ella tienen su premio los buenos deseos, y as1 nos hace merecer en aquellas mismas cosas que no hacemos, y por esta causa la obediencia es llamada con raz6n el *atajo del Paraíso*.

11.º A veces la obediencia hace milagros. *Ite, ostendite vos Sacerdotibus.* (*Luc. 17, 14*) dijo Jes1s 1 aquellos diez leprosos; id, haceos ver de los Sac1rdotes. Aquellos obedecieron inmediatamente y... mientras iban quedaron sanos. *El factum est dum irent, mundati sunt.* (*Ibid*).

Mientras que Pedro y sus compa1eros pescadores trabajaron 1 propio arbitrio, no pescaron nada (1) Pero apenas oyeron el mandato de Jes1s: *Mittite in dexteram navigii rete, et invenietis* (*Juan 21, 6*) y obedecieron; y fu1 tal la abundancia de la pesca (153 grandes peces,) que, debi6 de acontecer na seguido milagro para que la red no se rompiese.

La diestra es el lado de Dios: su divina voluntad; si trabajamos por el lado izquierdo, 1 saber: el de nuestro propio capricho, 1 expensas de la

santa obediencia, trabajaremos inútilmente durante toda la noche de esta mísera vida; si al contrario, obedecemos, todo nos saldrá á pedir de boca. Por más asidua, por más ardua, inoportuna, extraña y dañosa que nos parezca la obediencia, repetamos también nosotros con San Pedro: *in verbo tuo laxabo rete.* (Luc. 5, 6). Sobre tu palabra, oh Superiora, que es la palabra de Dios echaremos la red.—Y el Señor nos dará abundancia de gracias inesperadas, victoria sobre nuestros enemigos, etc., y nos hará gustar las delicias que prometió á quien sabe vencerse á sí mismo obedeciendo ciegamente. *Vincenti dabo manna absconditum.* (Apocal. 2, 17).

Consolado Jesús por la obediencia de los Apóstoles, les preparó sobre la playa del mar el pan y el pez, que había hecho asar El mismo sobre carbones encendidos. Y llamándolos á sí: «Venid, les dijo, comed,» y se los distribuyó. Así hará con nosotros si fuéremos perfectamente obedientes. Nos preparará el Pan Eucarístico, el Pan sobresustancial de su banquete, y también el pez, el cual como el pan, es figura de Jesucristo mismo; porque las cinco letras de la palabra griega *ἰχθῆς*, que significa pez, son las iniciales de las otras que significan: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

En la vida de nuestro D. Juan Bonetti se narra que, predicando él á las Hermanas de Borgo San Martín, al sentirse estorbado por el chirrido de los pájaros del bosquecillo contiguo, dijo á la Directora: «Haga el favor de decir á los pájaros que procuren acabar ya, porque me estorban mi plática».

La Directora obedeció y el chirrido cesó al instante como por milagro.

Pero el milagro más grande que obra en vosotros la santa obediencia, es la perseverancia final. Os lo asegura el Venerable Fundador en sus memorias, donde dice:—En los tiempos primordiales de mi apostolado, no pocos de mis colegas me abandonaban. Acudí entonces á la Señora (María Santísima). Ella me alcanzó una cinta blanca, sobre la cual estaba escrita la palabra *Obediencia*, y me dijo.—ciñe con ésta la frente de tus coadjutores, y verás como ya no se te escaparán.—Así lo hice, y luego experimenté la milagrosa eficacia de esa cinta, que representaba el Voto de Obediencia. Los que estaban ceñidos con la cinta ya no me abandonaban.

IV *Práctica*. La perfección religiosa, á la que nos hemos obligado entrando en la casa santa, exige que no sólo evitemos los pecados mortales contra el voto de la santa obediencia (como sería, por ejemplo, desobedecer de una manera formal en materia grave á una orden dada en virtud de santa obediencia: ó resistir con el *no quiero*, con obstinación y testarudez á un mandato absoluto de la superiora: ó bien si de la desobediencia resultase un grave daño á la comunidad ó á la desobediente misma ó á una tercera persona): sino que también quiere dicha perfección que practiquemos la virtud de la santa obediencia; evitando las ligeras desobediencias en todo y por todo, movidos siempre por el espíritu de fe, por el cual,

como dice San Pablo á los Efesios, obedecemos á los Superiores como á Jesucristo, *tanquam Christo*. Si Jesús mismo en persona se dignase mandarnos ¿cuál no sería la prontitud, la exactitud, la perfección, en suma de nuestra obediencia? Por cierto que no tardarías ni un segundo á obedecer. Pero ¿no es siempre El mismo que te manda en la persona de tus superiores? *Ecce sto ad ostium et pulso* (*Apoc. 3, 20*), El te dice: *Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea.* (*Cant. 5, 2*). He aquí que estoy á la puerta de tu corazón y llamo.—Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi immaculada. ¿Por qué no me abres luego, luego? Cuando tú golpeas á la puerta de mi corazón, yo te abro en el acto: *Pulsate et aperiètur vobis.* (*Marc. II, 24*). Mas yo te llamo tantas veces por medio de la santa obediencia, y tú tardas en abrirme.

Para que la obediencia sea virtud sobrenatural—la única verdadera—debe ser tal cual la manda San Pablo: *Obedite sicut Christo.* (*Ephes. 6, 5*). Obedeced como el mismo Jesucristo. Y el que así obedece, puede con derecho decir: Sólo á Dios reconozco por superior á mí. No me sujeto más que á El solo. Y San Alfonso agrega que el que obedece al superior, alcanza más mérito que si obedeciese á Nuestro Señor Jesucristo en persona; porque obedeciendo al hombre, se hace un acto de fe, reconociendo en él la autoridad de Jesús.

De todas estas consideraciones se deduce que nuestra obediencia debe ser:

1.º *Pronta*. San Benito solía decir á sus religiosos:—*Perfecta obedientia, sua imperfecta reliquit*: la perfecta obediencia, deja sus cosas propias imperfectas.

Debemos imitar á los Angeles, á los que pintamos con alas, para significar la prontitud con que obedecen á las órdenes de aquel Dios, que á sus ángeles ó embajadores los hace espíritus, ó ligeros como el viento, y á sus ministros, activos como la ardiente llama. (*Ad Hebr. 2, 7*).

San Bernardo llama á la obediencia *rueda perfecta*, porque el verdadero obediente, á cualquiera indicación del Superior ó de la santa Regla, pronto se mueve.

Las religiosas desobedientes son de cuello duro, inflexible, y no quieren someterlo al dulce yugo de la disciplina, (*Eccli. 51, 54*).

Mas la obediencia será como una corona para la cabeza de los obedientes, y como un collar para su cuello. (*Prov. 1, 9*).

El cuello es flexible y da vuelta como quiere la cabeza. Lo propio dígame de la obediencia pronta. El cuello comunica pronto al cuerpo las órdenes de la cabeza; así lo hace la pronta obediencia.

¡Ah! ¡que no se halle ya ninguna de cuello duro, y encadenada por el feo amor propio! *Solvi vincula colli tui, captiva filia Sion*. (*Isai. 52, 2*). ¡Sacude de tu cuello el yugo, oh esclava hija de Sión! Y dí siempre al Señor, no bien asome la obediencia:—Habla, Señor, que tu sierva te escucha. (1 Reg. 3, 10). María y José, á la intimación del Angel, no esperaron que amaneciera, sino que se

marcharon al instante á Egipto. Si hubiesen tardado, quizás que el Niño hubiese sido muerto por los sayones de Herodes. ¡Ah! ¡cuántas niñas mueren víctimas del escándalo, por falta de vigilancia y pronta obediencia en sus maestras y asistentes!

El acólito salesiano Domingo Biga, al primer toque de la campanilla, parecía que la tierra le quemara los pies, pues volaba al lugar de la obediencia. Otro humilde religioso, al primer toque, lo dejaba todo, y corría, corría... ¿Por qué tanta prisa?—le preguntó una vez su compañero.— ¡Ah! es que me llama Dios, contestó ese perfecto obediente. «Una religiosa, decía la Venerable Fundadora de las Hermanas de San José de Cluny, debe ser como un pajarillo en las ramas de un árbol, con las alas entreabiertas, siempre pronta á volar al más leve impulso del suave céfiro de la santa obediencia».

¡A cuántos religiosos y religiosas conozco yo, que al primer toque de la campana, á una simple señal del Superior, dejando cuanto tienen entre manos, se levantan rápidamente y vuelan á cumplir con la obediencia! Los Reverendos Padres Redentoristas, por ejemplo, tienen *por regla* de no acabar, no diré ya una palabra, pero ni siquiera una letra, al primer toque de campanilla.

¡Y cuántos hay aún hoy día que no esperan el mandamiento expreso del Superior, sino que apenas ven una señal de él, ó columbran sus deseos, en el acto se disponen para la obediencia!

Su vida es un continuo: *Ecce ego.*—Heme aquí pronta, hablad, Señor, que vuestra sierva os

escucha. (*Loc. cit.*). Ella imita á las estrellas, que, apenas llamadas, dijeron: aquí estamos. (*Beruc, III*).

2.º *Sea íntegra y exacta* hasta en los más mínimos detalles. Y si se prevé que ciertas obediencias no se podrán llevar hasta el fin enteramente, hágase al menos la parte que sea posible, imitando así á Nuestro Señor Jesucristo, quien, previendo que no habría podido llevar la cruz hasta la cima del Calvario, la quiso llevar al menos hasta la mitad del camino, cuando á fuerza de caídas ya no podía absolutamente llevarla.

Ricardo, explicando el paso del Cantar de los Cantares: Mi alma ha quedado derretida, al eco de la voz de mi amado: *anima mea liquefacta est ut Dilectus locutus est* (5, 6), dice que el verdadero obediente es cual metal derretido, que toma exactamente el lugar y la forma mandada por la santa Obediencia.

La que no es exacta en la obediencia, no debe atreverse á mirar á Jesús crucificado, quien desde la Cruz le está diciendo: *¡Mira, oh religiosa, cómo se obedece!*

El evitar de intento de encontrarse con la Superiora á fin de que no nos dé ciertos mandatos, que sabemos quiere ella imponernos, sería una desobediencia voluntaria, como de quien no va al sermón para no saber cómo y cuándo se debe ayunar.

Falta á la exactitud la que delante de la Superiora es todo premura en cumplir la obediencia, pero apenas ésta se aleja, va aflojando y trabaja

con repugnancia ó desnidadamente. Obedezcamos, *non quasi ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo*, dice San Pablo á los Efesios, (6, 6), es decir: no sirviéndolos solamente cuando tienen puesto el ojo sobre nosotros, como si no pensásemos más que en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo que hacen de corazón la voluntad de Dios.

Faltan también en la exactitud no solamente aquellos que no hacen lo que deben hacer, sino también los que propasan las órdenes expresas de los Superiores. Tanto el reloj que retarda, como el que corre demasiado, no sirven. Solamente el exacto es bueno.

La exacta obediente no sólo obedece en el acto, sino que continúa teniendo siempre presentes los preceptos, las decisiones y hasta las intenciones de los Superiores, ni nunca se persuade que un mandato ó un reglamento ya no tenga vigor por la sola razón de haber sido practicado una sola vez, y no repetido después. Ella no hace diferencia entre lo que está expreso en la regla y lo que en ella está sólo implícitamente; entre las Constituciones y el simple Reglamento; entre lo obligatorio y lo que está sólo recomendado. Ella obedece como lo hizo Jesús, perfectamente y hasta la muerte.

El Señor es asaz riguroso relativamente á la exactitud de la obediencia religiosa. Cuando Santa Teresa, para obedecer al Superior (que no daba fe á las visiones de la Santa) se hacía continuas se-

nales de cruz durante la aparición de Nuestro Señor, y finalmente teniendo su brazo ya cansado de tanto santiguarse, tomando una cruz en la mano se la presentó como para defenderse; Jesús, no sólo no se mostró ofendido, sino que le cambió esa misma cruz en otra de perlas preciosas.

Pero cuando la B. Margarita, trasportada del deseo de sufrir, pasaba los límites de la obediencia, Jesús le dijo por boca de San Francisco de Sales: «¿Y qué? hija mía, ¿piensas tú agradar á Dios pasando más allá de las prescripciones de la obediencia? Esta, y no la propia maceración, es el sostenimiento de la Congregación». «Tú te engañas, le dijo el mismo Jesús otra vez, si crees agradarme obrando así. Yo deseo que un alma goce de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, más bien que verla encorvada bajo el peso de las austeridades y ayunos por propia voluntad». Una vez prolongó ella la disciplina de regla por el espacio de *un Miserere*. Pero he aquí que le aparece Jesús y le dice todo disgustado:—La primera parte de la disciplina fué para mí; la segunda para el demonio. Quiero que renuncies á la idolatría del propio *querer: melior est enim obedientia quam victimae*. (1. Reg. 15, 22).

Es también sabido lo que aconteció á esta esposa de Jesús, cuando con un hierro candente se grabó el nombre de Jesús en el pecho. La llaga tremenda que de aquí resultó, la obligó á revelarlo todo á la Superiora, la cual impúsole que se fuese á la enfermera para ser curada.

¡Oh Jesús, dijo entonces Margarita, tú eres mi

médico, eres tú quien debe curarme! Jesús la curó pero le quedarou anchas cicatrices. Entretanto la Superiora, toda afanosa, mandó una hermana á averiguar la gravedad del mal.—Estoy curada—respondió la beata, y no permitió que la otra la observase con los propios ojos. Habiendo sabido esto la Superiora, le aplicó un castigo por la desobediencia, y Jesús le quitó del todo las gloriosas cicatrices, y durante cinco días la tuvo allí ante sus pies sin permitirle levantar la mirada á su Corazón adorable.

Más camina hacia el término de su viaje un pigmeo, dando cuatro pasos sobre el recto seudero, que no un gigante dando cincuenta fuera de él. ¡Tantas devociones particulares por propia inclinación, y después dejar las cosas de regla y las prescripciones de los superiores!... Sudar, por ejemplo, afauarse y perder el sueño, ya sea para adornar el altar, ó para hacer uu regalo á la Superiora, ó por un capricho cualquiera, y después llegar siempre tarde al refectorio y á otros actos de la Comunidad, omitir la oración en común, etc., todo esto es querer caminar fuera de la vía, porque mucho mejor es la obediencia que la víctima de los necios, que no conocen el mal que hacen: *Multo melior est obedientia quam stultorum victimae, qui nesciunt quid faciunt mali.* (Eccles. 4, 17).

3.º *Alegre y generosa.* La prontitud y exactitud pertenece especialmente á la obediencia del cuerpo, pero se requiere además la obediencia del corazón, es decir, que es necesario obedecer *Ale-*

*gre y generosamente*, ó sea, de corazón: *ex animo*, como dice San Pablo: *hilarem enim datorem diligit Deus*, (11 Cor. 9, 7); Dios ama al que da con alegría: *Cum bona voluntate servientes, sicut Domino et non hominibus*, (Ephes. 6, 7); servidlos con amor, haciéndoos cargo que servís al Señor y no á hombres.

Aquella que á la primera señal de obediencia corre inmediatamente y lo hace todo con exactitud, pero refunfuñando ó sea murmurando contra quien ordena y contra la cosa mandada (á menos que no barbote con santas jaculatorias; p. g. ¡Dios mío ayúdame! ¡Bendice á mi Superiora, etc.! ¡Que se haga tu voluntad y no la mía, etc...!) no puede decir que obedece con espíritu de fe y con perfección.

Las hay que obedecen alegremente en todo lo que es conforme á sus caprichos, pero si se les manda algo difícil ó repugnante, luego protestan y llenan la casa de lamentaciones y amenazas. Estas, en sustancia, no dicen al Señor como San Pablo: *Domine, quid me vis facere?* (Act. 9, 6), ¿Señor, qué quieres que yo haga? sino que exigen se les trate como al ciego del Evangelio, al que Jesús le preguntó: *Quid vis tibi faciam?* (Luc. 18, 41). ¿Qué quieres que te haga? — ¿qué mandas pobre ciega? dilo no más, que tus superiores son tales cabalmente para obedecerte... ¡El mundo al revés! ¡pobre ciega!

Otras hay que obedecen, sí, pero por puro temor, olvidando el aviso de San Pedro que dice: *Animas vestras castificantes in obedientia cha-*

*ritatis* (1.<sup>a</sup> Petr. 1, 22); purificando vuestras almas con la obediencia del amor.

Jesús fué de buena gana y hasta con gran deseo á la muerte de cruz por uosotros. «*Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado. ¡Oh! ¡y cómo traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido!» (Luc. 12, 50).

San Juan nos dice que aproximándose el tiempo de su partida para el Paraíso *ipse faciem suam firmavit, ut iret in Jerusalem* (Luc. ix, 51); es decir *mostró su rostro decidido* para ir á Jerusalén, precisamente á aquella ciudad donde sabía que le esperaban para sacrificarle.

Ahora bien, si de veras amamos á Jesús, debemos también nosotros *faciem nostram firmare*, es decir, mostrar un semblante decidido, y abrazar alegremente la santa obediencia, cuando nos cambien de oficio, ó de casa ó de país, aun cuando tuviéramos la certidumbre que allí habíamos de morir pronto. ¡Ah! morir por amor de aquel Jesús que ha muerto por nosotros, ¡qué consuelo para el corazón de una verdadera Esposa suya!

«Madre mía, decía Santa María Magdalena de Pazis á la Superiora, haga Ud. caso que sea yo el andrajo de la Comunidad. Cuanto con más libertad me ordene, tanto más amor le tendré y rogaré á Jesús por su Reverencia para que le recompense la gran caridad que me hace».

4.º *Sea ciega*, (Obediencia de la mente). Santa Teresa solía decir que si todos los ángeles

del Cielo se juntasen para darnos una obediencia, y el Superior nos intimase otra contraria, deberíamos preferir la orden de este último, porque en el primer caso puede haber ilusión, mas no en el segundo, porque el Superior representa á Dios. Por consiguiente 1.) no fijarse en si la que, para vosotras representa á Jesús, sea ignorante, defectuosa ó tal vez no muy buena. Es una verdadera fortuna tener una Superiora, que, al menos á nuestros ojos, tenga defectos. Así se verá si somos verdaderamente obedientes, es decir, si obedecemos á Dios más bien que al hombre. (*San Alfonso*). ¿Qué diríase de un católico, que no quisiese prestar reverencia á un Crucifijo, porque no es de oro, ó de plata, sino sólo de madera? 2.) No hacer caso de la habilidad, prudencia, ni otras virtudes de la superiora, ni si manda dulce ó bien ásperamente, puesto que se debe obedecer para hacer honor á la voluntad de Dios, y no á la voluntad de la Superiora, la cual no es sino un instrumento que nos manifiesta la divina voluntad. Siempre es voz del Angel de Dios tanto la campana de sonido argentino, como la campana rota, ó bien la matraca de la Semana Santa.

Si yo al ir á mi patria me encuentro en una encrucijada con peligro de tomar el camino de un abismo ¿qué me importa si el que me indica el camino recto de la patria lo hace con palabras duras, más bien que con acentos dulces y suaves? Yo siempre se lo agradeceré de corazón.

Si una Comunidad tuviese por superior á un Angel del Cielo, ¿estaría quizás, con respecto á

obediencia, en grado de subir á más alta perfección que otra, dirigida sólo por una mísera mortal? Cierto que no; porque en el primer caso es muy fácil obedecer por puro placer sensible, por entusiasmo, etc., y por eude con poco ó ningún mérito, mientras que en el segundo caso hay que hacerse violencia contra nuestro amor propio.

Cuanto más áspera é irascible es una superiora, tanto más providencial puede ser para la Comunidad y para las súbditas: 1.º porque hay más mérito en obedecerla; 2.º porque ella misma viéndose así, tiene motivos para humillarse y no cometer disparates, de los que la soberbia produce; 3.º porque las súbditas que presencian y sufren los tristes efectos del carácter iracundo de la superiora, no serán tentadas de imitarla, por esta parte, si llegan á ser elegidas superiores de alguna casa.

Dijo Nuestro Señor á la Beata M. Alacoque: Todo superior, sea bueno ó malo, ocupa mi lugar. Y San Francisco de Asís solía repetir á sus religiosos: Sea cada cual como un ciego que se deja conducir por sus superiores; ó bien cual cadáver, que nunca se lamenta, ni tampoco chista, de cualquier modo se le trate y doquiera se le coloque.

San Ignacio quería que todo Jesuita fuese como un palo, en manos de un anciano, que lo usa como quiere. Y nuestro Venerable don Bosco quería que nos dejásemos mapejar por la obediencia como su pañuelo blanco, que se dejaba doblar, extender, estrujar, etc., sin levantar la menor oposición.

Una óptima religiosa, queriendo imitar al pie de la letra á ese campesino, quien á cualquier orden que le diese su patrón, contestaba siempre: Sí, señor. Cuando la obediencia pareciale muy difícil, echábase á los pies del Crucificado, á cuyos pies estaba escrito: *factus obediens usque ad mortem*, (*Philip. 2, 8*); se imaginaba que Jesús le dijera: *Inspice et fac secundum exemplar*, (*Exod. 25, 40*); mira bien, y hazlo según el modelo que se te ha propuesto en el monte Calvario; y obedecía alegre y generosamente sin decir: esta boca es mía.

5.º Obedecer también en aquellos casos que nos parecieran humanamente tantos despropósitos (con tal de que no sean contra la santa Regla); porque en tales casos no se obedecē para hacer despropósitos, sino para cumplir la voluntad de Dios; y de este modo el *despropósito* de quien manda se trocaría en *propósito* para quien obedece. Y San Alfonso añade que, estando nosotros en duda de que sea ó no pecado la cosa mandada, debemos todavía obedecer, porque en tal caso el error sería de quien manda, no de quien obedece.

Un profeta, narra la Santa Biblia, se encontró con otro que le dijo: *In sermone Domini percute me*: Hiéreme de parte del Señor.—No haré esto jamás, respondió éste.—Y aquél le dijo: «Por cuanto no has querido obedecer la voz del Señor, apenas te apartes de mí, te matará un león». En efecto así sucedió. Aquel profeta prosiguió su viaje y habiendo después hallado á otro hombre le repitió la misma intimación: *Percute*

*me*: hiéreme, y este último obedeció, porque la obediencia aunque pareciese extraña, no lo era, mientras venía intimada en el nombre de su Señor, *in sermone Domini*. (Lb. III. Reg. Cp. 20, 35).

Y no vacilemos en obedecer, aun cuando se comprometiese el éxito de las más grandes obras. La perfección religiosa no consiste en hacer maravillas, sino en cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios al grito de «Dios lo quiere» sacrificémoslo todo, hasta el placer de hacer el bien.

Propongamos, pues, de no exigir jamás que nos den á saber el *por qué* de lo que se nos manda porque al fin y al cabo si no obedecemos hasta que no nos hayan explicado el *por qué* y solamente cuando nos parece buena y útil la cosa mandada, en tal caso, obedecemos á nuestro propio juicio, más bien que á la voluntad de Dios, y no hacemos en rigor cuanto El quiere de nosotros y como El lo quiere; y de consiguiente, nuestra obediencia pierde mucho de su mérito. — Verdaderamente sabio es aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya. (*Imit. Lb. 2. C. 3*).

Sin embargo, es siempre lícito hacer á los propios superiores todas aquellas observaciones que se creen justas, con tal de que lo hagamos con sinceridad, con respeto, con sumisión y resignación.

*Objecion.*—¿Y si la superiora no diese buen ejemplo? ¿si, por ejemplo descuidase bastante el bien espiritual y temporal de la casa? ¿habría aún obligación de obedecerla?

*R.*—En toda Comunidad bien regulada no fal-

ta quien tiene el encargo de amonestar, cuando se ofrece el caso, á la superiora que desviase del recto camino. Pero si no hubiese tal consejera, tendrían obligación las demás de avisar á los superiores mayores, para que pongan remedio, siempre que se trate de impedir males graves á la Comunidad entera; ex. gr: si ya no se observase el santo silencio; si se repitiesen en demasía recreos, meriendas, etc.; si se hiciesen muchos y vistosos regalos á expensas de la santa Pobreza; si se tuviese harta familiaridad con la gente del mundo, etc., etc.

Con eso y todo, cualquiera que sea la conducta de la Superiora, no se le deberá faltar al respeto y obediencia, excepto en el caso que mandase cosas que son *evidente pecado*.

6.º Obedecer no sólo á los superiores principales, si que también á los secundarios. Ello es cierto que, si la cosa debiese estimarse humanamente, con dificultad podriase inducir á un hombre á que obedeciese á otro hombre, máxime si éste nos fuese inferior por edad, ciencia, etc.; pero el someterse á un hombre cualquiera, que hace las veces de Dios, es sumamente glorioso, porque se obedece y sirve á Dios mismo; y todos sabemos que *servire Deo, regnare est*.

7.º Obedecer también en las cosas arduas y difícilísimas, sin emitir lamentos. San Basilio hubiera querido ver á todo religioso cual ovejita, que se deja conducir al matadero sin abrir la boca para quejarse. (*Isai. 53, 7*). Así lo practicó nuestro modelo Jesús, que descendió del Cielo

para obedecer al hombre; y obedeció perfectamente sin nunca contradecir: *Ego autem non contradico. (Isai, 50, 5).*

Y obedeció no sólo hasta la muerte, sino que sigue y seguirá obedeciendo hasta el fin del mundo á cuantos sacerdotes tienen la dicha de manejarle y mandarle en la Santísima Eucaristía. *Ego autem non contradico:* yo no me he resistido.

Y sus grandes imitadores María y José, tuvieron especial cuidado de no preguntar al Angel: ¿Por qué quiere Dios que vayamos á Egipto, nuestro enemigo, más bien que á la patria de los Reyes Magos, que tanto nos quieren?—¿Por qué partir de repente, de noche y sin tener nada preparado para un viaje tan largo y peligroso?—¿Por qué el Omnipotente no detiene el brazo del cruel Herodes? etc. ¡No! Ellos no chistaron, mas obedecieron luego el mandato al pie de la letra.

8.º Obedecer hasta cuando una especie de humildad (¡falsa!) nos aconsejara hacer á un lado la obediencia.—Jamás por jamás dijo Pedro á Jesús, no me lavarás los pies.—Mas Jesús respondióle: Si no te dejas lavar, no tendrás parte conmigo. (*Joan 13, 8*). ¿Será posible? ¿hasta desheredarlo por tan leve, y, al parecer, humilde desobediencia? Así fué, y lo tenía bien merecido, dice San Basilio, porque desobedeció á la voluntad de todo un Dios. (*San Basilio*). La obediencia es la hija primogénita de la humildad.

9.º Obedecer, finalmente, tan á ciegas, que nunca admitamos que los superiores se han equivocado con mandar esto ó estotro. Ellos, cabalmente

porque son superiores, están más en alto, su horizonte es más vasto que el nuestro, y pueden tener, para intimar ciertas obediencias, muchos motivos de interés general, que el súbdito no conoce.— Pero; ¿son ellos infalibles quizás?— No; mas tú eres más falible que ellos, pues no tienes, como ellos, la gracia del estado para mandar.

—Conque, ¿deberé decir que es verdad lo que yo tengo por error? ¿deberé llamar blanco á lo que estoy viendo que es negro?—No digo tanto yo, pero te digo y repito: Si la cosa mandada no es pecado, ¡no mires y obedece ciegamente!...

V.—Dos ejemplos de obediencia admirable.

Era el tiempo del terror (1793) y diez y seis Hermanas Carmelitas de Compiégne, por haber conservado la imagen del Sagrado Corazón y cantado alabanzas en su honor, fueron condenadas á la guillotina. Mientras se les leía la sentencia de muerte, ellas recitaban las Letanías de los Santos. Yendo en seguida al lugar del suplicio con blancos vestidos y radiantes de alegría, cantaban la Salve y el *Te Deum*, y llegadas apenas al pie del cadalso, entonaron animosas el *Veni Creator*, que dejó terminar el verdugo. Inmediatamente después renovaron sus santos votos en alta voz, y una de ellas con énfasis exclamó: «¡Oh! ¡cuán feliz sería si mi muerte corporal sirviese para dar la vida espiritual á mis verdugos, y así se aplacara la ira de Dios!» La Superiora, Madre Liduvina, pidió y obtuvo el permiso de ser la última ajusticiada. Entonces aquellas santas religiosas antes de subir

al palco feral, una en pos de otra iban á arrojarse á los pies de la Madre Liduvina, y cada una le decía con el corazón en los labios: «Madre mía, ¿me permite ir ahora á morir por amor á mi Jesús?»—«Sí, hija mía—respondía aquella heroína». Pocos minutos después todas aquellas diez y seis palomitas habían volado al cielo, muriendo, á imitación de Nuestro Señor Jesucristo, en el acto mismo de la santa obediencia.

Os voy á citar otro ejemplo de obediencia heroica.

Yo mismo lo supe de testigos oculares.

En 1861, un terremoto espantoso destruyó en pocos minutos toda la ciudad de Mendoza, (República Argentina). De 16.000 habitantes perecieron 10.000, y de cuarenta religiosas del *Monasterio de María* unas veinticuatro quedaron sepultadas bajo las ruinas. Hubo una, sin embargo, que quedó enterrada, pero no muerta; fué la madre Silva. Con las tijeras de hacer flores trabajó ésta durante *cinco días* perforando la pared (de adobes), que le había caído encima sin aplastarla, habiendo formado con las otras paredes una especie de cabaña. Salida finalmente de allá más muerta que viva, en el acto que, tambaleando, se dirigía hacia el pozo del jardín para apagar la sed, fué vista por el Gobernador que dirigía las obras del salvamento. Hizo éste que la llevaran en carroza á un hospital improvisado sobre la orilla del río cercano. Llegada allá, el mismo Gobernador le ofreció una bebida espirituosa. Pero la Madre Silva la

rehusó diciendo: «No está aquí la Madre Superiora para pedirle permiso». Y solamente condescendió á las repetidas instancias, cuando oyó estas palabras: «A mí también se me debe obedecer, que soy el Gobernador».

¡Cuánta diferencia entre tales heroínas y ciertas religiosas!

¡Obediencia! ¡Obediencia! ¡Oh esposas de Jesús!

El Venerable don Bosco, visitando la casa de la fundación de sus primeras Hermanas en Moruese, solía repetirles: «Obedeced, oh hijas, obedeced siempre en todo. Sea siempre vuestra obediencia, pronta, exacta, alegre y ciega».

Considerad á vuestras Superiores, no sólo como Hermanas, sino como á Madres amorosas, que no desean otra cosa sino la gloria de Dios y la salvación de vuestras almas; que á otra cosa no aspiran sino á vuestro provecho espiritual y al de vuestras compañeras.

Consideradlas como á representantes de Dios mismo, mirando en sus órdenes otras tantas manifestaciones de la Divina voluntad. Y si aconteciere alguna vez que os dieran ellas órdenes no conformes á vuestro gusto y deseos, no por esta causa rehuséis acatarlas. También á ellas se les hace difícil mandar cosas graves y desagradables, y si así lo hacen, es sólo por la mayor gloria de Dios y bien del prójimo. Mucho más seguro es estar en obediencia que en mando.

¿Queréis la paz del corazón? No la hallaréis sino en la humilde sujeción á vuestros superiores.

¿A qué vinisteis á la casa religiosa? Habéis

venido para servir y obedecer, no para mandar. Y si algún día os tocara mandar, tened presente lo que dice la Imitación: «Ninguno preside dignamente, sino el que se sujete con gusto. (*Lb. 1. Cp. 20*). Ninguno manda con razón, sino el que ha aprendido á obedecer sin replicar. (*Ibid*).

Sacrifiquemos, pues, de buena voluntad nuestros gustos y comodidades por todos estos nobilísimos fines, pensando que nuestra obediencia será tanto más meritoria delante de Dios, cuanto mayor haya sido el sacrificio para ponerla en práctica.

Bien será que de vez en cuando nos examinemos sobre si nuestra obediencia ha sido hasta la fecha una moneda buena, con la imagen y la inscripción de Dios, (*Matth. 22, 20*), ó si por motivos humanos, por amor sensible y estimación de la superiora; por inclinación natural, etc., y no exclusivamente por Dios, en términos que de nada sirvan para obtenernos el pasaporte para el Cielo.

Tratemos de dar cada día un paso hacia adelante en la perfección de la obediencia.—Cuando eras más mozo, dijo Jesús á San Pedro, te ceñías el vestido, é ibas adonde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no gustes. (*Joan. 21, 18*).—Los principiantes, dice á este propósito San Francisco de Sales, se ciñen por sí mismos, hacen la voluntad propia; mas los aprovechados y ancianos en la virtud y perfección, se dejan atar por otros, y se someten con generosos esfuerzos á la santa obediencia.—¡Seamos ancianos y no principiantes!

*¡Fiat voluntas tua!* ¡Sea éste el clamor continuo de nuestro corazón obediente! Del recién mentado Salesio, dejó escrito Santa Francisca de Chantal que, al fin de sus días, su vida no era más que un *fiat* sin interrupción.

Lo propio podemos decir de nuestro Venerable Padre don Bosco, que tan de cerca imitó á su modelo San Francisco.

Ahora permitid que mi voz, haciendo eco á la de mi dulcísimo Padre, os repita:

¡Obediencia! mis buenas Hermanas, y contentaréis así el espíritu electo de vuestro santo Fundador, atrayendo sobre vuestra Madre la Congregación las bendiciones de Dios: *Qui obedit Patri refrigerabit Matrem. (Eccli. 3, 7).*

¡Obediencia! y os encontraréis contentas en vida y especialmente en punto de muerte, porque habréis imitado á vuestro Divino Esposo. *Jesus factus obediens usque ad mortem. (Ad. Phil. 2, 8).*

¡Obediencia! Pero fundada en la fe y en el puro amor divino, que considera á Dios en los Superiores, y obtendréis así un grande sostén para alcanzar la santidad y acumular con seguridad innumerables tesoros para el cielo, porque está escrito por el mismo dedo de Dios, que el hombre obediente cantará la victoria. *Vir obediens loquetur victoriam. (Loc-cit).*

## CONFERENCIA III

### SANTA REGLA

Nolite facere iniquum aliquid  
in regala.

No pequéis contra la Regla.  
Lev. XIX 35.

«La obediencia, dice San Alfonso de Ligorio, es la pupila de los ojos de la Congregación; ella es la que hace á los religiosos. Si se pierde la obediencia, la Congregación se acabó, no es ya casa de Dios. Cuando no se obedece, ¿qué están haciendo ya en la Congregación?»

La obediencia hace fáciles todas las cosas. Ningún obediente se ha condenado nunca, dijo San Francisco de Sales. Pero es necesario obedecer bien, y esto quiere decir, imitar á María Santísima, la cual, según el decir de San Bernardino de Sena, fué cual *Rueda perfecta*, porque á cualquier leve inspiración ó mandato divino, pronto se movía para cumplirlo.

Obedecer bien, significa imitar especialmente al perfectísimo tipo de la obediencia, Jesús, nuestra vida y modelo, el cual no sólo fué obediente á María y José, sino hasta á los verdugos *usque ad mortem crucis*, y aún ahora obedece ciegamente á millones de sacerdotes... en su Augustísimo Sacramento.

Obedecer bien quiere decir, que nuestra alma á cualquiera señal del Superior ó indicación de la

santa Regla, por decir así, se derrite, tomando, como hace el agua en un recipiente, la forma perfecta exigida por la santa obediencia, de manera que con toda razón se pueda exclamar con la Esposa de los Cantares: Mi alma se derritió tan luego como Dios me hubo hablado por medio de los Superiores ó de las santas Reglas. *Anima mea liquefacta est ut (Dilectus) locutus est.* (Cant. 5, 6).

Después de la instrucción sobre la obediencia á los Superiores, debemos entretenernos naturalmente sobre la necesidad, excelencia, utilidad y práctica de la santa Regla.

He aquí enunciado, pues, el tema de esta conferencia. ¡Asístanos nuestra buena Madre la Virgen María!

*Necesidad.* 1.º La santa Regla es una manifestación de la voluntad misma de Dios con respecto á nosotros.

Es pues el mismo Dios el que quiere que la practiquemos.

Recordemos la visión que tuvo San Francisco de Asís una noche sobre el monte Alvernia. Vió el suelo cubierto de migas de pan y oyó una voz que le decía: «Recógelas y haz de ellas una hostia y dala á tus religiosos».

El santo obedeció y vió que algunos que se alimentaron de ella con desprecio, inmediatamente se volvieron leprosos. En la mañana siguiente anunció la visión á los suyos, pero ninguno entendía su significado. Entonces resonó otra vez la misma

voz y dijo: «Las migajas de pan son las palabras del Santo Evangelio; la hostia es la santa Regla; la lepra es la iniquidad».

Francisco puso inmediatamente por escrito la santa Regla, que ya había meditado bajo la divina inspiración, y la dió á Fray Elías. Pero éste la perdió. Francisco por orden de Dios la escribió por segunda vez. Pero Elías y otros religiosos poco fervorosos, intentaron rechazarla, so pretexto de ser demasiado rigurosa. Entonces San Francisco vuelto al Señor, así le apostrofó dulcemente: «Pero ¿no ves, Señor, que absolutamente no la quieren?» En ese momento fué vista por todos una nube, de la que salió una voz, que dijo: «Soy yo el autor de la Regla, á ti sólo te toca darla á conocer y hacerla cumplir puntualmente á la letra y sin glosa. Y los que la rechazaren, yo los haré reemplazar por otros, que sacaré si fuese necesario, de las mismas piedras!»

También vuestra Regla, oh hermanas, os la ha dado Dios por medio de la aprobación de su Vicario, el Sumo Pontífice. Ahora bien, ¿quién será tan audaz como para resistir el querer de Dios?

La santa Regla es una epístola, que El os manda desde el cielo, á fin de que conozcáis su voluntad: á vosotras no os toca sino responder —Amén. ¡Sí! ¡obedeceré! *Per amore di Gesù, capogiu! Per amore di Maria, così sia!*

¿No lo hemos dicho en los primeros días de nuestra vocación, *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que yo haga? (*Act. Apost. 9, 6*). Y El nos contestó con la Regla en la mano: *Tolle,*

*et lege; hoc fac et vives. (Luc. 10, 18).* Toma y lee y haz cuanto aquí te digo, y tendrás la vida eterna. En el día del juicio yo no haré sino comparar esta misma regla con tus acciones, antes de pronunciar el dulcísimo: *Veni, Sponsa, accipe coronam*, ó el terribilísimo: *¡Nescio vos!*

2.º Sois religiosas, ligadas, á saber, dos veces con vuestro Dios, por el ligamen de los Divinos preceptos y el de la Santa Regla. El nombre mismo de *Religiosas* hace comprender que quien no sigue la Santa Regla, es religioso sólo de nombre.

3.º La necesidad de obedecer á la Santa Regla, resulta también de la emisión que habéis hecho de vuestros votos *según las Constituciones, es decir, según la Regla misma.*

Sin esta formal promesa, vosotras no habríais sido ciertamente admitidas á los votos. Pensadlo bien.

Es cierto que las Reglas no obligan por sí mismas bajo pena de pecado: pero en la práctica, dicen los teólogos que se peca:—a) cuando la cosa prohibida por la Regla fuese intrínsecamente mala, ó bien, la cosa prescrita fuera necesaria para salvarnos;

b) cuando se violase la Regla por desprecio;

c) cuando los superiores nos mandasen, por ejemplo en virtud de santa obediencia ó en nombre del Espíritu Santo, ó so pena de culpa grave;

d) cuando con despreciar y maltratar la Santa Regla se conculca al mismo tiempo alguno de los Santos Votos;

e) cuando la violación habitual de la Regla

fuese de detrimento al espíritu religioso y de escándalo ú otro daño para la Congregación;

f) cuando las faltas á las Reglas proviniesen de alguna pasión desordenada: por ejemplo, si por pereza tardara en levantarse por la mañana; ó si se comiese fuera de regla, sólo por satisfacer la gula; si se quebrantase el silencio por cólera, y si por espíritu de locuacidad se profrieran palabras ociosas en tiempo de silencio, estando escrito en el Santo Evangelio que de toda palabra ociosa deberemos dar cuenta en el día del juicio. Y es bueno saber que se llama palabra ociosa, la que se pronuncia sin necesidad ó sin motivo de caridad ó de conveniencia. (San Gregorio).

Es evidente que en tales casos las culpas serían graves ó ligeras, según la gravedad de la materia y la voluntad deliberada de ofender las virtudes contrarias á los vicios preindicados. Hasta las personas seculares serían culpables en tales casos.

4.º El cumplimiento de la Santa Regla os es necesario para progresar en el camino de la perfección (lo cual es para vosotras de estricta obligación, porque es cosa propia de vuestro estado).

La que deja á un lado la Santa Regla, renuncia á hacerse santa. Cuando una persona del mundo dice á su confesor: «Padre, he vivido en un gran olvido de Dios,» quiere decir, que probablemente habrá barrenado toda la ley. Y si una religiosa desde algún tiempo no hace ya caso de la Santa Regla, el confesor deduce que en el corazón de ella hay muchas miserias. Y aun dado el caso que ésta hiciese milagros, no se le debía

creer, porque el primer verdadero milagro de una religiosa debe ser el cumplimiento de cada punto de la Santa Regla.

Una religiosa no tiene valor ninguno, como tal sino en relación con la Santa Regla. Por ella y en ella lo es todo, sin ella no es nada, aunque pase su nombre de boca en boca, ensalzado por todo el mundo. *Superior fui, et nihil est*, dice la Imitación de Cristo; *religiosus fui, et est aliquid*: he sido superior y eso es nada... religioso he sido, á saber: practiqué mi Regla, y esto es algo.

En el juicio de Dios, oh religiosa, serás premiada sólo á condición de si has vivido *secundum regulam*.

En el Purgatorio pagaremos hasta el último centavo, si no hemos dedicado á los ejercicios espirituales todo el tiempo que la Regla manda (*San Bernardo*). Nuestras faltas de fidelidad á la Santa Regla, me hacen temblar más que las persecuciones. (*San Alfonso*).

Y Jesús dijo á su sierva la Beata Margarita: «Tú no podrás complacermé mejor, que caminando con constante fidelidad y sencillez por la senda de las Santas Reglas, según las cuales los más pequeños defectos, son grandes á mis ojos, mucho más grandes que los de las demás personas».

El religioso se hace traición á sí mismo y se aparta de mí cuando piensa hallarme por otro camino que no es el de la santa observancia de sus Reglas. (*Imit. libr. 1.º*)

5.º *Todavía más*: Uno de nuestros grandes deberes es el de dar buen ejemplo, tanto en casa

como fuera de ella, no menos que promover muchas vocaciones para nuestra Madre la Congregación. Pero aquella que con facilidad quebranta la Santa Regla, fácilmente escaudaliza á las de la casa y probablemente también á los de fuera, porque los seculares no os estiman sino en cuanto practicáis vuestra Santa Regla. Las vocaciones, de consiguiente, ya no irán á tocar las puertas de una casa religiosa inobservante; y si ya alguna hubiera por desgracia tocado, los confesores estarían obligados en conciencia á alejarla de allí é introducirla más bien en otra casa de verdadera observancia.

De lo dicho hasta aquí, se sigue que la obediencia á las Reglas es para vosotras una imperiosa, bien que dulcísima necesidad, pero para cumplirlas con más gusto servirá el considerar muy bien

II. *Su excelencia*: La Santa Regla puede definirse, el libro de la vida, la medula del Santo Evangelio, la escala del Cielo, la esperanza de nuestra salvación, el pasaporte y la llave del Paraíso; el maná del alma, la medula de nuestra perfección religiosa, nuestro muy hermoso libro de meditación, nuestro libro de texto para poder estudiar, practicar y así salir otras tantas maestras en la santidad; (texto mucho más necesario de lo que lo sean otros para la adquisición de las ciencias humanas y divinas).

La Santa Regla es, á buen seguro, una especie de línea recta, que yendo paralela á la línea de

los santos Mandamientos, forma para vuestras almas una preciosísima trocha, por la cual, caminando de virtud en virtud, podréis fácilmente llegar al abrazo del Esposo Divino, que allá os espera en las puertas de la eterna Sion.

La Santa Regla es un tesoro precioso que Jesús regala á su Esposa á fin de que crezca continuamente en virtudes y méritos. Es una fuente salu- tífera de donde manan perennes aguas de vida. Es un collar de perlas más preciosas que el oro y el topacio: *Mandata tua super aurum et to- pazion (Ps. 118)*, con el cual el Divino Esposo orna el cuello de sus felices Esposas.

Las santas Reglas sirven para una religiosa como de místicas alas para remontarse siempre en alto hacia su Amado, centro de sus afectos y de su reposo.

La Santa Regla es la más preciosa reliquia que os dejó como herencia vuestro Fundador, (quien trabajó en los fundamentos de ella con una paciencia de santo) y que fué perfeccionada des- pués por el mismo Vicario de Nuestro Señor Je- sucristo.

Cuando uno considera de un golpe de vista todas las obras gigantescas del Venerable don Bosco, queda justamente maravillado de ellas. Pero la Santa Regla bien considerada, debe acrecentar este estupor, porque sin la intervención de ella nada se habría podido llevar á cabo en todas esas obras tan estupendas. Es el mejor libro que salió de su ánrea pluma así como el mejor libro de meditación para nosotros.

Y por este motivo, oh Hermanas, el mejor modo de alabar y demostrar verdadero cariño á nuestro Padre Fundador, es el de practicar la Santa Regla.

La Santa Regla es la base de la potestad de los Superiores, quienes nada pueden mandar *contra Regulam*, ni fuera de ella, pero pueden y deben mandar todo aquello que es necesario para la observancia exacta de la misma Regla, y lo que está en ella implícitamente incluído, como sería la pena contra los transgresores, la manera de cumplir los empleos, oficios, etc.

III. *Utilidad*. Pero aquí se me podrá objetar que: por más que la Regla sea cosa excelente, no deja de ser una carga, una cadena pesada, y por ende una verdadera penitencia, etc.

Y ¿qué se sigue de esto? ¿Quiéu de nosotros está sin pecado? ¿Y no ha dicho el Señor, que si no hiciéremos penitencia, todos iremos á la perdición? ¡Con seguridad! Si no hacéis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. 13, 4). Es, pues, para vosotras una fortuna, el ser dulcemente obligadas á hacer todos los días, y, casi diré, cada momento un poco de penitencia, obedeciendo á vuestra Santa Regla.

¡Un peso la Regla! Concedamos que así sea, pero es como el peso de la rueda para un carro, y el de las alas para un pájaro; peso mínimo, peso sin el cual quedaríamos aplastados bajo otro peso más grave, ni podríamos dar un paso en el camino

de la Patria celeste. ¡Ay del avecilla si no tuviese alas! Muy pronto la pobrecita sería presa del gavilán.

Las Santas Reglas son cadenas, es cierto, pero cadenas de oro con que Jesús fuertemente os estrecha á El para que no caigáis entre las cadenas ominosas del demonio, del mundo y del vicio; de modo que podáis decir con San Pablo: *Ego vincetus Christi. (Ephes. 3, 1)*. Yo estoy presa por amor de Jesucristo.

Mi esclavitud es de verdadera libertad, *qua libertate Christus nos liberavit. (Galat. 4, 31)*; porque estas cadenas me impiden hacer el mal.

Las Santas Reglas son los fortines avanzados, que protegen la muralla, ó sean los baluartes de la Religión, que son los preceptos de Dios y de la Iglesia.

Son como fuertes llaves y cerraduras del alma, á fin de que esta pobrecita no sea fácilmente saqueada por el ladrón infernal. (*Isai. 26, 1*). Por eso es que toda religiosa deberá alabar y dar gracias al Señor con la palabra del salmista: *Lauda, Jerusalem Dominum. (Ps. 147)*. Alaba á tu Dios, alma mía, porque El ha asegurado con fuertes barras tus puertas; ha establecido la paz en tu territorio (con la santa confesión) y te alimenta de la flor de harina (con la comunión frecuente).

«La Regla, añade la Madre Savouhe, nos sirve de guía en todos los países, en todas las regiones, en todo empleo, en toda necesidad».

La Regla, es pues, un gran regalo que os ha hecho el buen Dios; es, como ya se dijo, la mani-

festación clara de su voluntad con respecto á vosotras. «La Regla viene de Dios y os conduce á Dios». (Santa Juana de Chantal). Y os conduce tan seguramente, que el Papa Benedicto XIV dijo que estaba dispuesto á canonizar á aquel religioso, que hubiese siempre escrupulosamente observado todas y cada una de sus reglas. ¡Cuántas, oh, cuántas hermanas, desde los comienzos de Morne-se hasta ahora, subieron al Cielo por esta áurea escala, desde cuya cima don Bosco, vuelto hacia sus hijas, exclama: «La que quiera salvarse, que suba por esta escala de vida eterna».

La santa obediencia á la Regla, además de ser benéfica para la religiosa, atrae aún los favores del Cielo sobre toda la comunidad. Una religiosa observante, personificación de la Regla, es un libro vivo y abierto con su ejemplo de vida para las otras; mientras que al contrario, la relajación destruye poco á poco la comunidad, aunque ésta fuese la más observante.

Las vocaciones religiosas crecen ó decrecen en razón directa de la observancia ó inobservancia de las Santas Reglas. Está escrito que sobre todas las que siguieren esta Santa Regla, vendrá la paz y la misericordia, así como sobre el verdadero Israel, pueblo de Dios, es decir, sobre toda la santa comunidad, *et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia et super Israel Dei.* (*Ad Galat. 6, 16*).

Podremos, pues, decir sin temor de equivocarnos, que, mediante la práctica de la Santa Regla alcanzaremos toda suerte de bienes: *Venerunt*

*mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap. VII, 11).*

¡Cuántos motivos no tienen, pues, las religiosas de secundar la presente observación de San Pablo, á fin de que todas tengan los mismos sentimientos y perseveren en la misma Regla! *ut idem sapiamus et in eadem permaneamus Regula. (Ad Phil. 3, 16).*

#### IV. Exhortación á la práctica de la Santa Regla.

1.º De lo dicho hasta aquí sobre la necesidad, excelencia y utilidad de la Santa Regla, se deduce que debéis ante todo examinaros cada día sobre aquellos puntos de la Regla, que fueran tal vez un poco descuidados por vosotras, á fin de procurar luego la enmienda.

Toda voluntaria é injustificada infracción de la Santa Regla, es ocasión de una sustracción de divinas gracias: *qui spernit modica paulatim decident. (Eccli. 12, 1)*; y por lo contrario, todo acto de acatamiento á un punto cualquiera de la Santa Regla, logra un aumento de gracia y de mérito para el Cielo.

La que infringiese una de esas mínimas reglas, mínima será llamada en el reino de los Cielos: *qui solverit unum de mandatis istis minimis, minimus vocabitur in regno coelorum. (Matth. 5, 19).*

Reglas *mínimas* son, por ejemplo, las que se refieren á la disciplina y á la regular observancia; y las *máximas* son las que respectan la sustancia

de los votos y del estado religioso, como también las que fuesen expresadas á manera, no de consejo, de amonestación ó dirección, sino de precepto y orden terminante. Empero para una verdadera religiosa no hay reglas mínimas, puesto que las considera todas cual importantes factores para alcanzar la gloria de Dios y la propia perfección, á la que debe buscar incesantemente. Ella sabe muy bien que un naufragio puede ser causado tanto por una gran oleada, como por un hilo de agua que se deje infiltrar en la carena.

Ella recuerda que la fuerza de Sansón toda consistía en los cabellos; cortados los cuales, volvióse débil y cayó en las manos de sus enemigos.

¡Oh, que ninguna peque jamás contra la Regla!  
*Nolite facere iniquum aliquid in regula. (Loc. cit.)*

2.º No os olvidéis jamás de que sois las afortunadas Esposas de Nuestro Señor Jesucristo y que debéis por ende imitar sus preclaros ejemplos. Jesús no estaba en manera alguna obligado á las ceremonias legales, ya de la dolorosa Circuncisión, ya del Bautismo, ya de ir á Jerusalén para la Pascua; con todo dijo: *Non veni solvere, sed adimplere. (Matth. 5, 17)*, es decir, á obedecer escrupulosamente hasta la más leve prescripción de la ley. *Jota unum, aut unus apex, non praeteribit á lege donec omnia fiant. (Ibid. 18)*. No dejaré de cumplir una sola jota, un ápice solo de la ley, hasta que no sucedan estas cosas. Así dijo é hizo Jesús.

Y Nuestra Santa Madre la Iglesia nos recuerda que antes de dar comienzo á su Pasión, quiso

El dar perfecto cumplimiento á toda la ley: *Observata lege plene*. Lo propio podrán cantar los ángeles de cada una de vosotras. oh Religiosas, siempre que en vuestro lecho de muerte podáis exclamar con la verdad en los labios: — ¡He siempre practicado todas mis reglas, hasta la más pequeña!

Empero, ¿cómo se atreverá, pues, á llamarse su Esposa, cómo osará decir que ama á Jesús, aquella que, bajo pretexto de lo menudas que son ciertas reglas, las infringe sin más ni más á ojos abiertos, con voluntad plenamente deliberada?

Cabalmente, porque son cosas tan fáciles las que Jesús exige de vosotras, se deberán poner más fácilmente en práctica. Cuanto más ligero es el yugo, tanto más fácilmente puédese llevar.— Poco estima Jesús á la religiosa, que no estima su santa Regla, dice San Alfonso.

3.º Una verdadera Esposa de Jesucristo vive en continuo temor de violar toda clase de reglas, aunque sea levemente. Cada mínima prescripción tiene para ella tal autoridad, que á ojos cerrados se le somete con voluntad inviolable.

¿Tocan, por ejemplo á levantarse? Hela ahí que se alza inmediatamente al primer toque. Ella sabe muy bien que si hay un demonio, que está espionando el sueño para infestarle con malvadas imaginaciones, hay tambien otro que espía el levantarse para robarse los primeros pensamientos y afectos, y arrebatarse para sí un holocausto de pereza, llenando además la cabeza de esas perezosas con pensamientos inútiles y vanos.

¿Es tiempo de silencio? No le acontecerá jamás que se le escape una palabra, fuera del caso de absoluta necesidad; y aún en este caso ella sabrá hablar *en silencio*, como lo supo hacer Marta con su hermana María.—*Vocavit Mariam sororem suam silentio. (Joan. 11, 28).*

Segue siempre ella en todo á la comunidad, como la sombra sigue al cuerpo, porque esto está prescrito por la Regla, imitando así á Santa Francisca de Chantal, que, aunque fuese Superiora, se hacía escrúpulo de estar lejos de la comunidad por el espacio de una *Avenaria*.

Ella está siempre atada á las antiguas tradiciones, referidas en la crónica del Instituto, las cuales recuerdan al vivo el espíritu que reinaba en los tiempos primordiales de la Congregación; estando muy persuadida de la verdad que encierra esta disyuntiva: *ó Crónica ó crónicas*.

Ella es rigurosa en cada punto de la santa Regla, porque recuerda cuanto dijo el alma de un sacerdote salesiano aparecido á un colega suyo: «Aquí en el Purgatorio se hila más delgado de lo que se cree por los mortales; aquí se pagan hasta las transgresiones no plenamente advertidas, aun de las más pequeñas reglas!...»

Ella es también muy especialmente rigurosa en aquellos puntos de la santa Regla, que se refieren á las *Prácticas de piedad*, teniendo presente cuanto escribió San Bernardo, á saber: que en el Purgatorio pagaremos todo, hasta el último centavo, si no hubiéremos dedicado á los ejercicios espirituales el tiempo exigido por la Santa Regla.

Ella, en fin, tiene siempre presente las palabras que Nuestro Señor Jesucristo dijo á su sierva la B. M. María Alacoque: «Tú no podrás demostrar mejor tu amor hacia á mí, sino caminando con fidelidad y sencillez constante por el sendero de tus santas reglas, según las cuales, los defectos más pequeños se hacen grandes á mis ojos. La religiosa se traiciona á sí misma y de mí se aleja, cuando cree encontrarme por otro camino que no sea la exacta observancia de sus santas reglas. (*Lib. 1.º*)

4.º ¡Religiosa afortunada! Imitadora eres de la dichosa Ruth, que recogía diligentemente las espigas, que caían de las manos de los negligentes segadores (figura que eran de los que descuidan las pequeñas reglas); y mereció así ser esposa de Booz, y abuelita nada menos que de Nuestro Señor Jesucristo. A cada regla que cumples, oh religiosa, hieres el corazón de tu Esposo Divino, que así te habla. «Y heriste mi corazón, oh hermana mía, esposa amada, y lo heriste con un cabello de tu cenello (símbolo de las pequeñas reglas bien observadas): *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa... in uno crine colli tui.* (*Cant. 4, 9*).

Tú *vives de regla* y por esto mismo *vives de Dios*. Tu vocación es más firme que nunca y tu santificación es, por decirlo así, un hecho consumado.

Puede ser que á los ojos de quien te observa parezca muy poco lo que haces; más don Bosco te dice que haces mucho, porque obrando según la Regla, haces lo que debes hacer. De esotra, por

el contrario, que alcanzó fama de *factotum*, porque todo el día se afana en mil cosas á la vez, y parece que tenga todo el mundo por encima; entretanto, empero, nunca está en horario común y á menudo barrena la santa Regla en varios puntos, ¿qué cosa se deberá decir?

«Esa hermana, continúa don Bosco, hace realmente muy poco, porque aun cuando al parecer haga mucho, no hace lo que debe; y si no cambia de conducta, se irá alejando poco á poco, hasta perder de vista el camino que debe conducirla al Cielo, que es cabalmente el camino de la Santa Regla». Lo ha dicho el Espíritu Santo. Quién descuida ir por su camino, ciertamente perecerá *Qui negligit viam suam, mortificabitur.* (Prov. 19, 16). El que por el contrario tiene cuidado de su alma, es constante en su camino. *Custos animae suae servat viam suam.* (Prov. 16, 17).

¡No nos olvidemos jamás de que esas desgraciadas religiosas que perdieron la vocación, dieron sus primeros pasos hacia el abismo precisamente por haberse alejado poco á poco de ciertas prescripciones de la Regla, que ellas solían llamar bagatelas.

5.º ¿De dónde nacen ciertos escándalos, por fortuna rarísimos, que á veces hacen llorar amargamente á vuestra noble Madre la Congregación?

¿De dónde ciertos remordimientos por haber emitido los santos votos, cosa que si la queremos llamar con su propio nombre, debemos sellarla con la marca de verdadera, aunque secreta *apostasía*?

¿De dónde ciertas faltas de respeto á la Superiora, cierta incalificable testarudez en repetir en su presencia la diabólica palabra: *no quiero, no quiero?*

¡Ay de mí! ¡la causa hela aquí!—la falta sistemática de observancia de la santa Regla.

¿Qué será de esas desgraciadas en el punto de la muerte? y, lo que es peor aún, ¡ante el tribunal Divino! Bien recuerdo las angustias que experimentaba en su última agonía una de vuestras Hermanas, sólo por haber quebrantado algunas veces el silencio riguroso. ¡Pobrecita! ¡de veras que daba lástima! ¡y eso que era una buena hermana!

¡Feliz de aquella que en ese terrible instante pueda mostrar á Jesús su Santa Regla y decirle: —Tú lo sabes, oh Jesús mío, que con tu gracia la he siempre amado y practicado!

Se cuenta de un religioso, que, asaltado en punto de muerte por muchas y afanosas dudas, sintió luego una paz perfecta, cuando, vuelto al Señor, le dijo: «Acuérdate, oh mi buen Dios, que con tu gracia he observado siempre bien toda mi regla del silencio!»

6.º También el Venerable Filomeno García, de Santiago (Chile), lego franciscano, moría todo radiante de esperanza en Dios. Pero se narra en su vida, que una tarde, volviendo del pozo con un balde de agua, y sorprendido por el toque del gran silencio, mientras había puesto un pie en el dintel de la cocina, estuvo en esa incómoda posición toda la noche, sin deponer el balde, para no quebrantar el silencio en manera alguna.

San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio fué también admirable en la observancia del silencio nocturno. Cayendo, se había herido el pie, y trató de restañar la sangre con un poquito de polvo del pavimento. Y á la mañana siguiénte, el enfermero, que, viéndolo con el pie hinchado, dulcemente le reconvenía porque no lo había llamado, respondió: «fué para no quebrantar el silencio».

San Juan Berchmans moría muy contento porque pudo al fin, como siempre lo había deseado, ir al encuentro de la muerte, teniendo entre las manos el santo Crucifijo, el santo Rosario y la santa Regla cual pasaportes para el Cielo.

7.º Que de cada una de vosotras se pueda decir lo que del santo salesiano, el Príncipe Csartoriski, decían sus companeros: «Es la Regla personificada; dado caso que se perdieran todos los ejemplares de la santa Regla, no notaríamos su falta, porque siempre veríamos retratadas en él todas y cada una de las prescripciones de aquélla.

«Escucha, oh Esposa mía, dice á cada una de vosotras el Señor: Esa santa Regla, que yo te he dado, has de estamparla en tu corazón y en ella meditarás sentada en tu casa y andando de viaje, al acostarte y al levantarte; la has de traer para memoria ligada en tu mano y pendiente en la frente ante tus ojos, (es decir, te acordarás de ella continuamente). (*Deut. VI. et Seq.*)»

Y esto harán todas las novicias, y esto practicarán las profesas y con mayor razón las ancianas, quienes deben ser otros tantos espejos de virtud y obediencia para las jóvenes.

Quebrantar voluntaria y habitualmente una regla, aunque mínima, es señal de relajación. El que desprecia uno de estos preceptos mínimos, mínimo será llamado en el Reino de los Cielos. ¡Ay de la religiosa que maltrata habitualmente la regla! ¡De los pequeños defectos caerá en los grandes!

He dicho: que la quebranta *voluntariamente*, porque una infracción involuntaria ó casi involuntaria, no quita la snavidad de la devoción, ni lleva fuera del camino de la perfección. Dije también: que la quebranta *habitualmente*, pues sólo contra esta infracción habitual ha fulminado el Kempis, esa terrible sentencia: *Religiosus extra disciplinam vivens gravi patet ruinae...*

Las religiosas que se alejan de la disciplina de la Regla están próximas á una gran ruina. En vano ellas llamarán Padre al propio Fundador; pues El tendrá que responder: *non ego Pater, quia nec vos filiae*: yo no soy vuestro Padre, porque vosotras no sois mis hijas!

La religiosa, que no se encamina por la senda de la perfección mediante la continua observancia de toda la Regla; según lo que prometió en el día solemne de sus santos votos, es una hipócrita, es un fantasma de religiosa, que en punto de muerte merecerá que Jesús la diga: deja esa máscara, depón ese hábito, tú no fuiste religiosa sino de nombre; no te conozco por mi Esposa *nescio vos!*

Al contrario, ¡feliz de aquella hermana que, hallándose ya en la agonía, pueda decir al Señor: — ¡Vos lo sabéis, oh Dios mío, que todas mis fal-

tas contra la Regla las cometí por pura flaqueza, y nunca por voluntad declarada, ni habitualmente!

La eterna predestinación á la gloria, está unida á la observancia de la santa Regla. ¡Viva pues la Santa Regla! y bendito sea el momento en que habéis recibido este gran regalo de Dios.

Narra San Lucas (*Cap. X*) que un doctor de la Ley preguntó un día á Jesús: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Y Jesús le respondió: *In lege, quid scriptum est?* ¿qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿qué es lo que en ella lees? Haz eso y vivirás: *Hoc fac et vives.*

Lo propio responde el Señor, cuando una religiosa, acosada por el temor del infierno, le pregunta: Jesús mío, ¿me salvaré?—¿Qué dice la santa Regla? (responde Jesús) ¿qué es lo que está escrito en las Constituciones? Pues haz esto y te salvarás ciertamente.

¡DEO GRATIAS ET MARIE!

## CONFERENCIA IV

### EL SILENCIO RIGUROSO Y EL MODERADO

Quis dabit ori meo custodiam  
et super labia mea signaculum  
certum, ut non cadam ab ipsis  
et lingua mea non perdat me  
(Eccle. 22, 33).

¿Quién pondrá un candado en mi boca; y sobre mis labios un sello inviolable, para que no me deslice por su culpa, y no sea mi lengua la perdición mía? (*Eccle. 22, 33*).

I.—*Silencio riguroso.* Ensauche sus alas protectoras el *Angel del silencio* sobre todas las casas religiosas, y así se extenderá siempre más en ellas el reino de Dios, porque cuanto menos hablamos, tanto mejor se oye la voz del Señor que quebranta los cedros del Líbano y que hace estremecer el desierto de los corazones y hace caer un diluvio de gracias. (Ps. 28). Sí, oh buenas hermanas, cuanto mejor practiquéis el santo silencio, tanto más derecho tendréis de repetir á vuestro Amado: *sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis et facies tua decora*; suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce y lindo tu rostro. (*Cant. 2, 14*). Y oiréis entonces la voz de vuestro Amado, que llamando á la puerta os dirá: *ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, vox Dilecti mei pulsantis; aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea.* (*Cant. 5, 2*).

Excelencia del silencio: Bueno es, dice el Señor, aguardar en silencio la salud que viene de Dios: *Bonum est praestolari in silentio salutari Dei.* (Tren. 3, 26). En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza: *in silentio et spe erit fortitudo vestra.* (Isai. 30, 15).

El silencio, decía el acólito salesiano Domingo Biga, es el tiempo del Señor.

Durante el silencio, escribe un piadoso autor, Dios habla al corazón, y su palabra es tan maravillosa, tan dulce y atrayente, que el alma ya no quiere escuchar sino á su Dios; y esto continuará hasta el día en que, corridas ya todas las cortinas, ella pueda contemplarlo cara á cara en el Cielo.

El silencio, decía San Odón, es padre de los santos pensamientos y de las cosas grandes. Donde hay silencio, habitan la paz y la caridad, pues el silencio desarraiga la murmuración, los chismes, las contiendas, etc.

Y Santa Francisca de Chantal en sus sabias *Respuestas*, después de haber encarecido la belleza del silencio, tan recomendado por todos los fundadores de Institutos religiosos, después de haber asegurado á sus hijas que el silencio es el adorno de las casas religiosas, la madre de la oración, la puerta y la llave que guarda el corazón, añade: «para reformar un monasterio relajado, bastará introducir el silencio; así como es bastante para la relajación el desterrarlo. Sólo donde reina el silencio dan buen olor de santidad las casas religiosas.

El silencio es la belleza y alegría de toda

casa religiosa: Es *el tiempo del Señor*, porque es el tiempo de las santas inspiraciones. San Ignacio solía decir, que el silencio bien observado hace florecer todas las virtudes en una casa religiosa, y es una prueba evidente de que el fervor en ella reina. ¿Queréis saber, añadía, si en una comunidad religiosa hay virtud sólida? Examinad cómo se observa el silencio.

II.—*Necesidad del silencio*. Por el contrario según dice San Alfonso, donde no reina el silencio no hay recogimiento, ni se conoce regularidad. Pisoteada que sea la regla del silencio, entra en casa la relajación. «Nada contribuye más eficazmente á la ruina del espíritu religioso, dice el P. Calmet, como la inobservancia del silencio. Sin éste no puede subsistir comunidad alguna».

El silencio, oh hermanas, es para vosotras más necesario que el pan cotidiano. Es el punto capital de la disciplina religiosa. No sólo constituye la belleza moral de vuestras casas, sino que es su fuerza, su sostén; es una de las principales columnas del espíritu religioso, la cual si se conmueve, el edificio moral pronto viene á derruirse.

Santo Domingo quiso definir el silencio: el fundamento de la Orden. Y todos los fundadores de órdenes religiosas, todos, sin excepción, han puesto la regla del silencio en primera línea, y cual muro fortísimo de defensa contra los enemigos del espíritu.

¡Felices aquellos institutos, que han siempre practicado esta regla del silencio! Si la orden de

los Cartujos, desde que fué fundada por San Bruno, no tuvo jamás necesidad de reforma alguna, lo debe especialmente á la rigurosa práctica del silencio. De ahí con todo derecho se ha podido decir que *Cartusiana Religio numquam fuit reformatu, quia nunquam deformata.*

III.—No creáis, pues, oh buenas hermanas, que sea cosa de poca monta el infringir con tanta facilidad el silencio.

Aquella que fácilmente falta á la regla del silencio, entristece el espíritu de Dios que reside en sus hermanas, persigue la virtud y se opone á Nuestro Señor Jesucristo. La que no observa el silencio, dice San Alfonso, se perjudica á sí misma y á las otras, porque donde no hay silencio, no hay recogimiento, ni se puede oír la voz del Señor.

Pero hay aún más.

Si dos ó tres hablan de cosas buenas, cuando está permitido hablar, no hay duda que el Señor se sienta en medio de ellas, así como lo asegura el Santo Evangelio allá donde dice: *Ubi... sunt duo aut tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* (Math. 18, 20). Jesús, pues, participa de sus discursos, las bendice, y de este modo aun la recreación contribuye al aumento de la santificación de ellas.

Pero, por el contrario, si dos ó tres hablan, aunque fuese de cosas indiferentes en tiempo de silencio y sin el debido permiso, es imposible que Jesús se les acerque y tome parte en sus discursos. El, más bien calla y se retira de esas desobedien-

tes. Y ¿qué sucederá entonces? El alejamiento de Jesús no pasará inadvertido al demonio, quien descubriendo el vacío que deja Jesús, se apresurará, el atrevido, á ir á ocuparlo él mismo. Y entonces?...

Desaparecido el sol, se hace el cielo oscuro, surcado por relámpagos precursores de la tempestad. A los discursos indiferentes. suceden pronto los frívolos, en seguida las murmuraciones y ¡Dios no quiera que alguna cosa peor!

IV. — Esta desgraciada escena acontece especialmente en medio de las educandas, cuando las hermanas asistentes no cumplen con su obligación.

Siento aún ahora el corazón afligido con motivo de ciertos discursos diabólicos que el demonio fomentó, no ha mucho, en un internado dirigido por hermanas. ¡Ah! sería mejor, decía don Bosco, que un incendio ó un terremoto destruyese esos colegios, donde se da escándalo. Mejor sería, dice San Bernardo, que esas niñas no hubiesen entrado en una casa religiosa, sino más bien hubieran quedado en el mundo, donde la condenación habría sido menos terrible.

«Donde no reina el silencio, dijo Alberto Magno, allí el hombre queda fácilmente superado por el adversario: *ubi non est taciturnitas, ibi homo facile ab adversario superatur.* (De viot. c. 31).

Ahora bien, ¿de dónde partió la chispa que causó tan grave incendio? De haberse empezado con descuidar el silencio riguroso en un dormitorio, en la capilla, en la clase, en el taller, etc.

¡Pobres internas! ¡desgraciadísimas alumnas, que

dejándose arrebatarse por el demonio el freno santo del silencio, corren á ciegas por la pendiente, hasta despeñarse en el abismo de la más hedionda malicia! Y esas hermanas que por descuido é inculpable blandura no vigilaron, como era su deber, ó bien pasaron fácilmente sobre tales infracciones del silencio, ¿no deberán después dar cuenta á Dios de las inevitables y tristísimas consecuencias? ¿No deberán temer de encontrar un día escritas en su propia libreta esas culpas, que por su negligencia hubiesen sido cometidas?

V.—Obsérvese bien, que el lamentable caso ya mencionado, no sucede tan sólo cuando las alumnas que quebrantan el silencio, son niñas del todo malas, sino aun cuando al presente fuesen buenas, si bien no lo hayan sido siempre en lo pasado. Basta una palabra mundana que se escape de una lengua imprudente, una expresión de doble sentido, una reminiscencia del feo mundano que nunca falta, para que, aprovechándose como de una chispa infernal, sople en ella el astutísimo demonio con tal ardor y constancia, que queme en breve y consume el corazón de aquella imprudente parlera, en el terrible fuego en que arde él mismo.

¡Severidad suma á este respecto! No bien pueda haber una fundada sospecha, sepárense cuanto antes esas lenguas inquietas, aunque hasta ahora hayan gozado de una fama sin mancillá. Mandadlas á que les bendiga la lengua la Virgen María. Repetid siempre á todas que la mortificación de la lengua es la mejor penitencia que pueden hacer.

Se refiere de una educanda que había pedido permiso á su confesor de llevar cilicio para lograr más fácilmente mortificar sus sentidos. Pero el confesor le contestó: He aquí el cilicio: Hazte á menudo un signo de cruz en la boca, y está cierta que no hay mejor cilicio que el de velar continuamente sobre ese gran enemigo: ¡la lengua!

VI.—Nótese aquí que la doctrina antes expresada se debe explicar, con la debida proporción, no sólo á las alumnas, sino también á ciertas hermanas, para que el buen Dios se digne bendecir lenguas tan peligrosas. ¡Amén!

La falta del silencio y el prurito de hablar, dice San Antonio, será para la religiosa el naufragio de la vocación, la causa cotidiana de los defectos y caídas.—¡Oh! ¡á cuantos religiosos, escribe San Alfonso, veremos condenados el día del juicio por no haber observado el silencio! Se ha dejado abierta la puerta (la boca) y han llegado los ladrones, y se han llevado el tesoro. Penetraron los asesinos y dieron muerte á la pobre alma. *Qui custodit os suum, custodit animam suam.* (Prov-13, 3), el que cuida su lengua, cuida su alma; pero el imoderado en hablar sentirá los perjuicios; *qui autem imoderatus est ad loquendum sentiet mala.* (Ibid).

Es necesario por este motivo, no sólo observar exactamente el *silencio riguroso*, sino también practicar el así llamado

II. *Silencio moderado*. Y esto por las siguientes razones, todas á cual más importantes.

dejándose arrebatarse por el demonio el freno santo del silencio, corren á ciegas por la pendiente, hasta despeñarse en el abismo de la más hedionda malicia! Y esas hermanas que por descuido é incalificable blandura no vigilaron, como era su deber, ó bien pasaron fácilmente sobre tales infracciones del silencio, ¿no deberán después dar cuenta á Dios de las inevitables y tristísimas consecuencias? ¿No deberán temer de encontrar un día escritas en su propia libreta esas culpas, que por su negligencia hubiesen sido cometidas?

V.—Obsérvese bien, que el lamentable caso ya mencionado, no sucede tan sólo cuando las alumnas que quebrantan el silencio, son niñas del todo malas, sino aun cuando al presente fuesen buenas, si bien no lo hayan sido siempre en lo pasado. Basta una palabra mundana que se escape de una lengua imprudente, una expresión de doble sentido, una reminiscencia del feo mundazo que nunca falta, para que, aprovechándose como de una chispa infernal, sople en ella el astutísimo demonio con tal ardor y constancia, que queme en breve y consume el corazón de aquella imprudente parlera, en el terrible fuego en que arde él mismo.

¡Severidad suma á este respecto! No bien pueda haber una fundada sospecha, sepárense cuanto antes esas lenguas inquietas, aunque hasta ahora hayan gozado de una fama sin mancillá. Mandadlas á que les bendiga la lengua la Virgen María. Repetid siempre á todas que la mortificación de la lengua es la mejor penitencia que pueden hacer.

Se refiere de una educanda que había pedido permiso á su confesor de llevar cilicio para lograr más fácilmente mortificar sus sentidos. Pero el confesor le contestó: He aquí el cilicio: Hazte á menudo un signo de cruz en la boca, y está cierta que no hay mejor cilicio que el de velar continuamente sobre ese gran enemigo: ¡la lengua!

VI.—Nótese aquí que la doctrina antes expresada se debe explicar, con la debida proporción, no sólo á las alumnas, sino también á ciertas hermanas, para que el buen Dios se digne bendecir lenguas tan peligrosas. ¡Amén!

La falta del silencio y el prurito de hablar, dice San Antonio, será para la religiosa el naufragio de la vocación, la causa cotidiana de los defectos y caídas.—¡Oh! ¡á cuantos religiosos, escribe San Alfonso, veremos condenados el día del juicio por no haber observado el silencio! Se ha dejado abierta la puerta (la boca) y han llegado los ladrones, y se han llevado el tesoro. Penetraron los asesinos y dieron muerte á la pobre alma. *Qui custodit os suum, custodit animam suam.* (*Prov-13, 3*), el que cuida su lengua, cuida su alma; pero el inmoderado en hablar sentirá los perjuicios; *qui autem inmoderatus est ad loquendum sentiet mala.* (*Ibid*).

Es necesario por este motivo, no sólo observar exactamente el *silencio riguroso*, sino también practicar el así llamado

II. *Silencio moderado*. Y esto por las siguientes razones, todas á cual más importantes.

1.<sup>a</sup> *Para evitar los pecados.* Dijo muy bien un óptimo autor. «Ten entendido que si dices cien palabras, tendrás que dar cuenta á Dios de cada una».

Y el sacro cancionero:

- « Ea! resuelve de callar,
- » Si el cielo quieres gozar;
- » Pues, quien quiere siempre hablar
- » Nunca deja de pecar.
- » De la lengua, odio y rencor
- » Salen siempre con furor.
- » De ella sale aún la guerra,
- » Que un infierno hace la tierra».

Y ya antes lo había dicho el Espíritu Santo: ¿Crees que podrá ser justificado el hombre de muchas palabras? ¡No! Quien habla mucho hará daño á su alma. *Qui multis utitur verbis, laedet animam suam, (Eccl. 20, 8).* Hablar mucho sin ofendèr á Dios es un prodigio que no se ve sobre la tierra; estando escrito que en el mucho hablar no faltará pecado; *in multiloquio non deerit peccatum. (Prov. 10, 19).*

Es por este motivo que David decía: Velaré sobre mi conducta para no pecar en mi lengua. *Dixi, custodiam vias meas ut non delinquam in lingua mea. (Ps. 38. 1).*

Nuestra lengua, dice San Bernardo, miembro tan pequeño y sin huesos, es sin embargo terrible.

Hasta cuando se habla por necesidad, fácilmente deja ella escapar palabras necias, vanas, ridículas, inútiles, picantes, etc., y á veces exage-

raciones y mentiras. ¿Qué será cuando rompe el freno y pasa á morder en la murmuración, á seducir en la adulación y á dar muerte en la calumnia? ¡Oh y de cuánta materia de llanto nos es causa cada día la lengua, si no se la tiene enfrenada! Tenía razón el Apóstol Santiago, cuando escribía que entre los órganos de nuestro cuerpo, el de que más se sirve el demonio para hacernos pecar es la lengua. Si este *inimicus homo*, después de haber reducido todo el cuerpo de Job á una sola llaga, le dejó sin embargo intactos los labios y la lengua, no fué ciertamente por compasión hacia ese buen siervo de Dios, no, fué al contrario por refinada maldad, puesto que él esperaba que Job se hubiera servido fácilmente de la lengua para maldecir al Señor. Pero por fortuna de Job, el enemigo quedó en esto afrentado.

2.º Para *aprender á hablar bien, es decir: santamente.*

La más difícil de las ciencias es la de hablar bien. Para aprender bien una ciencia, se requiere mucho tiempo, y tanto más cuanto la misma ciencia se hubiese ya aprendido antes, pero muy mal.

¡Cuánta dificultad en este caso para enderezar las ideas torcidas, los hábitos defectuosos, inveterados! Dígaselo mismo con mayor razón, tratándose de la difícilísima ciencia de hablar bien.

Es necesario ante todo callar, y callar por mucho tiempo: 1.º para extirpar la manera mundana de hablar, que tan arraigada se tenía en el si-

glo. 2.º para dar lugar á que hablen los más sabios y prudentes y así aprender el modo sano y recto de emplear la lengua.

Es por este motivo que el Espíritu Santo no nos dice: *tempus loquendi et tempus tacendi*; sino más bien *tempus tacendi et tempus loquendi*; (*Eccles. 3, 7*) hay tiempo de callar y tiempo de hablar. Ninguno habla con acierto sino el que calla de buena gana. (*Kemp. 3, 20*). Por este motivo el Señor nos ha dado dos orejas y una sola boca; como para que no nos olvidáramos que debemos escuchar el doble de lo que hablamos. «Muchos hablan, dice San Ambrosio, porque no saben callar, y es cosa rara el callar cuando no es conveniente hablar. (*Lib. 3. Off. Cap. II*).

También San Basilio dijo, *que el silencio es escuela de bien hablar. Silentium est gymnasium bene loquendi*. El continuo silencio, dice San Bernardo, nos obliga á meditar las cosas del cielo: *coget coelestia meditari*; al contrario, añade San Doroteo, el mucho hablar apagará los santos pensamientos, que el buen Dios nos envía.

Callando y escuchando se forman los sabios, dijo A Lápide: *audire et silere faciunt sapientem*.

Los discípulos de Pitágoras callaban durante cinco años continuos para así aprender á hablar con perfección.

Y Jesús mismo á la edad de doce años, fué hallado en el templo, sentado en medio de los doctores, á quienes primero escuchaba y después interrogaba: *audientem illos et interrogantem eos* (*Luc. 2, 46*).

3.º *Para aprender la piedad y la devoción.*  
 No hay persona de oración que hable mucho, dice San Alfonso. Si dejas destapada una redoma de precioso licor ¡adiós fragancia!...

¿Ves en el horno sin puerta  
 Como se escapa el calor?  
 Pues, hermana mía, alerta!  
 Que así se escapa el fervor,  
 Si tienes la hoca abierta!

«He cerrado con llave la puerta, dice la Esposa de los cantares, y me he entretenido con mi Amado».

Moisés, callando con los hombres y hablando sólo con Dios, casi perdió el uso de la palabra.

Y Jeremías, apenas empezó á conversar con el Señor, se puso á exclamar: ¡Ah! ¡ah! Señor Dios, tú ves que casi no sé hablar, porque soy todavía un jovencito. (*Jer. 1, 6*).

La oración (es cosa cierta)  
 Será tibia, fría ó muerta,  
 Si el Señor, á quien se invoca,  
 No custodia nuestra boca.

Siempre que hablamos mucho con las criaturas el corazón derrama por la boca todo fervor; el cual se pierde como el agua en un recipiente roto.

Quando la puerta de una casa está siempre abierta, señal clara que allá dentro no habrá muchos tesoros, que digamos. Y ¿cuál tesoro de virtudes podremos hallar en el corazón de las porteras?

Dice San Alfonso: el que mucho habla con las criaturas, habla poco con Dios, porque aun no sabe hacerlo. Mientras más habla, menos recoge el fervor; el espíritu de compunción se disipa; la oración está siempre llena de distracciones, el alma de venialidades, que la vuelven fea y asquerosa á los ojos de Dios. *Lingua est aptissimum evacuandi cor instrumentum*, dice Santo Tomás. La lengua es un instrumento muy apto para vaciar el corazón.

«No ser amigos del silencio y ser malos, es casi una misma cosa,» decía San Isidoro. El prurito de hablar, el estar habitualmente disipado, es señal de una alma débil y falta de virtud; si se quiere hablar mucho con las criaturas, no se tiene tiempo de hablar con el Criador. La religiosa disipada, dice San Ligorio, no sólo es la alegría del demonio, sino que hace oficio del mismo diablo, porque impide á las otras de observar el silencio y vivir en el santo ejercicio de la presencia de Dios. Las religiosas parleras son los demonios familiares del convento y hacen un mal incalculable, que sólo se conocerá en la hora de la muerte».

III. No me detengo á inculcaros el *silencio moderado* en tiempo de los ejercicios espirituales, porque es de creerse que á esta hora todas saben que el fruto de estos ejercicios está en razón directa del silencio que se observa; y actualmente no hay ya casa religiosa que no siga la regla general de observar, no ya el silencio moderado, sino el *riguroso en todo el tiempo* de dichos ejercicios.

Os diré más bien, que la moderación de la lengua, es necesario practicarla de un modo especial durante el tiempo de las vacaciones y toda vez que por particular ocasión se juntan hermanas de diversas casas. En tales casos, para contar las propias peripecias que ocurrieron durante el año, con mucha facilidad se murmura de las hermanas y de las superiores locales, vituperando la conducta de unas y el rigor ó la tolerancia de las otras; y, haciendo parangones ó cálculos que no siempre son conformes á la verdad, se acaba por hacer llorar á la *veneranda madre*: ¡la Caridad!

Es mejor que en semejantes circunstancias se narren cosas que edifiquen, ejemplos de virtudes que se hayan visto, gracias obtenidas, ventajas y consuelos obtenidos de vuestras alumnas, en las escuelas, en los talleres, en los oratorios festivos; en una palabra, todo lo que sirva para animar al bien. Pero declárese guerra sin cuartel contra toda murmuración, y si fuera el caso de deber avisar ó poner remedio á algún desorden, maniéstese cuanto antes, pero solamente á la Superiora.

¡Cese de una vez este prurito de hablar de todo y de todos, ese convertirse, como algunas hacen, en una especie de gacetas universales, que siempre saben todo lo que pasa, dentro y fuera de casa; siempre son las primeras en recoger toda nueva noticia para esparcirla inmediatamente á los cuatro vientos con la rapidez del telégrafo! Religiosas son éstas, pero sólo de nombre; porque fué escrito que si alguno se precia de ser religioso

sin refrenar su lengua, antes bien engañando así su corazón, la religión suya es vana, es falsa su piedad, (es decir, no es religiosa). (*Iac. 1, 26*).

Tengamos siempre impreso en la memoria el consejo de San Bernardo: — antes de proferir palabras una sola vez, hazlas pasar dos veces bajo la lima: *antequam verba proferas, bis ad limam veniant quam semel ad linguam.* (*In spec. Mon.*)

IV. ¡Oh! ¡quien nos diera poder contemplar al angel del *silencio* protegiendo con sus alas santas á cada una de vuestras casas! ¡Cuántos pecados menos se cometerían! ¡Cuántas preciosas virtudes y preclaros méritos adquiriríanse para el cielo!

¡Silencio! pues, oh hermanas, ¡silencio! á fin de que Dios os hable; de lo contrario... ¡El se calla!

¡Silencio! para que se extirpe todo vicio, y germinen todas las más hermosas virtudes.

¡Silencio! á fin de que no se pierda la presencia de Dios tan necesaria.

¡Silencio! para que el espíritu de oración, la caridad, la humildad y la santa castidad, no deban suspirar y llorar desconsoladamente.

¡Silencio! á fin de conservar la pureza de corazón y la paz de Dios, que es el regalo más grande que el Señor puede hacer á una comunidad religiosa.

¡Silencio! oh Superioras, para que el espíritu religioso no vaya visiblemente menguando.

¡Silencio! oh súbditas, para que se restablezca el crédito de vuestra Comunidad.

¡Silencio! oh ancianas, para que podáis edificar á las jóvenes.

¡Silencio! oh jóvenes, á fin de habituaros á llevar desde vuestros primeros años el suave yugo del Señor.

¡Silencio! oh vosotras todas, que de veras queréis volveros santas, á fin de que vuestro justo deseo se convierta en una deliciosa realidad!

¡Oh Señor! exclame cada una de vosotras con el Eclesiástico: *lingua mea non perdat me!* ¡ah! que mi lengua no sea mi perdición. (*Eccle. 22, 33*).

A semejanza de Santa Marta, que fué á llamar á su hermana María, pero lo hizo en silencio: *vocavit eam silentio*, vayamos á llamar suavemente á la puerta del corazón de María, nuestra Madre, rigurosa observante del silencio y Maestra por ende de las almas que meditan. *María... conservabat omnia verba conferens in corde suo.* (*Luc. 2, 19*) á fin de que Ella nos obtenga de su Divino Hijo la gracia de mortificar lo mejor que se pueda, esta nuestra peligrosísima lengua; pues de este modo cuidaremos y salvaremos ciertamente nuestra pobre alma; estando escrito, como ya se dijo, que, quien custodia su lengua, su alma custodia.

DEO GRATIAS ET MARIÆ.

## CONFERENCIA V

### MURMURACIONES Y MENTIRAS

*Omnia facite sine murmurati-  
onibus.*

Haced todas las cosas sin murmuraciones.

Ad. Philip. 2, 14.

*Noli velle mentiri omne menda-  
cium: assiduitas enim illius non  
est bona.*

Guárdate de proferir mentira alguna: porque el acostumbrarse á eso es muy malo.

Eccle. 7, 14.

Evitar toda murmuración y mentira: — perseguir sin tregua estos dos feos vicios: — temer como se teme el pecado, contrario á la bella virtud; he aquí el corolario de la instrucción precedente; ¡he aquí cuánto, oh buenas hermanas, voy á recomendaros de todo corazón!

I. *Murmuraciones.* 1.º Sucede en la casa religiosa, como en todo el mundo, que á medida que entra más el invierno, aumentan los resfriados y la obstinada tos, máxime en las personas más delicadas de salud. Y hay días en que toda la enfermería se llena de personas constipadas, y toda la casa tiene aire de hospital. Pero al asomar los albores de la primavera, la tos obstinada va disminuyendo, y acaba por desaparecer del todo al llegar los calores estivales.

Se ve, pues, que la falta de calor es la causa de tales resfriados.

Del mismo modo la falta del fuego santo, del amor divino, trae consigo muchas enfermedades, entre las cuales hay que contar esa tos canina que se llama murmuración.

Lo que da pena á las superiores es tener hermanas sujetas á la tos crónica. ¡Pobres hermanas! Pasa el invierno, pasa hasta la primavera, y viene el estío, se cambia de casa, de temperatura, de país; ¡y la tos maligna no da señales de querer desaparecer!

¡Se ha estacionado en los bronquios, cerca del corazón, y no hay modo de poderla extirpar!...

Pero lo que causa mayor amargura al Corazón de Jesús y más aflige á las superiores, es la tos crónica de la murmuración, que en ciertas hermanas parece haber constituido su morada perpetua. He conocido á algunas de estas criaturas que, ni con el repetido cambiar de casa, ni con la llegada de la dulce primavera de los meses de María y del Sagrado Corazón, ni con el fuerte estío de los Ejercicios Espirituales, ni con pasar hasta de un país á otro han perdido su tos crónica. Avisadas, amonestadas, lloran, prometen:—¡Ya verá usted que será ésta la última vez!...—pero al día siguiente helas allí *sicut erat*. ¡Entonces se torna á amonestarlas, á amenazarlas, y vuelven ellas á las promesas y á las lágrimas!... pero á la primera ocasión helas aquí con las tijeras, y, si se quiere, hasta con las tenazas de la murmuración en la mano, dando cortes á troche y moche, sin fijarse en si el paño que desgarran pertenece á una hermana, á una superiora ó á una casa entera; y...

¡dichoso de quien no cae bajo esos cortes inexorables! De éstas dice el Espíritu Santo que: aguzaron sus lenguas como espadas: *exacuerunt ut gladium linguas suas. (Psl. 43, 3)*. Aguzaron sus lenguas viperinas: *acuerunt linguas suas sicut serpentis. (Psl. 139, 3)*.

Su lengua es como una penetrante flecha: *sagitta vulnerans lingua eorum. (Jerem. 9, 8)*.

Es como fuego devorador su lengua: *et lingua ejus quasi ignis devorans. (Isai. 30, 27)*.

Son éstos unos fantasmas de religiosas, aptas para acrisolar la virtud de sus compañeras, máxime de las superiores; cuyas palabras y acciones nunca dejau de observar con ojos de lince, para desatarse después en murmuraciones, lamentos y rayos y truenos.

Algunas de ellas se querrán excusar diciendo que la causa de sus quejas y murmuraciones se debe á la poca consideración en que se las tiene; á la dureza é imprudencia de las otras, etc., etc.

Pero no es así, señoras mías; la causa es una sola: la falta de calor, la falta de amor á Dios. ¡He aquí la verdadera cansa de esa diabólica tos, que se llama murmuración!

¡Sólo un milagro podrá cerrar esa lengua, cerrar esa boca, haciendo desaparecer para siempre esa tos crónica tan fatal!

Hermanas de tal ralea ¿por qué callarlo? infunden miedo, no sólo á las superiores, sino á todos. Y si, además, fuesen de aquellas que siembran discordias entre las otras, serían execrables hasta delante de Dios. (*Prov. 6, 19*).

2.º ¡Que el Señor os libre de toda especie de murmuraciones, hasta de aquellas que se hiciesen con apariencia de caridad y de compasión, que no por esto dejan de hacer un gran mal.

Oíd un hecho: Había una hermana de corazón sencillez, muy recto, maestra en el colegio de N..., donde pasaba tranquila sus días, amiga de su Dios y toda confianza con su Directora. Cierta día, en ocasión de una fiesta en la casa central, había ido á ver á la madre Visitadora, y se habia despedido de ésta llorando de consuelo. ¿Por qué lloras? le preguntó una hermana, de lengua poco prudente. Y no recibiendo respuesta alguna, prosiguió: Ya sé por qué estás llorando. Es porque no estás de buena gana bajo la dirección de tu superiora. ¡Y tienes razón de sobra, pobrecita! Yo también, cuando estuve en aquel colegio, sufrí mucho á causa de aquella directora! ¡Te compadezco y te repito que tienes razón!...

Pero, digo yo, ¿dónde habrá aprendido aquella imprudente un modo tan cruel de consolar?

Esa pobre hermana, aun cuando no haya respuesta ni una palabra á aquel triste *pañño de lágrimas*, sin embargo, quedó desde un principio turbada, herida después en medio del corazón; perdió la confianza con la directora, y pasó días bastante amargos. ¡Oh, mis buenas hermanas: decid á menudo á María que os bendiga la lengua!

3.º A veces, hay que decirlo, las murmuraciones son efecto de ligereza de cascos, más bien que de corazón duro y soberbio. Pero esta facilidad de hablar puede causar serias consecuencias. Se dirá,

por ejemplo: fulana es un buen sujeto, le falta sólo un poco de juicio; zutana fácilmente se resiente por ser algo uerviosa; mengana es muy piadosa, pero es también algo devota del santo *Claro*. Ahora bien, ¿quién no ve que las críticas de esta especie, tanto más si se hacen delante de las superiores, pueden acarrear graves daños, no sólo á los individuos, sino, y especialmente á la Comunidad, siendo que los superiores, mal impresionados por tales murmuraciones, no tratarán, quizás, de poner á esas hermanas, por otra parte muy dignas, sobre el candelabro, para que alumbren con sus virtudes á la Comunidad?

¡Ah, hablemos siempre bien de todos! Por cuantas imperfecciones tenga una religiosa, siempre posee algunas buenas cualidades. Sean, pues, éstas, y no los defectos, las que formen el sujeto de nuestras conversaciones. Dios os ha congregado para que forméis una sola alma y un solo corazón *in Domino*. ¡Oh, Dios mío, haced la unidad de los espíritus en la Verdad, y la unión de los corazones en la Caridad! (S. R. C. 24 Maj. 1904; 300 días de indulgencia).

4.º Ahora, una pregunta: ¿Será también murmuración el criticar de las otras Congregaciones y Ordenes, con el fin de mostrar estimación y afecto á la nuestra?

No cabe duda que semejante crítica es mala, muy mala, porque, al fin y al cabo, es efecto de nuestra gran soberbia. ¡Ah! seamos humildes si queremos á la Congregación.

San Francisco de Asís, á los suyos los llamó

*Menores.* San Francisco de Paula los apellidó *Mínimos* entre los demás religiosos.

San Francisco de Sales no sólo no permitía que sus hijas trataran de enaltecer su orden ó aun sólo equipararla á las demás, sino quería que todo el mundo supiese que la Orden de la Visitación, última por nacimiento, no era sino una pequeña violeta de primavera, que no resplandece por su color, sin dejar por eso de exhalar suave fragancia para su Divino Creador.

Y este pensamiento se lo repetía á menudo, á fin de que estuvieran bien penetradas, por el conocimiento y amor de su poquedad y abyección.

También nuestro padre, el Veu. Juan Bosco, que no quiso, por humildad, imponer su nombre á las dos Congregaciones que él fundara, sino que llamó á la primera: *Pia Sociedad de San Francisco de Sales*, y á la segunda: *Congregación de las Hijas de Maria Auxiliadora*, siempre nos inculcaba gran respeto y admiración hacia las otras Ordeues y Congregaciones, sin dejarnos, empero, roer el corazón por la envidia de su esplendor y prosperidad: *Omnis spiritus laudet Dominum.* (*Psal. 150, 6*). Empléese todo espíritu en alabar á Dios.

Con todo esto, no se quiere decir, mis buenas hermanas, que debáis amar á vuestra Congregación menos que á las otras. Si vieseis juntas, por ejemplo, á la primera emperatriz de este mundo y á vuestra madre, haríais, por supuesto, muchas demostraciones de respeto y veneración á la primera, pero reservaríais para la segunda las más singula-

res muestras de cariño, aunque vuestra madre no fuese más que una simple lugareña.

Pues bien, la Congregación es vuestra tierna Madre. Estimad cuanto queráis á las otras Ordenes y Congregaciones, pero amad con predilección á la vuestra, puesto que á ésta Dios la creó cabalmente para vosotras, de modo que está perfectamente cortada y adaptada á la calidad de vuestro espíritu.

5.º Tomaremos margen de lo que acabamos de decir, para predicar la cruzada con más razón contra la manía de censurar las otras casas de nuestra misma Congregación.

¿Si será verdad que tal cosa pueda acontecer? ¿Y no es ésta una barbarie semejante á la que comete aquel que se hiera á sí mismo? ¡Por amor á Dios y á vuestra buena Madre, la Congregación, alabad siempre con mucha franqueza y cordialidad á vuestra propia Casa, máxime cuando habláis, de palabra ó por escrito, con los seglares, pero mucho cuidado con deprimir á las otras para ensalzar la vuestra! Se sabe que los parangones son odiosos, y...

San Francisco de Sales dijo un día á Santa Francisca de Chantal: «¡Yo soy capaz de soportar toda otra clase de disgustos y sinsabores, mas el de ver la desunión entre los Monasterios de la Visitación, es cosa superior á mis propias fuerzas!»

Algo parecido á esto manifestó nuestro Venerable fundador, tanto en sus escritos como en sus discursos.

¡Guerra, pues, á la negra envidia, madre que

es, fatalmente fecunda, en más negras murmuraciones! ¿Las otras casas prosperan? ¿todo les va á pedir de boca? Gocémonos y alegrémonos con ellas y por ellas. ¿Sufren y lloran bajo el peso de tantas cruces de repetidos reveses? Tratemos eficazmente de ser su paño de lágrimas. Es éste el gran consejo de San Pablo: *gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus* (Roms. 12, 15). Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran.

6.º No quiero abandonar este espinoso enredo de la murmuración sin descubrir todavía una de sus agudísimas espinas: el murmurar, á saber, de los sermones y de los predicadores, el imitar su tono de voz, aun sus mismísimos ademanes, etc.

Es ésto uno de los defectos más graves que pueda manchar la fama de una hermana, la cual deberá, por esta causa, temer los juicios de Dios.

¡Que la gracia divina difunda sobre vuestros labios, pero nunca jamás, la crítica burlona!

¡Que cada hermana se pueda decir lo que el Espíritu Santo dijo de María Santísima: *Diffusa est gratia in labiis tuis!* (Psl. 44, 2).

Las hermanas humildes son como las abejas industriosas, que se valen hasta del fango para elaborar su dulcísima miel. Las soberbias, al contrario, son como las arañas, que de las mismas flores extraen veneno. Procuren las superiores arrancar, desde las raíces, ese vicio tan abominable, y repitan frecuentemente á sus hermanas esta sentencia: «La que se crea sabia, debe hacerse virtuosamente sencilla y estulta, para llegar á ser sabia de veras. Esta es divina filosofía».

¡Que el Señor se digne infundirla en vuestro corazón!

II. *Mentira*. 1.º Entre las seis cosas que odia el Señor: la primera, son los ojos altaneros; la segunda, la mentira: *sex sunt quae odit Dominus... oculos sublimes, linguam mendacem.* (Prov. 6, 17).

Y ¿Será necesario tocar también este punto, hablando á religiosas? Sí, porque hay desgraciadamente algunas, muy pocas por buena ventura, que hablan mentiras: *loquuntur mendacium.* (Psl. 5, 7); que no saben decir la verdad, porque acostumbraron su lengua á los embustes: *et veritatem non loquentur, docuerunt enim linguam suam loqui mendacium.* (Jer. 9, 5) y que todo el día acumulan mentiras sobre mentiras: *tota die mendacium multiplicant.* (Osea. 12, 1).

Y han llegado hasta este punto, porque no tuvieron cuidado desde un principio de evitar con fuerza y sin indulgencia alguna, las exageraciones y las mentirillas, habiendo dicho el Espíritu Santo, que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco se perderá: *qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccle. 19, 1).

2.º *Mendacium fugies*: huíd de la mentira, dice á todos el Señor. (Exod. 22, 7). Esto se refiere, por supuesto, hasta á las más ligeras.

San Agustín dice que la mentira nunca puede ser lícita, porque las palabras fueron instituidas para que los hombres puedan manifestar sus pensamientos, y no para que se engañen. Y no hay

que creer que se pueda mentir con el fin de hacer algún favor al prójimo, porque lo mismo se podría decir del hurto; si, por ejemplo, se diera á un pobre lo que se ha hurtado á un rico.

¿Ayer habéis arrebatado, á fuerza de súplicas y lloriqueos, una excepcional licencia de una superiora mayor? Hoy, para justificaros ante las otras superiores subalternas, diréis que no fué un permiso, sino una estricta obligación que la que era superiora os ha impuesto.

Santo Tomás de Aquino enseña que ni por broma es lícito mentir. Narra su vida, que ciertos amigos suyos, queriendo chancear con él, le dijeron un día:—¡Padre! ¡padre! ¡mire allá ese buey volando!—Al oír esto Tomás, todo maravillado paseaba la mirada en rededor para ver en donde estaba el tal buey. Estupefactos por esto sus amigos, echáronse á reír por su gran credulidad. Pero el Santo, que había querido darles una lección, lanzó una mirada severa, y les dijo: ¡Se debe creer más fácilmente que vuela un buey, que no que una boca cristiana llegue á proferir una mentira!

¡Cuidado, pues, con las mentiritas! Son ellas unas culebrillas que mañana se harán grandes serpientes. ¿Exageraréis hoy un poquito una cosa? Dentro de poco vuestros labios dirán una mentira completa. ¿Pintaréis hoy, con negros colores, los defectos de una alumna, de una hermana? y mañana los inventaréis del todo. ¿Ahora os excusáis ante la Superiora, disminuyendo asaz la malicia de esa vuestra debilidad? Más tarde echaréis la

culpa á otras; culpa que es toda vuestra, exclusivamente vuestra. ¿Ahora atenuáis un tanto las culpas al confesor? ¡Mañana el humo de la soberbia, obscureciendo la mente, tornará vuestras confesiones un triunfo para el padre de la mentira, y justo motivo de gemidos y de lágrimas para el pobre Jesús, rechazado en la entrada de vuestro corazón!

¡Cuidado, repito, con las mentirillas! Son caminos torcidos que rápidamente conducen á la ruina; son invitaciones que se hacen al forjador de mentiras para que vaya á tomar posesión de su casa, que es la boca y el corazón del que miente.

¡El corazón de una embustera es ese desgraciado lugar donde se acuñan ciertas falsas monedas, llamadas mentiras, que no llevan la efigie del Padre de la Verdad, sino del *pater mendacii!*

Del demonio, dice San Juan, que no hay verdad en él: cuando dice mentira habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira: *non est veritas in eo; cum loquitur mendacium, ex propriis loquitur quia mendax est, et pater ejus.* (San Juan. 8, 44).

3.º ¡Toda una religiosa! ¡Toda una Esposa del Dios de la Verdad ser mentirosa! ¡Qué repugnante y fatal contrasentido! ¿No os parece ver á un demonio vestido de religiosa? ¡Ab, mis buenas hermanas, no queráis jamás mentir contra la verdad! *Nolite mendaces esse adversus veritatem.* (Jacob. 3, 14). ¿Y quién podrá ponderar los castigos reservados para las lenguas embusteras? Por tales pecados se atrae sobre sí la ruina. Y en primer

lugar la *perdida de la reputacion*. Esta hermana mentirosa se habrá ya quizá arrepentido, su boca dirá ya la verdad; pero quien la oyó mentir una vez, no está ya dispuesto á creerla, parézcase á un ángel, haga milagros. Ha mentido *una vez*, pues, mentirá siempre: *semel mendax, semper mendax*. He aquí la opinión que ella se ha conquistado en la casa donde vive. Y si quisiere hacer un poco de bien, será necesario trasladar á otra parte la acción de su apostolado.

Pero el castigo más grave, es el que directamente viene de Dios. Abomina el Señor los labios mentirosos: *abominatio est Domino labia mendacia*. (Prov. 12, 22). A El dice el profeta Rey: Tú perderás á todos aquellos que hablan mentiras: *perdes omnes qui loquuntur mendacium*. (Psl. 5, 6). Acabe el Señor con todo labio engañoso: *disperdat Dominus universa labia dolosa*. (Psl. 11, 3).

Y el Espíritu Santo nos aseguró que la boca mentirosa da muerte al alma: *os quod mentitur occidit animam*. (Sap. 1, 11).

¡Malditísima mentira! ¡odiémosla, hermanas, como la odia el Señor! ¡aborrezcámosla con todo el corazón! *Verbum mendax justus detestabitur*. (Prov. 13, 5). Detesta el justo la mentira. Mejor es ser pobre que mentiroso: *melior est pauper quam vir mendax*. (Prov. 19, 22).

Sea siempre vuestro modo de hablar: si, si, ó no, no: *sit sermo vester: est, est, non, non*. (Math. 5, 37).

De modo que Jesús pueda decir de todas vos-

otras en el día supremo del juicio: no se halló mentira en su boca: *in ore eorum non est inventum mendacium.* (Apoc. 14, 5).

Para alejarnos más y más del abismo de la mentira, procuremos evitar las expresiones exageradas é hiperbólicas. No se digan harto fácilmente, para excitar mayor interés, las palabras, por ejemplo: *extraordinario, bellísimo, horribilísimo,* etc.; y úsense con parsimonia los adverbios: *prodigiosamente, excesivamente,* etc.

Lo bello, llámese simplemente bello y no ya *perfecto*: lo feo, feo, y no ya *horrible*. ¡Evítese del todo el adverbio *divinamente*, hablando de dotes y obras puramente humanas, que esto huele á blasfemia!

La exageración en el hablar, es muchas veces causa de que no se crea más á ciertas personas.

Mas, si alguna mentira se nos escapase á veces del labio, sin ó casi sin querer, desdigámonos en el acto. Las llagas, como todos saben, se curan con más facilidad cuando están recién hechas. (Sales).

Florezca para siempre, en todas y cada una de vuestras Casas, la encantadora virtud de la sencillez, que es la expresión genuína de la verdad, á la que nunca trata de esconder con el manto de la hipocresía, ni con palabras ambiguas, ni con tergiversaciones ó con restricciones estrictamente mentales.

Toda religiosa ~~verdaderamente~~ sencilla, encontrándose en deber de hablar, dice claramente lo que piensa, evitando, sin embargo, el zaherir toda ajena susceptibilidad.

4.º El profeta rey penitente David, preguntó un día al buen Dios: «¡Ah, Señor! ¿quién morará en tu celestial tabernáculo, ó quién descansará en tu santo Monte?» (*Prov. 14, 1*). Y el Espíritu Santo le respondió: *qui loquitur veritatem in corde suo* (id): aquél que dice la verdad según la siente en su corazón.

Renunciando, pues, mis buenas hermanas, á toda mentira, hable cada una la verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. (*Ephes. 4, 25*).

Acordémonos, empero, que del Señor es el gobernar la lengua: *Domini est gubernare linguam*. (*Prov. 16, 1*).

Y de aquí es, que, si verdaderamente queréis arrancar del corazón la mala yerba de las murmuraciones y mentiras: *ut recedant vetera de ore vestro* (*1. Reg. 2, 3*). decid francamente al Señor: Aleja de mí la vanidad y las palabras mentirosas: *vanitatem et verba mendacia longe fac a me*. (*Prov. 30, 8*). No te olvides ni apartes de las palabras de mi boca: *ne obliviscaris, neque declines a verbis oris mei*. (*Prov. 4, 5*).

Pon, Señor, una guarda á mi boca y un candado que cierre enteramente mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis*. (*Psl. 140, 3*). ¡Así sea! Dios mío, haced la caridad de los espíritus en la verdad, y la unión de los corazones en la caridad. (*300 días, S. R. C., 24 Maj. 1904*).

5.º Acabaremos por recomendaros encarecidamente el hacer guerra sin cuartel hasta á las

mentiras *de hecho*, como serían, v. gr. ficciones, dobleces, simulaciones, subterfugios, etc., que son parientes próximos de la mentira. Cier<sup>ta</sup> artificios y enredos vuelven á la religiosa muy reprehensible, ante Dios y ante los hombres. Si, por ejemplo, una está sana, ¿por qué fingirse enferma? Si puede, fácilmente, desempeñar ciertos cargos, cumplir con ciertos deberes, ¿por qué ir á buscar una serie interminable de fútiles pretextos para poder eximirse? ¿Por qué comer á escondidas y hacer al mismo tiempo el feo papel de mortificada y penitente? ¿Por qué aparentar devoción, con el solo fin de captarse fama de santidad? etc.

Ah! sed siempre sencillas como palomas: *estote... simplices sicut columbae (Math. 10, 16)*, especialmente tratando con vuestros superiores; que son los representantes del mismo Dios; porque, si á los hombres los podéis á veces embrollar, nunca alcanzaréis á engañar al Omnisciente Jesús, que es la misma Verdad: *quoniam Christus est Veritas. (1.ª Joan. 5, 6)*.

## CONFERENCIA VI

### AMOR PROPIO. — AMOR SENSIBLE

*Erunt homines seipso amantes...  
elati, superbi...*

*Levantáranse gentes amadoras ó  
pagadas de sí mismas, altaneras,  
soberbias.*

(2.<sup>a</sup> ad. Tim. 3, 2).

I. Hay quien exagerando dice, que el así llamado *sentido común* no es tan común, que se diga; al contrario, es bastante raro entre los míseros mortales. Pero todos están más bien de acuerdo en decir que el *amor propio* es cosa de todos, y por este motivo algunos lo quisieran llamar *amor común*. Entiéndase que aquí se habla, no de ese amor propio santo, fundado en la humildad, la cual no busca más que la virtud, sino del amor propio defectuoso, hermano gemelo que es de la soberbia.

1.º Pero aun cuando tal amor sea común á todos, sin embargo no ha sembrado sus raíces igualmente profundas en el corazón de todos. Y por esta causa se encontrará alguno con una dosis de ese amor, otro con diez, un tercero con ciento, que equivale á decir: con el corazón que rebosa de este amor desgraciado.

2.º Si se pudiera ver lo que pasa en el corazón de ciertas religiosas, se encontraría algo semejante á lo que se ve en ciertos pueblecitos de nuestro Piamonte, los cuales, allá por la edad media, fue-

ron tierras feudales. La Iglesia Parroquial, donde habita Jesús, está allí debajo, pero allá arriba en la cumbre del collado, en acto de dominar, tanto la Iglesia como la población, está el castillo del conde ó del marqués A ó B.

Lo mismo acontece en el corazón de estas pobrecitas. Un lugarcito para Jesús lo hay aún en su corazón; pero quien ocupa la parte dominante, no es Dios, sino simplemente el yo. Sí, el mismo Señor *Yo*.

¡Ah! ¿quién me diera una fuerte piqueta para destruir luego y para siempre ese infausto castillo? ¿Quién pondrá la dinamita para hacer saltar por los aires al monstruoso ídolo *Yo*, y luego convidar al Rey de los corazones, Jesús, á que suba y ocupe el puesto que le corresponde?

¡Si hay un caso excepcional en que la revolución se supone lícita, es éste ciertamente! ¡Animo, pues, oh hermanas! ¡Abajo el *yo*: arriba Dios! ¡Muera el *yo*, y que viva el solo Dios!

3.º Me parece oír ya un *hurra* general, que anuncia la victoria en toda la línea. ¡El *yo*, ha muerto! ¡El amor propio ya está aplastado!..

Pero, *experto crede Ruperto!* Yo no creo haber atrapado el gato mientras no lo tenga en el saco.

Si á un fulano cualquiera, después de haber oído el fragor de vuestras protestas, le viniese la idea de colocar una línea telefónica entre su casa y la vuestra, ¿qué cosa no debería escuchar?: Esto no me toca á mí. Y á mí ¿qué me importa? ¡Nadie me manda! ¡Ay de mí, ninguno me quiere bien!

¡No es sino á *mi* á quien se hacen injusticias! O bien: ¡Me he lucido! Todos celebran *mi* buen humor, todos desean *mi* compañía, todos se fijan en *mi*: superiores, alumnas y parientes, etc. Si me diesen este oficio á *mi*, ¡ya verían! etc.

¡Oh, cuántos *mi*! En la música los tonos de *mi* no son más que cuatro: dos mayores, que son fuertes, y dos menores, que son débiles y melancólicos; pero en la música de la inteligencia y del corazón de esas tales, todos los tonos son en *mi mayor* y siempre *fortissimo*. ¡Oh, quien pudiera hallar modo de penetrar en esos cerebros aruónicos, y cambiar registro, y anular para siempre esos tonos de *mi*, que no sirven absolutamente para alabar al verdadero Dios, sino sólo para adular é incensar al desgraciado *ídolo Yo*, el cual no tiene derecho ninguno, no diré ya de ocupar un pedestal, ni de recibir homenajes y adoraciones, pero ni siquiera de existir un momento en nuestros corazones!

Destruyase, pues, el ingrato tono de *mi*. Cántese más bien de hoy en adelante, en los tonos de *do*, de *re* y de *sol*, si se quiere, pero nunca más en el de *mi*. Por ejemplo: *Doy á mi* Jesús, de palabra y de obra, todo mi corazón. El es *mi* verdadero *Rey*: á El toda mi voluntad y para siempre, puesto que El es el *Sol* de Justicia, y el *solo* debe ocupar todos mis pensamientos y afectos, etc.

4.º Nuestro examen particular, no debería jamás alejarse de este punto; á saber: considerar en qué se ocupa nuestra mente, nuestra fantasía y

nuestro corazón. ¡Oh, si velásemos siempre atentamente, cuántas veces no sorprenderíamos al desgraciado *yo*, á quien creíamos muerto y sepultado, en el acto de incorporarse, de levantarse, é intentar nada menos que escalar el pedestal, sobre el cual reina el soberano Jesús, sino para derribarlo de allí, á lo menos para quedarse á su lado ¡el atrevido! ¡Sí, todo para Jesús, pero también un poco para mí! Y ¿será esto posible? ¿Dos Dioses? ¡Pero ésta es una herejía de hecho! El corazón humano no puede encerrar en sí dos señores dominantes. Un trono no admite á dos reyes, ¿podrá admitirlos Jesús, que es, por antonomasia, el Dios celoso, y que nunca pudo tolerar rivales? ¡Abajo el *yo*! ¡Viva Jesús para siempre en nuestros corazones!

5.º Lo haremos, pues, de esta manera, dirán algunas, de hoy en adelante intímaremos guerra sin cuartel al amor propio, y...

— ¡Sí, está muy bien! Pero... ¿y por cuánto tiempo? ¡Cuidado con ser del número de aquellas que son *perfectas*, mientras procede bien todo lo que desean y del modo que les place; pero... ¡Ay de quien les hace un poco de resistencia á su voluntad! Las veréis luego con la cara oscura, fruncidas las cejas, y con la trompa larga, larga, por días enteros, siempre dispuestas á tomar fuego en cualquier leve encuentro. ¡Santas de palo! ¡Devotas del *santo clavo*! ¡Verdaderas esclavas de su amor propio!

¡Religiosas, según las pinta San Francisco de Sales, que llenan ordinariamente la casa de quejas,

lamentaciones y llantos; que viven de meras sospechas y quimeras; siempre melancólicas, despechadas, tomando lo difícil por imposible; que, amonestadas, redoblan sus lamentos, y claman y protestan contra la falta de caridad, si no se gime y llora con ellas, á fin de compadecerlas y asegurarlas que hasta razón tienen para afligirse; que, si están enfermas y no se les encarece su mal, y no se corre luego acá y allá para juntar todos los remedios que el capricho les sugiere, se creen abandonadas, desgraciadas, y las demás las tildan: ¡almas de cántaro!—religiosas que están siempre en acecho para observar si á las demás se les hace preferencias...; pobres víctimas de ese gran tirano llamado *amor propio*, que les está diciendo de continuo á la imaginación:—¡Mira que te descuidan! ¡Mira que no te tratan como mereces!...

Imperfección femínea, por cierto, y propia para turbar y hacer perder el vigor á una Comunidad entera...

6.º Aquí, sin embargo, me diréis que querer acabar del todo con el amor propio es poco menos que imposible: ya que, según se dice, este gusano, asqueroso en toda la extensión de la palabra, no morirá mientras tengamos un hilo de vida; y hasta hay quien asegura que sólo dejará de existir algunos minutos ¡después que *hayamos muerto!*

Respondo que es muy cierto que nosotros á solas somos incapaces de destruirlo del todo, pero, y ¿por qué nos olvidaremos del *omnia possum in Eo qui me confortat* de S. Pablo? (*Ad Phil. 4, 13*). Todas las cosas me son posibles en Aquél que me conforta.

Es muy cierto que así como del género de nuestros vestidos nace la polilla que destruye el mismo género, así se desarrolla y multiplica hasta lo infinito la carcoma y el microbio del amor propio, que acomete, avanza, roe y destruye todo el poco bien que hacemos, si no tomamos las debidas precauciones.

Pero esto último es á nosotros á quien toca el hacerlo.

¿Habéis observado lo que hacen no pocos de nuestros operarios americanos para tomar nuevos bríos y no desmayar en la pesada fatiga cotidiana?

Van á tomar, cada mañana, la famosa copita; y en seguida se marchan al trabajo. Y si más tarde se sienten sin fuerzas, vuelven á tomar otra copita para *matar el gusano* ó el microbio, como dicen ellos.

No de otra manera hemos de hacer nosotros para dar muerte al fatal microbio de nuestro amor propio, para fortificarnos en el amor santo y en la recta intención de hacer y sufrirlo todo, á fin de consolar al buen Jesús.

La farmacia, el farmacéutico, el médico, todo lo tenemos en nuestra misma casa: en el Santo Tabernáculo.

¡No dejemos de entrar toda mañana en esta divina Farmacia, y digamos á Jesús en la Santa Comnión:—¡Oh, Señor, tengo verdadera necesidad de una bebida muy amarga, que apague para siempre el feo microbio de mi amor propio!— Y Jesús nos dará luego uua gota de esencia de la

humilde violeta, mezclada con el ajeno de la verdadera mortificación. Y ¡oh, qué bebida tan saludable será ésta! ¡Cómo se siente uno en seguida dispuesto á sufrir, en silencio y con resignación, las humillaciones!

Y si después de algunas horas se percibe de nuevo el agitarse de ese asqueroso gusanillo, si ya torna á levantarse por el aire ese microbio pestilencial..., nos volveremos inmediatamente á la farmacia, ó sea dispensa divina de Aquél que dijo: Sedientos, venid todos á las aguas: *Omnes sitientes, venite ad aquas*, y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, *et qui non habetis argentum, properate*; venid y comprad sin dinero y sin otra permuta, vino y leche (símbolo de la gracia y de la sabiduría divina): *venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum et lac.* (*Isai. 55, 1*).

Y se repiten las visitas y se hacen fervorosas comuniones espirituales, y el amor santo aumenta, y el amor propio va perdiendo toda su fuerza sobre nosotros, y no transcurrirá mucho tiempo sin que sintamos el corazón todo cambiado, y con el brazo tan fuerte como para destruir del todo al falso dios *Yo*, y tendremos tan dulce y potente la voz como para dar el *do* de pecho, y, si cabe, hasta el *re* y el *sol* de la tercera escala, evitando cuidadosamente todos los tonos de *mi*.

Habitnadas así á las bebidas dulce-amargas que Jesús os prepara, oh hermanas, en la Divina Farmacia del Altar, no sólo no huiréis de las humillaciones, sino que las buscaréis; á lo menos

os estimaréis afortunadas cuando os encontréis humilladas, y diréis también vosotras con el profeta Rey Penitente:—Bien me está, oh Señor, que me hayas humillado, para que así aprenda tus justísimos preceptos. *Bonum mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas.* (Psl. 118, 71). Y sólo entouces obtendremos el triunfo sobre el amor propio, y gozaremos de una paz perfecta. Concluiremos con las palabras de la Imitación. (Lib. 11. Cap. XI). Si el hombre diese su hacienda toda, aún es nada. Si hiciera otra gran penitencia, aún es nada. Aunque tenga toda la ciencia, aún está lejos; y si tuviere gran virtud y muy ferviente oración, aún le falta mucho: le falta la cosa que le es más necesaria.

¿Y ésta cuál es? ¡Que dejadas todas las cosas, *deje á sí mismo y salga de sí del todo*, y que no le quede *nada de amor propio!*

¡Ah, quién pudiera ser tan desprendido como aquel santo Jesuíta que, al oír que una buena religiosa, su penitente, le decía: Padre mio, nosotras todas rezaremos por Vuestra Reverencia, y le recordaremos siempre delante de Dios!—¡No lo hagáis, contestó, no lo hagáis, os lo ruego! Yo no deseo tal cosa, puesto que no quiero ser propietario de vuestras oraciones. Mas, rezad, si os place, por nuestra Compañía, y así yo tendré parte también, como el mínimo entre todos.

Grau prueba daríamos de haber vencido, al menos eu parte, nuestro amor propio, si todas las virtudes y adelantos espirituales que á Dios pedimos para nosotros, se las pidiésemos también para todos los demás, máxime los de nuestra Casa.

II. *Amor sensible*. He aquí otro amor más peligroso aún que el anterior:

Si no hay cosa mejor que una religiosa, cuyo corazón está todo poseído del amor de Dios, tampoco hay cosa peor que el de una hermana que deje reemplazar en sí el amor divino por el sensible para con sus alumnas y hermanas.

1.º ¡Ojalá que toda hermana dedicada á la educación é instrucción de la juventud, pudiera merecer de Dios el hermoso elogio que hizo el santo sacerdote Eliacin á la fuerte Judit!—Porque te has portado con varonil esfuerzo y has tenido un corazón constante, porque has amado la castidad..., por esto también la mano del Señor te ha confortado, y por lo mismo, serás bendita para siempre. *Quia fecisti viriliter, et confortatum est cor tuum, eo quod castitatem amaveris..., ideo et manus Domini confortavit te, ideo eris benedicta in aeternum. (Judith. 15, 11).*

¡Oh, hermanas! Si debéis hacer guerra sin cuartel al amor propio, con mayor razón aún al amor sensible, que fácilmente se torna en sensual, debéis hacer guerra de exterminio con las bien templadas armas de una dolorosa y sincera confesión, de una plena confianza con la superiora y de las enérgicas separaciones que el caso requiere.

El demonio siempre anda al rededor buscando á quien devorar, y prefiere los corazones de las Hermanas y de las alumnas, como que son sus bocados más tiernos y por él más apetecidos,

*Sorelle! sursum corda!*

*Ché il diavol non vi morda!*

Tan sólo no sirviendo á las pasiones y resistiéndoles continuamente, es como se halla la verdadera paz del corazón. Pues, como dice la Imitación, no hay paz en el corazón de quien se ha entregado á las ilusiones de los sentidos, sino en el del fervoroso y espiritual. (*Libr. I, cap. 6, 2*).

2.º Una hermana, en medio de sus alumnas, puede parangonarse á la vara de Moisés, la cual, levantada en alto, operaba maravillosos prodigios, pero arrojada al suelo se trocaba en una serpiente venenosa y mortífera.

Esas vuestras alumnas, ¡oh, hermanas! amadlas, sí, ¡pero amadlas en Dios! ¡Arriba el corazón! No miréis más que su alma y así la salvaréis con la vuestra. *Diligite*, os dice el Ven. D. Bosco, *sed diligite animas vestras et vestrarum.*

Y San Francisco de Sales solía repetir á sus Religiosas:—No queráis amar según la carne, sino según el Espíritu Santo: *Nolite amare secundum carnem, sed secundum Spiritum.*

Vuestras niñas son la imagen del Señor: amadlas, pues, por puro amor de Dios.

Quien las ama de otro modo, corre riesgo de no amarlas de una manera pura, ni constante ni igual. Los cuidados y servicios que prestamos á quien amamos por inclinación, tienen muy poco mérito, á causa del gusto y satisfacción que en ello tenemos; pues, en general, más lo hacemos por ese movimiento natural, que por amor de Dios. Santa Catalina pone á este fin una comparación muy exacta: «Si tomáis, dice, un vaso, y lo llenáis en una fuente, y bebéis de él sin retirarlo

de la fuente, aun cuando bebieseis sin cesar, el vaso no se vaciaría jamás. Pero si lo separáis de la fuente tan pronto como bebáis, se quedará vacío: así sucede con el amor: cuando no se le separa del manantial, que es Dios, nunca se agota».

¡Ay de vosotras si en ellas sólo miráis el cuerpo, prescindiendo de su alma! ¡Ah, el cuerpo no es más que tierra, y tierra enferma y miserable, que produce serpientes y bichos venenosos de tantos pecados!...

¡Cuántas niñas se encuentran sin gracia ni hermosura en lo exterior, y son, sin embargo, muy agradables á los ojos de Dios! La buena gracia y la cara simpática, contentan la genialidad de los que viven según las inclinaciones terrenales; mas, la verdadera caridad, repara tan sólo en la hermosura del alma y se difunde sobre todos, sin aceptación de personas.

3.º Comprendo que algunas veces conviene, y hasta parece necesario, prodigar á vuestras alumnas algunas caricias para que no acaben por desanimarse del todo; pero debe haber siempre el *modus in rebus*. D. Bosco, vuestro Padre y Maestro, solía, en semejante caso, poner las manos sobre la cabeza del niño á quien intentaba sacar á toda costa de las garras del demonio para restituirlo á Dios. ¡Imitad á este caro Padre Fundador, para que no os acontezca que, secundando los impulsos de un corazón ciego y aturdido, en vez de conquistar una alma y vencer al demonio arrebatándole la presa, acabéis por dejaros vencer y robar vosotras mismas, proporcionando así al enemigo un doble triunfo!

¡Ah, qué vergüenza! Sería éste el caso de aplicar el proverbio que dice: *Y pifferi di montagna scesero per suonare, ma furono suonati!*

¡Esa hermana quería arrebatár al diablito á esa pobre niña; pero quedó ella misma, presa en las redes del negro cazador, por no haber cuidado bien su propio corazón, por haber amado, no el alma, sino las dotes corporales de su alumna!

¡Alerta, oh hermanas! ¿Qué haríais vosotras si vierais caer á una de vuestras hermanas ó niñas en las vertiginosas ondas de un río? ¿Os arrojaríais acaso á dentro, abrazándola para sacarla más pronto? ¡Jamás! ¡Pero, si fuera factible, os aseguraríais con una mano á algún árbol ó fuerte rama de la orilla, y con la otra aferraríais á la que está para ahogarse; pero tan sólo del cabello, y no os dejaríais abrazar de aquella; de lo contrario, la pérdida sería inevitable, y... para entrambas! ¡Ah, cuántos quedaron ahogados por esta causa! ¡Pero un número mucho mayor quedó ahogado en las aguas muertas y vertiginosas del amor sensible, en el acto mismo en que pretendían salvar á sus pobres alumnas!

Lo que ha hecho D. Bosco con sus niñas, hacedlo vosotras con vuestras niñas, y así tendréis un amor bien entendido, un amor prudente, y seréis valientes cazadoras de almas.

Sería aquí el lugar oportuno para estigmatizar toda amistad particular peligrosa de las hermanas entre ellas mismas; amistades que destruyen el espíritu de familia que debe reinar en una casa religiosa. Amistades que turban la paz y unión

general, suscitando un mar de murmuraciones, chismes, celos y discordias; amistades que ablandan en demasía y dejan afeminado el corazón; que debilitan la devoción; que alejan de las miradas de las superiores, y conducen poco á poco á la sensualidad: amistades que empiezan insensiblemente con una mirada, un apretón de mano, un regalito: continúan con tonterías y estupideces; y acaban á veces por envenenar el corazón, causando la muerte del alma y de la vocación... ¡Pero no tengo valor de tratar expofeso un argumento tan triste!

Toca á los superiores remediar pronta y eficazmente este mal tan contagioso y fatal. Hagan presente á sus súbditos, cuando fuere el caso, cómo tales afecciones no sólo debilitan, sino que poco á poco destruyen en todas—no excluídas las ya aucionas—el amor á Dios; porque es tan débil y mezquino nuestro corazón que no se puede partir en dos, la mitad para Jesús, y la otra mitad para las criaturas:

«Corazones partidos no los quiero,

Pues, cuando doy el mío, lo doy entero».

Así dice á todos, y especialmente á vosotras que sois sus esposas, el celosísimo Jesús.

San Francisco de Sales, explicando la Regla de San Agustín, donde dice: Las religiosas no se han de servir de su corazón, ni de sus ojos, ni de sus palabras, sino para el servicio de la dilección de su Esposo celeste, y no para el servicio de las genialidades é inclinaciones humanas, así se expresa: Si hubiese, por ejemplo, dos hermanas. y

á una la amaseis muy mucho, al paso que miráis á la otra con frialdad, habría peligro que vuestro afecto no fuera demasiado puro, pues, cuando se ama á las hermanas en Dios y para Dios, se las ama á todas igualmente.

No cabe, como religiosas que profesan oración y tratan familiarmente con Dios, puedan dar su corazón á las criaturas y entregarse al placer de ser amadas por éstas, de mirarlas, etc.

¡Oh Religiosas, unios todas con vuestras superiores para extirpar, donde lo haya, este vicio!

Si una hermana, decía Santa Francisca de Chantal, tuviese un tumor peligroso que quisiera tener escondido, seríamos crueles callándolo, y benignas manifestándolo á quien debe y puede poner remedio. Aplicar el caso, al tumor maligno de las amistades particulares.

¡La gracia del Espíritu Santo, que es amor purísimo, reine ahora y siempre en el corazón de todas vosotras! *Spiritus sancti gratia, illuminet sensus et corda vestra. Amén!*

## CONFERENCIA VII

### MORTIFICACIÓN ESPECIALMENTE EXTERNA

*Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris: Traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal.*

(2 Cor. IV. 10).

Nos cabe hablar expreso de la mortificación, virtud que consiste en el hábito de hacer siempre actos contrarios á nuestras malas pasiones, causadas ya por el pecado original, ya por nuestras propias culpas.

I. *Su necesidad.* 1.º Nos la inculca el Espíritu Santo por boca de San Pablo, diciendo: «Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones: *qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (Ad. Gal. V. 24). Si hacéis morir las obras de la carne, ó sea las pasiones malas, viviréis. *Si facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Ad. Rom. 8, 13).<sup>e</sup> Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nosotros. (Loc. cit.)»

2.º Nos la prescribe terminantemente Jesús mismo, de quien San Pablo pudo con razón escri-

bir que no buscó nunca su propia satisfacción: *Christus non sibi placuit.* (Ad. Rom. XV, 3). Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue su cruz, y sígame: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me.* (Math, XVI, 24). Quién no carga su cruz y me sigue, no es digno de mí: *Qui non accipit crucem suam et sequitur me non est me dignus.* (Id. X, 38). Y no se contenta Jesús con que llevemos nuestra propia cruz de tarde en tarde, sino que nos manda la llevemos cada día: *tollat crucem suam quotidie.* (Luc. 9. 25). Jesucristo, dice San Pedro, padeció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigias ejus.* (1.<sup>a</sup> Petr. II, 21).

3.<sup>o</sup> La misma razón natural, y nuestra condición de míseros mortales, tanto más miserables, cuanto más tentados y más pecadores, nos intiman la santa mortificación.

A la verdad, tres potentes enemigos nos están acechando, sin darnos casi nunca tregua, y son: por delante, el mundo engañado y engañador; á la espalda, el astuto y furiosísimo demonio, y las malas pasiones por adentro. Estas últimas constituyen nuestro enemigo más formidable. Si alguien nos avisara que un terrible enemigo, armado hasta los dientes, nos está buscando, que ya penetró en la casa, y ya logró esconderse en nuestro mismo aposento ¡cuál zozobra no nos causaría esta noticia! y como no nos armáramos también nosotros

de pies á cabeza para hacerle frente y no quedar muertos bajo sus golpes. Pues bien, el fatal enemigo de nuestra pobre alma, no sólo logró aposentarse en nuestra misma habitación, sino que está cerca, muy cerca de ella y de continuo le acomete gritando: ¡te mato, te mato!... ¡Pobre alma! Este enemigo es tu mismo compañero invisible, el cuerpo! ¡Ay de tí, si te descuidas un tantico! Enemigo tanto más feroz, cuanto más en lo pasado se ha consentido á sus brutales exigencias. Es como el lagarto de Guayaquil (Ecuador), que hasta no haber gustado carne humana, no acomete al hombre, mas una vez que en ella se haya cebado despide un hedor insoportable y ataca á cuantos hombres encuentra. De consiguiente todos, pero en especial los que han cedido cobardemente en las pasadas batallas, deben estar de continuo sobre las armas para defenderse de ese cuerpo pecador por medio de rigurosa mortificación.

¿Qué hace el cirujano con el bisturí que acaba de envenenarse, por haberlo hundido en una llaga pútrida y contagiosa? Lo echa sin más ni más en un fuego de altísima temperatura, á fin de desinfectarlo plenamente, no sea que contagiado, contagie á otros enfermos. ¿Qué se hará de un aposento que fué apestado por la larga permanencia de un cadáver putrefacto, ó aún sólo de enfermos atacados de enfermedades asquerosas? Habrá que esterilizar cuanto microbio pestífero en él se anidara, y para esto no bastará quizás lavar y relavar con desinfectantes, pavimento, paredes y cielo raso, sino que será preciso hasta quitar el revoque,

deshacer el piso, etc., si no queremos que la muerte sienta allá sus reales!...

Lo propio digamos de un cuerpo, que por desgracia haya manchado sus sentidos, hundiéndolos en vicios asquerosos, y que por un tiempo considerable, haya servido de triste morada al fétido y contagiosísimo pecado mortal. Fuego de amor divino y sendos golpes de continua mortificación se requieren para que el cuerpo, así azotado, pierda sus fatales bríos, sus humores contagiosos, y el alma no quede ya inficionada por el contacto con éste. «La carne es el manantial de los vicios; es pues preciso domeñarla, si queremos evitarlos». (*Santo Tomás*).

4.º Sube de punto la necesidad de la mortificación, tratándose de religiosas, que el día feliz de sus desposorios, oyeron la voz de Jesús resonar al oído del alma: «Yo soy tu Esposo de sangre»  
 «*Sponsus sanguinum tu mihi es. (Exod. 4. 25)*»  
 «Yo he vivido y muerto en la cruz, y quiero que mi esposa me imite en todo y por todo. Yo quiero grabar mi nombre en el corazón de mi amado»  
 «pero, así como para poder escribir algo sobre un pergamino, es menester de antemano raspar perfectamente hasta el último vestigio de carne, así»  
 «Yo no podré trazar ni una palabra en tu corazón»  
 «si no estuviese perfectamente mortificado, ni»  
 «nunca tendrás tú derecho de exclamar: — mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para mi»  
 «Amado: *Dilectus meus mihi et ego illi.*» (*Cant. 2, 16*). La esposa ha de semejarse á su Esposo.

Vuestro corazón, oh Hermanas, es el jardín de

Dios. ¿Cómo podrá sembrar nada el jardinero en un jardín lleno de espinas y abrojos, sin antes desarraigarlo y limpiarlo todo perfectamente? Del mismo modo no sembrará el Jardinero celestial gracias y virtudes en vuestro corazón, á no haber antes desarraigado todas sus malezas mediante la mortificación.

El día de vuestra profesión religiosa, oh Hermanas, habéis prometido formal y solemnemente procurar alcanzar poco á poco la religiosa perfección, practicando no tan sólo los preceptos, sí que también los consejos evangélicos. De consiguiente Jesús, vuestro Esposo, quiere de vosotras que además de mortificar las feas pasiones, á fin de evitar toda culpa grave, combatáis hasta ciertas inclinaciones naturales, que os inducen á propias complacencias, y os impiden pensar sólo en El, y hacer lo que á El más le place; quiere que no solamente os mortifiquéis en las cosas de obligación, sino también en las de supererogación, aunque honestas; quiere que desterréis de vosotras todo sentimiento de delicadeza corporal, de todo apego sensible, y os revistáis de su divino espíritu. ¡Cuidado con quejaros, porque os toca sufrir las penas inherentes á la vida común y los compañeros indivisibles de la santa pobreza! ¡Cuidado con lamentaros del demasiado trabajo en la difícil tarea de la vigilancia y de la euseñanza! ¿Acaso dejasteis el mundo y entrasteis á la Casa religiosa para gozar más comodidades, y no para sufrir privaciones? ¿Entrasteis para copiar mejor el divino modelo, Jesús crucificado, y de esta manera,

además de reparar por la penitencia los pecados de la vida pasada, ayudar al Divino Redentor en la salvación de las almas, puesto que no hay redención posible sin Calvario; y sin cruz, Jesús no admite á su amistad á los que buscan sus comodidades. (*Santa Teresa*).

Para volveros más inclinadas y más dispuestas á la oración, y para poder recibir más fácilmente las impresiones de la gracia, y *obtener la salvación de las almas*, que Dios os ha confiado, es absolutamente necesaria la santa mortificación. El Beato J. M. Viauney, oyendo á un párroco que se jactaba de sus feligreses, que no se querían convertir, le preguntó: ¿Ha rezado Vd? ¿Ha ayunado? ¿Ha dormido sobre la desnuda tierra? ¿Se ha disciplinado? Si no ha hecho Vd. todo esto, no ha hecho lo suficiente para que se conviertan.

5.º Hay por último un prepotente motivo que nos obliga á la mortificación. ¿Y cuál? Ese Cielo tan bello que nos espera. Todos queremos subir allá; y con razón, puesto que es aquella nuestra única Patria. Harto terrible se nos presenta la disyuntiva; —¡O Paraíso eterno, ó eterno infierno!— Empero nada sucio ó contaminado podrá entrar en el Cielo: *nihil inquinatum in eam incurrit*. (*Sap. 7, 25*). La mortificación será en buena hora el prodigioso lavado que nos acorta el terrible purgatorio, y nos limpia para el Cielo. ¿Habrà, pues, una sola de mis buenas Hermanas que se atreva á rechazarla? Para subir al Cielo dicen los Santos, no hay sino dos escalas: *la blanca* de los inocentes, en cuya cima está María Santísima.

ma invitando á subir; y la *roja* de los penitentes enrojecida por la sangre de la santa mortificación, á cuyo pié vemos á Santa María Magdalena, invitándonos con su ejemplo á trepar por los árdulos peldaños. Ya hemos dicho en otro lugar que los muros de la celestial Sión son formados de vivas piedras preciosas: *lapides pretiosi omnes muri tui; (Off. Dedic)*. Estas piedras son los dichosos Comprensosres; piedras labradas y pulimentadas á fuerza de golpes de cincel de la mortificación: *scalpri salubris ictibus et tunsione plurima (ibid)*.

II. *¿En qué, mortificarnos especialmente?*  
Pasando por alto sobre la indispensable mortificación interior del terrible amor propio y del amor sensible, (de los que ya hemos hablado, y son dos gusanos roedores que echan á perder todo lo bueno) haciendo caso omiso de la no menos necesaria mortificación de todo afecto desordenado á parientes, amigos, patria, lugares, empleos, objetos aún pequeños, conformes á nuestro gusto y capricho, y hasta á favores y consuelos espirituales, etc., nos limitaremos á decir algo sobre la mortificación exterior de los cinco sentidos del cuerpo, tan indispensable, que, en sentir de San Vicente de Paul: «el que no hace caso de las mortificaciones externas, so pretexto que las internas son más perfectas, demuestra claramente que no es mortificado ni interior, ni exteriormente.» (*Magnari, Vida del Santo*).

1.º *Mortificación de los ojos*. Hé ahí el sentido corporal que necesita ser mortificado de un

modo especial. Es por los ojos por donde entra la muerte en el alma. Entre los ojos y el corazón hay una alianza tan íntima, que en el acto que aquellos miran, éste se resiente al instante. Tras la mirada va instantaneamente el pensamiento, tras el pensamiento el deseo, tras el deseo la acción. Por los ojos entran las emponzoñadas flechas que hieren el corazón.—Nuestros ojos son para nosotros un lazo.—(*Santa Teresa*).—Si vemos personas de diferente sexo, no debemos mirarlas con los ojos fijos, atentos y escudriñadores—dijo San Francisco de Sales.—*Ver y no mirar*, dice San Agustín. El ver es simple acción natural, mas el mirar puede ser fácilmente criminal. «Mira que es cosa mala el ojo maligno: *Memento quoniam malus est oculus nequam.* (*Eccle. 31, 1*). ¿Hay en el mundo cosa peor que semejante ojo? (*ibid.*)—¿Quieres no caer en cosas ilícitas?—nos dice un Santo, evita el mirar las lícitas.—Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas. (*Eccle. 19, 1*). En ciertas materias, no conceder nada es más fácil que conceder poco. Nuestro Venerable Padre don Bosco en sus innumerables viajes nunca fué por pura curiosidad á visitar, por ejemplo un monumento ó cualquiera otra obra de arte. Los ojos de don Bosco fueron para nosotros una continua plática. ¡Hermanas! Sea también vuestra modestia patente á todos los hombres: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.* (*Phil. 4, 5*). Jesús andaba con los ojos bajos. En el Santo Evangelio se señala como un acontecimiento cada una de sus miradas.

Mortificad la vista tambien con no leer nada peligroso ó sospechoso. Nuestra madre Éva halló la muerte en la manzana, que la miró antes con curiosidad, y despnes no pndo contenerse y la comió. Ciertos libros encierran más veneno que esa fatal manzana; hacen conocer solamente el bien y el mal: *el bien* de nna ignorancia feliz que se perdió, y *el mal* de nna ciencia finesta de que ya no podemos librarnos! ¡Cuidado con ciertas *novelas piadosas* que excitan la imaginación y la llenan de sentimentalismos! ¡Cuidado con ciertos libros *modernistas*, escritos especialmente para la mujer, para adularla y trazarle nna devoción muy cómoda y sentimental, apta para hacer devotas sensuales, y farsantes, pero nunca santas!

2.º *El oído* es tambien muy peligroso á causa de las murmuraciones, adnlaciones y palabrotas mundanas y maliciosas que se pueden oír. «Haz de espinas una cerca, dice el Espíritu Santo, y no des oído á la mala lengua: *Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire.* (Eccli. 28, 28). ¿Habéis presenciado alguna vez ese trasiego que se verifica entre los buques á vapor y las chatas cargadas de carbón? Pues bien, os aseguro que esos cargadores y descargadores no sou tan negros y sucios como esos demonios sentados, quien sobre los labios, quien sobre las orejas de los que manejan el carbón mortífero de las malas conversaciones, hablando ó escuchando.

Ciertas conversaciones hay que temerlas como las espinas, el fuego y la peste. De un lado está el tizón, del otro la estopa; y en el medio está el

demonio que sopla! ¿Quién se atrevería á acercar su oreja á la boca de una serpiente venenosa, ó de un apestado? Pues, es cierto que ciertas bocas mal habladas son asaz más temibles!

Una religiosa ha de mortificar sus oídos, hasta con huir de las músicas profanas, de ciertas romanzas livianas, de las noticias del mundo, etc.; hasta con soportar sin quejas cuanto ofende los oídos materiales, como por ejemplo: el ladrar obstinado de los perros, el cacarear de las gallinas, ciertos traqueteos, ciertos sonidos de piano importunísimos, la gritería y chillidos de las alumnas, los pasos rumorosos y pesados de ciertos transeuntes, los gemidos de una persona enferma, etc., etc. Todo esto sirve admirablemente, si lo sufrimos con paciencia, para abreviarnos el Purgatorio, y labrar mejor nuestra corona.

3.º *El olfato* no deja de ser un sentido peligroso para nuestra alma. No sin motivo el sacerdote que ministra la Extrema Unción pronuncia sobre la enferma estas sacramentales palabras: *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam indulgeat tibi DOMINUS quidquid per odoratum deliquisti.* Y la religiosa responde: ¡*Amen!* ¡Que así sea! Pero más vale arrepentiros desde ahora de toda suerte de pecados pasados, y mortificar este sentido privándoos absolutamente de todo perfume ya natural, ya artificial. Estas cosas cuando no fueren aconsejadas por la mútua caridad por ejemplo, para quitar ciertos hedores que ofenden al prójimo—son ciertamente indignas de toda religiosa que sepa respetarse.

Nuestro Venerable Padre don Bosco no olfateaba ni las flores más fragantes. Pero, cuando era invitado á dar su juicio sobre la fragancia de ciertas flores que ornaban los pensiles de sus amigos y bienhechores, se limitaba á pasar delicadamente un pétalo entre el pulgar y el índice, acercándolos después á la nariz á fin de poder emitir el parecer que le habían pedido.

De San Francisco de Sales se narra que, al acercarse un pobre anciano enfermo, que exhalaba horrible hedor exclamó: «Los malos olores de los enfermos son para mí como olor de rosa».

«Las hijas de este siglo, os dice San Ambrosio, recogen flores de un día, mas vosotras debéis recoger la flor del Cielo, Jesucristo, que ha dicho: Yo soy la flor del campo y lirio de los valles».

4.º *La boca* da abrigo, por desgracia, á dos grandes enemigos de nuestra alma: la lengua y la gula.

a) *Mortificación de la lengua.* No imitéis á las mujeres parleras, que siempre hablan hasta cuando no saben que decir. «En el mucho hablar nunca faltará pecado; mas quien sus labios refrena es muy prudente» *in multiloquio non deerit peccatum; qui autem moderatur labia sua, prudentissimus est.* (Prov. 10, 19).

Cuantas bufonadas, liviandades ó ternezas peligrosas deja imprudentemente escapar la lengua de una Hermana parlanchina. Y ¡ay! ¡con cuanta facilidad, durante ciertos insulsos y peligrosos discursos, las rosas y los lirios se deshojan y marchitan! «Nuestra lengua es la lengua de Jesu-

cristo; no hagamos de ella otro uso que el que haría El mismo." (S. J. Crisóst.) En la necesidad precisa de hablar de cosas delicadas, hágase lo más breve y decentemente posible. ¡Y esto en la misma confesión!... ¡Que María Santísima, *Virgo Prudentissima* nos bendiga esta lengua!...

b) *Mortificación de la gula*. Hé aquí los motivos de mortificarla: 1.º—Para ahuyentar las tentaciones de pecar, que el demonio de continuo suscita en nuestro derredor. «Si quitas la leña, decía el Venerable don Bosco, el fuego se apaga» *Si lignum tollis, ignis extinguitur*.

2.º—Para no caer en pecados graves: porque, como dice Santo Tomás: la impureza es hija de la gula. (2, 2 *quæst.* 118 *ad le.*)

3.º—Para no caer en los veniales deliberados, que disgustan tanto á Dios, hieren el alma y la inclinan á caer en el pecado mortal, y nos aumentan las penas del Purgatorio, donde, en sentir de Santo Tomás, la menor de las penas excede al máximo dolor de esta vida: *pena Purgatorii minima excedit maximam penam hujus vitæ*. (*Supp. q. 2. ab 1*).

4.º—A fin de podernos aplicar con facilidad á las cosas del espíritu, estando escrito: el cuerpo corruptible agrava al alma; *corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam*. (*Sap. 9. 15*).

5.º—A fin de alcanzar un alto grado de perfección.—El que no sabe enfrenar su gula, dice San Alfonso, nunca será santo.

6.º—Hasta para no dañar nuestro propio cuerpo y morir antes de tiempo, siendo bien sabida

de todos la sentencia: ¡Mata más gente la gula que la espada! Cuando el Papa estaba en Avignon, quiso modificar la regla de los Cartujos, que nunca gustan la carne, sino en las graves enfermedades, Espantado por esta novedad el General, envió al Santísimo Padre veinticinco monjes casi todos centenarios, (el más joven tenía 80 años) para suplicarle que no cambiase la regla de la abstinencia. Viendo tanta robustez y lozanía en esos monjes longevos, el Papa no se atrevió á cambiar la regla y la dejó intacta.

Para venir á la práctica los maestros de espíritu, mandan no comer ni beber en demasía, ó fuera de tiempo, ó con harta priesa; ni buscar manjares ricos y exquisitos, de manera que el apetito nunca esté plenamente hartado, y pueda uno después de la refección, entregarse á la lectura de libros santos, y á las buenas obras. (*San Jerónimo*).

Nuestro Venerable don Bosco nos solía decir: «Comed con moderación, en términos que podáis escribir una carta de consideración, acto seguido, después de la refección. Yo quisiera que en el escudo de nuestra Congregación estuvieran escritas de molde las palabras: *Oración, Trabajo, Templanza*. Mientras en nosotros reiven estas tres virtudes, la Congregación vivirá; mas si éstas se van, élla también desaparecerá.» Encontrándose un día con tres ó cuatro de sus alumnos que solían merendar fuera de tiempo, les preguntó:—Ya que estudiáis la Teología ¿podrías decirme de cuantos modos puede uno pecar de gula? De *cinco modos*, contestó no de aquellos, que no sospechaba aún cual

fuese la intención de don Bosco, y son *praeperere, lente, nimis, ardentem, studiosum*.—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó significativamente don Bosco; y sin añadir palabra se fué, dejándolos meditar la lección. ¡Ah! bien podía él predicar la cruzada contra la intemperancia, *A*, digo, cnyá vida había sido una continua mortificación de gula!

¡Oh! Religiosas, no os dejéis nunca vencer por el demonio de la gula! La poca vigilancia en la mortificación del gusto, es ese gusano roedor, que á muchas personas religiosas impide el progreso en la vida espiritual. Alcanzarán quizás vencer en todo lo demás, pero se dejan fácilmente atropellar en este punto; y por este motivo nunca serán santas. (*San Leonardo*).

*Moderación!* ¡Hé ahí la gran palabra! El alimento tomado con moderación es útil á la vez para el cuerpo y para el alma. San Francisco de Sales, dice que no debéis comer demasiado, de modo que el alma no tenga ya fuerza para arrastrar el cuerpo harto pesado, y se deje aplastar por él; pero quiere también que no alimentéis demasiado poco á este pobre cuerpo, en términos que ya no pueda sostener al alma en el cumplimiento de los deberes morales y espirituales que ésta tiene.

Por esta razón las que os sintieseis endebles y lánguidas al punto de no poder hacer expeditamente vuestros ejercicios, convendrá pedir permiso para comer y beber, y tomar algún alivio y descanso á deshora. Ni debéis esperar que las superiores lleguen á conocer vuestra debilidad y enfermedad,

puesto que, si se espera demasiado, es de temer que ya no sea tiempo para curar ciertos males. Por el contrario si la incomodidad que pretendéis sentir no es sino efecto de la imaginación, ó de gula, ó de poltronería, será entonces necesario acudir al remedio sugerido por el mismo San Francisco de Sales, que consiste en *tomar dos dedos de valor, más bien que dos dedos de pan y de vino.*

No es fácil ponderar cuan engañoso sea el vicio de la gula hasta entre las religiosas.—Cuéntase que una Maestra de novicias había dicho en secreto á sus discípulas, que tratasen de imitar á una de sus compañeras, dechado de obediencia, y por ende de toda virtud. Sucedió entretanto que esa buena novicia se puso algo enfermiza y debía por obediencia, ir á la cocina á tomar algo á las diez antimeridianas de cada día. Sus compañeras entonces, quisieron imitarla escrupulosamente también en esta circunstancia, y á las diez de la mañana en punto, se presentaban á la hermana cocinera para tomar sus alivios.—¡Qué obediencia tan... golosa!

Repito que la gula es un vicio capital muy traicionero. So pretexto de que los tiempos han cambiado, que la raza humana ha degenerado muy mucho aún físicamente, que... estamos *en América*, etc. (!), se ha reducido el precepto del ayuno casi á letra muerta. ¡Cuidado con acortarse la vida! ellas dicen—sería esto un barrenar el quinto: *¡No matar!!*... La Iglesia sin embargo continúa cantando en su Prefacio de Cuaresma: *Qui corporali jejunio vitium comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et præmia...*

5.º *Mortificación del tacto.* San Basilio define el tacto el más peligroso de todos los sentidos: *omnium sensuum perniciosissimum*. A la verdad, la vista se limita á los ojos, el oído á las orejas, el olfato á las narices, el gusto al paladar; pero, el tacto se extiende por toda la superficie del cuerpo, y en todos los miembros arma lazos contra la voluntad. Es el mortal enemigo de la castidad, virtud, sin la cual, todos caminamos á la perdición. Hé ahí por qué San Pablo decía: «Peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á sus enemigos, sino que castigo mi cuerpo rebelde y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado á los demás, venga yo á ser reprobado.» (1. Cor. 9, 26, 27).

«Dios aborrece á las almas amigas de su propio cuerpo», solía decir San Alfonso de Ligorio. Y San Francisco de Sales escribe:—Son los cuerpos humanos semejantes á los vasos de vidrio, que, si van tocándose unos con otros, están expuestos á quebrarse: ó á las frutas, que aunque esten euteras y bien sazonadas, contraen macas al tocarse unas con otras. Aún el agua, por muy fresca que esté en su vaso, si la toca algún animal terrestre no puede conservar largo tiempo su frescura. Y ya San Pablo había escrito: Llevamos nuestro tesoro, la castidad, en un vaso, el cuerpo, en el cual está escrito con caracteres de molde, FRÁGIL: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* (2 Corint. 4, 7).

Considerad á menudo, oh venerandas Religiosas, que este vuestro cuerpo

1.º Es, y debe ser el siervo del alma. ¡Ay de entrambos, si ésta se deja vencer por aquél!

2.º Fué consagrado en el Bautismo y en la Confirmación con los sagrados Oleos de los Catecúmenos y del santo Crisma, precisamente como se consagra un templo, un altar, un cáliz, un sacerdote, un Obispo.

3.º Cada día tórnase vuestro cuerpo como una sagrada custodia, ó como un templo, donde Jesús sienta sus reales mediante la primera Comuni6n.

Habr4, pues, que mortificarlo m4s y m4s, 4 fin de que, seg6n la expresi6n del Cris6stomo, se vuelva m4s puro que el rayo del sol.

4.º ¡*Meditad!* Sois el templo del Dios vivo (2, *Corint.* 6, 16). Vuestros miembros templo son del Espiritu Santo. (1. *Corint.* 3, 16). *Nescitis quia templum Dei estis?* (1. *Cor.* 5, 16). Y ¡Ay! El que profanare el templo de Dios, el Se6or le destruir4: *Si quis templum Dei violaverit, desperdet illum Deus.* (1. *Cor.* 3, 17).

5.º ¡*Meditad!* Ma6ana dar4is el 6ltimo respiro, y en derredor de ese vuestro cuerpo mandar4 la Iglesia que se enciendan cirios, se queme incienso, se derrame agua bendita, se recen misas, se entonen c4nticos, precisamente como si se tratara de una reliquia de sus sautos; y vuestras hermanas se afanar4n en vestiros de antemano con el h4bito de Esposas de Jes6s, os ornar4n esas manos con el Santo Crucifijo, el Santo Rosario, el libro de la Santa Regla; y ce6nir4n no s6lo vuestras sienes, sino el cuerpo entero con fragantes flor4s, especialmente con blancos lirios... ¡Con lirios! ¿Entend4is?

Y la cruz, que se enarbolar4 sobre vuestra tnm-

ba, dirá en su mutismo á los que la visitaren, que ahí duerme su último sueño un cuerpo que fué de continuo mortificado desde la coronilla hasta los pies; que fué crucificado con Jesucristo en la Cruz por toda su vida: y que tiene derecho por consiguiente, de resucitar glorioso en el día final, para ir á gozar con su compañera el alma por eternidad de eternidades.

Empero ¡Ay de la que en su vida, lejos de mortificarse, permitió que su cuerpo saciara sus malditas ganas! ¡Oíd el estampido del trueno divino! «Cuanto se ha engraido y regalado, dadle otro tanto de tormento y de llanto! *Quantum in deliciis fuit tantum date illi tormentum et luctum* (Apoc. 18, 7)».

¡Meditad! ¡Sil! ¡y meditad seriamente! Y sea fruto de esta meditación un gran amor á la santa mortificación corporal.

*Práctica.* a) No juegos de maos aún honestos, ni caricias con las niñas, ni con las Hermanas, sobre todo con los animales domésticos. ¿No es ridículo hasta en las personas del mundo el acariciar perros, gatos, etc.? ¿Qué decir de una religiosa! Las familiaridades y los juegos de manos son indicios de una virginidad que agoniza y de una virtud que muere, (*Jeron. in vita Sti. Hilar.*) Una virgen debe ser cual un ángel; pero, los ángeles no nos acarician, aunque inefablemente nos quieren. Se han visto á niñas perder la vocación religiosa, ó bien rehusar de entrar en ciertas Comunidades, por haber presenciado, harto mimo, durante el tiempo que pasaron en el Colegio.

b) Conservar el cuerpo en posición modesta, hasta cuando se está á solas; no estirar, ni cruzar las piernas sin gran necesidad, ni estirar los brazos, bostezar y gemir fuerte; y sobre la cama de nuestro reposo conservar una posición angelical. Santa Clara de Montefalco lloró amargamente porque la encontraron durmiendo con un pie descubierto...

c) Buscar de vez en cuando alguna posición algo incómoda; v. gr., no apoyarse durante el rezo; rezar de rodillas, etc.

d) No quejarse de la intemperie: frío, calor, vientos, nubes, lluvias, etc., que ejecutan las órdenes de Dios: *quæ faciunt verbum ejus.* (Ps. 148, 8).

e) No quejarse tampoco de las enfermedades é incomodidades habituales, de los mosquitos y demás insectos importunos, que al fin y al cabo no son sino instrumentos de la divina Justicia, la cual nos purifica y castiga, porque nos quiere.

f) No usar colchones demasiado blandos; ser puntuales en levantarse y *no dormir la siesta* sin absoluta necesidad y con explícito permiso. ¿No ha sido en la *Hora sexta*, que Jesús fué crucificado? ¡Alerta!

g) Usar con gusto vestidos, habitaciones, muebles, libros, etc., los más pobres y humildes. ¿No debe toda Esposa de Jesús imitar á su amado? Pero Jesús, con todo y ser el Rey del Cielo y de la tierra, no tuvo en este mundo donde reclinar su cabeza; cuando necesitaba reposo, usaba un solo vestido, comía pan de cebada, cuando no

granos de trigo seco, y bebía del agua del torrente. ¡Vengan adelante ahora esas religiosas, que se van quejando continuamente de que el vestido es remendado y pobre, ó demasiado pesado; preséntense las que pretextando economía van buscando géneros finos, porque, según ellas, duran más y cuadran mejor.

Por supuesto que no se han de llevar hábitos manchados, ni desgarrados, pues, sería esto contrario á la religiosa (decencia); pero son muy convenientes al estado que profesáis, los vestidos zurcidos y remendados, con tal de estar siempre bien limpios. Santa Francisca de Chantal era toda una baronesa, y sin embargo cuando se presentó á su soberano el Duque de Saboya, para obtener una fundación de Salesas en Turín, llevaba un velo que ostentaba cuatro ó cinco remiendos; y calzaba zapatos groseros atados con tiras de cuero aunque todo estaba perfectamente limpio y aseado.

Y ¿Qué diremos de nuestro venerable Padre don Bosco? Aún quedan allá en la Casa de Turín sus muebles y vestidos. Y todo es de lo más pobre que se pueda desear. El estante de los libros está formado de cuatro toscas tablas: humildes son los armarios, y hasta hubo tiempo en que estaban suplidos por una cuerda atravesada de pared á pared, sobre la que el Venerable colgaba sus vestiduras cubriéndolas con una sábana para evitar el polvo. Don Bosco, empero, cuanto á limpieza se pintaba solo; pues, aseo y pobreza han de correr parejas.

III.—Concluyamos.

Se narra de un rey de Francia que, hallándose en el campo de batalla, gritaba á voz en cuello á sus soldados: «¡Hola! ¡Seguidme! Yo voy adelante: el penacho blanco de mi casco os mostrará el camino de la victoria y de la gloria». — ¡Oh! religiosas: Mirad á vuestro Esposo Jesús, que, con la cruz á cuestas, os está de continuo repitiendo: — ¡Seguidme! ¡Yo voy adelante! La roja señal de mi Cruz os guiará á la victoria, y á la gloria imperecedera. La que quiera venir en pos de mí y tener parte en mi Cielo, lleve su Cruz cada día, sin que sobre sus labios nunca asome una queja... ¡Ea, pues, Hermanas! La Cruz á cuestas y... en pos de Jesús hasta el Paraíso!

DEO GRATIAS ET MARIE.

## CONFERENCIA VIII

### PRUDENCIA

*Et scientia Sanctorum prudentia,  
Y la ciencia de los Santos es la  
prudencia.*

(Prov. 9, 10).

Esta es la primera de las cuatro virtudes cardinales, que enseña al hombre á discernir el bien del mal, para seguir el primero y huir del segundo.

O en otros términos: es una virtud cardinal, con la que, obrando con reflexión, elegimos los medios, que son más proporcionados para la consecución del fin honesto que nos prefijamos.

«Virtud preciosa, dice San Bernardo, que dirige y modera las demás, compone los afectos y coordena las costumbres; virtud, siu la cual las mismas virtudes degeneran en vicios y desórdenes».

La prudencia consulta, juzga y manda con solícitud y diligencia.

Para la prudencia se necesitan siete cosas: 1.º, la *memoria* para utilizar la experiencia; 2.º, la *inteligencia* para conocer el estado de las cosas y los medios más adecuados; 3.º, la *docilidad* para buscar la luz en los libros y en los consejos de otro; 4.º, la *rectitud de juicio* para discernir la conveniencia y la oportunidad de los medios; 5.º, la *previsión* para prever las consecuencias; 6.º, la *circunspección* para considerar todas las cir-

cunstances; 7.º, la *cautela* para obviar las dificultades y los peligros.

Se peca contra esta virtud: 1.º, con la *precipitación* en el ejecutar; 2.º, con la *inconsideración* en no premeditar; 3.º, con la *inconstancia* cambiando de parecer por frívolos motivos; 4.º, con la *negligencia* ó *tardanza* en el obrar; 5.º, con la *prudencia* de la carne, que excogita medios para un fin malo; 6.º, con la *astucia* fundada en fraudes y engaños; 7.º, con la *codicia* de los bienes terrenos; 8.º, con la demasiada inquietud y afán por el éxito, fiándose poco en la divina Providencia.

Hiere, de consiguiente, la virtud de la Prudencia: la que confía demasiado en sí misma; la que no toma consejo de las ancianas, instruídas y prudentes; la que con harta facilidad cree todo lo que se le cuenta; la que dice con facilidad todo cuanto le han contado; la que por poco se empeña en disputas, y con pertinacia quiere sostener lo empezado; la que da consejos (no siendo por caridad ó por justicia) á quien no se los pide, ó á quien tendrá que arrepentirse por haberlos seguido, etc.

II. En esta conferencia nos limitaremos á indicar algunas cosas, que, según la prudencia, deben hacer ó evitar las religiosas dedicadas al bien de la juventud.

1.º *Saber conservar el secreto*. El secreto debe, en primer lugar, conservarlo la Superiora con relación á lo que en ella han depositado sus pro-

pías subalternas; y, en segundo lugar, las mismas subalternas por lo que mira á ciertas instrucciones, órdenes, consejos, etc., que en modo especial y exclusivo les hubiera comunicado la Superiora.

La Casa religiosa donde no se respeta el secreto de que aquí hablamos, no tendrá nunca paz. Ni será nunca casa religiosa, sino más bien un verdadero campo de Agramante.

Combátase ante todo esa temible curiosidad, por lo cual, no bien se viene á saber, ó bien se sospecha que una hermana haya recibido de la Superiora algún encargo, aviso ó consejo, ó particular confianza, se van inmediatamente á buscar, como se dice, las tenazas de Nicodemus, para arrancar el secreto á fuerza de interrogaciones y súplicas importunas, y algunas veces hasta violentas.

Además de esto, excepto el caso en que la conciencia (hablo de una conciencia recta) imponga la obligación de manifestar la cosa á las superiores de grado más elevado, niuguna deje entrever jamás la menor cosa de cuanto las superiores inmediatas le han dicho expresa y exclusivamente para su gobierno.—Mi secreto es para mí, *secretum meum mihi*. (Isai. 24, 16). Es bueno tener oculto el secreto confiado por el Rey: *secretum Regis abscondere bonum est*. (Tobia. 12, 7).

¡Qué de miserias no nos toca ver á menudo! A semejanza del agua, que, cayendo sobre un techo pendiente pronto pasa de una teja á otra, y no se detiene hasta que no cae en la calle pública, así hacen, cabalmente, ciertas lenguas resbaladizas,

Apenas les acontece posesionarse de algún secreto, vuelan inmediatamente á contarlo (en secreto ya se entiende) á una compañera; ésta lo confía á una tercera, la tercera á una cuarta, y así sucesivamente, (por supuesto, ¡siempre por el canal del secreto!) de modo que, en un abrir y cerrar de ojos, toda la casa, cuando no los de afuera también, está al corriente del ya muy famoso secreto en cuestión.

¡Qué secreto tan admirable!... Y ahora ¿qué título daremos á esas tales? El corazón del fatuo, dice el Espíritu Santo, es como un vaso roto, que deja pronto salir cuanto recibe, *cor fatui quasi vas confractum*. (Eccl. 21, 17).

El secreto, para esas cabezas livianas, es como una flecha hincada en el cuerpo de una persona, la cual no halla paz ni reposo mientras que no se la ha arrancado.

Pero, ¿tendrá acaso ésta, verdadera paz despnes de haber propalado el secreto? ¡Jamás!

Por otra parte ¿quién se atreverá, de hoy en adelante, á manifestar las penas de su corazón á una que no sabe callar nada de cuanto sabe? ¿Qué subalterna alcanzará á teuer confianza en una superiora de esta clase? ¿Qué superiora podrá todavía fiarse de una subalterna tan locuaz é imprudente?

Sobre tales cimientos nunca se edificará nada; los rendimientos de cuentas mensuales se volverán embrollos y causa de sinsabores; y toda dirección, aunque fuera la más hábil, se bará no sólo infructuosa sino imposible.

¡Que María, *Virgo prudentissima*, os bendiga á todas la lengua, y de un modo especial el corazón, de cuya abundancia, como dice Nuestro Señor Jesucristo, habla la boca: *ex abundantia cordis os loquitur*. (*Math. 12, 34*).

2.º *Prudencia, con relación á las cartas y escritos particulares.* ¡De cuántos daños es siempre causa la imprudencia en leer cartas ajenas! Puede llegar á ser esto nn gran pecado, hasta entre la gente del mundo. Y en ciertas diócesis, este pecado es reservado al Obispo. ¿Qué diremos de las casas Religiosas?

Recordemos que una imprudencia, en esta materia, puede fácilmente sernos fatal. Y, cuanto se dice de las cartas, aplíquese á los escritos particulares, que pueden, algunas veces, encerrar cosas de conciencia. *Nec oculus in charta*, dice el adagio, *nec manus in arca!*

Es bueno que las superiores no reciban nunca abiertas las cartas que las hermanas escriben á sus superiores más elevados, aun cuando tales cartas no estén notadas con la palabra *reservada*.

Obligando á las subalternas á que presenten siempre cerradas las cartas de esta especie; toda casa, crédmelo, caminará mucho mejor. *Experto crede Ruperto*.

3.º *Prudencia en las lecturas.* a) *Lecturas en común.* Es de notar que, por cuanto una directora sea inexorable en no admitir en la biblioteca de casa ningún libro peligroso, por más que ella sea prudente en escoger libros de lectura para la mesa, el dormitorio, iglesia, etc.; con todo, es casi

imposible que en esta materia no se encuentre, de cuando en cuando, alguna piedra de escándalo, porque no todos los escritores que tienen merecida fama de excelentes, aun tocante á la religión y á las costumbres, han tenido aquella delicadeza verdaderamente angélica que vuestro Padre D. Bosco tuvo en cada página, en cada línea, en cada palabra de sus preciosísimos escritos. Delicadeza más que nunca necesaria en estos tiempos, en que la corrupción de las costumbres triunfa por doquier.

Será, por tanto, muy conveniente, que la hermana destinada á hacer la lectura, dé una mirada preventiva á cuanto deba leer en público. Que si no hubiese tiempo de hacer esto, *suprima ó cambie con desenvoltura y serenidad* aquellos puntos, trozos ó palabras que pudieran ocasionar mala impresión en muchas de las oyentes. Dije con *desenvoltura y serenidad*, porque interrumpiendo, tosiendo, ruborizándose, etc., se obtendría quizás el efecto contrario. En tal caso, sería preferible que leyese como está, pero con calma.

4.º *Libros de premio.* La prudencia quiere que aquí se abra más y más los ojos. No todo lo que lleva un título religioso, ni mucho menos todo lo que se dice escrito para la juventud, podréis ofrecerlo tranquilamente como lectura á vuestras niñas. ¡Ay de aquella que por una mal entendida avaricia da la preferencia á ciertos libros, sólo porque cuestan menos, sin fijarse más allá! ¡Ay! ¿seriais tan ciegas de ofrecer veneno en vez de vino á las pobres alumnas?

a) *Vigilancia sobre las lecturas de las alum-*

nas. En este punto nunca se pecará por exceso de vigilancia. Se sabe que las primeras impresiones que reciben los tiernos corazones de vuestras niñas, duran después por toda la vida, y son cabalmente las malas lecturas las que en mayor escala producen las malas impresiones.

Diciendo *lecturas*, no entiendo hablar tan sólo de los libros, sino también de los *diccionarios*, periódicos, cuadernos de música, cartolinas ilustradas, de ciertas poesías, de ciertas cajas de fósforos, de ciertos abanicos, de ciertas fototipias, aunque fuesen microscópicas, de ciertas cartas, de ciertos envoltorios formados por periódicos ó de los que traen los jabones, dulces, frascos de medicina; en una palabra, todo lo que lleva consigo alguna cosa escrita ó alguna viñeta peligrosa.

¡Vigilad, vigilad en todas partes: en el dormitorio, en la clase, en el estudio, en el patio, etc!

¡Vigilad siempre de día y de noche, al principio de año especialmente, y después hasta el fin, sin descansar en la falsa suposición, de que en vuestras casas no hay ni un átomo de tales peligros! ¡Oh qué error tan fatal és éste! Cuanto más se duerme sobre este punto tan esencial, la vigilancia, tanto más seguro el *inimicus homo* entrará en vuestro campo y sembrará su zizaña. El es más astuto que todas vosotras juntas. Los ojos de Argos no bastan para descubrir y defenderse de todos los manejos y tramas de este gran enemigo de vuestra alma y de la de vuestras alumnas.

Digo de *vuestra alma*. Y por este motivo, no bien se encuentre un romance ú otra publicación

peligrosa, no será suficiente retirarlo, sino que es necesario absolutamente quemarlo y *cuanto antes*, para no conservar entre manos un veneno que puede ser fatal, fatalísimo á las mismas religiosas, *como una muy triste experiencia nos autoriza á creerlo posible!!!!*

b) La *prudencia* sabe pedir consejo á quien puede darlo.

Si así se hace, no solamente se sabrán separar los libros óptimos y buenos de los peligrosos, malos y pésimos, sino que hasta se podrá tener una regla segura para saber qué libros han de destinarse para las meditaciones y para la lectura espiritual, cuales para leer en los dormitorios, en el refectorio, en la recreación, etc. Porque aun cuando, por ejemplo, todos los libros de las *lecturas católicas* de D. Bosco se pueden poner á ojo cerrado en las manos de vuestras alumnas; sin embargo, no todos, ya se sabe, están destinados á servir para una misma clase de lectura.

Aprovecho esta ocasión para repetir las palabras de D. Bosco: *Alabad, defended, recomendad, publicad las lecturas católicas y los libros todos de los salesianos; que esto será para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.*

5.º *Prudencia en besar la mano.* Cuando don Bosco fué á la casa de fundación de sus Hermanas, en *Mornese*, y encontró la costumbre de besar la mano á los Superiores, no la desaprobó, pero tampoco se mostró plenamente satisfecho, y dijo en público: *Ahora besan la mano á D. Bosco, y más tarde si esta costumbre, como es probable, se*

*hiciere general, podrá haber sus serias consecuencias.* Evítense, pues, y háganse evitar los inconvenientes previstos y temidos por el fundador.

La mano se besa ordinariamente sólo á los superiores eclesiásticos más calificados, y todavía esto con alguna parsimonia. Por la sola razón que aquel es sacerdote, no hay aún la obligación de besarle la mano. Claro está que á los Obispos, especialmente al propio, no sólo se puede, sino que se debe besar la mano ó el anillo, pidiéndoles de rodillas la bendición, que es cada vez un sacramental.

Sin embargo, á fin de tener en esto una regla de conducta más segura, las superiores locales tomarán consejo de quien deben, y así se evitarán las terribles consecuencias.

Bésense á menudo, ¡oh, esto sí! y con verdadero dolor de corazón, los pies de vuestro Crucifijo bendito, que haciéndolo así no habrá peligro de exceder los límites de la prudencia. Dije del *vuestro*, porque hasta en besar el de otras hermanas puede haber á veces sus inconvenientes...

6.º *Prudencia en las visitas que se hacen ó que se reciben.* Las visitas se han de hacer sólo por necesidad, y se restituyen solamente las de primera necesidad, ó cuando lo exija un motivo de gran caridad. Y en ellas habrá que evitar toda conversación ociosa ó demasiado familiar. ¡Ah, cuántas religiosas perdieron su vocación por el contacto con el mundo! ¡Alerta, especialmente con las personas jóvenes de cualquier clase, aunque tengan á veces fama de santas!

Con respecto á las visitas que se reciben, tened presente que si los locutorios de la gente del mundo son para hablar, vuestro locutorio, ¡oh religiosas! es, casi diría para huir de él. Al locutorio, deberíais ir como á un Purgatorio; es decir, sólo por estricta obediencia.

El frecuentar el locutorio es asaz peligroso. No es creíble lo que allí se evapora el buen olor de las Casas religiosas, y lo que se disipa el espíritu.

En el locutorio se han de tratar solamente los negocios indispensables, tanto espirituales como temporales; y nunca se ha de perder allí el tiempo.

«La religiosa que gusta estar en el locutorio, decía Santa Francisca de Chantal, se hace indigna de hablar con Dios en la santa Oración. Es una gran pérdida para la eternidad la pérdida del tiempo». — Y San Francisco de Sales agrega: «Cuando considero cómo empleo el tiempo, temo mucho que Dios no me quiera dar su feliz eternidad, porque no la da sino á los que lo emplean bien».

Cuando al interior de la casa debieran entrar personas extrañas, por ejemplo, sacerdotes, médicos, trabajadores ú otras visitas cualesquiera, las hermanas que no están encargadas de acompañarlas, procuren disimuladamente retirarse, evitando toda curiosidad. Se ha dejado el mundo allá afuera y para siempre; de consiguiente, si por fortuito accidente él intentase entrar en el corazón, respondedle luego con San Alfonso:

*Mondo, piú per me non sei,  
Io per te non sono piú,  
Tutti già gli affetti miei  
Gli ho donati al mio Gesù, etc...*

Que si la obediencia ó la caridad, ó la prudente conveniencia ó la necesidad, os obligasen á presentaros á esos visitantes, habrá que tener en cuenta que una religiosa, una Esposa de Jesús, no tratándose de sus mismos padres ó próximos parientes, no dará la mano.

La gente bien educada sabe que á las religiosas no se da la mano: pero si alguno la presentase primero, la caridad, de acuerdo con la prudencia, *puede permitir en ciertos casos*, que se corresponda con moderación á este saludo, procurando, al dar la mano, de evitar toda manera mundana. En general, es mayor prudencia saludar ó devolver el saludo con una inclinación de cabeza, poniendo anticipadamente las manos entre las mangas del hábito.

Pero, con relación á las alumnas, hay que evitar otro inconveniente, cual es el agruparse y el acercarse demasiado á las personas visitantes.

Es ésta una verdadera falta de educación, que hay que desterrar cuanto antes, donde acaso se encontrara.

Si éstas se portan de este modo en el colegio, continuarán á hacer otro tanto cuando estén á fuera, y lo menos que se podrá decir de ellas, será que en el colegio de religiosas aprendieron á ser niñas sin educación.

Escribiendo Frassinetti la vida de la piadosa jovencita Rosa Pedemonte, la cual estuvo por algún tiempo en Mornese, narra que, acercándose sus discípulas para enseñarle el trabajo ó para pedirle un consejo, no permitía que se le avicinasen demasiado, como suelen hacerlo las niñas, sino que las obligaba á quedarse á una distancia conveniente.

Había también una maestra, Hija de María Auxiliadora, que cada año dictaba el siguiente *problema*:

— Toda niña bien educada debe colocarse á la distancia, por lo menos, de diez mil decimilímetros de las personas, tanto eclesiásticas como seglares, que llegasen á visitarla.

Se pregunta ahora: ¿A cuántos metros de distancia deberá ella colocarse?

7.º *Prudencia en el trato con las niñas.* Ninguna hermana, aunque sea Directora, debiera jamás dejarse tomar *habitualmente* de la mano, del delantal, etc., ni por las compañeras, ni de las niñas mismas: como tampoco permitir que le besen la mano, ni el velo, ni el hábito, etc. Y aún más, *en ciertos casos* la prudencia no quisiera tampoco que permitiese á otras el beso del propio Crucifijo que cuelga ante el pecho. ¡Todas estas miserias á veces encienden insensiblemente la llama de las amistades particulares, que como á todos es conocido, son infaustos manantiales de murmuraciones, celos, etc., y terminan hasta en peste, que rápidamente se apega de la una á la otra, echando á perder miserablemente tantas bellas azucenas!

Con mayor razón quiere la prudencia que se eviten los besos, los abrazos y apretones de mano entre las hermanas, entre alumnas y alumnas, y entre éstas y aquéllas. D. Bosco fué siempre severísimo sobre este particular.

Solía decir que, obrando de este modo, las hermanas no buscan á Jesucristo ni á las almas, sino más bien á sí mismas, y que si esperan al fin la común recompensa de Dios, El les dirá: — ¡Insensatas que fuisteis! habéis ya recibido vuestra recompensa en esos afectos y abrazos humanos... yo no os conozco: *nescio vos!*

¡Oh, hermanas, búsquese el alma, no la parte animal! Son las almas las más bellas coronas que debemos ambicionar en esta tierra; corona que es prenda de la que nos espera en el cielo.

8.º *Prudencia para no perder la salud.* ¡Desgraciadamente no es la salud la riqueza más abundante en las casas religiosas! Se pierde ¡ah! muy fácilmente este tesoro. Y, una vez perdido, difícilmente se recupera. ¡Y lo peor es que no se conoce el precio de ella, sino después de haberla perdido!

El Ven. Bosco, desde los dichosos tiempos de la fundación en Mornese, había fijado su atención sobre este punto capital de la *vida religiosa activa*.

Quería, ante todo, que sus Hijas, inmediatamente después de pedir la divina gracia por su propia alma, pidiesen á Dios la salud corporal, por ser ésta del todo necesaria para llenar los deberes impuestos por la dirección, por la enseñanza, por la vigilancia, etc.

Por otra parte, añadía él, cuando falta la salud se debe recurrir á las excepciones. ¡Y la Regla, por esta causa sufre, y el espíritu religioso se desvanece!

Solía, por este motivo, recomendar encarecidamente que se tuviera cuidado en tomar los remedios debidos en el principio de la enfermedad, especialmente cuando se tratara de tos, la cual, una vez entrada en casa, no quiere ya despedirse hasta no haber minado y destruído el edificio de vuestra vida corporal.

El arte médico, la experiencia y la prudencia, coordinada con una ingeniosa caridad, deben darse la mano á fin de combatir, mediante la gracia de Dios, toda clase de enfermedades, con objeto de prolongar la preciosa vida de las religiosas, para el único fin de la gloria de Dios y del provecho espiritual y corporal de tantas niñas abandonadas.

El Ven. Bosco quería aún que cada cual se persuadiera de que la salud, especialmente después de haber emitido los votos, es una propiedad sagrada de la Congregación, y que, por ende, debéis usar todos los medios preventivos para impedir su pérdida en todo ó en parte: evitando, por ejemplo, las corrientes de aire, la humedad, el paso brusco del calor al frío sin los oportunos reparos: el detenerse en lugares fríos cuando estáis sudadas: el comer ó beber con exceso ó que falte lo suficiente: el hacer un gasto inútil de voz cuando enseñáis, cuando cantáis, etc., en las clases, en los Oratorios festivos; el afanaros por el demasiado trabajo,

el no dormir suficientemente, (esto es, por regla ordinaria siete horas): el no tomar nunca, cuando es necesario, medicina alguna: el tener un cuidado exagerado de la salud, queriendo pasar á fuerza de drogas y remedios que acaban por arruinarla del todo: el hacer caprichos, sugeridos algunas veces por el demonio, y, finalmente, el abandonarse á una profunda y larga melancolía, que cual lima sorda ataca cruelmente y destruye la más florida salud corporal y espiritual.

9.º Pide aún la prudencia, que las hermanas no salgan de casa sino acompañadas, y tan sólo por verdadera necesidad, á fin de que el mundo no se crea con derecho de llamarlas *giróvagas*. ¡Y para que la salida se torne muy provechosa, sea bendecida, no sólo por la obediencia, sino también por Jesús Sacramentado, á quien haréis una visita antes de salir, á fin de lograr su auxilio, y otra al regreso para pedirle perdón de las ofensas que acaso se hubiesen cometido allá afuera!...

10.º Exige, finalmente, la prudencia, que no se vaya á contar á todo el mundo las cosas íntimas ó propias, ó de la Comunidad. *Non omni corruptuum manifestes*. (*Eccle. 8, 22*): No descubras tu corazón á cualquier persona, pues no es improbable que, á consecuencia de algún disgusto, se propale en seguida lo que se había manifestado en confianza.

Individuos hay que parece hayan nacido adrede para sonsacar de los simplotes todo lo que pasa en las Comunidades. Y ¡ojalá que el fin que éstos se proponen fuera siempre todo santo! Ellos pre-

tenden saber lo que allí se come, lo que se dice, lo que se hace, lo que se proyecta hacer; cuáles son las prendas de Fulana, cuáles los defectos de Zutana, etc. ¡Cuidado con esas lenguas! Sed sencillos cual palomas cuanto queráis, mas sed también prudentes como las serpientes. (*Matt. 10, 16*). ¡Callad, callad, si no queréis acarrear graves daños á vosotras mismas y á la Comunidad, y á toda la Congregación!

Acordaos, oh Hermanas, que si la casa religiosa se edifica con ese don del Espíritu Santo que se llama sabiluría, sólo por la prudencia se hará estable: *sapientia aedificabitur domus et prudentia roborabitur*. (*Prov. 24, 3*). Es ésta la ciencia de los Santos: *et scientia sanctorum prudentia*. (*Prov. 16, 16*): ciencia más preciosa que la plata. *Pretiosior est argento*. (*Prov. 16, 16*). Bienaventurada aquella que ha adquirido la sabiduría y es rica en prudencia: *beatus homo qui invenit sapientiam et qui affluit prudentia*. (*Prov. 3, 13*).

¡Que de ninguna de vosotras se pueda jamás decir que pertenecéis al número de las desaconsejadas é imprudentes. *Gens absque consilio est et sine prudentia*. (*Deut. 32, 28*).

Al contrario, que todas estéis abastecidas por ella, en términos que la podáis enseñar prácticamente á vuestras alumnas. *Ut prudentiam doceant adolescentulas*. (*Ad Tit. 2, 4*): cada una de las cuales pueda un día decir con toda conciencia: mi directora, mi maestra, mi asistente, etc., ha sido sobreabundante en toda paciencia y prudencia: *quae superabundavit in omni patientia et prudentia*. (*Ad Ephes. 1, 8*).

¡Que el Espíritu Santo bendiga á todas vos-  
otras la mente, la lengua y el corazón, de modo  
que, de hoy en adelante viváis y caminéis por la  
via de la prudencia: *et vivite et ambulate per  
vias prudentiae.* (Prov. 9, 6).

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA IX

### BUEN EJEMPLO

*In omnibus teipsum praebere exemplum bonorum operum... in integritate, in gravitate, verbum, sanum irreprehensibile...*

En todas las cosas muéstrate dechado de buenas obras... en la pureza de costumbres, en la gravedad de la conducta, en la predicación de doctrinas sanas, ó irreprehensible.

(ad Tit. 2, 7).

1.º La sociedad moderna va de día en día decayendo á causa de tantos malos ejemplos que se dan á la juventud, y de un modo especial á causa del escándalo del matrimonio civil, de las malas lecturas y de la instrucción laica obligatoria.

Las jóvenes de hoy, son las que mañana tendrán la dirección moral y hasta religiosa de la familia y por consiguiente de la sociedad.

Si la madre de familia es mala, sin religión, ¡pobre familia! Todo está perdido. Si por el contrario ella es amante de su religión, veremos al buen Dios reinar en esa familia, y aun cuando el padre fuese tal vez incrédulo é indiferente, con el transcurso del tiempo se convertirá él también... Por eso es que llamaremos felicísimos á cuantos se ocupan en la educación moral y religiosa de las niñas.

2.º Pero ¿cuál será la hermana que gane un número mayor de niñas para el Cielo? Ciertamen-

te, la que diere mejor buen ejemplo, practicando la dulce virtud de la modestia.

Es del todo indispensable que en toda casa religiosa haya no uno, sino muchos espejos grandes de cuerpo entero.

Caeréis en la cuenta desde ahora que no hablo de los cristales, sino de los espejos del buen ejemplo. La directora debe formar el primero y principal espejo de la casa, de manera que sirva para todas. Cada una de las profesoras debe ser un espejo de todas las virtudes religiosas y casi diría la regla personificada para las novicias. Estas, por su parte sean espejo de virtud para las postulantes. En fin, directoras, profesoras, novicias y postulantes deben tener presente que las niñas internas y externas las observan con ojos penetrantes de lince, y hasta diría con ojos de buey, aumentando en su febril imaginación las virtudes y los vicios de las hermanas.

Y os diré todavía más. No pocas de vuestras niñas se forman una idea gigantesca de las Religiosas.

Como ellas aman naturalmente á la Virgen María y desean ardientemente ver á su Madre celestial, de quien han leído ú oído contar tantas maravillas, con su pequeña capacidad razonan de esa manera: Estas hermanas son las hijas predilectas de María; pero las hijas llevan siempre impreso algo de la fisonomía de la madre. María Santísima, cuando estaba en esta vida mortal debía de ser, pues, como estas hermanas: devota, humilde, caritativa, amable y todavía más, muchísimo más.

Pero ¡ay qué desengaño experimentarían esas pobres niñas cuando al fijarse en alguna hermana, notasen defectos en sus palabras, miradas y modales! Esas pobres inocentes no sólo perderían la grande estima de la virtud de todas las hermanas, sino casi estarían tentadas de dudar un poco de la bondad y santidad de María Santísima, la cual en el justo concepto de aquellas, debe estar, como se ha dicho, representada, retratada y personificada en cada una de sus hijas las religiosas.

3.º Tened pues, presente, oh hermanas, que vuestras niñas, á quienes todavía no es dado ver á María cara á cara, deben y pueden verla con sus propios ojos, fijándolos en vosotras. Recordad que os creen santas, especialmente si sois ya profesas.

Oíd este hecho histórico: En un colegio de religiosas hubo en cierto día una reunión de personas de afuera, con motivo de una academia, á la cual asistieron necesariamente todas las hermanas profesas y hasta las novicias.—¿Cuáles son las profesas? preguntaba una niña desconocida á otra que era alumna de la casa.—Aquellas que llevan el Crucifijo, respondió ésta. Y como esa curiosita no pudiese distinguir bien el Crucifijo, ni la medalla, por estar ocultos, la otra añadió—Mira: observa bien á las que tienen los ojos bajos; esas son las profesas.

¿Habéis entendido este latín, mis buenas hermanas?

Sí, como que es bastante claro para dar á entender lo que deben hacer continuamente las pro-

fesas y lo que pronto deberán practicar todas las otras. Una sola profesa, que dé mal ejemplo, puede ocasionar un inmenso daño á toda la comunidad. Recordad lo que pasó allá en el cielo. Un solo mal ejemplo de ángel soberbio bastó para arrastrar en pos de sí á la tercera parte de los ángeles, que son millones de millones; y todos quedaron convertidos en demonios, según refiere el Apocalipsis. Y San Pablo nos advierte, que basta un poco de levadura para corromper toda la masa. (1, Cor. 5, 6)

4.º Se dará buen ejemplo practicando la *modestia*.

La modestia es la púrpura de las virtudes: *purpura virtutum*, porque las cubre, reviste y adorna como de regia púrpura.

Existen religiosas, que no se distinguen de las otras personas de su sexo por el Hábito, sino tan sólo por la sacra vestidura de la modestia.

La modestia place sumamente á Dios, y á sus ángeles cuyos ojos recrea. Y el Divino Esposo de los Cantares dice á la Esposa: *quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia principis*. (Cant. 7, 1); ¡oh cuán hermosos son tus pasos en los calzados! ¡oh hija del Príncipe!

Y San Pablo exclamaba: *Spectaculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus*. (1.ª Cor. 4, 9), somos espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres.

¿Quién podrá, pues, decirnos los tesoros espirituales que la modestia en sí encierra?

La modestia es rica, dice San Ambrosio. *Diva est modestia*. Y es rica en primer lugar esta vir-

tud, porque cada día enriquece á la hermana que la practica.

Son innumerables las pequeñas mortificaciones que la modestia exige; y de todas el Señor toma cuenta para premiarlas, aunque sólo fuese por un movimiento de un párpado.

Y todas estas mortificaciones le repetirán en el día del juicio:—obras tuyas somos: *opera tua sumus*.—Y quedará estupefacta por tantas riquezas que poseía, sin sospecharlo siquiera.

En segundo lugar es rica la modestia, porque es como un estuche de oro del cielo, que conserva todas las demás virtudes, en especial la celestial pureza, es cual una estatua viva de la santidad; es como un imán que atrae potente y santamente á las niñas hacia las hermanas que la poseen. Decir de una hermana que es modesta es lo mismo que decir que está clavada en el reverso de la cruz de Jesús, y crucificada desde la cabeza hasta los pies. Ojos, boca, lengua, oídos, manos, pies, hábito, velo, manera de sentarse, de caminar, de reir, de descansar, todo en esa hermana está santamente crucificado. Su porte exterior es, casi diría, algo de divino que atrae.

Nuestro Señor Jesucristo, que es la imagen de la bondad de su eterno Padre, dijo que desde la cruz atraería todos á sí: y esta hermana así crucificada, imagen de Jesús en la cruz, atrae hacia sí á las niñas como por encanto. No tendrá ella dotes corporales, será tal vez mucho menos que docta, esto no obstante parecerá que destile miel de toda su persona. Esas abejas del Señor, que

son las niñas, fijando en ella su mirada, la siguen; la imitan, la copian perfectamente.—¡Cazadoras de niñas para el cielo son por cierto tales hermanas!...

Procurad ser tales también vosotras, en grado sumo y lo más pronto posible.

5.º Repito que vuestras niñas os están copiando, tanto en el bien cuanto en el mal. Se diría que ellas son copias fotográficas de las hermanas.

Recuerdo que en la Capilla de uua de vuestras casas pasó en cierta ocasión rápidamente un gato haciendo muecas, y que las niñas antes de abandonarse ó no, á la risa, miraron á las hermanas, como para tomar de ellas la iniciativa.

¡Oh! sí, sí, es certísimo:—Como son las hermanas así son las niñas que ellas educan.—¡No lo olvidéis! Vuestras educandas son siempre todo ojos para contemplaros. ¿Observan ellas á una hermana algo curiosa? ¿la oyen preguntar cosas que no debiera ó bien no de la manera conveniente? ¿ó pronunciar palabras poco correctas no sólo en lo que respecta lo castizo de la dicción, si no en lo que mira á la caridad, mansedumbre y obediencia? ¿La ven distraída en la Iglesia, reir por una nouada? ¿manifiesta quizá un sentimentalismo romántico al tratar con ellas? ¿Se vanagloria de lo que ha hecho? ¿Trata mal á las niñas?—«¡Son mujeres como nosotras, aun cuando estén vestidas de hermanas.—Así piensan y dicen, á veces, vuestras espectadoras.

Y mañana tendremos una bandada de niñas parleras, curiosas, mal habladas, indevotas, insubordinadas, llenas de sentimentalismo, etc., las

cuales al salir del colegio servirán de tropiezo á las demás, y caminarán por las vías torcidas y desgraciadas del mal.

Si por el contrario, ven á una hermana modesta en su porte exterior y como si fuese un ángel del cielo, no sólo en la iglesia sino cuando habla, come, rie, juega, descansa, ó bien se recrea con ellas, mañana tendremos un ramillete escogido de santitas que se convertirán en apóstoles de la propia familia y de sus compañeras, ayudando así á poblar el cielo de santos.

6.º ¡Valor! hermanas mías; vuestra modestia, que no sólo la conozcan Dios y sus ángeles, sino también todos los hombres, como dice San Pablo: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus.* (ad. Philip. 4, 5).

Examinaos, oh Hermanas, si la practicáis exactamente esta tan necesaria virtud.

La modestia es enemiga del desaliño y de la solidez, no menos que de la vanidad en el modo de ser, de hablar y de vestir.

Ella requiere en toda Religiosa una gravedad modestamente afable, y una afabilidad modestamente grave.

Ella exige que en las conversaciones no habléis siempre y sólo vosotras, sino que déis lugar á que hablen los que deben ó desean hablar.

Ella está reñida con ciertos groseros modales, por ejemplo, contradecir con altivez á la que os responde; ostentar ciencia delante de las mayores y ancianas; jactarse por ciertas prendas, talento, parentesco, etc.; hablar de cosas vanas y ridículas;

burlarse del prójimo, remedando sus modales y palabras; soltar la carcajada, decir bufonadas, chistes mundanales, agudezas peligrosas, hablar importuna y fastidiosamente; criticarlo ó satirizarlo todo; curiosear siempre por todas partes, levantando descompuestamente los ojos; no ser parcas en la comida, etc.

La modestia, en fin, es necesaria en todo tiempo y lugar, y en todas las personas, máxime si son religiosas: en la Iglesia, en el Colegio, en la calle, velando, durmiendo, paseando, estando sentadas, de rodillas, eu pie, ó solas ó acompañadas.

¿Quiere Ud. saber, decíame un fulano, de qué modo llego á conocer si en un instituto dirigido por hermanas, reina ó no un buen espíritu para poder yo juzgar sobre si debo ó puedo en conciencia aconsejar á los padres de familia que coloquen en él á sus hijitas? Presto atención á lo que de sus maestras y asistentes van diciendo las inconcuentes y sencillas alumnas, cuando vuelven á su casa.

Claro está que si las Hermanas no saben hacer preferencias, ni conocen las sentimentales caricias, los mimos, las amistades particulares, esas niñas le harán comprender en el primer discurso que del colegio tengan con sus padres. Si al contrario ellas cuentan que en el Colegio se alimenta el *benjaminitismo*, se alaba sólo el aspecto físico de las alumnas, se agasaja á las simpáticas, al paso que á las de poca apariencia no sólo se las descuida, sino que se las maltrata, regalándoles á menudo títulos groseros y humillantes, todo esto las ingenuas ni

nitás lo revelan á sus deudos, y ya nadie, que tales percances conozca, tendrá valor para enviar otras alumnas á semejante Colegio.

Nunca alejarse un paso del santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, ó sea de la santidad.

Conservar de consiguiente los ojos y demás sentidos crucificados, en términos que ningún mal pensamiento, ni mal deseo, logre penetrar en el corazón y mancharlo, aunque no sea gravemente.

Y poseerá el santo temor de Dios la que á menudo medita el:

¡Mira, que te mira Dios!

¡Mira, que te está mirando!

La perla preciosísima del temor de Dios se conserva, pues, en el estuche riquísimo de la santa modestia, y ésta se torna siempre más angelical, á medida que vivís en la divina presencia.

Meditad, pues, la presencia de Dios.

7.º Vosotras ya conocéis los medios para obtenerla:

*La presencia de Dios.* Delante de un Superior te comportarías de tal ó cual manera; con mayor razón delante de Dios que te mira y te está presente en todo lugar.

Dar á entender á vuestros propios sentidos: los ojos, la lengua, las manos, los pies, etc., que en nuestra casa mandamos nosotros, y que por esta razón no se deberán mover sin vuestro explícito permiso, es decir, sin que lo queráis y convenga hacerlo.

Me tocó raras veces escuchar á niñas, un po-

co atreviditas, las que refiriéndose á una cierta hermana, decían:—Ya no me parece aquella de otro tiempo: antes no podía estar quieta: tenía siempre los ojos vagando!—Es ella y no es ella, contesté yo. Es cierto que es la misma persona con el mismo nombre, con la misma fisonomía, etc., pero no es la misma en cuanto á su porte y á su conducta.

Para practicar con facilidad y eficacia la santa modestia, y para dar siempre buen ejemplo, sirve muchísimo mirar á menudo el retrato de vuestro Fundador.

Sería bueno que, además de colgarlo como ornamento en los locutorios, *se le colocase también en las principales salas del colegio.* Y entendedlo bien: al Padre Fundador no habrá nunca peligro de amarlo en demasía.

Mirando su retrato, os imaginaréis tenerlo presente en persona que os escucha y habla.

*Os escucha.* Por consiguiente, al contemplarlo con santo amor filial, debéis repetirle que queréis ser suyas hasta la muerte: pedirle que os obtenga de María y de Jesús el ser sus dignas hijas, y no tales que hayáis de ser el deshonor de vuestra santa congregación: y que ya desde ahora escriba vuestro nombre en el libro de vuestra casa magna en el Cielo.

*Os habla.* Sus palabras son palabras de vida eterna. Habla á todas y repite ahora desde su retrato los mismos consejos que solía dar cuando peregrinaba todavía con nosotros en la tierra.

Escuchad lo que os dice:

*A la Superiora, Directora, etc.*

¡Nada te turbe contigo misma! Caridad y dulzura con todas. Procura hacerte amar, si quieres hacerte temer. Sufre cualquier cosa, cuando se trata de impedir el pecado. Acuérdate de que debes ser como un holocausto. Hazte toda para todos, á fin de llevar todos á Jesús, etc.

*A las Hermanas en general.*

¿En qué punto te encuentras relativamente á los santos votos y de la Santa Regla? ¿Eres exacta? ¿En todo? ¿Siempre? Sólo con esta condición yo te reconozco por hija.

*A las alumnas.*

¡Buenas, es decir, sinceras y dolorosas confesiones! ¡frecuentes y santas comuniones!

*A todas indistintamente.*

Quiero que me ayudes á salvarte el alma. Yo no tuve otro afán cuando vivía en este mundo, ni tengo, ni puedo ahora tener otro deseo sino éste: salvar las almas, salvar la tuya que es el alma de una de mis carísimas hijas. Dime por lo tanto, ¿qué cosa quieres hacer especialmente, para ayudarme á salvar tu alma?...

Este Padre bendito, celosísimo de las almas, nos aseguraba haber obtenido de Dios el poder salvar centenares de miles de almas por intercesión de María Santísima Auxiliadora. ¡Feliz de aquella

hermana, que poniéndose la mano en el corazón pueda decir: yo también he contribuído á la salvación de aquellas almas prometidas al Fundador, modelando mi vida sobre la suya, máxime con dar buen ejemplo!

II. Debo todavía añadir antes de terminar, que toda Hermana debe amar á su cara congregación, y por este motivo, es su deber hacer cuanto esté de su parte para procurarle muchas y buenas vocaciones, á fin de que no sólo el espíritu no mengüe, sino que se extienda más y más la esfera de acción apostólica de la congregación misma.

Ahora bien: es claro como la luz meridiana, que para cultivar, defender y fortificar las vocaciones que la divina Providencia va sembrando poco á poco en vuestros colegios, no bastan los sermones y las continuas recomendaciones. La misma continua vigilancia y aun la frecuencia misma de los sacramentos no son todavía suficientes. Se requiere el buen ejemplo.

Sin el buen ejemplo de todas (digo de todas), sería como querer hacer un hoyo en el agua.

¿Qué hacen tus concinadanos? decía un fulano á un filósofo de la antigua Grecia. Copian, respondió éste, y quería decir: no hacen más que copiar en sí mismos el ejemplo que los ancianos y magistrados les dan. Decid lo propio con respecto á vuestras niñas.

Ellas os están copiando continuamente; y basta que una sola de vosotras se desvíe un punto de recto sendero, para que las que empezaban á sentir

afecto y admiración hacia el estado religioso, experimenten un terrible desengaño, y arrojen luego á tierra la preciosa margarita de la santa vocación.

Lo que voy á narraros es rigurosamente histórico. Una educanda bastante virtuosa, movida por el ejemplo de las celestiales virtudes que cada día recibía de las hermanas con quienes debía vivir, sintió una fuerte inclinación de darse á Dios y consagrarsele enteramente, pidiendo el santo hábito. Pero en el transcurso de pocos meses, esta niña, sin dejar de ser devota y amante de Jesús Sacramentado, abandonó, sin embargo, completamente, la idea de hacerse religiosa, y manifestó, por el contrario, (¡cosa extraña!) una especie de aborrecimiento hacia el estado de perfección. Quise indagar los motivos que produjeron esta metamorfosis, y me expuso lo siguiente: 1.º algunos títulos no honoríficos que ciertas maestras habían dado á sus alumnas y hasta á otras hermanas: 2.º ciertas palabras de crítica y murmuración contra las hermanas de otra Congregación: 3.º ciertas amistades particulares demostradas con preferencia, regalitos, apretones de mano, etc. Tanto, bastó para que inmediatamente *obscuratum est aurum* se ennegreciese el oro. (*Thr. 1*). A sus ojos perdió su esplendor primitivo el estado religioso, y, por consiguiente, todo su atractivo.—Me había equivocado... creía que... pero...—y ya no siguió más en vocación.

Figuraos, oh hermanas, si estáis ó no sobre el pedestal, como los candelabros ardientes que deben resplandecer continuamente en la Casa de Dios.

¡Ojo! ¡ojo! ¡mis buenas hermanas! Las niñas han fijado sus miradas sobre vosotras.

Vuestro amado Padre don Bosco indicaba tres medios principales para fomentar las vocaciones y así aumentar el número de las buenas religiosas.

1.º La práctica exactísima de la Santa Pureza.

2.º La comunión frecuente.

3.º Hablar á menudo á vuestras alumnas, tanto internas como externas, de vuestra pía Congregación, de sus obras pasadas y presentes, etc.

Estos tres medios, bien practicados, son más que eficaces para suscitar el deseo de consagrarse al Señor, de lo que por ventura pudieran ser los continuos sermones, donde se repite siempre ¡entrad en la Religión, abandonad el mundo traidor, etc!

¡Ea, pues, oh Directoras y hermanas todas! no desmayéis jamás en la santa empresa de obtener vocaciones; cada vocación quiere decir centenares de almas que os formarán gloriosa corona en el Cielo, alabando á Dios para siempre. De consiguiente... ¡buen ejemplo ante todo! *quia Christi bonus odor sumus* (2. ad Corint. 3, 15), porque sois para Dios buen olor de Jesús Cristo; es decir, sois semejantes á un precioso perfume, derramando por doquiera la celestial fragancia de la virtud y del amor santo, y atrayendo así á vuestras alumnas al olor de vuestros espirituales aromas: *post te currimus in odorem unguentorum tuorum* (Canta 1, 3), ellas dirán:—¡Correremos todas al olor de tus preciosos unguentos!

## CONFERENCIA X

### TRISTEZA Y ALEGRÍA

*Tristitiam non des animae tuae.  
No dejes que la tristeza se apodere de tu alma.*

(Eccle. 30, 22).

*Servite Domino in laetitia.  
Servid al Señor con alegría.*

(Ps. 99, 2).

I. En los largos y frecuentes viajes, que por razón de mi oficio tuve que hacer por estos mundos de Dios, he tenido ocasión de observar que poco á poco desaparecen las familias patriarcales de otros tiempos, compuestas de veinte, treinta y hasta cuarenta personas, en las cuales todos tenían el *cor unum et anima una* de los tiempos apostólicos, y donde reinaba como legítimo complemento de esa unión una envidiable y cristiana alegría.

En las familias de hoy, raro es el caso en que no se vean divisiones y subdivisiones precoces. Dios nuestro Señor, sin embargo, á fin de que no se pierda la alegría de esas familias patriarcales, ha multiplicado en estos últimos tiempos las casas y familias religiosas, cuyos habitantes parece que no sientan el peso de los años. Siempre alegres y serenos van renovando de continuo su juventud, como se dice del águila. Casi diría que tales moradas benditas son como un reflejo del mismo Paraíso. ¡Bendita casa, la de vuestra fundación, hermanas mías! ¡inolvidable Mornese! ¡Oh, si pudiera

cantar en notas celestiales la alegría santa que en tí reinaba! No mintió ni exageró, aquel que escribió en la pared de tus claustros: *Casa del silencio, del amor á Jesús y de la santa alegría*. Y ¿por qué no deberán tener la misma prerrogativa todas las casas, hijas de tan noble madre? ¡Oh, sí! que en cada casa se encuentre el gozo y la alegría: *gaudium et laetitia invenientur in ea*. (Isai. 51; 3); de modo que, además de la voz de júbilo y alegría santa, se pueda oír la voz del Esposo divino que hace eco á la de sus felices Esposas: *Vox gaudii et laetitiae, vox sponsi, vox sponsae*. (Jer. 33, 11).

¡Guerra á la negra tristeza, mi buenas hermanas! Hay una tristeza, según Dios, dice San Pablo, que produce la penitencia para la salvación, y otra mala que causa la muerte. La mala, turba al alma, la agita, produce temores desarreglados, quita toda suavidad del corazón y nos hace insupportables con el prójimo.

La tristeza buena, la producida, como sería por la memoria ó la vista de nuestros pecados ó de los ajenos, es subordinada á la obediencia, afable, suave, paciente, y no ocasiona el menor desorden á la comunidad. No es á esta clase la tristeza á la que yo quiero intimar la guerra, sino á la áspera, impaciente, oscura, amenazadora, llena de rencor; llaga terrible, en una palabra, de las comunidades religiosas, la cual debéis combatir también vosotras á todo trance.

¡Dichosa la que no abriga tristeza en su alma!  
*Felix qui non habuit animi sui tristitiam.*

(*Ecccl. 14, 2*). Así nos dice el Espíritu Santo, y añade: No dejes que la tristeza se apodere de tu alma, ni te aflijas á tí mismo con tus ideas melancólicas. *Tristitiam non des animae tuae et non affligas temetipsum in consilio tuo.* (*Eccle. 30, 22*).

¡Viva la alegría! *agite dies laetitiae.* (*Job. 13, 10*), tened días alegres. Pero no alegría vana, tonta, distraída, libre, mundana, desobediente. ¡A semejante alegría, no perdonéis la vida!

Celebremos la alegría santa y modesta: porque la modestia y la santa alegría, son dos virtudes inseparables que se encuentran en todas las almas verdaderamente virtuosas.

Que cada una de vosotras pueda decir al Señor con la humilde Ester: Tú sabes, Señor, que jamás ha tenido esta tu sierva contento sin tí: *Et nunquam lætata est ancilla tua nisi in te, Domine Deus.* (*Ester, 14, 18*).

¡Alegría, buenas hijas de María!

Y ¿por qué queréis estar melancólicas en la casa de Dios? ¿Acaso no está escrito que todos los que en ella habitan, vivir deben en alegría santa? *Sicut lætantium omnium habitatio est in te* (*Psalms. 86, 7*). ¿Por qué abandonaros á la tristeza vosotras, que en el día de vuestros votos habéis escrito vuestro nombre con caracteres de oro en el libro de los predestinados?

¡Oh, alegraos, porque así vuestros nombres están escritos en el Cielo! *Gaudete quod nomina vestra scripta sunt in coelis.* (*Luc. 10, 20*).

Evitad solamente los extremos viciosos de ciertas puerilidades de palabras, de risas inmoderadas

y de acciones impropias de vuestra condición, por temor de que el enemigo infernal no siembre la cizaña so capa y disfraz de virtud... ¡Alegría á toda prueba y destrucción completa de la melancolía!

¿Por qué, vuelvo á repetir, deberá una religiosa ser melancólica?—¡Padre mío, es que todo me sale al revés! nunca alcanzo á contentar á todos, por más que procure hacerles todo el bien que puedo.—Será así; pero ¿no te habrás puesto los anteojos oscuros del amor propio para juzgar de este modo?

Y además... ¿por qué fin trabajas? ¿Para contentar á los otros ó para servir y consolar á Dios? *Laetare et benefacere e lasciar cantare le passere*, decía un santo sacerdote turinés, traduciendo buenamente el texto del Eclesiastés, (Cap. 3, 12) que dice: *Et cognovi quod non esset melius nisi laetari et facere bene in vita sua*: y yo reconocí que no hay otra cosa mejor que estar contentos y hacer el bien en esta vida.

—¡Pero, Padre, dirá otra, es que no me siento nunca bien de salud!

—¡A la enfermería, pues, y que se consulte luego al médico!

—¡Pero, es que, para hablar francamente... ni el alma tengo tampoco sana, que digamos!

—¡Entonces corre á la farmacia espiritual (el confesonario); á Aquél que es médico á la vez y medicina, al prisionero del Santo Tabernáculo que posee remedios para todos los males y tiene poder supremo para hacer nuevamente resplandecer, en

las almas que estuvieron en la obscuridad, el *arco iris* de paz, de santa alegría!

En medio de la mayor obscuridad, en las angustias más terribles, el justo hallará siempre luz, consuelo y alegría en el Señor: *Lux orta est justo, et rectis corde laetitia.* (Psalm. 96, 11). Alegraos, pues, en el Señor y alabad la memoria de su santidad. (Job. 12).

— ¡Es que yo tengo muchos defectos y pecados!...

— Y ¿qué hay en esto? Aunque San Pablo diga: *Gaudeo quia contristati estis ad penitentiam* (2 ad Corint. 7, 9) me alegro de que vuestra tristeza os ha conducido á la penitencia, añade sin embargo: *quasi tristes, semper autem gaudentes:* como melancólicos, estando en realidad siempre alegres. (2 Corint. 6, 10). De manera que, basta que Dios y el confesor sepan que está uno triste por los propios pecados, pero los otros deben vernos siempre alegres. Así lo exigen la caridad y el buen ejemplo que debemos dar; así lo pide la santidad bien entendida. Un santo triste suele ser un triste santo, dice San Francisco de Sales. *No lite fieri sicut hypocritae tristes.* No os queráis entristecer como los hipócritas. (Mat. 6, 16).

¡Esta es la divisa y el arma con que D. Bosco, vuestro Padre, os arroja contra el enemigo de vuestras almas: la santa alegría!

Sed siempre alegres, y el demonio huirá de vosotras. El gozo del corazón: esa es la vida del hombre y un tesoro inexhausto de santidad. La alegría alarga la vida del hombre: *jucunditas*

*cordis haec est vita hominis: et exultatio viri est longevitas. (Eccle. 30, 23).*

II. La melancolía, por el contrario, daña:

1.º Vuestra cara Congregación, porque impide que crezcan y se desarrollen las vocaciones. Si nosotros nos hemos dejado *enjaular* (dejadme decir así) por D. Bosco, esto fué á causa de la santa alegría que reinaba en el Oratorio. De la misma manera centenares de niñas fueron dulcemente atraídas al santo nido de las palomas de Dios, por la suave modestia y alegría que observaron en las primeras hermanas del famoso *ranchito* de Almagro (Buenos Aires). Pero si dejáis penetrar en casa la tristeza, ¡adiós vocaciones!, las palomitas, en vez de entrar, huirán espantadas.

Los espíritus caprichosos y melancólicos, decía Santa Francisca de Chantal, sin una verdadera gracia de Dios extraordinaria, son incurables: no deben admitirse para los votos. Y con razón, porque acarrear un daño incalculable á toda la comunidad.

2.º También hace daño á la salud. La tristeza produce inapetencia y languidez: y después se deberán hacer gastos en médicos y remedios, con la persuasión de que todo será en vano, porque si el alma alegre hace la edad florida, el espíritu melancólico seca los huesos: *animus gaudens aetatem floridam facit, spiritus tristis exsiccat ossa. (Prov. 17, 22).* ¡Sí, esto es harto cierto!

La melancolía es una fatal gotera de veneno, que cae sobre las fuerzas vitales.

La pobre melancólica (que parece hermana del profeta Jeremías) se va cada día secando y consumiendo de tal manera, que parece un esqueleto viviente. Da miedo y compasión al verla; y el demonio se ríe de ella. Este, *homicida ab initio*, conoce muy bien que la melancolía es el imán de la muerte, y por esta causa, donde ella entra, á poco á poco entrará también la triste parca. Nos lo dice el Espíritu Santo: No dejes que tu alma sea presa de la tristeza, y no te aflijas á tí mismo con tus pensamientos.

Apiádate de tu alma, procurando agradar á Dios, y está contento... y arroja lejos de tí la tristeza, porque á muchos ha muerto ella, la cual para nada es buena: *multos occidit tristitia et non est utilitas in illa. (Eccle. 30, 25. et seq).*

De la tristeza viene luego la muerte, y la melancolía del corazón deprime el vigor y encorva la cerviz. *A tristitia enim festinat mors, et cooperit virtutem, et tristitia cordis flectit cervicem. (Eccle. 38, 19).*

¡Ah, cuántos de aquellos que ya bajaron á la tumba, habrían podido trabajar aún *largos* años en el ministerio apostólico, si no se hubieran abandonado á ese monstruo cruel de la melancólica soberbia! ¡Ellos se fueron; su lugar quedó desocupado; necesariamente se debió reducir el círculo de acción salvadora; y he aquí la ganancia del demonio y el por qué de su complacencia cuando ve que alguna es presa de la negra melancolía!...

¡Ea, pues, exclamemos una vez más: Lejos de nosotros la malísima tristeza! ¡Fea melancolía, vete de casa!

3.º Ella perjudica especialmente al alma. Es la verdadera carcoma de toda buena acción. Como la polilla al vestido, y la carcoma al madero, así la tristeza hace daño al corazón del hombre. (*Prov. 25, 20*). La tristeza, dice San Francisco de Sales, es como un riguroso invierno, que marchita toda la hermosura de la tierra y entorpece todos los animales, porque la tristeza arrebatada al alma su dulzura y la deja como parálitica y privada de todas sus facultades. Job ha dicho que el demonio reposa bajo la sombra formada por la densa melancolía. A la verdad, A. Lápide escribió que la tristeza es el anzuelo del demonio.

Complácese el maligno en la tristeza y melancolía, porque él está y estará eternamente triste y melancólico; y quisiera que todos estuvieran tristes y melancólicos como él. (*Sales*).

¿Desde cuándo esa hermana se muestra tan seca y áspera con las superiores, altanera é iracunda con las alumnas y hermanas? Desde el día en que se abandonó á la tristeza.

Y esotra, antes tan fervorosa, ¿cómo ha llegado á sentir fastidio por los ejercicios espirituales, sospechando de todo y de todos, y dando motivo de temer por su vocación? ¡Ah! es el demonio de la melancolía que la empujó á tales extremos. El sabe que á río revuelto, ganancia de pescador; y apenas entrevé que alguna tiene la cara obscura, luego se le acerca, la incita, la trastorna y hasta la ciega, cubriéndola con el denso velo de la cólera y de otras pasiones; y finalmente llega á decirle así: *Fíjate bien: ¡aquí ya nadie te quiere, todas*

te odian! ¡En tal estado ya no serás feliz! ¡La verdadera felicidad consiste en...! Y aquí le representa las tentaciones más horribles, en las cuales, si no está sostenida por una gracia extraordinaria, cae entonces miserable y á veces irreparablemente. ¡Ay de quien cae en ciertos pecados! Es entonces, que la melancolía se hace más tenebrosa, porque está escrito: el corazón perverso será causa de tristeza: *cor pravum dabit tristitiam.* (Eccle. 36, 22).

Sólo el temor del Señor recreará el corazón y dará contento y gozo y larga vida: *timor Domini delectabit cor et dabit laetitiam et gaudium et longitudinem dierum.* (Eccl. 1, 12).

¡Ah, Hermanas, no deis entrada nunca á la tristeza; apenas esta bruja se os presente buscando cómo entrar en vuestro corazón, dadle resueltamente con la puerta en la cara, diciéndole: ¡Atrás, pérfida! *Ne dederis in tristitia cor tuum, sed repelle eam.* (Eccle. 38, 21). No abandones tu corazón á la tristeza, arrójala de tí. Y alejaos, entonces, más que nunca, del consorcio de las que están atacadas de semejante enfermedad, porque podríais ser contagiadas. Odiad con todas las veras del corazón y combatid especialmente los pecados de soberbia, porque ésta es generalmente la causa de la odiosa melancolía.

El corazón humilde está en continua fiesta, mientras que el del soberbio queda sumido en el luto y en la desolación.

Mirad á Caín: *concidit vultus ejus:* se irritó sobremanera y se alteró su semblante. (Gen. 4, 5).

¿Por qué? Por la soberbia, la ira y la envidia que lo devoraban. ¿Por qué esa hermana, antes tan alegre, está ahora tan preocupada y triste, que para sacarle una palabra de la boca se necesitan las tenazas de Nicodemus? Por una preferencia que cree se le ha hecho á una compañera; por una pequeña observación que le hicieron; que es lo mismo que decir, por su mucha soberbia. Y esta otra, ¿qué motivo tiene para lloriquear todo el día, barbotar, amenazar y hacer locuras? ¿Por qué esas fulanitas tienen ahora la cara más triste de lo acostumbrado? *Cur tristior est solito facies vestra?* (Gen. 40, 7). ¡Por haberlas cambiado de oficio, casa, etc., pero, desgraciadamente, no se les pudo cambiar el amor propio, que tiraniza aún su corazón!

¡Ah, mi buenas hermanas! ¡Pasar una vida tan feliz, tan llena de amarguras, solamente para divertir al demonio y sin ganar ningún mérito, al contrario, cargándose de deudas! ¡Qué desgracia! ¡Infeliz la casa donde se anida la carcoma fatal de la tristeza! Está escrito que una comunidad sin alegría, es una comunidad enferma.

III. ¡Hermandades! por la última vez: ¡Viva la santa alegría! ¡Muera para siempre la melancolía! ¡Y por consecuencia, muera el *initium omnis peccati* (Eccle. 10, 15): el primero de todos los pecados, la negra soberbia! ¡Sí, sí! ¡Es la diabólica soberbia la verdadera causa de la fatal tristeza!

Si queréis tener paz, dice Jesús, aprended de mí que soy humilde. ¿Queréis gloria? la tendréis

un día, con tal que por de pronto os humilléis. *Gloriam praecedat humilitas. (Prov. 15, 33)*. Y el Santo Evangelio no dice que el que se humilla se ensalzará, sino que será ensalzado; porque, si uno se ensalzare á sí mismo, ya no sería humilde: *qui se humiliat, exaltabitur. (Matt. 23, 12)*. Si, pues, te parece, oh religiosa, que todo el mundo conjura contra tí para humillarte, ¿qué te diré? Más vale así; alégrate, porque si sabes resignarte por amor de Dios á tanta humillación, pronto gozarás ese maná escondido que Dios ha prometido al que sabe vencerse: *Vincenti dabo manna absconditum. (Apoc. 2, 17)*. Apenas muestra su rostro amarillo y flaco la fea melancolía, recurrid luego á la oración. Lo dice el Apóstol Santiago: *tristatur aliquis vestrum? oret. (V. 13)*. ¿Hay alguno de vosotros que tenga tristeza? ¡Que haga oración! El ejemplo de Jesús en el huerto, oprimido de mortal tristeza, nos demuestra la necesidad de hacer oración. Se entiende que la oración debe ser fervorosa. Solamente las almas fervorosas son el consuelo de los superiores, porque están siempre santamente alegres; y están alegres porque son humildes, y por este motivo viven en buena relación con aquel Dios que es el *Deus totius consolationis* y ensalza á los humildes; con aquel Dios que desde su tabernáculo irradia por doquiera luz, paz y alegría santa.

Jesús Sacramentado es la inagotable fuente de la alegría santa. La Comunión frecuente es el Pan celestial, que confirma el corazón y alegra el espíritu.

A esta fuente de alegría infinita debéis volver vuestros ojos cuando la triste *megera* hubiese tomado posesión de vuestro corazón. En este caso, presentaos al *Deus, qui lactificat* y decidle con toda confianza: infunde la alegría en mi corazón: *da laetitiam in corde meo. (Ps. 4, 7)*, ó bien: restitúyeme la alegría de tu Salvador: *redde mihi laetitiam Salutaris tui. (Ps. 50, 14)*. Vuélveme, oh Jesús, la alegría perdida: y el Señor os responderá: *Gaudium tibi sit semper*, ¡la paz y la alegría te acompañen siempre! (*Job. 5, 11*).

Una verdadera Esposa de Jesús no sólo vive siempre en santa alegría, sino que busca cómo comunicar á otros este bien de Dios. Se le puede repetir lo del Salmo: te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus compañeras: *Unxit te Deus, Deus tuus oleo laetitiae prae consortibus tuis. (Psalm. 44, 8)*. Ella sonríe habitualmente; ella acarrea la actividad en el trabajo, y hace amenas las recreaciones. En cuanto está de su parte no permite que se pueda decir que su comunidad esté enferma por falta de alegría. Ella, en fin, pone en práctica el consejo del Espíritu Santo que dice: Dad la cerveza á los afligidos y el vino á los que tienen el corazón lleno de amargura: *Date siceram moerentibus et vinum his qui amaro sunt animo. (Prov. 31, 6)*. Beban éstos para echar en olvido su miseria y no acuérdense más de su dolor: *Bibant et obliviscantur aegritatis suae, et doloris sui non recordentur amplius. (ibid. 7)*. Así hacía aquel santo candoroso de Fray Junípero. Un día se fijó en que su viejo

P. Guardián, sordo casi del todo, lloraba amargamente.—¡No llore! le gritó al oído; á los obesos no les está bien llorar, porque hacen muy feas muecas. Los que, como yo y usted, somos gorditos, no debemos llorar sino por nuestros pecados, por lo demás estar siempre alegres *in Domino*.—Y le hizo inmediatamente sonreír.

Este mismo hecho histórico se lo escribió el Ven. Claret á un amigo suyo muy inclinado á la melancolía, y terminó su carta diciendo: ¿te acuerdas aún, amigo mío, cuando allá en España te lanzabas llorando en los brazos de tu buena Madre? Al momento te callabas, y te venían ganas de reír. Y yo, que te miraba, reparaba en tu rostro risas y lágrimas á la vez.

Echate, pues, en los brazos de tu verdadera Madre, María Santísima, y muy luego, entre la lluvia de tus lágrimas, contemplaremos un iris encantador de inefable sonrisa.

Por otra parte recordad, hermanas... que sois las esposas privilegiadas de Jesús, sois las benjamins de vuestra Madre María. ¿Por qué, pues, os dejaréis caer en la melancolía? *Tristitiam longe repelle a te.* (*Eccl.* 30, 24). Mandad lejos de vosotros la tristeza. *Servite Domino in laetitia.* Servid al Señor en alegría. (*Ps.* 49, 1). *Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete.* (*ad Phil.* 4, 4). Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito. Decid á menudo con el real profeta: *Quare tristis es, anima mea?* ¿Por qué estás triste, oh alma mía? O bien con San Felipe Neri: *Scrupoli e malinconia, fuori di casa mia!*

Obedezcamos también al precepto de nuestro Padre Fundador, que dijo: !Quiero que mis hijos y mis hijas estén siempre muy alegres, pues de esta manera nos acompañarán las bendiciones del Cielo!

¡Oh, Señor, alégrense todos los que esperan en tí; ellos se regocijarán para siempre, y morarán en ellos: *et lactentur omnes qui sperant in te, in aeternum exultabunt.* (Ps. 5, 12). Yo entretanto me alegraré y me regocijaré en tí; cantaré á tu Nombre, oh Altísimo: *Lactabor et exultabo in te, psallam Nomini tuo, Altissimo.* (ib)

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XI

### CONFIANZA CON LOS SUPERIORES

*Nolite amittere confidentiam vestram.*

*No querdis perder vuestra confianza.*

(Ad Hbr. 10, 35).

1.º El Venerable don Bosco recomendó muchísimas veces esta confianza, ya de viva voz, ya por escrito. La confianza, decía, os aligerará las penas interiores, os quitará toda ansiedad en el cumplimiento de vuestros deberes, y hará que vuestros superiores puedan tomar las precauciones necesarias para evitar todo disgusto y malcontento; os pondrá en grado de conocer vuestras fuerzas físicas y morales, para daros los cargos más adaptados, y no colocaros nunca en oficios que os pudieran ser peligrosos; y finalmente, cuando se fuese introduciendo en casa algún desorden, os ayudará para poner el oportuno reparo, proveyendo de este modo, tanto al bien de los individuos, como al de la comunidad, que depende del bien individual.

Yo desearía ahora que mi voz, haciendo continuo eco á la de nuestro venerado Padre, anduviese repitiendo al corazón de cada hermana la dulce palabra: ¡confianza! ¡confianza! Si tuvierais confianza, todo será salvo; al contrario, ¡todo será perdido!

Santa Juana Francisca de Chantal decía á sus religiosas, con relación á la confianza con los su-

periores: «He aquí el artículo que ayuda á observar los demás, y practicado, según nos dijo nuestro buen Padre, llenará el cielo de almas. Cuando, por el contrario, se pierde dicha confianza, se pierde el espíritu del instituto».

San Jerónimo dice, que sin esta confianza no se progresa en la vía de la perfección: pocos la hallan, pocos entran y pocos perseveran en ella.

El demonio odia mortalmente una tal confianza. El mismo confesó á Santo Domingo, que pierde en cada cuenta de conciencia (ó sea en la acusación que los religiosos hacen de sus propias debilidades) todo lo que gana en las tentaciones y lazos que tiende á los incautos.

Don Bosco temblaba por el porvenir de la congregación, cuando en ella hubiese llegado á faltar esta confianza.

Es, por consiguiente, muy necesario, que cada una de vosotras tenga el corazón abierto para con su superiora.

2.º Pero *in medio stat virtus*, dice el adagio. Y también en materia de confianza se puede pecar, tanto por exceso, como por defecto.

Yo pienso que cabalmente pecan por exceso (a menos materialmente) ciertas hermanas, por ser demasiado sencillas y no rectamente instruídas en este punto esencial de la confianza con los superiores.

En realidad, no se puede suponer que las superiores se dejen llevar hasta escudriñar directamente, por vía de preguntas ó consejos, ó indirectamente con amenazas, ó con alicientes, etc., á escudriñar,

digo, los pliegues interiores de la conciencia de una subalterna; pues esto sería dar de bofetones á la virtud cardinal de la prudencia, é infringir la grave prohibición de Su Santidad León XIII, quien impone, además, á las subalternas, la obligación de denunciar á los superiores mayores á esas superiores menores que hubiesen hecho esto; pues sería hacer las veces del confesor: pero todas saben que una superiora podrá ser fácilmente mártir de paciencia, si lo quiere, pero confesor, jamás.

Luego, la demasiada simplicidad es, en primer lugar, la que hace caer en el exceso de que hablamos.

Una hermana, por ejemplo, ha oído decir que el corazón de una religiosa debe ser, en manos de la superiora, como una redoma de blanco y transparente cristal, en la que se puedan ver hasta los átomos, ó bien como un libro abierto con sus folios bien cortados desde la cruz hasta la fecha, etc. La *simplicota* se cree, por este motivo, en la obligación de decir ó repetir á la superiora, todo cuanto dijo ó deberá decir al padre confesor. No se necesita un ingenio despejado para conocer luego el error de que es víctima esta hermana.

Dije que este defecto puede ser producido por falta de recta y sólida instrucción. Ejemplo al canto. Una hermana catequista, encargada de explicar el punto de la Santa Regla, donde se trata de la confianza, así se explica: «Una novicia ve, por ejemplo, un canasto de peras sobre la mesa; quisiera robar algunas, pero no se atreve porque teme de ser descubierta. Bastará que de este su

mal deseo se acuse al padre confesor. Pero si otro día, encontrándose en la misma ocasión, pasase del deseo á la obra y comiese las peras, debería acnsarse de esto también á la superiora»...

Pero ¿á dónde habrá ido, digo yo, esa catequista, á pescar un disparate tan mayúsculo? Si fuese cierta esta doctrina, se seguiría de ahí que toda religiosa debería patentizar á la superiora todos y cada uno de sus pecados *de obra* de cualquier especie; lo cual hace erizar el cabello, de solo pensarlo.

El Santo Padre León XIII, en su Decreto *quemadmodum*, 17 Dic. de 1890, dice claramente, que las religiosas «podrán con libertad, espontáneamente, abrir su alma á los superiores, á efecto de obtener, con la prudencia de éstos, consejo en las dudas y perplejidades, y dirección para conseguir las virtudes y la perfección».

De aquí es que, excepto el caso que la prudencia no lo permita (por ejemplo, en las cosas contrarias á la bella virtud), una religiosa *podrá* si quiere, acusarse de alguna culpa á la superiora, pero del *podrá* al *deberá*, la distancia es infinita. Es falsísima, de consiguiente, la doctrina explicada á las novicias por esa hermana catequista.

Pero aquí, si debo decir mi opinión, creo que algunas faltan á la confianza por *exceso*, muchas más son las que faltan por *defecto*. Y creo también que esto lo harán, no ya por malicia, sino por falta de instrucción. Continuaré con los ejemplos.

Sor Fulana va cada día, por obediencia, á la puerta para recibir los comestibles de que tiene necesidad el colegio.

Pero la persona que trae estas cosas, arroja además, sobre el alma de la pobre hermana, ciertos *combustibles* de infierno, con palabrotas satánicas. La hermana no consiente en ninguna cosa; antes bien se recomienda á la Virgen María, y persuadida de que no ofende al buen Dios, no sólo nada dice al confesor de cuanto sucede, pero ni una palabra siquiera á la superiora.

El mismo método tiene Sor Burgundófora, la cual, desde hace algún tiempo atrás, es acechada por una compañera con murmuraciones, regalos y mimos, capaces de robar el corazón á la más santa criatura del mundo, para enredarla en una fatal amistad particular.

En estos y otros casos semejantes, el no descubrir claramente la cosa á la superiora, es pecado.

—Si asoma el lobo, dice San Francisco de Sales, es necesario gritar luego y fuerte, de modo que oigan todos: ¡el lobo! ¡el lobo!—Si estalló el incendio, es preciso alzar la voz: ¡el fuego! ¡el fuego!

La caridad es ordenada; quiere, de consiguiente, el bien de la comunidad, antes que el del individuo. Es necesario impedir cuanto antes el mal de la comunidad. Pero ¿cómo hacerlo? ¡El confesor tiene un triple secreto que le cierra la boca! Dígase entonces todo, y luego á la superiora, que ella sabrá poner remedio.

Es ésta también la doctrina de San Alfonso, quien va aún más adelante, y dice en substancia así: Si en una comunidad se encontrase un individuo,

que fuese como un lobo escondido, peligrosísimo para las almas de los demás, y por más veces que su confesor le haya aconsejado y amenazado, no quisiese enmendarse, mas siguiera causando estragos entre las personas con quienes vive, estaría obligado á salirse de esa comunidad, buscando de antemano algún pretexto que sirva para proteger su fama ante el público. (Véase á San Alfonso, reglamento para los seminarios).

Esta doctrina puede servir especialmente para los internados, tanto de niños, como de niñas.

Supongamos ahora, que en una reunión de hermanas, en un patio, en una clase, etc., á una le hubiese escapado alguna palabra, más que impropia, imprudente, escandalosa (¡lo que Dios no quiere!), la cual á una de las presentes fué causa de pensamientos extraños y dañosos para su alma. Claro está, que esta hermana manifestará al solo confesor los daños internos sufridos, pero no sería ella cuerda, si, porque tuvo que confesarse de ese triste efecto, no revelase la causa de ello á la superiora (callando, se entiende, la desgracia interna), y no procurase que se amoneste á aquella lengua imprudente, no habiendo ella misma tenido el valor de hacerlo; cosa que quizás no era tampoco conveniente.

Tened, pues, por cosa cierta, que cuando se descubre en una hermana algún defecto verdadero, grave, y al cual sólo los superiores son capaces de poner remedio, hay obligación de manifestarlo, so pena de hacerse culpable de la misma falta y de sus consecuencias. Inútil será añadir,

que en tales circunstancias es necesario no exagerar las cosas, pintándolas con vivos colores; debéis antes tratar de atenuar la culpa, más bien que exagerarla; y si con esa tal hermana hubierais tenido antes alguna antipatía aún natural, no obraríais quizás con justicia, si no lo manifestaseis á la superiora, á fin de que ésta, poniendo cada cosa sobre una justa balauza, pueda de todo formarse un juicio cabal.

Por supuesto, que toda superiora debe ser para cada una de sus religiosas una verdadera madre afectuosa y *prudente*.

Recurra, pues, cada cual á ella en las dudas, manifiéstele sus penas, expóngale todas sus dificultades. Cada mes, y aún más á menudo si ocurre, conferénciese con ella con toda naturalidad y candor, notando bien que se excluyen de esta conferencia, no sólo las cosas interiores, sino aun las exteriores, cuando formaseu materia de confesión.

Pero, tratándose especialmente de otras personas, tened cuidado de nunca exagerar, porque fácilmente la exageración se podría convertir en calumnia, y se cambiaría de este modo el día de la conferencia, que debe ser un día de paz, en un verdadero *Dies irae, dies amara valde*, día de ira y grande amargura para tantas pobrecitas...

Vuelvo á repetir: hablad, revelad á los superiores todo lo que puede ser causa de verdadero mal para vosotras y para el alma de las demás (hermanas, niñas, empleadas, etc.), pero hacedlo con prudencia y caridad; y prestaréis de este modo un gran servicio á toda la comunidad y á la Con-

gregación entera. No haciéndolo de este modo, la comunidad se perturba y la Congregación sufre graves daños.

—Un caso de conciencia á manera de apéndice.

«Aconseja una Superiora á sus súbditas, á que hagan cada día frecuentes actos de amor á Dios, y las invita á darle cuenta de ello por la noche». ¿Qué tal?—R. Si consideramos atentamente todas las palabras del Decreto *quemadmodum*, deduciremos que esta Superiora no debe obrar así. «De suyo, dice Vermesch (De Religiosis Inst. tom. I, núm. 492), la prohibición de Su Santidad León XIII es grave: *si bien admite parvedad de materia*».

El Santo Padre prohíbe *inducir directa ó indirectamente* á la manifestación de la conciencia; lo cual quiere decir: ejercer en el súbdito alguna fuerza ó influencia *moral*, que fácilmente se logra, aun con sencillas preguntas.

Sin embargo, añade el mismo autor, si esa Superiora estuviese notando que la súbdita no se atreve á decir, por vergüenza, lo que desea, y la oye quejarse con ella, de esta cobardía suya, no se podría decir que la *induce* ni directa ni indirectamente, si la exhortase á hablar; como tampoco *induciría* aquel Superior que, absteniéndose de aconsejar en privado, se limitara á comunicar á todos en general las ventajas de la armonía y confianza con los Superiores, y la *espontánea* manifestación de las dificultades, tolerada por el *Decreto*.

En todo caso hay que tener en cuenta que el

Decreto habla de la *manifestación de la conciencia*, esto es, de la *intima*, pero no de las inquisiciones sobre cosas domésticas (*Lanyogne* testo e commento. Pag. 43 e sig.), ni de preguntas paternales, como sería el interrogar á una religiosa muy afligida, acerca de la causa de su tristeza, á fin de consolarla.

Ni hay que olvidar que, según sentencia probable, la prohibición se limita para con *solos los súbditos profesos*, no ya para los novicios. (Vermesch).

Prácticamente hablando, el Decreto del Papa no prohíbe de ningún modo á los Superiores el vigilar á las súbditas, tocante los actos puramente externos, y pedirles cuenta; por ejemplo: si observan el silencio, si rezan con devoción, si asisten religiosamente á los actos de la comunidad, si reina entre ellas la caridad, si no hay celos, ni murmuraciones, ni riñas, si sufren alguna necesidad corporal, etc.

Con respecto á la Comunión de las súbditas, ya no sabe que una Superiora se la puede impedir, (hasta que no se haya confesado de nuevo), *sólo en el caso en que las súbditas, después de la última confesión, hubiesen dado escándalo á la Comunidad, ó hubiesen cometido alguna grave culpa eterna.*

## CONFERENCIA XII

### LA RECREACIÓN

*Et requievit (Deus) die septimo  
ad omnibus operibus suis.*

*Y descansó (Dios) al día séptimo  
de todas sus obras.*

(Ad Hebræos, 4, 4).

I.—Hemos ensalzado en otro lugar el silencio religioso, tanto el riguroso, como el moderado. No sólo impide, el silencio, tantas palabras y discursos vanos y peligrosos, sino que hasta os ayuda para combatir los pensamientos vagos, inútiles y perniciosos, de suerte que podáis con facilidad tratar con el Esposo Celestial, y uniros á El, cada vez más estrechamente, adquiriendo así nuevas fuerzas para trabajar en las conquistas de las almas.

¿Quién podrá encarecer el progreso en el amor de Dios, que, mediante la práctica del silencio, puede alcanzar una religiosa, repasando en su corazón, mientras trabaja, lo que poco antes ha sido leído en la meditación, en la lectura, etc? Es una especie de corriente eléctrico-celeste, que viene así á establecerse entre el Corazón Sacratísimo de Jesús y el de sus afortunadas Esposas.

Pero nunca se espere nada de bueno, la que fácilmente quebranta el silencio riguroso y que, durante el moderado, se abandona habitualmente á discursos inútiles y tontos, ó no hace más que levantar la voz, interrumpida por gritos y carcajadas.

¿Y será posible que en muchas familias cristianas de seglares se deba encontrar más moderación que no en ciertas casas religiosas?

¡Silencio! buenas hermanas, ¡silencio! si no se quiere multiplicar los pecados y acallar la voz del Señor.

Aconsejo á cada superiora que establezca, si fuere necesario, una hermana vigilante, protectora del silencio; una hermana que esté llena de amor de Dios, sin respetos humanos, ágil y prudente, y que se encuentre siempre en todas partes intimando el silencio con el índice á los labios, en terminos de merecer el honroso título de *Presencia de Dios*, título que bellamente se ha dado á la vigilante de la casa madre, Sor Teresa Pampuro.

Pero el modo más eficaz para obtener el silencio consiste, por cierto, en decir frecuentemente y de corazón al buen Dios: *¡Oh, Señor, poned una guardia á mi boca y un candado á mis labios!*

II.—Mas, el arco siempre tendido se rompe. Así como la inteligencia se adormece si no se la despierta por medio de la instrucción, así el cuerpo se enerva si no se le pone en movimiento y fortifica con ejercicios corporales.

La recreación es necesaria para el cuerpo y el alma. La salud, ya lo hemos dicho otras veces, no es cosa vuestra, oh hermanas, sino que es propiedad de la Congregación; de consiguiente, la recreación es, para vosotras, un deber de justicia hacia la Congregación misma. El Venerable don Bosco solía contarnos el episodio de su protector San

Juan Evangelista, el cual, siendo ya anciano, acostumbraba divertirse con una perdiz; y yo bien recuerdo que aun en esto, don Bosco imitaba á su caro santo, dando de comer á veces á dos tortolillas que le habían regalado, y que al vivo le representaban las almas de tantas de sus queridas hijas.

De San Luis se cuenta que, cuando algunos religiosos querían hablarle de cosas muy elevadas después de comer, les decía: No es éste tiempo de razonar, sino de recrearse con algún chiste ó gracia que cada uno quiera decir honestamente.

La recreación, cuando es moderada y bendecida por la obediencia, hace un gran bien hasta al alma. Ella sirve maravillosamente para estrechar con más fuerza los vínculos de la unión fraternal, para dar expansión al espíritu y para darnos buen ejemplo recíprocamente.

Por otra parte, no es cosa tan fácil eso de hacer una buena y santa recreación. Hay peligro de que en este intermedio la serpiente (la lengua) salga demasiado á fuera de su madriguera (la boca) y vaya haciendo alguna de las suyas, ajando el manto real de la caridad, de la humildad, de la obediencia, etc.

Hay peligro de que asomen ciertos espíritus ásperos y coléricos, que no saben hablar si no es pinchando al prójimo, ó dispensándole tijeretazos; —ciertas Hermanas, á las que no se puede pedir ó preguntar nada, sin exponerse al peligro de recibir una repulsa ó una respuesta desagradable.

Hay peligro que estallen disputas entre ciertos caracteres tercos y obstinados, que nunca quieren

ceder un palmo de terreno, ni reconocer de haberse equivocado; caracteres dotados de espíritu de contradicción, que piensan, dicen y obran siempre lo contrario de los otros, etc.; caracteres obscuros y melancólicos, que, ó se lo pasan á solas, ó con una sola siempre.

Ayudan mucho, para evitar tales inconvenientes, las jaculatorias. Estas nos alcanzan los cuatro primeros frutos del Espíritu Santo: la caridad, la alegría, la paz y la paciencia, tan necesarios en toda recreación.

Siempre recuerdo que allá en Mornese, en la santa casa de la fundación, la primera palabra que salía del labio de las hermanas, al empezar la recreación, era la jaculatoria: *¡Viva Jesús!* á la cual se respondía luego con santa alegría: *¡Siempre en nuestros corazones!* *¡Viva Jesús!* se exclamaba en los largos paseos que se hacían al famoso monte llamado *Tubbio*: *¡Viva Jesús!* resonaban los collados mornesíneos: *¡Viva Jesús!* repetían aquellos hondos y fértiles valles de tan grato recuerdo. Y hubo de acabarse por ponerla en música esta dulcísima jaculatoria. Resucitad, os lo suplico, esta santa práctica en todas las casas.

El *¡Viva Jesús!* sea lo que da siempre la entonación á vuestras recreaciones, y entonces reinará allí la alegría, el buen ejemplo, y, de un modo especial, la caridad. *¡La caridad!* *¡Ah,* que es fácil que esta virtud sea maltratada durante la recreación!

Al *¡Viva Jesús!* añadid, si os agrada, el *Ave María*, llamada *de la caridad*, que en mis viajes aprendí de los óptimos padres redentoristas.

Ellos no hacen nunca recreación alguna sin recitar antes, de rodillas, una *Ave Maria* á la Madre del Amor Hermoso: motivo por el cual tienen sus recreaciones algo de celestial. Yo lo he constatado muchas veces. Imitémoslos, y entonces no se volverán ya á ver ciertos semblantes tristes, ciertas miradas torcidas, ciertos labios perfectamente cerrados, ni se oirán ya risas estrepitosas, ni clamores intempestivos, ni discursos necios y desagradables, ni palabras picantes y mundanas, ni lamentaciones y murmuraciones, etc., sino que por el contrario, la recreación será del todo santa, es decir, hecha con sencillez y franqueza, alegría y caridad: todo será en edificarse recíprocamente en santos discursos, en devotas alabanzas, en dulces exhortaciones á la práctica de la virtud; será, en fin, como el recrearse de los ángeles é imitar las dulces recreaciones que hizo María Santísima, primero en el colegio ó monasterio contiguo al templo, y después con San José y con el amabilísimo Jesús.

Una recreación hecha de este modo os sería ciertamente de gran provecho para el cuerpo y para el alma. Os haría crecer en santidad. Haced luego el ensayo: Pero persuadíos, oh hermanas, que para pasar la recreación como á religiosas conviene, no se requiere ciertamente poca virtud; por eso os repito: preparad y santificad vuestras recreaciones con el ¡*Viva Jesús!* y con el *Ave Maria* de la caridad.

Aquí es bueno recordar los avisos y ejemplos de don Bosco. «De los sermones, catequismos y conferencias oídas, ó no hablar ó hablar siempre

bien, no tocando la persona del catequista ó del predicador».

«De los ministros de Dios, decía otras veces, ó discurrir bien ó callar absolutamente. ¡Ay de quien pone en ridículo las palabras, la voz y los ademanes del ministro de Dios! Tébase el enojo de Aquel que ha dicho: El que tocare á vosotros, toca la pupila de mis ojos». *Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei.* (Zacch. 2, 8).

Para evitar todo peligro de murmuración y para poder santificar sus recreaciones, don Bosco, estando todavía en colegio, se había dicho á sí mismo: Cada día contaré algún ejemplo ó máxima ventajosa para las almas. Haré esto con los compañeros, amigos y parientes; y cuando no lo pudiere con otro, lo haré con mi madre.—Dijo y mantuvo siempre su propósito. Hasta la gente del mundo puede servirnos de modelo. Es muy justo que las hijas imiten á su padre. Hasta la gente del mundo puede servirnos de modelo. Los negociantes, por ejemplo, es sabido que hablan siempre y donde quiera, de sus negocios; los artesanos y letrados, de sus artes y ciencias; los trabajadores, de los instrumentos de su arte: *tractant fabrilia fabri*, y como dijo uno de nuestros poetas:

*Sogna il guerrier le schiere,  
La selva il cacciator  
E sogna il pescator  
Le reti e l'amo.*

Si todos éstos hasta sueñan con sus oficios, ¿cuánto más no deberán hablar de ello con sus amigos? Es cosa demostrada por la experiencia.

Ahora bien, vuestro oficio, oh hermanas, es el de llevar á Dios muchas almas, empezando por la vuestra y la de vuestras alumnas. Luego, cuando el silencio no lo prohíbe, en todas partes, y especialmente en la recreación, hablad de Dios, de Jesús vuestra vida, de vuestra Madre carísima María, de vuestra cara Congregación, del alma de vuestras discípulas, etc., etc. La meditación, la lectura, las amonestaciones, los sermones, las cartas de los superiores, serán, según ya lo hemos dicho, como tantos despertadores para sacudir, de cuando en cuando, el sueño espiritual que á veces amenaza oprimiros.

Aquellas, además, que tienen la fortuna de asistir á las niñas en la recreación, cuando las viesen cansadas, abandonar los juegos y venir á agrupárseles al rededor, como los pollitos junto á la gallina, después de mandar que se acerquen las más pequeñitas para tenerlas todas á la vista, de modo que ninguna pueda esconderse; podrán alternar un poco los juegos espirituales con los corporales, despertando la emulación de las niñas con algunas interrogaciones sobre historia sagrada, sobre asuntos de piedad, etc.

Las asistentes más cuerdas saben prepararse á tiempo la materia apropiada, y nunca se encuentran con el saco vacío.

He aquí un breve interrogatorio que se puede ampliar *ad libitum*, y que sirve para todas. Por ejemplo:

1.º ¿Qué cosa se representa en la estación 3.ª, 4.ª, 5.ª, 7.ª, etc., del Vía Crucis?

2.º ¿Quién de vosotras me sabe decir el 4.º misterio doloroso, el 3.º, el 5.º glorioso, etc?

3.º ¿Cuál fué el 7.º dolor de María? ¿cuál el 1.º, etc?

4.º ¿Cuántos años hace que murió Jesucristo? ¿Cuántos desde que nació María? ¿Cuántos años hace que fué asunta al cielo?

5.º ¿Cuál fué el primer ostensorio ó custodia?

6.º ¿Cuál es el mejor templo del mundo?

7.º ¿Quién fué el primero que hizo el Vía Crucis, etc., etc.?

Sería también cosa utilísima interrogarlas respecto al así llamado *Reloj de la Pasión*.

En mis largos viajes he encontrado colegios donde, al dar la hora, todas las niñas dicen la jaculatoria que vosotras sabéis rezar; esto es: ¡Bendita sea la hora en que nacieron Jesús y María para salvar el alma mía! Terminada la cual, una alumna dice así: En la hora (tal) *Jesús sufrió (tal pena)*. Acto continuo rezan el *Ave María*, llamada *de la hora*.

He aquí el precioso reloj:

|                 |                                     |                  |
|-----------------|-------------------------------------|------------------|
| A las 7 (p. m.) | Jesús lavó los pies á los Apóstoles | <i>Ave María</i> |
| » 8 »           | » instituyó el SS. Sacramento       | »                |
| » 9 »           | » hizo el sermón sobre la caridad.  | »                |
| » 10 »          | » empezó la oración en el huerto.   | »                |
| » 11 »          | » fué confortado por un ángel       | »                |
| » 12 »          | » fué aprisionado.                  | »                |
| A la 1 (a. m.)  | » fué conducido á Anás              | »                |
| A las 2 »       | » recibió una bofetada.             | »                |
| » 3 »           | » fué interrogado por Caifás.       | »                |

|                |       |       |          |                               |                      |
|----------------|-------|-------|----------|-------------------------------|----------------------|
| A las 4 (a.m.) | Jesús | fué   | négado   | por                           | San Pedro. Ave Maria |
| » 5 »          | »     | »     | fué      | condenado á muerte por        |                      |
|                |       |       |          | el Concilio. . . . .          | »                    |
| » 6 »          | »     | »     | fué      | conducido á Pilatos. . . . .  | »                    |
| » 7 »          | »     | »     | fué      | conducido á Herodes. . . . .  | »                    |
| » 8 »          | »     | »     | fué      | pospuesto á Barrabás. . . . . | »                    |
| » 9 »          | »     | »     | fué      | azotado. . . . .              | »                    |
| » 10 »         | »     | »     | fué      | coronado de espinas. . . . .  | »                    |
| » 11 »         | »     | »     | se       | fué al Calvario, llevando     |                      |
|                |       |       |          | la cruz. . . . .              | »                    |
| » 12 »         | »     | »     | fué      | crucificado. . . . .          | »                    |
| A la 1 (p. m.) | »     | pidió | perdón   | por los peca-                 |                      |
|                |       |       |          | dores. . . . .                | »                    |
| A las 2 »      | »     | se    | despidió | de su madre. . . . .          | »                    |
| » 3 »          | »     | »     | murió!!! | . . . . .                     | »                    |
| » 4 »          | »     | »     | recibió  | la lanzada. . . . .           | »                    |
| » 5 »          | »     | »     | fué      | bajado de la cruz. . . . .    | »                    |
| » 6 »          | »     | »     | fué      | sepultado. . . . .            | »                    |

Finalmente, es también un bello modo de pasar alegre y santa recreación, eso de hacer representar en el patio, por un grupo de niñas, y á manera de pantomima (con santa gravedad), las divinas escenas ó pasajes de la Historia Sagrada ó eclesiástica, ó de la vida de don Bosco: provocándose recíprocamente á adivinar y explicar el hecho representado.

Primero en Mornese y después en Niza, este modo de recrearse ha dado excelentes resultados.

De esta manera se desenvuelve y fortifica la vida corporal, la intelectual y aun la espiritual, con tal de que, como se supone, las cosas caminen siempre en santa paz y tranquilidad.

Notaremos empero, que si las niñas representasen el papel de hombres, no sería cosa conve-

niente, aunque tuviesen cuidado de llevar por debajo el vestido del propio sexo; prácticamente hablando, es harto difícil contenerse entre los justos límites de la necesaria moderación: por lo que nuestro Venerable don Bosco quería que del todo se dejaran en los colegios las representaciones de papeles *mixtos*, porque su éxito, por lo común, es contraproducente.

DEO GRATIAS ET MARIÆ

FIN DE LA PRIMERA PARTE

# PARTE II

## La Religiosa con relación á las alumnas

### CONFERENCIA XIII

#### VIGILANCIA SOBRE LAS ALUMNAS

*Vigilate, quia adversarius vester diabolus, tamquam leo rugiens circumit quaerens quem devoret.*

*Estad en continua vela, porque nuestro enemigo, el diablo, anda girando, como león rugiente, alrededor de nosotros, en busca de presa que devorar.*

(1.<sup>a</sup> Petr. 5, 8).

El oficio de asistente no es oficio humilde, ni mucho menos bajo, sino nobilísimo y angelical. ¿Quién podrá decir los males que una buena asistente alcanza impedir? ¿Quién podrá encarecer lo bastante, los bienes morales y espirituales que ella procura?

Vuestro oficio, oh asistentes, es una especie de martirio. Vuestra dura cama, vuestro pan duro también, vuestras fatigas en la enseñanza y en la continua vigilancia: ¡he ahí vuestros cilicios!

La Ven. Magdalena de Canossa solía á veces salir del coro á deshora. Y cuando se le preguntó el por qué, respondió:

—«¡A decir verdad, me quedaría de mejor gana con mis Religiosas para hacer oración, pero me

viene á la mente que el tiempo que yo estoy en el Coro, las niñas se lo pasan haciendo insolencias y cometiendo pecados en las clases y corrillos! ¡Ah, cómo fácilmente se enseñan la malicia las unas á las otras! ¡Oh, Hermanas, mucho más agradable es el sacrificio que hacemos para preservarlas las almas, que el de elevar á El nuestra mente en la Oración! Hacemos contemporáneamente el oficio de María y de María.

I. Las directoras, las maestras, las asistentes que quieren de veras desbaratar al demonio que asalta á sus alumnas, además de rezar mucho y vigilar continuamente, deben, sobre todo, separar inexorablemente ciertos grupos de *sedicientes* amigas, las cuales, de palabra y hecho, den á conocer que no vienen de parte de Dios.

¡Oh, los *corrillos*! ¡Ciertos nudos sólo Dios tiene la fuerza de desatarlos! ¡Sólo el demonio puede tragarlos! ¡Y lo hace de veras, después de haberlos hecho tostar al fuego de la maledicencia y del vicio, contrario á la bella virtud!

Se necesita resolución. *Divide et impera*. ¡Si queréis mandar vosotras, como es deber, en vuestra casa, separad los tales corrillos! Lanzaos en medio de ellos constantemente y sin miedo alguno; *in nomine Domini*.

El Ven. D. Bosco solía decir, que el medio más eficaz para deshacer un remolino de viento, era cabalmente el arrojarse dentro, sin ningún miedo. Y así como decía, así obraba. Y de este modo se convertían los vagabundos de la calle en los santos *biriquines* de D. Bosco. Imitémoslo.

Pero aguzad más y más vuestro ingenio, si fuese posible, cuando ciertos moscardones, ó quizá ciertos buitres de niñas muy malas, persiguiesen á las que aún fuesen inocentes, máxime si fueran éstas de índole muy sencilla. Pocos minutos bastan á veces para que el hielo y el granizo destruyan todas las flores y los suspirados frutos de una riquísima planta en primavera. ¡Adiós, caras esperanzas! Todo está perdido.

† Pero calamidades peores suceden algunas veces en la recreación y salones de ciertos colegios, por falta de vigilancia.

¡Un solo entretenimiento algo licencioso, una sola escena imprudente de cinematógrafo, basta para abrir en esos candorosos y tiernos corazones una llaga, que ni el tiempo ni el buen ejemplo de otras, sería parte para cicatrizarla!

Las flores se marchitan y caen en tierra, las blancas palomitas se tornan en negrísimos cuervos, y los ángeles lloran desconsolados, porque el mal se ha hecho irremediable.

¡Y pensar que los padres de familia han colocado á sus aún inocentes hijitas, de preferencia en un Colegio de Religiosas, cabalmente para que allí encontraran un seguro asilo para su virtud! ¡Y ellas hallaron, por el contrario, la tumba de su inocencia! ¡Ah, cómo se nos hace pedazos el corazón al oír á ciertas alumnas exclamar, hechas un mar de lágrimas!—¡Yo entré en el Colegio siendo aún inocente! ¡Mis padres me conservaron ángel de costumbres! ¡Es aquí donde aprendí toda la malicia! ¡Es aquí donde las compañeras dieron muerte á

mi alma!—¡Oh, asistentes, qué responsabilidad la vuestra!...

Si no hay suficiente asistencia, dice el V. Claret, es mucho mejor un simple externado que no un internado. ¡El mal llamado educatorio, donde la vigilancia y la frecuencia de los Santos Sacramentos no se aprecian, es ciertamente un lugar de desgracia para las pobres almas de tautas uñas!

Y ya que he tocado esta cuerda, quiero exhortaros á ser santamente duras é inexorables con las soberbias que ridiculizan á sus maestras y todo lo critican: mandatos superiores, prácticas de piedad, método, comida, etc., etc. ¡Pero las que hacen discursos inmorales y diabólicos, expúlsense sin piedad y lo más pronto posible! Tener tales cabras roñosas en el redil con las ovejas, no es piedad, sino verdadera crueldad: alejarlas es, por el contrario, prudencia, caridad y benigna misericordia hacia toda la comunidad.

¡Ojalá que se pueda decir de vosotras, oh hermanas, cuanto dice Dios de las estrellas, que jamás se cansan de hacer centinela, *et non deficient in vigiliis suis.* (Eccle. 43, 11).

¡Ojalá que interrogando Dios al ángel de vuestra Congregación, respecto de cómo cumple cada una sus deberes, *quid tu vides?* ¿qué es eso que ves tú? él pueda responder: *Virgam vigilantem ego video.* Yo estoy viendo la vara de una que está vigilante. (Jer. 1, 11).

¡Ojalá que todas las que tienen algún cargo de otros, puedan repetir con San Pablo á los Efesios: *«contestor... quia mundus sum a sanguine*

*omnium*: protesto... que yo no tengo la culpa de la perdición de ninguno» (*Act. 20, 26*), es decir, no he dado ningún mal ejemplo á nadie, no he descuidado nunca la debida vigilancia; no he re- prendido demasidamente, ni demasiado poco, cuando el deber me lo imponía!

¡Ojalá que en toda Comunidad dedicada á la enseñanza y educación religiosa, se verifique al pie de la letra lo que de Jerusalén dijo Dios, por boca de Isaías: Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas: todo el día y toda la noche estarán alerta, no callarán jamás! (*Isai. 62, 6*); es decir, vigilarán continuamente, y avisarán lo que asome algún peligro.

II. Nunca creeré recomendar demasiado la práctica de la más estricta vigilancia. Suplico, pues, á la buena superiora, que lea, relea y explique cien veces, si fuere necesario, las siguientes consideraciones á sus buenas hermanas:

a) Dos hermanas asistentes que durante el recreo anden siempre juntas, equivalen á: *menos tres hermanas.*

En efecto, será necesario que una tercera hermana asista á esas dos, ya que es imposible que, andando éstas siempre juntas y quebrantando por esto su deber de asistentes, no caigan en murmuraciones, etc. Así tendremos á tres hermanas *fuera de combate.*

b) Cuando se notase que dos hermanas asistentes, no haciendo caso de la prohibición que se les ha hecho, están siempre juntas, no creais que sean solamente dos, no; desgraciadamente son tres.

Y la tercera que á ellas se acerca, llámase *Sordiablillo*. Pues, del mismo modo que el Señor se acerca á dos hermanas, cuando asisten ó van juntas por obediencia en el nombre de Dios, así el cornuto se acerca á esas dos pobrecitas y se queda con ellas, toda vez que se hayan alejado del puesto de la obediencia para charlar, etc. ¡Ah, y qué desgraciada compañía es la de esas dos pobres loquillas!

Por este punto empieza á desquiciarse el edificio de la vocación, y brotan á veces ciertas amistades particulares que arrastran, casi indudablemente, á la eterna ruina: ¡Dios nos libre!

c) Los pecados de las alumnas que, por faltar voluntariamente á la vigilancia, no impidiereis, pudiéndolo, fuera de estar apuntados en el *Liber scriptus* de esas pobres niñas, estarán también notados en el vuestro, sin que falte uno solo de ellos.

Las alumnas que os están confiadas *cargan sobre vosotras* con todo el peso de los pecados que, por vuestra negligencia, les dejáis cometer; ¡y un día pedirán la venganza de Dios sobre vosotras!

¡Ay de la pastorcilla que vigila doce años y se adormece una hora! Bastará este descuido á la manada de lobos que acecha el rebaño, y, cuando despierte la malaventurada celadora, ya estarán lejos los verdugos, destrozando á la víctima.

Y ¿de quién será la culpa? ¡Pensadlo bien! El Santo Evangelio nos describe al Padre de familia afligidísimo porque, habiendo hecho sembrar en su campo un óptimo trigo, ve que despunta la maldita cizaña. Mas, la culpa de eso no fué la simien-

te ni el terreno, sino la incuria y pereza de los agricultores. *Cum autem dormirent homines* (Matt. 13, 25): en el tiempo que los hombres dormían, vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué.

Da, no solamente grima, sino indignación á un corazón recto, cuando se viene á saber que por el descuido de sus Asistentes y Maestras, una alumna, antes buena, fué pervertida por malas compañeras. ¿Cuál no será, pues, la indignación de Jesús, que ha debido comprar esa alma con toda su Sangre, y halla que se la han robado *en la misma Casa santa?*...

d) Toda nueva vocación religiosa, equivale á un grandísimo número de almas que irán al Cielo seguramente. Pero ¡ay! ¡cuántas vocaciones se pierden por falta de vigilancia! ¡No lo olvidéis!

+ e) Una buena asistente gana más, si ella quiere, que un valiente predicador. El predicador, por regla ordinaria alcanza á impedir el pecado en alguno, y no por largo tiempo; mientras que una celosa asistente llega á impedir casi todos los pecados de sus alumnas; y ésto, con solo su presencia asidua como la de Dios, con la cual confunde los planes inicuos de Satanás, que quiere avivar doquiera las llamas del infierno con discursos, palabras, adivinanzas, miradas, regalillos, libritos, diarios, envoltorios, viñetas, vistas microscópicas, etc. Si tú, durante la recreación, por amor de Dios y de las almas, das una vuelta por los corredores, escalas, escondites, etc., del colegio, no sólo tendrás el mérito de impedir algún pecado

(porque Dios quiere premiar la recta intención), sino que en realidad lograrás impedirlo.

Estas palabras salían de los labios de nuestro Padre D. Bosco, que sabía cuántos y cuáles medios posee el enemigo para engañar á las almas, y conocía muy bien todos los sitios donde este monstruo del Averno va á esconder su cola serpentina.

f) Para obtener de Dios la gracia de impedir un solo pecado mortal, no sería harta penitencia peregrinar con los pies descalzos hasta los últimos confines de la tierra.

Con gusto, decía el V. Claret, yo sufriría ser arrastrado por un caballo hasta el día del juicio, con tal de impedir un pecado venial. Y una simple asistente no sólo logra impedir pecados veniales, sino aún muchos mortales cada mes, y á veces también cada día. ¡Qué corona tan hermosa se va formando esta afortunadísima hermana para el Paraíso! ¡Y con qué paz y confianza se presentará delante de Dios después de su muerte!

g) Cada vez que una ha impedido un pecado mortal, ha alcanzado á salvar de la muerte al mismo Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo, porque es verdad de fe que con un pecado mortal se vuelve á crucificar á nuestro amabilísimo Salvador. Es evidente que Dios Padre se tendrá por deudor hacia esta buena hermana, que ha librado acaso mil veces de la muerte á su Hijo Unigénito. ¡Ah! y ¿quién habrá, que oyendo tales maravillas no quiera ser una de las asistentes, ó á lo menos ayudar á las otras en la vigilancia, cada vez que la santa obediencia no se lo impida?

h) Un padre, una madre de familia, cristianos y prudentes, que amen realmente el alma de su cara hijita, no se resignarán jamás á hacerla educar en un colegio, en el cual, por falta de vigilancia debida, se previese un peligro para su inocencia. Ahora bien, tanto los ángeles custodios de las niñas destinadas para un colegio, como María Santísima, que es la tierna madre de estas mismas niñas, viendo que en vuestro colegio la vigilancia se considera como un peso insoportable que se quisiera sacudir (con tal que no lo notasen los superiores), y que por esta causa no sólo se perderán las vocaciones, sino hasta las almas de muchas niñas educandas, impedirán ciertamente el ingreso de otras alumnas en el mismo colegio. Si, por el contrario, María Santísima y los ángeles ven que vuestro eminente ideal, vuestro principal deber es el de vigilar con afán, con suma delicadeza y con infatigable celo, llenarán luego de alumnas vuestros colegios, porque saben que esto será lo mismo que llenar el Paraíso. Y si fuese necesario ensanchar vuestra santa casa, creedlo que no os dejarán faltar los medios materiales para verificarlo.

III. Recordad, oh hermanas asistentes y maestras, que sois como las madres espirituales de vuestras alumnas. Imitad por esto á la gallina madre (nadie se crea humillada por este parangón, ya que no desdeñó aplicárselo el mismo Divino Salvador). Esta es un animal sin valor y sin espíritu generosos, mientras no sea madre. Pero cuando ha

llegado á serlo, se arma de un corazón de león. ¡Vedla allá, en medio de sus pollitos, erguida la cabeza, con los ojos fieros que gira hacia todos lados, inquietos y amenazantes! No hay enemigo, por muy fuerte que sea, contra quien ella no se lance en defensa de su pequeña familia; y la ansiedad continua, que en este oficio la fatiga, la hace gritar sin interrupción, por temor de perder sus pollitos. Que si por desgracia se le pierde alguno, ¡qué dolor no es el suyo!...

Os lo repito, oh hermanas, imitad á la gallina madre, y así cumpliréis exactamente vuestro deber de asistentes.

Recordad aún, oh asistentes, que sois cual ángeles visibles de vuestras niñas. Los Angeles Custodios contemplan incesantemente la Majestad Divina, y no dejan un instante de velar sobre sus protegidas. Lo propio debéis hacer vosotras: vigilar día y noche premurosamente á vuestras alumnas, y al mismo tiempo no perder nunca la presencia de ese Dios, de quien depende la salvación de vuestras alumnas y la vuestra.\*

¡Valor, oh asistentes! sed siempre el brazo derecho y el verdadero consuelo de vuestras superiores. Cada una de vosotras debería poder decir á su directora, con respecto á las alumnas que le están confiadas, lo que Judas dijo á su padre Jacob, para que dejase partir á Benjamín:—Yo me encargo de ellas. ¡Si no te las cuido ni devuelvo tales como me las entregas, me declaro indigna de tu perdón! (*Gen. 43, 9*).

Una hermana que tenga un poco de celo por

la salvación de sus niñas, debería sentirse desmayar al ver que éstas tan fácilmente insultan al buen Dios, barrenando á sabiendas su santa Ley. *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam* (Ps. 118, 55), decía David: desmayé de dolor por causa de los pecadores que abandonaban tu ley.

Extiéndase vuestra vigilancia, oh asistentes, de un modo especial sobre las lecturas de las alumnas.—¡Ojos de Argo, Hermanas!—Es allí, donde el demonio engaña miserablemente á las niñas curiosas, y las unce al carro de perdición.

La reina María Lazinska era, en este punto, siempre inexorable. Hallándose una vez de visita en casa de una dama de Corte—la duquesa de Lugues—visto un libro malo sobre una mesita, lo echó sin más ni más al fuego. Y á un corrillo de damas, que criticaban un cierto libraco pésimo, preguntó: ¿Vosotras, pues, lo habéis leído?—Sí, madama; hemos querido cerciorarnos de si era un libro tan malo como se dice.—¡Desgraciadas! ¡Y qué temería cometer un delito leyendo un libro en el cual se ultrajara á mi padre el Rey; y tanto más donde se ultraja á mi Dios!

Os suplico que queráis, oh buenas hermanas, meditar bien cuanto os he dicho, y que lo practiquéis con santa perseverancia.

¡Dichosos, dice el Santo Evangelio, aquellos siervos á quienes el amo, al venir, los encuentra así velando! ¡Y si viene á la segunda vela, ó viene á la tercera y los halla así prontos (es decir, vigilantes), dichosos son tales criados! *Beati sunt*

*servi illi*, porque los hará sentar á la mesa y se pondrá El mismo á servirles: *et faciet illos discumbere et transiens ministrabit illis.* (Luc. 12, 37. et seq.)

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XIV

### BUENA EDUCACIÓN

*Educate illos (filios vestros) in disciplina et correctione Domini.*

*Educad (á vuestras alumnas) corrigiéndolas é instruyéndolas según la doctrina del Señor.*

(Ad Eph. 6, 4).

Los padres y tutores de vuestras alumnas, oh buenas hermanas, os las han entregado para que poco á poco las transforméis y hagáis de ellas otros tantos tesoros de toda clase de virtudes morales y religiosas.

Las niñas son como los arbolitos tiernos, que si al principio no crecen derechos, sólo servirán después para el fuego.

Son ellas, propiamente hablando, cual cera bastante blanca, como para recibir la efigie que queráis en ellas estampar, ó como un pliego de papel blanco, en el cual podáis escribir lo que os plazca. Aprovechad bien estas hellas disposiciones.

Pero permitidme aquí unas breves observaciones.

1.º *Sueño.* *Septem horas dormivisse satis juveni, senique,* dice un adagio. De manera que, exceptuado el caso de enfermedad, no se les conceda ordinariamente más de ocho horas de reposo, mientras bastan siete. El exceso puede acarrearles daño al cuerpo y especialmente al alma.

Vayan á dormir temprano y á hora fija, cuan-

do la obediencia no mande diversamente, á fin de que puedan madrugar al día siguiente. *A quien madruga Dios le ayuda*, dice el proverbio. «El levantarse temprano sirve lo mismo á la salud que á la santidad». (San Francisco de Sales).—

«La gracia de la salvación está ligada á la Oración, y la de la Oración á la gracia de levantarse temprano». (San Vicente de Paúl).

Las que muy de mañana velan para buscarme, me encuentran, dice Nuestro Señor. (*Sap. 6, 13*).

Las largas vigiliias de la noche que ahora se acostumbran hacer en el mundo, son dañosas para el cuerpo porque debilitan mucho el cerebro, y aunque sus efectos no se sientan tanto en la juventud, se sufrirán más tarde sus consecuencias; pero esas vigiliias son aún más perjudiciales para el alma, porque por su cansa se pierde la mañana del día siguiente, y, de consuno, la meditación, la Misa, la Oración, la Comnión etc. *Noctem verterunt in diem*. (*Job, 17, 12*): cambiaron el día por la noche, la luz por las tinieblas, las buenas obras por las liviandades. (Sales). ¡Ah, de cuántos pecados es causa eso de cambiar el día por la noche!

Al acostarse ármense del agua bendita, y recordando vivamente la presencia de Dios y del buen Angel, reposen por cuanto es posible, del costado derecho, en posición angelical, tal como desearían tenerla en punto de muerte, pues la muerte puede sobrecogerlas durante esa misma noche. San Francisco de Sales quiere que se considere la cama de su reposo como un altar donde

todo es limpieza y blancura, sobre la que ha de acostarse la niña con tanta modestia y mortificación, que se torne en holocausto á los ojos de Dios.

No se olviden por la mañanita, que el demonio es ese gran ladrón que está espiondo el momento de levantarse para robar las primicias del día y para despertar pensamientos malos, é inútiles, que sólo á Dios pertenecen de derecho.

*Primitiae Domini sunt. (Num. 31).* Las primicias son del Señor. *Da Domino,* dice San Climaco, *primitias dici tuae; erit enim tota illius, qui prior occupaverit. (Cap. 25).* Ofrece al Señor las primicias de tu día, porque el día será del que lo ocupó el primero. Los primeros minutos de la madrugada dan la entonación á todo el día.

Hubo quien se disciplinó tantos minutos, cuantos había perdido disputando con la almohada. Dirige tu primer afecto á Jesús Sacramentado y á María Santísima.

La campanilla es la voz de Jesús que te llama, es el orologio misterioso de todas las acciones del día. Respóndele á cada toque: *Ecce adsum.* ¡Heme aquí pronto!

2.º *Lavarse no demasiado, ni demasiado poco.* En invierno lávense muy bien con agua pura y fresca las manos, la cara y la cabeza, pero no lo hagan *demasiado* en verano. De esta manera practican ellas un poco de mortificación, que les será provechosa corporal y espiritualmente.

Ocioso será encomendaros el impedirles absolutamente el uso del *colorete.* ¡La santa reina Lazinska, ya mencionada, solía decir que esta es-

túpida usanza había sido introducida por señoras viejas y feas, que quieren que sus hijas se les asemejen!...

¡Si vuestras niñas, en lugar de lavarse la cara con lo que se lavaba la Madre de Dios, que, según San Vicente Ferrer, lavábase con el agua de sus lágrimas (*Domin. 6.º Pentecost.*), la quieren pintar con coloretos, en el juicio particular, viéndolas con esos aceites en la cara, y sin aceite en la lámpara del corazón, les dará Dios un eterno golpe en los ojos con la puerta: *clausa est janua* y un terrible: *¡no te conozco! nescio vos!* en los oídos, puesto que el Señor no mira de buena gana las caras que no son tales como El las hizo: *Deus non libenter aspicit vultus quos ipse non fecit.* (*ibid.*)

3.º *Uniforme y demás vestidos.* Sean simples, esto es, sin lujo ni vanidad. Los vestidos de lujo hacen dar vuelta á ciertas cabecitas, volviéndolas desaplicadas, vanidosillas y orgullosas. Que sea modesto, tanto el peinado como el calzado, si no queréis educar á casquivanas, aptas solamente para disipar hasta los más pingües patrimonios.

¡Aseo, grande aseo en todo, esto sí! ¡pero nada de vanidad ni Injo! San Pedro en su primera (*Cap. III. 3, 4*), dice que el adorno de las mujeres no ha de ser por de fuera con rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni con galas de vestidos, sino con el atavío interior de un espíritu de dulzura y de paz.

Procurad alabar en ellas el vestido ya usado, pero aseado, más bien que el nuevo.

Muy antiguo es el proverbio: *Mulieris ornatum mores, et non aurum*: el mejor ornato de una joven es el terso ropaje del pudor. (*San Juan Crisost.*): es la mansedumbre, la modestia, la paz del corazón; pues todo esto compone, orna y enriquece las potencias del alma, y santifica los mismos sentidos del cuerpo, verificándose así lo que dice el Espíritu Santo: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus*. (*Ps. 44, 13*). En el interior está la principal gloria ó lucimiento de la hija del Rey.

Demostrad, oh Hermanas, á vuestras niñas, que esos vestidos nos recuerdan que el pecado nos ha puesto, en cierto modo, en un grado más bajo que los animales irracionales, puesto que ellos no necesitan vestiduras. ¡Oh tristísimo recuerdo de la inocencia perdida!

Además, los vestidos son, por lo regular, restos de animales ya muertos; deben, pues, despertar en ellas, el saludable pensamiento de la muerte, y no serles causa de peligroso engreimiento.

Cuenta el apóstol de Valencia, que María Santísima, para salir de casa, se ponía el vestido más humilde. ¡Así se portaba en público la que milagrosamente purificaba los pensamientos de los que miraban su hermosura!

Un monje de santa vida vió, en visión, dos bestias muy deformes que ponían una red en la puerta del Cielo y mientras una voz gritaba: ¡Esa red son las galas de las mujeres y los trajes profanos que impiden entrar en la Gloria!

Dice la Teología moral, que el traje excesiva-

mente costoso es pecado mortal en quien, por llevarlo, deja de pagar sus deudas ó de socorrer la *extrema* necesidad del pobre: si no hay éste ú otro perjuicio grave, sería venial por el exceso; pero el traje que de suyo es provocativo y próximamente incita al mal, siempre, y en todo caso y en todas personas, es pecado mortal.

Decidles que agrada siempre más la mayor sencillez; y que eso de querer seguir las modas, además de empobrecerlas, las vuelve ridículas; pero que la limpieza exterior representa en cierto modo, la interior pureza; y que por este motivo, estén siempre muy aseadas de pies á cabeza.

4.º *En la mesa.* Tenéis, además de otros textos, el *Carreño*. Explicadlo á su tiempo y lugar.

Yo aquí quiero solamente mentar las cosas principales que debéis enseñar á vuestras alumnas, á fin de que puedan muy fácilmente practicarlas cuando se les presentare la ocasión.

Cuando están en la mesa tengan el cuerpo recto y los pies juntos, y las manos sobre el borde de la mesa, no apoyándose nunca con los codos.

Si acaso fuesen invitadas á comer ó cenar fuera de casa (no deberán ir sin su mamá), nunca empiecen á comer ó beber antes que los otros; tomen los manjares sin ansia, con toda modestia y limpieza, cuidando de no mancharse los dedos, los labios, la barba, etc.; no remuevan la sopa á fin de que se enfrié, ni tampoco la soplen; no hagan ruido al masticar ó beber, moviendo cucharas, tenedores, etc.; no laman la cuchara ni los dedos; no

mordizquen el pedazo de pan; no presenten el plato para ser servidas las primeras, ni señalen jamás la porción de comida que más apeteciesen; no beban mucho vino, no absorban hasta la última gota, pues esto no sólo las mostraría mal criadas, sino también asaz golosas; no hablen en voz baja con las personas vecinas en aire misterioso, ni demasiado fuerte, como si hablasen á sordos; límpiense los labios con la servilleta antes y después de haber bebido; y finalmente, hagan al menos la señal de la cruz antes y después de la comida, como dice el Catecismo de la doctrina cristiana, y esto sin temor de ser burladas de nadie; al contrario, con la persuasión de ser alabadas por todos, á lo menos en lo íntimo del corazón, aun de los más materialones.

La oración, en este caso, es un acto de obligada gratitud á Dios, tan generoso con nosotros; es un acto de justicia, por el cual el alma, antes de *conceder* al cuerpo lo que éste le pide, le muestra lo que ella es y debe ser, esto es, señora y patrona; es, finalmente una súplica á Dios para que bendiga la comida y la vuelva saludable, y bendiga también nuestra voluntad para que no se deje subyugar de la gula y para que esta acción animalisca de comer se ennoblezca, y se torne ella también meritoria para el Cielo.

La costumbre de orar antes y después de tomar alimento, es tan antigua como el mundo. «Comerás, dice el Señor, en la presencia del Señor Dios tuyo (*Dent. 14, 23*); cuando hubieres comido y te hubieres saciado, bendice al Señor Dios tuyo»:

*cum comederis et satiatus fueris benedicas Domino Deo tuo (ibi 8, 10).*

Nuestro Señor la consagró con su ejemplo, bendiciendo los panes en el desierto y diciendo el himno de gracias después de la Cena legal y de la Institución: *et hymno dicto, etc. (Matt. 26, 30).* Y los primeros cristianos, imitando á Jesús, oraban antes y después de la comida, según nos asegura Tertuliano: *Oratio suspicatur et claudit cibum. (Apol. 3, 91).*

Claro está que todas estas cosas deben practicarlas las alumnas, ya desde ahora que están en el colegio, y vosotras debéis darles lecciones prácticas á este propósito, con la palabra y con el ejemplo.

En cuanto á urbanidad, el Ven. D. Bosco fué siempre ejemplar con sus hijos. Nosotros lo vimos cenar por muchos años, ya en el Oratorio, ya en casa de sus bienhechores, que lo habían invitado para recibir de él, en cambio, el alimento del alma. Nunca empezaba á tomar boeado alguno, si los demás no le daban el ejemplo. Servíase frugalmente de cuanto le habían puesto por delante. Poquísimo vino le bastaba, y esto lo mezclaba con agua. Acababa antes que los otros; guardaba un respetuoso silencio, no interrumpiendo jamás á quien estuviese hablando. Mas, si alguien le interrogaba, con su amabilidad y alegría era el contento de los convidados. Tal fué vuestro fundador desde la niñez hasta la más avanzada edad. Imitad todas á un tan santo padre.

Es buena costumbre preguntarse á menudo,

mientras se come: ¿Cómo se portaría la Virgen Santísima en mi lugar?

5.º *Paseo*. Caminen en grupos, en cuanto sea posible; las mayores con las mayores; las medianas con las medianas; las pequeñas con las pequeñas. Nunca salgan de casa sin haber recitado el *Angele Dei*. Las más curiositas (que no suelen ser pocas), antes de salir deberían hacerse en los ojos una cruz con agua bendita, y rezar de todo corazón dos *Ave Marias* en honor de los ojos de la Virgen Santísima, á fin de que las preserve de la muerte espiritual que por los ojos entra.

¡No levanten la voz en la calle, y especialmente no miren acá y acullá, ni mucho menos fijen la vista en las personas, estatuas, estampas ú otros objetos peligrosos! Quien mira el sol de hito en hito, pierde la vista; y la que se detiene á mirar ciertas personas ó cosas peligrosas, pierde la vista del alma. ¡Ah, cuántas pobres educandas salieron á pasear cual blancas palomas, y regresaron á casa negros cuervos! ¡partieron corderillos, y tornaron lobos; ángeles, y volvieron demonios!

6.º Por eso es que yo nunca dejaré de recordar la obligación que tiene toda hermana y alumna, de avisar á las superiores, tocante á los peligros que se encuentran en ciertas calles, plazas, jardines, etc., á fin de que se pnedá impedir el triunfo del demonio sobre las compactas filas de las pobres educandas. Y si el daño hubiera venido de la serpentina lengua de nna escandalosa compañera, ¡recuerden todas, dice San Alfonso, que no son dignas de recibir la absolución sacramental

las que, conociendo al lobo escondido en el redil, no lo descubriesen inmediatamente á las superiores, á fin de que éstas puedan ahuyentarlo!

Dígase lo mismo de los escándalos dados ó recibidos entre las mismas paredes del colegio: en los patios, en los dormitorios, en las clases, donde quiera. Incúlquese siempre á todas el absoluto y grave deber que tienen de acusar á las personas *verdaderamente escandalosas*. ¡Mientras en vuestras casas no reine este *caritativo y santo* espionaje (que se supone hecho siempre por puro amor á Dios), los internados no serán casas de Dios, sino focos de desórdenes de toda especie!

Mas, al contrario, si se grita ¡*el fuego!* cuando apenas se distingue una chispa, entonces se llega á tiempo; todo está salvo. ¡Decidlo, pues, á todas, que en tales circunstancias hablen, avisen, griten fuerte, por amor de Dios!

7.º *En la Casa de Dios*. No es raro el caso de ver á algunas alumnas entrar á la Iglesia riendo, charlando ó pavoneándose, como acostumbra hacerlo en otros lugares.

Esto es del todo detestable. Decid á esas loquillas que el Señor no tiene necesidad de ellas en la Casa Santa.

Esas charlatanas, esas cabecitas ligeras y vanidosas son las mal educadísimas entre todas las mal educadas, precisamente porque faltan á la buena educación con el mismo Dios. *Intimidables* que cambien luego de conducta. Yo entraré en tu Casa, dice David, y poseído de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo Templo. (*Salmo*

mientras se come: ¿Cómo se portaría la Virgen Santísima en mi lugar?

5.º *Paseo*. Caminen en grupos, en cuanto sea posible; las mayores con las mayores; las medianas con las medianas; las pequeñas con las pequeñas. Nunca salgan de casa sin haber recitado el *Angele Dei*. Las más curiositas (que no suelen ser pocas), antes de salir deberían hacerse en los ojos una cruz con agua bendita, y rezar de todo corazón dos *Ave Marias* en honor de los ojos de la Virgen Santísima, á fin de que las preserve de la muerte espiritual que por los ojos entra.

¡No levanten la voz en la calle, y especialmente no miren acá y acullá, ni mucho menos fijen la vista en las personas, estatuas, estampas ú otros objetos peligrosos! Quien mira el sol de hito en hito, pierde la vista; y la que se detiene á mirar ciertas personas ó cosas peligrosas, pierde la vista del alma. ¡Ah, cuántas pobres educandas salieron á pasear cual blancas palomas, y regresaron á casa negros cuervos! ¡partieron corderillos, y tornaron lobos; ángeles, y volvieron demonios!

6.º Por eso es que yo nunca dejaré de recordar la obligación que tiene toda hermana y alumna, de avisar á las superiores, tocante á los peligros que se encuentran en ciertas calles, plazas, jardines, etc., á fin de que se pueda impedir el triunfo del demonio sobre las compactas filas de las pobres educandas. Y si el daño hubiera venido de la serpentina lengua de una escandalosa compañera, ¡recuerden todas, dice San Alfonso, que no son dignas de recibir la absolución sacramental

las que, conociendo al lobo escondido en el redil, no lo descubriesen inmediatamente á las superiores, á fin de que éstas puedan ahuyentarlo!

Dígase lo mismo de los escándalos dados ó recibidos entre las mismas paredes del colegio: en los patios, en los dormitorios, en las clases, donde quiera. Incúlquese siempre á todas el absoluto y gráve deber que tienen de acusar á las personas *verdaderamente escandalosas*. ¡Mientras en vuestras casas no reine este *caritativo y santo* espionaje (que se supone hecho siempre por puro amor á Dios), los internados no serán casas de Dios, sino focos de desórdenes de toda especie!

Mas, al contrario, si se grita *¡el fuego!* cuando apenas se distingue una chispa, entonces se llega á tiempo; todo está salvo. ¡Decidlo, pues, á todas, que en tales circunstancias hablen, avisen, griten fuerte, por amor de Dios!

7.º *En la Casa de Dios*. No es raro el caso de ver á algunas alumnas entrar á la Iglesia riendo, charlando ó pavoneándose, como acostumbra hacerlo en otros lugares.

Esto es del todo detestable. Decid á esas loquillas que el Señor no tiene necesidad de ellas en la Casa Santa.

Esas charlatanas, esas cabecitas ligeras y vanidosas son las mal educadísimas entre todas las mal educadas, precisamente porque faltan á la buena educación con el mismo Dios. *Intimidables* que cambien luego de conducta. Yo entraré en tu Casa, dice David, y poseído de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo Templo. (*Salmo*

5, 8). Y Jacob, despertado del sueño, dijo: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía. Y todo espavorido, añadió: ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la Casa de Dios, y la puerta del Cielo. (*Gen. 28, 16, 17*). Todas deben saber, perfectamente, el modo de portarse en la Casa del Señor. Apenas entradas en la Iglesia, santíguense con el agua bendita, y hagan la genuflexión tocando la tierra con la rodilla derecha. Llegadas á su lugar den una mirada al Santo Tabernáculo y hagan un acto de adoración, diciendo por ejemplo: *Sea alabado y agradecido en todo momento, etc. Gloria Patri et Filio, etc.*

Hecha la adoración, si aún no comenzó la función religiosa, pueden sentarse, leer algún libro *de piedad*, hacer la comunión espiritual, la meditación, rezar el Rosario, el Oficio, el Vía Crucis, rogar por los pobres difuntos, por sus padres, por sus propias necesidades personales, etc. Y apenas sale el Sacerdote, levántense en señal de respeto.

Si, cuando entran, la Misa estuviese en la elevación, se estarán de rodillas, con la cabeza inclinada, sin moverse, repitiendo entretanto jaculatorias al Santísimo; por ejemplo: ¡Jesús, por tí quiero vivir! ¡Jesús, por tí quiero morir! ¡Jesús, soy tuya en la vida y en la muerte! ¡Jesús mío, misericordia! ¡Jesús, séme clemente! ¡Quiero ser toda tuya! etc.

Acabada la elevación, van á su puesto, sin mirar acá y acullá, para saber quién está en la iglesia, qué cosa hace, cómo está vestido, etc. Acuérdense siempre de la intimación de San Pablo: *Mu-*

*heres in ecclesiis taceant* (1 ad Corint. 14, 31).  
 Las mujeres estén en silencio en la iglesia. *Velet  
 caput suum* (1 ad Corint. 11, 6): cada una vele  
 su cabeza.

*Taceant*: hasta cuando rezan, no levantando  
 demasiado la voz durante las oraciones particula-  
 res, de modo que distraigan la devoción de los de-  
 más que están en la iglesia.

*Taceant*: no diciendo jamás palabra alguna,  
 que no sea del todo necesario decirse, en el lugar  
 santo.

*Taceant*: especialmente no tosiendo, ni hacien-  
 do algún otro ruido en los momentos en que debe  
 reinar absoluto silencio, como á la consagración de  
 la Misa, en la Bendición, durante los sermones, etc.

El velo debe ser de tal materia y forma, que  
 queden con él cubiertos los cabellos, y, por consi-  
 guiente, no se aprobarán las redecillas transparen-  
 tes llevadas sobre el occipucio, como por adorno.

No os canséis jamás de repetir á vuestras edu-  
 candas, que la Iglesia es casa de oración, y que  
 por esto recen y recen bien. Recuerden que re-  
 zando hablan con el Eterno Dios, de quien tienen  
 momentáneamente más necesidad que del pan cotidiano.  
 Que por caridad no hagan llorar á Jesús, el cual  
 desde el Santo Tabernáculo se está fijando en ellas,  
 con la mirada triste y el corazón hecho pedazos!

Os recomiendo también, que durante la misa *re-  
 cunda*, si no es por alguna verdadera necesidad, no  
 dejéis que vuestras alumnas se sienten. Quédense  
 de rodillas durante todo el tiempo de la misa, po-  
 niéndose en pie sólo á los dos evangelios, según el

uso piomontés, que es también el uso prescrito por la Santa Madre Iglesia.—(Léanse las Rúbricas generales del Misal, párrafo XVII n.º 2).

La Misa es la renovación del sacrificio del Calvario. ¡Pero allá en la cruz, Jesús estuvo pendiente de los clavos sus muy largas tres horas! ¿Por qué no podremos estar nosotros de rodillas, siquiera una media horita?

Durante la Elevación miren á la Sagrada Hostia, diciendo con fe y devoción:—*¡Señor mío!* y *¡Dios mío!* no sin inclinar profundamente la cabeza antes y después. (Ephes. lit. ann. XXI, pág. 671 nov. 1907).

En tiempo de la misa solemne podrán tomar asiento cuando se sienta el clero.

Durante las *Visperas*, se hincan al principio y durante la primera del *Veni Creator* y *Ave Maris Stella*; y se están de pie desde el *Deus in adiutorium* hasta que se haya entonado el primer Salmo, y al *Magnificat*; se sientan mientras se cantan los Salmos; en los demás tiempos es *ad libitum* el hincarse, sentarse ó estar en pie.

Durante la *Bendición* estarán siempre de rodillas, excepto el tiempo pascual durante la Antífona *Regina Coeli*, y desde el sábado por la tarde hasta todo el día del domingo durante el canto de las otras tres Antífonas mayores ó marianas: *Alma*, *Ave Regina* y *Salve Regina*.

8.º *Con los ministros de Dios.* Recordad á vuestras niñas cuanto habéis aprendido vosotras mismas, es decir, que de los Ministros de Dios no deben hablar, ó deben siempre hablar bien; pues,

que los maltrata, es como si maltratase al mismo Dios. Pónganse de pie cuando éstos pasen por delante; dénele la parte cercana á la pared, ó bien la derecha, según el uso del país, cediéndoles siempre el paso más cómodo y seguro. Salúdenlos con el *¡Viva Jesús!* ó con el *Sea alabado Jesu- Cristo*, ó bien haciéndoles inclinación con la cabeza. ¡Cuántas señoritas, educadas á la moda, faltan lamentablemente á esta rigurosa etiqueta!

En ciertas familias de América se ha introducido la costumbre de que, las señoras y señoritas, y hasta las niñas, no se pongan de pie cuando entra en su casa un Ministro de Dios. Que no se levanten cuando entran ciertos pisaverdes ó caballeritos, pase; tanto lo exige la etiqueta; pero que las señoras católicas estén sentadas cuando se presenta un Ministro de Dios, oh, esto ninguna regla de educación cristiana lo permite; al contrario, la buena crianza quiere que todos, hombres y mujeres, matronas y niñas se levanten en pie; y si es persona calificada le besen la mano y le den el puesto de honor en la sala de visitas y en la mesa.

Delante del Obispo doblen la rodilla *derecha*, besando el sagrado anillo y pidiéndole la bendición, que es siempre un sacramental. La buena educación, fundada en nuestra santa religión, exige también que defiendan, tanto á esta misma religión como á sus sagrados ministros, de los insultos que les hiciesen gente sin fe, tanto más si tal cosa aconteciera en su mismo santuario doméstico.

Los Ministros de Dios son nuestros Padres es-

pirituales. Ahora bien, ¿qué hija no defendería su padre, si lo viese asaltado de los enemigos?

María Lazinska, reina de Francia, al oír á una dama de palacio, que hacía observaciones poco respetuosas acerca de una Pastoral del Arzobispo de París, le dijo rotundamente: Cuando se tiene gana de burlar, mi buena dama, conviene hechar mano de otros argumentos que no sean de religión.

—Es que yo no me estoy burlando—repuso la dama—sino que hablo lo que siento,

—Yo tampoco me burlo; y le digo á Vd. que debe de ser muy presuntuosa, si, en materia de Religión, se cree Vd. más ilustrada que el Arzobispo; ¡y es menester que Vd. me crea una imbécil, si en su concepto piensa que yo pueda preferir su juicio de Vd. al del Sr. Arzobispo!—Sobrado es decir que á esa dama no le volvieron ganas de repetir sus boberías.

Y á cuantas damas querían hacerse las doctoritas ó las despreocupadas, tocante á religión, la reina Lazinska solía apostrofarlas de este modo:—Cuando Dios ha hablado, el querer examinar es sacrilegio, y el dudar es apostasía. Creamos lo que la Iglesia cree, y recemos nuestro Rosario. Ordinariamente, en las disputas sobre el dogma, lo que se buscan son pretextos para dispensarse de la moral. Dan grima, esas mujeres que se dan ínfulas de doctoras, y entretanto con su conducta demuestran que han menester estudiar el catecismo.

Y una vez que una de esas sabiondas se atrevió á responderle en tono sentencioso: La fe, Majestad, es un don de Dios.—¡Muy bien que me la

sé, contestó la reina, y lo que me hace temblar por Vd. es que este don de Dios no lo da sino á los humildes!

Y la hija de esta misma reina, la princesa María Luisa, que fué más tarde Sor Teresa de San Agustín, ahora Venerable, oyendo á una dama censurar la decoración de las Iglesias so pretexto de que «Dios es espíritu, y quiere ser adorado en espíritu y verdad» (*Joan. 4, 24*), replicó prontamente: «Dios es espíritu; pero era espíritu aún entonces cuando ordenó á Salomón la construcción de aquel templo tan famoso, que no tuvo igual nunca. Dios es espíritu, y nada más que espíritu; pero sabe muy bien que nosotros, miserables, constamos de alma y de cuerpo, y, de consiguiente, necesitamos un culto externo, tanto más estupendo cuanto más grande es Aquel á quien debemos elevarnos».

—Contesta al necio según su necesidad merece, dice el Espíritu Santo, á fin de que no se crea él que es un sabio. (*Prov. 6, 5*).

Haced, empero, entender á vuestras alumnas, que muchas veces el arma más terrible de que podrán servirse en semejantes casos, será un serio y significativo silencio.

9.º *Con los propios padres.* Pórtense con ellos con el mayor respeto, obediencia y amor. Trátenlos (si aún es tiempo de corregirse) de *Usted*, no los tuteen; porque la experiencia ha demostrado que *en general* este modo de tratar no da buenos resultados. Acostúmbrense á considerar en el papá á un lugarteniente del buen Dios, y en la mamá á una representante de la misma Virgen María.

De esta manera la obediencia se hará no sólo fácil, sino también suave y alegre. Pidan continuamente por ellos, sobre todo cuando estuviesen enfermos corporal, ó, lo que es peor, espiritualmente. No se olviden de hacer la Santa Comunión en el día onomástico de papá y mamá.

No tomén parte en sus conversaciones si no son invitadas; no los interrumpan cuando hablan. Si ellos discuten con gente de afuera, no se presenten sin ser llamadas, y si, ya estando ahí, llegase algún extraño, retírense disimuladamente, siempre que la obediencia no las obligue á quedarse. En este caso no deberán tomar parte en la conversación sino cuando son interrogadas; y se estarán quietas, siempre cerca de su mamá.—*Más vale buen callar que mal hablar*—dice un proverbio. Este es el grado más sublime de la urbanidad y del decoro de una niña.

10.º *Con los superiores en general.* Delante de ellos, como también delante de las personas de otro sexo, tengan siempre la vista baja y modesta, no mirando de fijo ni los ojos, ni la cara de nadie. Hablando con ellos estén quietas, no haciendo ruido con las sillas, con los bancos, con los tacones de los zapatos, etc., ni jueguen con los dedos, estrujando el velo y los encajes de los vestidos, sacando las hojas de las plantas y de las flores, etc.; ni pronuncien el nombre de ellos sin hacerlo preceder del título que les conviene.

¡Cuidado con quejarse de ellos, ponerles apodos, reírse de sus modales, y lo que es peor, en recordarlos ó burlarlos de cualquier modo que sea!

A este propósito, con disgusto he notado que en la escena de algunos teatritos, donde se representaba, ya una clase, ya un colegio entero, se había enseñado, ó á lo menos tolerado, que para hacer resaltar más una acción, alguna niña hiciera las muecas por detrás de la supuesta maestra, sin que se le aplicase en seguida el debido correctivo ahí en la misma escena. Este es un grave defecto de educación que produce tristes consecuencias. Las niñas imitan con harta facilidad. Y yo he sabido más tarde que las mismas faltas de respeto, permitidas en las escenas del teatrito contra la fingida maestra, fueron luego reproducidas en muy amplia escala, en las escenas domésticas, contra la verdadera maestra y contra los otros superiores. ¡Aviso á quien le toca!

11.º *Con los iguales.* Sean siempre corteses con todas. Recuerden que las alumnas de un instituto son como hermanitas y deben reputar á honra el tratarse como á tales. ¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir las hermanas en mutua unión! (*Ps. 132. 1*). Ellas lo tienen todo en común: mesa, habitación, estudios, trabajo, juegos, recreo, funciones religiosas, penas, alegrías, etc.: es justo, de consiguiente, que tengan un corazón y un alma sola. . .

No susciten jamás cuestiones; no demuestren saberlo todo; no hablen de sí mismas y de lo que á ellas pertenece, si no es por necesidad y brevemente; no mientan ni exageren las cosas jamás; confabulando entre ellas, no hagan ademanes exagerados; no vuelten fácilmente la carcajada; ni gri-

tos que tengan algo de salvaje; ni se acostumbren á hablar tan fuerte que ofendan los oídos ajenos.

Propongan firmemente de no decir, con las compañeras, palabras de doble sentido, ni adivinanzas maliciosas, ni tener conversaciones no del todo modestas, ni maldecir, murmurar ó hablar con poco respeto de nuestra santa Religión y de sus sagrados ministros. ¡Oh, muérdanse la lengua y escúpanla á pedazos, antes que emplearla tan desgraciadamente!

¡Será mucho mejor entrar mudas en el cielo que caer en el infierno, donde, en compañía de tantas lenguas enrojecidas y candentes, tendrán que blasfemar de todo y de todos, *per omnia saecula!*

12.º *Con los inferiores.* No hablen con altivez ni con desprecio; no los humillen, echándoles al rostro sus defectos, ni de ninguna manera los insulten jamás. Si el Señor nos tratase del modo que acostumbramos hacerlo con nuestros inferiores, ¡ay de nosotros! El que fuere misericordioso, encontrará misericordia.

Las niñas bien educadas son toda suavidad y delicadeza, aun con las inferiores. De aquí es que, si tienen necesidad de recibir algún servicio, no lo intiman diciendo: hazme esto, hazme aquello, sino más bien: hágame (ó hazme) el favor de... et-  
cetera. ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

Demuestren, en fin, vuestras educadas, ante la faz del mundo, que no tiene ningún fundamento la acusación lanzada á menudo contra los institutos católicos; es decir, que éstos despidan las conve-

niencias sociales y todo elemento de urbanidad. Por el contrario, que todos deban, necesariamente, exclamar: ¡Dichosa la niña que tiene la suerte de ser educada por religiosas: ella es como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el tiempo debido, y cuya hoja no caerá *nunca*, y cuanto ella hiciere tendrá prosperidad! (*Ps. 1, 8*).

Y á fin de que vuestra incesante labor en la educación de las niñas obtenga siempre mejores y más abundantes frutos, será menester que os ganéis de antemano la confianza de todas ellas: — «Ganad primeramente el corazón de los pueblos, escribía S. Francisco de Javier á sus colaboradores en las Indias, y haréis enseguida lo que quisiereis de sus almas».

¡Caridad, Hermanas, caridad!! Nunca esta virtud podrá ser reemplazada por el temor. ¡Reine, pues, el amor santo!

«Haceos amar más bien que temer», nos repetía siempre nuestro Venerable D. Bosco. El temor produce esclavos, mas la caridad forma hijos dóciles y devotos.

Claro está que la prudencia, de consuno con la caridad, levantará la voz todas las veces que en el extremo horizonte de vuestro corazón asome alguna natural simpatía, que pretende dispensar caricias, mimos, regalos, privilegios, etc., y os gritarán incesantemente: ¡Alerta, oh educatrices! ¡ni simpatías, ni antipatías! ¡A vuestras alumnas amadlas en Dios y para Dios! ¡Nada de familiaridades que alteren el respeto que os es debido, que

ajan la modestia religiosa, suscitan afecciones har-  
to humanas, y abren poco á poco la puerta á la  
negra sensual amistad!

Procurad, siu embargo, de evitar el rigor y la  
severidad excesiva, que cierran el corazón á esas  
pobres alumnas, y las vuelven apocadas, irascibles,  
vengativas. Si el Espiritu Santo ha dicho de no  
ahorrar la vara cuando es tiempo (*Prov. 13, 24*),  
no ha sido ciertamente con el fin de desautorizar  
nua educación dulce y paciente, sino tan solo para  
condenar ciertos padres y superiores débiles é in-  
considerados, quienes, con una falsa dulcedumbre,  
estropean la educación de sns hijos y alumnos.

Una niña que obre, movida sólo por la imagi-  
nación, al ver un *rigor continuado* se inclina, na-  
turalmente, á creer que sus maestras le tienen aver-  
sión, y, confundiendo las cosas, llega hasta á odiar  
el estudio y la piedad, por la prevención que tie-  
ne contra las que de esto le hablan. ¡Alerta, pues,  
para evitar á todo trance la costumbre de peniten-  
ciarlas al primer movimiento de impaciencia ó  
desdén, ó mientras las niñas mismas están todavía  
bajo la presión de la rabieta que las agita!

Finalmente la caridad, de acuerdo con la pru-  
dencia, os sabrá truncar en los labios toda adula-  
ción que estuviereis por hacer de vuestras alum-  
nas, puesto que no hay medio más propio, para echar  
á perder una buena niña, que el adularla. Ciertas  
alumnas no recibieron en sn casa sino incensacio-  
nes y aplausos; no saben lo que es contradicción;  
se creen que todo el mundo debe ocuparse de ellas;  
se imaginan que cuanto ellas hacen ó dicen es ad-

mirable, extraordinario. Adular á esas cabecitas es odiarlas, es darles un empujón para que se precipiten aún más abajo. ¿Qué hacer, pues?—Tomarse cuidado de ellas sin dejar traslucir que se piense mucho en sus personas; demostrarles que sólo por amor de Dios y por la necesidad que ellas tienen de ser bien enderezadas, no ya porque nos admiren sus dotes, nos ocupamos de su conducta; y á las que se creen sabias, hacerles á veces algunas preguntas que las pongan en apuro, cuidando, empero, de no humillarlas; antes bien animándolas para que sigan adelante por la senda de la virtud», etc.

DEO GRATIAS ET MARIE

## CONFERENCIA XV

### INSTRUCCIÓN RELIGIOSA

*Erudierunt filiam suam secundum legem.*

*Instruyeron á su hija según su ley.*

(Dan. 13, 3).

I. Es una verdad manifiesta, que si una niña es realmente buena, nada habrá mejor en este mundo: *bonis, nihil melius*; pero si por el contrario ella es mala, no habrá cosa peor: *malis nihil pejus*.

Pero, para que una niña sea buena, es necesario primeramente que sea educada desde la infancia según la ley, es decir, en el amor hacia nuestra Religión Católica.

Dice la Sagrada Escritura que los padres de la casta Susana, que eran justos, habían instruído á su hija según la ley: *Parentes enim illius, cum essent justi, erudierunt filiam suam secundum legem. (lib. cis).*

He aquí por qué la pequeña Susana resultó tan fuerte en la fe y en el amor santo, que, puesta en la dura prueba de ofender á su Dios, exclamó: Mejor es para mí el caer en vuestras manos sin cometer pecado, que el pecar en la presencia del Señor: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini. (ibid. 13, 23).*

Y ya se encaminaba valerosamente á la muerte, cuando el joven profeta Daniel se levantó á librarla prodigiosamente.

Con la religión la mujer será un vaso de honor, pero sin ella sólo será un vaso de contumelia.

La historia está pronta á demostrar este aserto, y la experiencia nos repite constantemente la misma verdad.

Haced entender á vuestras niñas que una sociedad sin religión, es como si el universo no tuviera sol; es como un cuerpo sin alma, hediondo, repugnante, porque es todo gusanos y corrupción.

Enseñadles bien claramente, que si el hombre sin religión es cual un animal irracional, la mujer irreligiosa será el peor de todos los irracionales: *Peior omnium animalium*; no hay, ni puede haber un demonio más *diablo* que una mujer sin religión; que finalmente, si la religión es del todo necesaria á los hombres, lo es de un modo especial á las mujeres; porque es para ellas una gran defensa en su debilidad, un bálsamo suave en sus llagas; una amiga fiel que las consuela; una madre tierna que las abraza y acaricia.

II. Pero la religión no se puede amar y practicar sin conocerla. De aquí el empeño que debéis tener, oh hermanas, en instruir muy bien en la religión á vuestras discípulas. A la verdad, si la mujer practica la religión, pero sin instrucción y sólo por instinto, le mezclará mil caprichosas supersticiones, que la volverán ridícula delante de los hombres y manchada delante de Dios.

Por otra parte, vuestras alumnas deberán, probablemente, ser *maestras de religión* en la propia familia, comenzando, quizás, por su misuo padre ó hermanos, quienes, ¡ó habrán olvidado los misterios que la religión nos propone para creer, y los deberes que nos impone, ó quizá no los habrán aprendido nunca!

Si la irreligión, además de dominar entre los hombres, se posesionase también del alma y del corazón del sexo débil, entonces ¡ay de la familia! ¡ay de la sociedad!

De esta verdad estaba plenamente persuadido ese genio extraordinario de Napoleón I, quien, visitando el pensionado de *Ecouen*, dirigido por *Madame Campan*, y encontrando que el horario fijaba la Misa sólo para los domingos y los jueves, borró ese punto, y de su puño y letra escribió: *Misa, todos los días*. Y solía siempre decir: ¡Hacédmelas creyentes á las niñas y no charlatanías!

III. Pero baste de consideraciones; vengamos á la práctica.

Explicando el pequeño catecismo, que debe ser siempre vuestro más caro libro, recordaréis frecuentemente á las niñas que no basta creer, sino que es necesario obrar, y, por consiguiente, observar los Mandamientos. Pero éstos no se pueden observar sin la gracia que Dios nos da por medio de la oración y los Sacramentos; de consiguiente:

1.º *Oren y oren bien*. Por la mañana levántense pronto del lecho y con toda modestia, para

ofrecer las primicias del día al Señor con una mortificación, y no brindarlas al demonio con un acto de pereza.

Que hagan á menudo la señal de la cruz, y como la Virgen misma lo enseñó á la Bernardita de Lourdes, *rite pieque*, es decir: despacio, exactamente y con devoción, haciendo caso como si plantaran, dice San Francisco de Sales, el árbol de la cruz en el jardín de su corazón. Explíquenles cómo están compendiados en esta señal los misterios principales de nuestra santa religión; ni teman de hacérsela repetir todas las veces que no la hubiesen hecho como se debe.

Sólo cuando se ha hecho bien esta señal, con espíritu de piedad y devoción, atrae sobre nosotros las bendiciones de Dios y disipa las tentaciones del espíritu maligno. Se lucran 50 días de indulgencia cada vez: 100 días si se hace con agua bendita, con tal de que en ambos casos se añadan las palabras: En el nombre del Padre y del Hijo, etc. (*Pío IX, 27 de mayo de 1866*).

Acostúmbrenlas también á tener, durante las oraciones, las manos juntas, no demasiado levantadas que toquen la barba, ni demasiado bajas, sino precisamente delante del pecho, como siempre lo hacía nuestro don Bosco, quien en esa posición parecía decir al Señor: «Dios mío, ¿ves este corazón que tengo aquí apretado? es todo tuyo y lo será para siempre».

Sepan, además, vuestras discípulas, que cuando se van á postrar delante del Santísimo Sacramento, deben tratar á lo familiar con su Jesús, como

se hace entre hija y padre; y cuando oren delante de una cruz ó imagen bendita, se deben figurar que se ha establecido ahí como una especie de estación telefónico-divina entre esa imagen y el santo que está en el cielo, y que allí está sólo representado. De este modo será alimentada y tomará más incremento la fe y la piedad de vuestras alumnas.

- Recomendadles también que nunca dejen las oraciones matutinas y vespertinas, llamadas *de la mamá*. Pero esta última palabra me hace recordar que no son pocas las niñas que no conocieron á su mamá, ó lo que es peor, si la tienen todavía, nunca fueron enseñadas por ella á rogar á su Dios. ¡Qué desgracia! A vosotras toca remediarla.

Fijad la atención en cuanto os voy á decir:

Quiere la Teología que el niño, llegado al uso de razón, haga actos de fe, esperanza y caridad, y esto, bajo culpa grave. Pero, ¿cómo los podrá hacer, si nadie se los ha enseñado? Que esto sea, pues, el primer combate que libraréis contra Satanás para arrancarle esas caras almas, si por desgracia se encontrasen ya en sus garras. Enseñadles esos *actos* lo más pronto posible.

Os recomiendo de un modo especial *el acto de caridad*.

Recuerden las niñas los principales beneficios que tuvieron del Creador, parangonándolos con los que recibieron de las criaturas: confronten la eternidad desde cuando Dios las ama, con los pocos años desde que son amadas de sus padres, etc., para exhalar luego, de sus pequeños corazones, un

acto de ardentísimo amor y de vivísimo reconocimiento.

Instruidlas desde su niñez sobre el modo de hacer frecuentes jaculatorias y la Comunión Espiritual. Pero enseñádselo todo prácticamente en cuanto sea posible, empezando por la señal de la cruz, y la inclinación de cabeza al pronunciar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, del Santísimo Sacramento y de María Santísima.

Decidles, con respecto á las jaculatorias: 1.º, que las pueden hacer á todas horas, aunque estén entre gentes, con tal que miren á Dios en su corazón; 2.º, que escojan las más indulgenciadas, y 3.º, que es más útil repetir cien veces una sola jaculatoria, que decir ciento de diversas clases una vez cada una. (*Sales*).

A las más grandecitas enseñaréis el modo de hacer la visita al Santísimo, estimulándolas á repetirla todos los días. Es cabalmente en la visita, que ellas gustarán las verdaderas delicias del alma; será entouces cuando tal vez sentirán la suave voz de Jesús que les repite al corazón: Escucha, oh hija mía, abandona el mundo y ven, que yo quiero hacerte mi esposa, feliz en el tiempo y en la eternidad.

La verdadera felicidad temporal consiste, precisamente, en buscar la eterna.

2.º Les inculcaréis muy especialmente el uso de la frecuente comunión, herencia especial que debe ser de las casas religiosas.

No os olvidéis de hablarles siempre de la Santa Misa, la cual vale tanto, cuanto la muerte

de Jesús, siendo la repetición del mismo sacrificio del Calvario. Ni el mismo Dios puede hacer que haya en el mundo una acción más grande que ésta. Exhortadlas, por este motivo, á oír muchas y con gran devoción. De este modo podrán, con facilidad, acumular muchos tesoros espirituales. A este objeto les haréis conocer, que si en los días festivos hay grave obligación de asistir á una Misa entera, no se debe decir lo mismo de las otras Misas. La esencia del sacrificio, dice San Alfonso, consiste en la Consagración y en la sunción (esta última es al menos como parte integrante), de modo que, uno que asista á estas dos partes de la Misa de un mismo sacerdote, puede decir con verdad que ha asistido al divino sacrificio. Pero ¡cuántas almas, y algunas veces hasta religiosas, después de haber estado largo tiempo en la iglesia, salen de ahí cabalmente cuando ya el sacerdote está á punto de consumir la Hostia y el Vino consagrado! ¡Desgracia! Con uno ó dos minutos más que hubieran esperado, habrían tenido delante de Dios el mérito grandísimo de haber asistido á un sacrificio más.

3.º ¡A todas, además, grandes y pequeñas, hablad á menudo de María Santísima!—¡Amar á María Santísima y salvarse, es todo uno!—Pero no amar á María no es por cierto una señal de predestinación.—Repetidles con frecuencia que uno de los medios más eficaces para mantenerse puras, y, por ende, agradar á Dios, oír su voz, ver sus arcanos, y llegar después un día á contemplar su faz en la gloria eterna del cielo, es el de recitar

manana y tarde, con el rostro á tierra, tres *Ave-marias* á la Vigen Santísima y consagrarse del todo á Ella. ¡Oh, si todos los confesores y las maestras inculcaseu á sns hijas espirituales y á sus alumnas esta tan bella práctica, cuántas almas menos irían al infierno! (*San Alfonso de Ligorio*).

4.º Exhortadlas, finalmente, á que cada día hagan un poco de meditación y lectura espiritual, lo mismo que el examen de conciencia por la noche, enseñándoles el modo que expondré más abajo en otra conferencia; pero instad, especialmente, á que se busquen un buen Director espiritual. Al confesarse sean breves, pero nunca callen nada; porque, vergüenza es cometer los pecados, no ya confesarlos. Acérquense siempre al sacramento con fe, como si estuviesen delante de Jesús que les lava el alma con su propia Sangre. Fíjense bien que muchas de sus confesiones serán quizá malas por falta de dolor y de propósito: no olviden practicar exactamente los consejos del Confesor, y nunca hablen de las cosas de confesión, etc.

Haciendo todo esto, es decir, orando bien, y recibiendo á menudo y con devoción los Santos Sacramentos, ellas creerán más firmemente, practicarán con toda facilidad los mandamientos, y así se salvarán con seguridad.

IV. Además del pequeño catecismo, servirán aún para completar la instrucción religiosa de las alumnas, la Historia Sagrada, los cuatro Evangelios, los Hechos de los apóstoles y sus Epístolas, el Compendio de *Historia Eclesiástica* y el Ca-

tólico en el siglo *por don Bosco*, la Religión demostrada *por Balmes*, los aureos libros de San Alfonso, de San Francisco de Sales, etc.

Recomiendo, de un modo especial para la moral, la parte 1.<sup>a</sup> de la *Juventud instruida* de nuestro don Bosco, que todas las niñas deberían aprender de memoria.

Este libro ya ha salvado más almas que letras contiene. ¡Debe de haber sido un ángel del Cielo que se lo dictó á nuestro Venerable Padre!

¡Hacedlas vuestras también vosotras esas páginas de oro!

Por ellas aprenderéis á recomendar con ansia materna á vuestras alumnas el evitar las malas compañías, las cuales son peores que todos los demonios del infierno unidos en contra nuestra; y el aborrecimiento por las malas lecturas, como las que dan á menudo muerte al alma, y hasta al cuerpo. En efecto, muchas niñas, especialmente aquí en América, se han suicidado á causa de tales lecturas.

¡Desgraciadas!... En su magín calenturiento ellas hubieran querido ser como esas protagonistas imaginarias, tan al vivo pintadas en esas malditas novelas; es decir, ser admiradas, incensadas, adoradas por todos, y no teniendo valor para bajar de la cumbre de ese heroísmo imaginario hasta los humildes tragines y quehaceres domésticos, acudieron al veneno, al revólver, etc... ¡para que el mundo se ocupara de ellas, siquiera pintando con colores vivos su trágica muerte en las columnas de los periódicos! ¿Puede haber locura más satáni-

rá? Bien dijo un gran pensador católico, que si el diablo pudiera encarnarse, lo verificaría en un pé-  
simo libro. Los libros malos son como esos pantanos péfidos del Brasil, del Ecuador, y demás regiones de la zona tórrida, que, cubriéndose poco á poco de despojos vegetales y de tierra arremoli-  
nada por el viento, se tornan cual verdes y floridas praderas encantadoras. Los animales incantos, y á veces hasta los pobres viajeros, se avanzan con paso seguro sobre aquella engañosa superficie, y se funden miserablemente, y son destruidos por el fe-  
roz caimán, allá dentro escondido. ¡Oh Hermanas! tened piedad del alma de vuestras pobres niñas, y arrancándoles de las manos esos libros intoxicados, aconsejadles á que imiten á las primorosamente educadas, quienes poseen su pequeña, pero selecta biblioteca religiosa, cual arsenal espiritual, provisto de armas bien templadas para la defensa del alma en este triste mundazo, que especialmente para las niñas es una batalla continua.

Y cuando asomare la amarillenta cara de la tristeza, acudan á la *Filotea* de San Francisco de Sales, y se disiparán los nubarrones como al despuntar del sol. Y si el orgullo quisiere cegarlas, abran la *Imitación de Cristo*, que les pondrá de relieve su propia miseria para que se humillen. Al sobrevenir de los escrúpulos lean el *Combate espiritual* por Scupoli. En las arremetidas del desaliento, oigan qué les dice San Alfonso en su *Conformidad con la voluntad de Dios*. Y si la caza les llenara de ilusiones, y el corazón de locos y peligrosos amores terrenales, mediten seria-

mente en la *Preparación para la muerte*, del mismo autor. Cuando estuviesen agobiadas por sufrimientos físicos ó morales, exgracia, abandonos, calumnias, etc., mediten la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Hallándose inquietas por su porvenir, el *Tratado de la perfección* por Rodríguez y cien otros, les dirán al corazón: Mira que Dios es tu Padre, El, que piensa para proveer hasta á las aves del Cielo y á los lirios del campo, ¿cómo no ha de proveerte á tí, que eres su hija. En el *Año Cristiano*, hallarán una magnífica y castísima galería de pinturas divinas; y podrá escoger el modelo que mejor les convenga, pues si las palabras mueren, los ejemplos arrastran, etc.

Un buen libro es un don del Cielo. El nunca causa de aconsejarnos, nos dice la gran verdad al miedo y sin cambiar de color; no nos abandona y no lo abandonamos; y nadie puede darse por ofendido con sus palabras, porque las dice en nombre de Dios.

No os olvidéis tampoco de enseñarles á escribir cartas, no de un modo pagano, sino cristiano. Las cartas de los cristianos deben comenzar y terminar con el augusto nombre de Dios, como enseñaba San Pablo. Este apóstol no empezaba ninguna de sus epístolas sin indicar que deseaba la gracia y la paz del Señor al individuo ó á las personas á quienes las dirigía, y concluía más ó menos en los mismos términos. Pero todo esto se inculcará más con el ejemplo que con las palabras.

En estos tiempos en que la fe está amortiguada se conserva aún aquí en América el uso de term

nar las comunicaciones oficiales con las palabras *Dios guarde á Ud., el Señor (lo ó la) conserve.* Ahora bien, ¿cómo no ha de causar desconsuelo el recibir cartas ó cartolinas de educandas y hasta de religiosas, en las cuales no se muestra ni una expresión siquiera que indique vida cristiana?..

¡Que el padre de la juventud, quien pasó toda su larga vida catequizando á los niños, nos pueda ver un día á su alrededor, maestros y discípulos, haciéndole escogida corona en el Paraíso!

Fiat! Fiat!

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XVI

### TRABAJO Y ESTUDIO

*Laborem manuum tuarum quia manducabis, beatus es et bene tibi erit.*

*Dichoso tú, oh justo, porque comers el fruto del trabajo de tus manos: dichoso serás y todo te irá bien.*

(Ps. 127, 2).

I. ¿Sabéis, oh hermanas, cuál debe ser vuestro distintivo? He lo aquí: *Oración y trabajo.*

Los hijos, como todos lo saben, deben asemejarse á su padre. Pero el Venerable don Bosco se hizo santo, orando y trabajando; luego todas vosotras no podréis volar en pos de El hasta el Paraíso, sin las dos alas de la oración y del trabajo.

De la *Oración* hablaremos en otra conferencia; en ésta no solamente tocaremos el argumento del trabajo, sino también el del estudio, el cual, siendo hecho como se debe, viene á ser un verdadero bien pesado trabajo.

II. *Trabajo.* El Venerable don Bosco nos recomendaba el trabajo continuamente. Había querido él, que el trabajo, unido á la temperancia, formase el Escudo de la Congregación. El nos ponía frecuentemente á la vista el ejemplo de Jesús adolescente: *Faber, fabri filius... et in laboribus a juventute.* (Psal. 87, 16). Criéme en el trabajo desde mi tierna edad.—Y si llegaba á conocer qu

alguno era un tanto amante del *dolce far niente*, le decía sinceramente:—Recuerda que cada instante de tiempo es un tesoro, y que el hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar. El que no quiere trabajar, no tiene derecho de comer, ha dicho San Pablo.

Y cuando después, con ojo profético, dió una mirada á las cosas futuras de la Congregación, dijo: Esta es la herencia que dejo á mis hijos y que será también la gloria de ellos. Mientras correspondan, tendrán hijos espirituales en el Mediodía, en el Norte, en el Oriente y en el Occidente. El trabajo es el *remedium concupiscentiæ*, y el arma potente contra *omnes insidias diaboli*. Pero después de la intemperancia, la molicie y la murmuración, el gran clavo que más ha atormentado á Nuestro Señor Jesucristo y más atormentará á nuestra Congregación, si no estamos atentos, es el ocio. ¡Cuando se empieza á introducir en una Congregación el *Cubiculum otiositatis*, ella está arruinada sin remedio!—He ahí como habla el Venerable don Bosco.

III. Pero don Bosco no se contentó nunca con sólo palabras. El hacía lo que decía. Y en materia de trabajo y estudio nos dió tantos y tales ejemplos, como para dejarnos asombrados.

Apenas rayaba en los cuatro años y ya desollaba las varas de cáñamo, que mamá Margarita le daba en cantidad proporcionada. Pastorcillo á los siete años, tenía con una mano la cuerda de la vaca que pastaba, para que ésta no dañara los pra-

dos ajenos; y en la otra tenía abierto un pequeño catecismo para estudiarlo. Años después encontramos á Juanito apacentando un grueso rebaño en los prados de *Moglia*, pero siempre en la maou el catecismo; guía los bueyes que están arando en esos campos, mas estudia mientras tanto su catecismo; va y vuelve del trabajo con el azadón en el hombro, pero aún por el camino no deja nunca su catecismo.

¿Quién podrá explicar los esfuerzos sobre-humanos que vuestro padre debió hacer para poder estudiar y llegar al sacerdocio? Tuvo que aprender primero todos los oficios, por decirlo así. Hizo de pastor, viñador, arador, sastre, carpintero, herrero, cocinero, pastelero, barbero, establero, hasta de saltimbanqui; y todo esto lo hizo para un fin santísimo, cual era el de poder alcanzar lo más pronto posible el fin de su vocación, para así salvar un sinnúmero de niños que andaban perdidos.

Pobre del todo, para poder mantenerse y vestirse, mientras trabajaba en los campos y en los viñedos, hacía al mismo tiempo repetición á los niños estudiantes durante las vacaciones. Pero esto no bastaba. En las vacaciones estudió de memoria toda la divina Comedia del Dante; después la Historia Sagrada, los siete volúmenes de José Flavio, la lengua hebrea y la francesa, la geografía, etc., etc. ¿Qué cosa no habrá hecho durante el año escolástico? Según lo dice su colega D. Odde-nino, el clérigo Bosco ocupaba cada minuto de tiempo: estaba siempre entregado á una asidua

lectura, y sus compañeros solían asediario para lograr de él una respuesta sobre diferentes materias.

Su erudición era verdaderamente extraordinaria. Don Bosco, además de la Filosofía y Teología, estudió los Santos Padres, especialmente Santo Tomás, de cuyas obras sabía varios volúmenes de memoria; leyó y estudió toda la sagrada Biblia, los voluminosos comentarios de Cornelio á Lápide y del Tirino; los Bolandistas, y la Historia Universal de la Iglesia por varios autores.

Y lo imitaremos, aunque sea pálidamente, oh Hermanas, si, además de sus preclaros ejemplos, tenemos presentes sus amonestaciones. ¡Oh, cuántas veces él nos ha repetido la sentencia de San Pablo: *Si quis non vult operari, non manducet!* ¡El que no quiere trabajar no tiene derecho de comer! (2.<sup>a</sup> Thes. 3, 10). Para que detestásemos el ocio hizo escribir sobre el meridiano de su casita en los *Becchi*: *tempus breve est*: ¡recordad que el tiempo para salvarnos es breve! y sobre uno de los cartelones que colgaban en su aposento particular, que todos visitábamos, las palabras: *Cada momento de tiempo es un tesoro*. Otras veces nos decía: *Multam malitiam docuit otiositas* (Eccle. 33, 29), el ocio es el padre de todos los vicios. — *Tempus est majoris pretii omnibus aliis rebus, quia tempus valet quantum Deus.* (S. Bern. 14, Ps. 18), el tiempo es la cosa más preciosa de todas; un minuto de tiempo vale cuanto vale un Dios, porque un instante nos puede valer la gracia divina, la Gloria eterna y la posesión de Dios. Por

este motivo el Espíritu Santo nos dice: *Fili, conserva tempus*:—ó como reza el Hebreo: *Thezauriza tempus*, atesora bieu el tiempo. (*Eccle. 4, 23*). El sastre y el carpintero echan los despojos de su labor á la basura; el platero, al contrario, trabaja sobre la mesa, sobre la mesa pone un papel, sobre ese papel otro, recatándose aun del viento, porque no le desperdicie la más imperceptible limadura. Ahora bien, el tiempo vale infinitamente más que el oro y la plata; y el Espíritu Santo continúa diciéndonos: *Particula boni diei non te prætereat*. (*Eccle. 14, 12*). ¿Qué cosa hay más chica que una particula? Pues ni una partecita de tiempo hemos de dejar pasar.

Si un rey diese á los pobres una hora fija de tiempo para sacar cuanto dinero quisiesen ¿no merecería ser tildado de loco aquel que en aquella hora se pusiera á jugar? Lo propio hacen los que suelen, como se dice, matar el tiempo haraganeando, charlando, jugando, en vez de ocuparlo bien en el trabajo y la oración, á fin de que el Divino Juez no les dé, á su tiempo, con la puerta en la cara con el terrible *nescio vos!*

El Venerable Juan de Palafox, decía, que más quería perder tres mil ducados, que tres horas de tiempo.

San Francisco de Sales dijo de sí (¿quién lo creería?): «Cuando considero en qué he perdido el tiempo, temo que me prive Dios de la Gloria que ha destinado á los que trabajan. ¡Ay, qué será de nosotros!

Un santo Jesuita lloró toda su vida, por haber

gastado con un amigo trece horas en una conversación no mala, sino indiferente.

Santa Matilde dijo, bajando del Cielo, que ella y todos los Santos nos tienen santa envidia del tiempo que gozamos para poder merecer; y que quisieran tornar al mundo á padecer cuanto han sufrido los hijos de Adán, á fin de ganar el mérito y la gloria correspondiente ó una sola Ave María. ¡Ah! Redimamos con afán el tiempo perdido: *Redimentes tempus.* (*Eph. 5, 16*). Y ¿de qué manera? Llorando, orando, trabajando. El precio de la redención del tiempo, dice San Anselmo, son las lágrimas: *Quando ante actam vitam flendo reparemus.* Vendrá la noche de la muerte cuando nadie podrá trabajar. (*Joan, 9, 4*). Estos y otros por el estilo eran los avisos de nuestro Venerable Padre.

¿Qué diremos ahora de los trabajos hechos por don Bosco después de haber recibido la Ordenación Sacerdotal? Parecía sin duda que hubiese hecho voto de no perder nunca un minuto de tiempo. De ahí es que además de satisfacer las innumerables visitas que cotidianamente recibía de los pobres y de los necesitados de toda clase; además de salir á menudo de casa en busca de pan para sus queridos niños, (imitando de esta manera, como él solía decir, á la madre loba, la cual, cuando los cachorros tienen hambre, sale de la cueva á buscar comida para alimentarlos), don Bosco encontraba todavía tiempo para enseñar á sus *biriquines* la gramática, la geografía, la aritmética, la historia de Italia, la historia sacra, la

música, etc.; y algunas veces, mientras dictaba y explicaba estas materias, desgranaba porotos, pelaba papas, partía leña, cortaba, cosía, remendaba la ropa de sus niños, y encendía el fuego para ayudar á mamá Margarita. Y luego al púlpito; de ahí al confesonario, donde solía pasar seis, ocho, y hasta diez y seis horas, confesando algunas veces toda la noche seguida.

No hablo de la publicación mensual de las lecturas católicas, ni de los sesenta y dos opúsculos, salidos de su áurea pluma, finalmente de esas obras gigantescas que tienen verdaderamente algo de milagroso en este siglo, como son la fundación de la Congregación de San Francisco de Sales y de la de María Auxiliadora, con sus variadas ramificaciones; la obra de los Cooperadores, la de los Hijos de María y especialmente la de las Misiones extranjeras; obras todas, que le ocasionaron persecuciones acérrimas, y disgustos sinnúmero.

El Venerable don Bosco, pues, digámoslo sin ambages, fué, por antonomasia, el hombre del trabajo. *Trabajo sicut bonus miles Christi Jesus.* (2, *ad Tim.* 2, 3). Un solo día de don Bosco es cosa como para acobardar á los más valientes. —¡Ah! ¡quién le pudiera imitar, aunque sólo de lejos!..

IV. Sé muy bien que en vuestras casas generalmente reíua un grande amor al trabajo; y que hasta hay necesidad, muchas veces, de reprimir á algunas para que no pierdan la salud, la cual, como decía don Bosco, después de la divina gracia

es el regalo más grande que nos haya hecho el Señor. Y yo os lo repito una vez más: ¡Tened cuidado de no perder la salud corporal! Eso de sustraer, como algunas hacen, horas enteras al debido descanso de la noche: ese continuo afauarse trabajando; el querer siempre vociferar tan alto cuando dan clase, etc., son daños todos incalculables que se hacen á vuestra preciosa salud; y podría volver inútiles y hasta odiosas vuestras explicaciones. La que pretende enseñar con mucho provecho hable poco y haga hablar mucho. El que, queriendo llenar una botella, le echase de golpe un balde de agua, se encontraría sin agua y con la botella vacía. Pero si poco á poco derrama un solo hilo de agua por la boca de la botella, muy luego la verá llena. Hagan la aplicación de esto á sí mismas las maestras y catequistas de mucha palabra.

Pero no obstante todo el grande amor al trabajo, que hasta ahora, por gracia de Dios, generalmente reina entre vosotras, podría suceder que en el transcurso del tiempo lo que por ahora es regla universal, llegase á sufrir excepciones; quiero decir que entre tantas hermanas laboriosísimas haya de haber alguna muy amiga *del dulce far niente*. ¡Dios nos libre de tal desgracia! Con tales hermanas ociosas entrarían sin duda en casa la murmuración, la discordia, el amor al mundo, y todos los demonios posibles é imaginables.

Recordad los ejemplos de vuestro Padre don Bosco; y estimad como dados á vosotras los avisos que San Jerónimo escribía á sus hijas espirituales, Paula y Eustoquia.

«Tened siempre la lana, les decía, ó sea el trabajo entre las manos, á fin de que, viniendo el demonio, os encuentre siempre ocupadas. De este modo él no podrá dañaros jamás».

V. Pero lo que yo intento recomendaros aquí, de un modo especial, es que este mismo amor al trabajo y al estudio, del que hablamos, procuréis obtenerlo también de vuestras caras alumnas.

*Trabajo.* Es de desear que cada una de vuestras educandas, después de haber trabajado todo el día, llegada la hora del descanso, la cabeza colocada sobre la almohada y los brazos cruzados sobre el pecho, de modo que la punta de los dedos llegue á los hombros, quede al instante dormida á causa del mucho cansancio.

¡Oh, directoras, maestras, asistentes! remachadles á menudo este clavo ¡*trabajad! ¡trabajad!* oh hijitas, pues, si no trabajáis vosotras, trabajará el demonio.

Hacedles conocer los sentimientos de San Juan Crisóstomo á este propósito.—«Lo que llena el infierno de hombres, dice él, es la avaricia y la codicia; pero lo que arrastra un interminable número de mujeres y niñas al eterno abismo, es el ocio, el fatal ocio, padre de todos los vicios. ¿Cuál fué la iniquidad de Sodoma? pregunta el profeta Ezequiel. Y contesta: *Haec fuit iniquitas Sodome... otium illius et filiarum ejus*: la ociosidad de ella y de sus hijas (*Ezech. 16, 49*).

Mandad el trabajo á vuestras hijas, dice el Espíritu Santo, porque la ociosidad es la maestra

de muchos vicios. ¿Quién hallará una mujer fuerte, es decir, verdaderamente buena, un modelo de cristiana? ¡Ah! ésta busca lana y lino de qué hacer labores con la industria de sus manos. Se levanta antes que amanezca. Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque fatigosos, y sus dedos manejan el huso. No temerá, por los de su casa, los frios ni las nieves, porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados.

Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará alegre y risueña en los últimos días. (*Prov. 31, 10, et seq.*).

El trabajo manual fué santificado por Jesús, María y José. El Espíritu Santo alaba á la mujer que sabe manejar el huso, y la llama *fuerte: mulierem fortem quis inueniet?... Digiti eius apprehenderunt fusum.* (*Prov. 31*). Ella sabe procurar lana y lino, con lo cual hace labores con la industria de sus manos. Se levanta antes que amanezca. Probó, y echó de ver que su trabajo la fructifica; por tanto tendrá encendida la luz toda la noche. (*ibid*).

Si las niñas son pobres, es necesario que amen el trabajo, de lo contrario se acostumbrarán á una vida ociosa que acrecentará su miseria corporal y especialmente la espiritual.

Si se trata de niñas de mediana, y hasta de acomodada posición, es también necesario repetirles á menudo que se dediquen con grande amor al trabajo, en primer lugar, para tener pura el alma, y en segundo lugar, porque la fortuna es como una

rueda que se mueve de arriba para abajo; ¡muchas veces quien se encuentra hoy en la cima, mañana estará por el suelo! Una revolución, un negocio quebrado, un incendio, la muerte de papá, etc., bastan algunas veces para causar un completo revés de fortuna.—El que ama el ocio, dice el Espíritu Santo, es más que necio; abundará en la miseria; *omnis autem piger, semper in egestate est.* (Prov. 21, 5). El camino del perezoso es casi un vallado de espinas. *Iter pigrorum quasi sepes spinarum.* (Prov. 15, 19).

¡Cuántas señoritas de familias acomodadas fueron en breve reducidas á la mendicidad! Por este motivo el emperador Carlomagno quería que sus hijas hilasen é hiciesen calceta.

Me parece que á las educandas de hoy, generalmente hablando, en vez de tanto piano, pintura y bordado, cosas todas que hinchán su feménil vanidad, se les debiera dar más de coser, cortar, zurcir, remendar, hacer medias, etc., etc.

Pocos años ha, las educandas del colegio de Almagro obtuvieron el primer premio, con medallas de oro, en la exposición nacional de Buenos Aires, por su habilidad en el zurcido.

¡Y cuántas jóvenes hay también ahora que se ganan honestamente la vida, trabajando con la aguja!

¿De qué servirá á una señorita, que ha pasado cinco ó seis años en un *educatorio*, presentar vanagloriosamente á los amigos de papá ese cuadro, que ella ha recamado con oro y perlas, ó bien ese paisaje que supo con gran maestría pintar, si

después no sabe poner un remiendo, ni zurcir un vestido?..

Y mientras tanto esa poca de ropa, escondida allá en los armarios, está toda agujereada y rota que mueve á compasión. ¡Pobres padres! ¡cuán mal habéis gastado vuestro dinero! ¡Pobres directoras y maestras! ¡Cómo habéis echado á perder en vano vuestros sudores!

¡Ah! ¿En qué vendrán á parar esas amigas del *bel far niente*, cuando ya no tengan padres?

Dice el Espíritu Santo: Pasé un día por el campo de un perezoso... y vi que todo estaba lleno de ortigas y cubierto de espinas, y arruinada la cerca de piedras. (*Prov. 24, 30, et seq.*)

Vete, oh perezosa, á la hormiga, y considera su modo de obrar y aprende á ser sabia: *Vade ad formicam, ó piger, et considera vias ejus.* (*Prov. 6, 6*). Ella te enseñará como debes trabajar ahora en la primera edad, y robusta, prepararte el sustento para la vejez, ella te dirá como debes recoger ahora frutos de obras buenas para la eternidad, porque vendrá pronto la noche en que no se podrá ya trabajar.

¡Trabajo, pues, mucho trabajo! Pero á fin de que éste sea muy provechoso, os recomiendo que exijáis de las alumnas el debido silencio, que debe ser siempre el compañero fiel del trabajo.

Las niñas habladoras son casi siempre las más desaplicadas; al contrario, las más calladas suelen también ser, generalmente, las más laboriosas. Y además, ¡cuántos pecados menos, donde se practica el silencio prescrito!

—Pero nuestra lengua, dirán algunas, con tanto callar y más callar, ya no puede más, y parece que quiere como escaparse de la boca. —Pues bien, cantad alabanzas á María Santísima, cuando se os permita, y así tendrá vuestra lengua un desahogo del todo santo.

De cuando en cuando, durante vuestro trabajo, mirad al cielo, ó á alguna sagrada imagen, y recitad algunas jaculatorias.

Y así como para poder coser debéis pasar de antemano el hilo en el ojo de la aguja, sin lo cual trabajaríais en vano, así debéis renovar de vez en cuando el aureo hilo de la pureza de intención, para que vuestro trabajo consuele á Jesús, y os sea provechoso para el alma.

De este modo, el trabajo material no os vuelve árido el corazón, sino que cobraréis nuevos bríos; y no os acontecerá haber trabajado en vano.

VI. *Estudio.* Hemos dicho ya que hasta el estudio, si se hace como es debido, es decir, con espíritu de penitencia, es un verdadero trabajo que resulta de gran provecho para la santificación de vuestra alma.

Os aconsejo, pues, que hagáis estudiar á vuestras alumnas con este fin santo.

Hay algunos, dice San Bernardo, que estudian únicamente para saber, y esto es una torpe curiosidad; otros, para alcanzar honores y riquezas, y esto es vergonzoso lucro; otros, para alcanzar nombre de sabios, y esto es miserable vanidad; pero otros hay que se proponen la edificación del

prójimo, lo cual es pura caridad; y otros, finalmente, que buscan su propia santificación, lo cual es prudencia consumada (*super. cant. serm. 36*).

«¡Que la devoción acompañe vuestros estudios, decía San Vicente Ferrer, y que vuestro objeto sea no tanto haceros útiles, cuanto santificaros!»

Y San Pablo de la Cruz, así amonestaba á sus alumnos: «Tened pureza de intención en el estudio; estudiad para dar gloria á Dios y auxilio á vuestro prójimo. Esta pureza posee la virtud secreta de cambiarlo todo en oro del Paraíso. Sin la pureza de intención, todo se pierde. Durmieron su sueño (de la muerte) y... se encontraron sin nada, vacías sus manos». (*Psal. 75, 6*).

Sobre todo, tengan cuidado vuestras alumnas de estudiar perfectamente la doctrina cristiana. Ellas, dentro de poco, deberán tal vez enseñar los preceptos de nuestra santa religión al papá, quien, ó nunca los aprendió, ó los ha olvidado del todo; tal vez serán los hermanos, quizá hasta la pobre mamá, la tía, ó las hermanas, quienes tendrán necesidad de esta eximia caridad. ¿De qué serviría, entonces, tanto francés, inglés, dibujo, música, etc., si son ignorantes en religión?

En mis largos viajes he encontrado que en casi todos los educatorios de niñas, se da la explicación de la doctrina cristiana todos los días, al menos durante una media hora: ésta es también la práctica de vuestros colegios en América, y ¡oh! ¡cuántos y cuáles consuelos trae este pequeño esfuerzo que se hace por amor de Dios, enseñando á los párvulos la santa doctrina de Jesús!

Pocos años hace, las noticias que nos llegaron de la Argentina eran verdaderamente desconsoladoras. Casi todas las poblaciones del ubertoso valle del Río Negro de la Patagonia, desaparecieron á causa de una terrible inundación. Fué un castigo de aquel Dios que nos llama al Paraíso por medio de las adversidades, cuando no nos aprovechan las prosperidades. Entre los tantos sinsabores que sufrieron en aquellos días los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, experimentaron también grandes consuelos. En *Guardia Pringles* toda la gente huía desesperadamente de la onda de muerte que los perseguía, no pensando más que en salvar la propia vida, cuando hete aquí que una indiecita de diez años, que había ido á la escuela de las hermanas, al ver desde lejos á su directora, se puso á llamarla por su nombre, gritando con júbilo: «¡Lo he salvado, lo he salvado!» ¿Qué cosa has salvado, oh pobre niña? le preguntó la directora.—Helo aquí, ¡mire!—Y le mostró su pequeño catecismo. Este hecho no necesita de comentarios. Diremos tan sólo, que consuelos de esta clase son una grande recompensa de cualquier sacrificio que se haya debido hacer, enseñando á los niños la doctrina cristiana.

2.º Deberán estudiar, además, un breve, pero jugoso tratado de moral, donde, entre otras cosas, aprendan á detestar el lujo y la desenvoltura, origen funesto que es de la ruina de las familias y hasta de las naciones.

«Siendo la necesidad de vestirse una consecuencia del pecado, el que se engríe por sus alhajas

y vestiduras es un enfermo que se gloria de las fajas que cubren sus llagas. Las personas sensatas suelen valorar una cabeza por lo que hay dentro; mas las frívolas sólo por lo que les está en derredor». (*La reina María Lazinska*).

El verdadero ornamento de las mujeres, dice Clemente de Alejandría, es la verecundia. Y San Juan Crisóstomo, dirigiéndose á la mujer cristiana le dice: *Vis ornare faciem? orna non margaritis sed honestate. (Lib. 3, cap. 1 et 2)*. ¿Quieres ornarte la cara? Ornala, no con perlas y diamantes, sino con honestidad.

Locura y pompa satánica es el prestar culto á las joyas. Si oro posees no es para ornarte con él ese cuerpo miserable, sino para alimentar y salvar á los pobres.

San Gregorio Nazianceno agrega:—¡Cuidado, oh niñas, con llevar sobre vuestra cabeza cabellos ajenos y artefactos á manera de torres! ¡Cuidado con encubrir el rostro, en el cuál se refleja la imagen de Dios, con esos feos y dañinos colores, que os vuelven la cara hecha una máscara de teatro!

¡Desgraciada la casa donde la mujer tiene por ídolo la vanidad!—Oid, oh vanidosas y desenvueltas, cómo habla el Señor por boca de Isaías:

«Por cuanto se han empujado las hijas de Sión, y andan paseando con el cuello erguido, guiñando con los ojos y haciendo gestos con sus manos y ruido con sus pies, y caminan con pasos afectados: raerá el Señor sus cabezas, y las despojará de sus cabellos; les quitará el atavío del calzado, y las lunetas, y las gargantillas ó collares de perlas, y

los joyeles, y los brazaletes, y los bonetillos, y los partidores del pelo, y las ligas, y las cadenillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan sobre la frente, y la muda de vestidos, y las manteletas, y las gasas ó velos, y los preciosos alfileres, y los espejos, y los delicados lienzos, y las cintas, y los vestidos de verano; y en lugar de los olores suaves tendrán la hediondez; y en lugar de los cabellos rizados, la calva, etc... (*Isai. 4, 16, et seq.*)

Os exhorto aún á iusinuar en vuestras discípulas la práctica de los siguientes avisos:

1.º No abrigar nunca en el alma el detestable pecado mortal. La sabiduría no entrará en un alma maligna, ni habitará en el cuerpo sometido al pecado. *Quonian in malevolam animam non intrabit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis.* (*Sap. 1, 4.*)

2.º Pedir la ciencia á Dios, que es el dueño de ella, y á María Santísima, que es llamada el asiento de sabiduría. *Sedes Sapientiae*; á quien S. S. Pío X nos enseña á invocar con la bella Jaculatoria: *Nuestra Señora de los buenos estudios, rogad por nosotros.* 300 días una vez al día. (Pío X, 16 de Mayo de 1906.)

Domingo Savio, Miguel Magoue (mi colega) y muchísimos otros discípulos de don Bosco, aprendieron de este buen maestro á tener siempre á la vista, durante el estudio, una imagencita de la Virgen, á fin de tener despejado el entendimiento; feliz y tenaz la memoria, y constante el empeño de estudiar.

Sé de muchas niñas, que estudiando consultaban más á Dios que á sus libros, pidiéndole con humildad la gracia de entender lo que leían; y aprovechaban muy mucho á fuerza de jaculatorias.

3.º Conferenciar algunas veces, aun en tiempo de recreación, sobre las cosas que la maestra les explicó en la clase.

Estudiar muy bien *lo que se debe aprender de memoria*, y si es posible, siempre en el estudio de la tarde. Esto se podrá alcanzar, masticando bien cada proposición y no pasando al segundo punto sin haber antes aprendido el primero. De lo que sólo se debe estudiar *al sentido*, es bueno sintetizarlo en varios puntos ó párrafos, escribiendo en el margen, ó mejor en algún cuaderno, algunas palabras que recuerden la substancia de ello.

4.º No se permita que las alumnas lean otros libros fuera de los de texto, ó de aquellos que les fueron expresamente indicados por las directoras ó las maestras. El Señor premiará, no hay duda, su obediencia, concediéndoles un buen éxito en sus estudios, y librándolas de los peligros que consigo traen ciertas incantas lecturas.

Tomad también para vosotras, oh buenas hermanas, todas estas reglas en el caso que la santa obediencia os llame al estudio.

Estudiemos, sí, pero como ya se dijo, en penitencia de nuestros pecados. Si los estudios salen bien, demos por ello alabanza á Dios, de quien viene el ingenio, la memoria, la buena voluntad y la salud; si por el contrario, ya porque la mente es obtusa, ó la memoria olvidadiza, ó la salud

quebrantada, no se obtuviese muy buen éxito, entonces ¡paciencia! ofreceréis á Dios esta humillación y lograréis así una verdadera ganancia para el Paraíso.

Procuremos también recabar de los estudios siempre nuevos argumentos para alabar á Dios. Hasta en el árido campo de las matemáticas se puede encontrar materia apta para formar una escala de oro, que se apoye en el Cielo.

Y aquí termino. Pero antes de dejar la pluma, quisiera exclamar con voz tan fuerte que me pudieran oír todas las hermanas y alumnas esparcidas en el universo mundo: *¡Oremos y trabajemos!*  
*¡Trabajemos y oremos!*

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XVII

### EL CATECISMO

*Qui ad justitiam erudiunt multos,  
(fulgebunt) quasi stellas in perpetuas aeternitates.*

*Aquellos que hubieren enseñado á muchos la justicia ó la virtud, brillarán como estrellas por toda la eternidad.*

(Dan. 12, 3).

Importantísima como ninguna es esta conferencia que trata de la necesidad y excelencia del catecismo, como también de los requisitos que éste debe tener á fin de que sea eficaz. Empecemos luego con el auxilio de Dios.

I. *Necesidad.* En faltando la profecía, esto es, la explicación de la palabra de Dios, dice el Espíritu Santo en los Proverbios, el pueblo será disipado: *cum prophetia defecerit, dissipabitur populus.* (Prov. 29, 18).

San Beda el Venerable, expone este texto así: Si faltare la instrucción religiosa, la observancia de la ley divina, por medio de la cual el pueblo debía alcanzar el premio de la bienaventuranza, será desatado en la vía de la perdición.

No hay conocimiento de Dios en el país, y por esta causa la maldición, ó blasfemia, y la mentira, y el homicidio, y el robo y el adulterio, lo han inundado todo. *Non est scientia Dei in terra. Meledictio et mendacium et homicidium et furtum et adulterium inundaverunt.* (Ose. 4, 2).

Donde no hay prudencia, que es la ciencia del alma, no hay nada bueno. *Ubi non est scientia animae, non est bonum.* (Prov. 19, 2). Esta ciencia del alma es la doctrina cristiana. Si ésta no se sabe, son inútiles las demás ciencias, y hasta pueden dañar el alma.

La causa principal de la fatal ignorancia es la falta de catecismo, y de catecismo bien hecho.

Es cosa que da grima pensar en el sinnúmero de escuelas laicas, donde no se explica ni una palabra de doctrina cristiana. ¡Qué ralea de alumnas saldrán de esos bancos!

—El que no está conmigo, dice Nuestro Señor Jesucristo, contra mí está: *Qui non est mecum, contra me est.* (Mat. 12, 30).

Las escuelas laicas están sin Dios, y, por consiguiente, están con el demonio.

Tenía, pues, razón, ese escritor norteamericano, cuando escribía que de las escuelas laicas salen *educated devils, diablitos educados*, es decir, *perfeccionados*, y, de consiguiente, más diestros en hacer el mal.

¡Dios nos libre de esa gente! ¡No hay demonio más demonio, que una niña sin Dios!

“Una escuela más, dicen los mundanos, quiere decir: una prisión menos”. Respondo, distinguiendo:—Si la escuela tiene el catecismo, *concedo*: si no lo tiene, *niego*, y hasta afirmo todo lo contrario.

¡Ay de mí! ¡qué tristes tiempos nos han tocado á causa del olvido de la religión en el pueblo! ¡Cuántas víctimas para el infierno ha hecho, hace

y hará la tolerancia de cultos, si no se catequiza al pueblo, máxime á las niñas!

Deseando el Venerable Taulero ir á misiones entre los infieles, el Señor le dijo que enseñara el catecismo á los cristianos, porque muchos de éstos se pierden por no saberlo.

En estos tiempos debemos dar repetidas misiones en las populosas ciudades. En materia de religión se encuentra frecuentemente á no pocos civilizados, que saben menos que los pobres indios.

Esta necesidad fué siempre bien comprendida por todas las personas de buen sentido. El mismo Voltaire aconsejaba á los padres que hiciesen aprender el catecismo á sus hijos, y hubiera querido que se demandasen ante los jueces á aquellos padres que enviaban sus hijos á la escuela *laica*, donde no se enseña á amar y temer á Dios. Diderot lo enseñaba á su hija mientras amorosamente la acariciaba. Napoleón I, desterrado en Santa Elena, lo explicaba á una niña, á fin de prepararla para la primera comunión; y Victor Hugo quería que fuesen denunciados á los tribunales aquellos padres que mandan sus hijos á las escuelas donde no se enseña á conocer y temer á Dios.

Si tanto dijo é hizo la gente del mundo, ¿qué no deberemos esperar del ejemplo de los santos?

Basta recordar los nombres preclarísimos de Agustín, de los dos Cirilos, de Gregorio Niceno, de Basilio y Crisóstomo, del Calasanz, de Felipe Neri, de Belarmino, de Vicente de Paúl, del Javier, de Carlos Borromeo, de Sales, de Toribio, de

Grignón de Monfort, de La Salle, del Vianney y de don Bosco especialmente: Santos, todos éstos, que resplandecieron en la Iglesia de Dios, por esta obra santa del catecismo.

La Venerable Madre Yovoubay, fundadora de las Hermanas de San José de Cluny, desde muy niña, en el *tiempo del terror*, á toque de tambor (las campanas estaban prohibidas) reunía á los niños y niñas del vecindario, ya en una, ya en otra casa de sus padres y parientes; y después, á hurtadillas, les enseñaba el catecismo. Y cuando los sacerdotes eran guillotinaados sin piedad, ella explicaba el catecismo por la noche, á fin de que no se pudiera decir que *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis* (*Thren. 4, 4*) pedían pan los parvulitos, y no había quién se lo repartiese.

¡Ah! ella sabía que esos niños, sin catecismo, se habrían vuelto luego unos satanases; mientras que mediante la doctrina, los preparaba para que fueran muy santitos.

Don Bosco no podía ver á un niño sin enseñarle luego un poco de catecismo.

Todos estos santos no hacían sino obedecer á Dios, que aconseja, y hasta expresamente manda la instrucción religiosa á la juventud. *Filii tibi sunt? erudi illos a pueritia illorum.* (*Eccle. 7, 25*). ¿Hijos tienes? dice el Espíritu Santo, instrúyelos ya desde la juventud. El que ama á su hijo, lo instruye á tiempo: *Qui diligit filium suum instanter erudit.* (*Prov. 13. 24*). Los labios del justo instruyen á un gran número de personas: *La-*

*bia justi erudiunt plurimos; mas los que no quieren recibir la instrucción; morirán en su reprobación: qui autem indocti sunt in cordis egestate morientur. (Prov. 10, 21).*

II. *Su excelencia y utilidad.* San Francisco de Javier solía llamar al catecismo, el medio más adecuado para la conversión de los países y ciudades.—Es más necesario, solía decir, para el bien de una república, el catequizar á la juventud, que poner buen cimiento á un edificio para que no caiga. La piedad, que mediante el catecismo bien hecho y perseverante, se inoculara en la infancia y en la juventud, es como las letras que se esculpen en la corteza de un árbol cuando todavía está tierno, las cuales van creciendo á medida que crece el árbol mismo. Después del fruto del Santo Bautismo para los niños, el principal es el de la doctrina cristiana que se les hace.

Y uniendo los hechos con las palabras, solía enviar á unos muchachos por las plazas y encuceros de las calles, los cuales tocaban una campanilla convocando á la gente, y en alta voz repétían: «¡Fieles cristianos, amigos de Nuestro Señor Jesucristo, enviad á vuestros hijos é hijas, á vuestros esclavos y esclavas, enviadlos á la santa doctrina por amor de Dios!» Y los niños corrían al catecismo, y aprendían la doctrina cristiana, y la enseñaban ellos mismos á sus padres; y así, poco á poco, la fe se abría camino entre esos pobres indiecitos, salvándose en gran número.

Y la historia añade que esos pequeños catecú-

menos, hechos hábiles catequistas, estaban siempre alrededor de San Francisco de Javier, sitiándolo con preguntas relativas á la doctrina cristiana, hasta el punto de no dejarle tiempo de comer ni de dormir. Si quería rezar con tranquilidad su Breviario, debía irse á escouder.

Estos niños fueron más tarde otros tantos apóstoles celantísimos, que eu todas partes, con el permiso del santo, sostenían victoriosamente disputas sobre religión con sus contemporáneos idólatras: iban á caza de ídolos y se los llevaban á Javier, ó los despedazaban y pulverizaban sin misericordia. A tal punto llegaba su celo por la santa religión, que acusaban hasta á sus propios padres. Los demonios mismos temblaban ante esos juvenecitos, y á sn intimación abandonaban á los pobres posesos.

¡Divina obra del catecismo! ¿quién podrá ponderar suficientemente tu excelencia?

La que con celo incesante catequiza, llega á ser madre espiritual de Jesucristo mismo, porque mediante el catecismo, lo engendra en el corazón de sus catequizados. Esto dijo San Gregorio Magno cuando explicaba el *Filioli mei quos iterum parturio donec formetur in vobis Christus* de San Pablo. (*ad Galat. 4, 19*).

Quien con celo incesante catequiza, hace, sin saberlo tal vez, una de las más bellas y meritorias obras de penitencia, que le abreviará el purgatorio, y le aumentará sin dnda la aureola de gloria en el Cielo.

Y aquellos que (particularmente en tiempos

como los nuestros tan necesitados) instruyen á los fieles en la ley del Señor, y los animan á la observancia de los divinos preceptos; resplaudecerán como astros en el firmamento, y como estrellas en las perpetuas eternidades. (*Dan. 12, 3*).

III. ¿Cómo hacer para que la explicación del catecismo resulte eficaz?

1.º *Sabiéndolo de antemano muy bien vosotras mismas.* Es éste, ciertamente, uno de vuestros más graves deberes: *No se deberá admitir nunca, á la toma de hábito, una postulante que no sepa bien, desde el principio al fin, al menos todo el pequeño catecismo.*

Decía San Vicente Ferrer, que no sólo se pierden muchísimas almas por la ignorancia acerca del catecismo, sino que también se exponen al peligro las almas de las mismas maestras que no lo enseñan porque no tienen gana, ó no lo enseñan bien porque no lo saben.

Santa Teresa aconsejaba á todas sus religiosas que no estuvieran nunca sin este divino libro; y la Venerable María de Agreda lo leía todo entero cada día.

2.º Pero para explicarlo á las niñas no basta saberlo materialmente de memoria; es necesaria, además, una rigurosa preparación remota y próxima. El fruto del catecismo está siempre en relación con esta preparación. El que poco siembra, poco recoge; el que nada, nada. Antes de haber arroyuelo, debe haber fuente. *Nemo dat quod non habet.* No se puede enseñar cosa alguna sin haber-

la antes aprendido; ni aprenderla, sin haberla estudiado.

*Preparación remota.* La religiosa que está poseída de un gran respeto á la palabra de Dios, y encendida de celo por la salud de las almas, se dedica con todo empeño á estudiar la religión; se prepara muy bien sobre lo que debe explicar á las alumnas, y, por consiguiente, obtendrá siempre un óptimo resultado.

Pero la que se atreve á enseñar el catecismo sin prepararse, es temeraria; falta el debido respeto á Dios y á su santa doctrina; se expone al peligro de decir inexactitudes y tal vez herejías; y además, verá que sus alumnas reciben con náusea cuanto ellá se esfuerza inútilmente en explicarles.

San Juan Bautista de la Salle llama criminal la ignorancia en materia de religión de ciertos hermanos de las escuelas cristianas (sus hijos), porque son causa de la ignorancia de los alumnos que se les ha encomendado.

Y el Padre Champagnat dice claramente á sus religiosos: «Ninguno de vosotros puede descuidar el estudio del catecismo sin hacerse culpable». Un tal descuido, trae consigo muchas malas consecuencias:

- 1.<sup>a</sup> No tendrá nunca (el mismo maestro) un conocimiento suficiente de nuestra santa religión y será un hombre superficial por toda su vida.—
- 2.<sup>a</sup> No podrá dar á sus alumnos la necesaria instrucción religiosa, y así formarlos en la virtud: lo cual es como un abandonar el fin del instituto, y

volver seculares, es decir, laicas nuestras escuelas, en una palabra, es faltar al primero y más importante deber de un maestro, que es dar, ante todo, la enseñanza religiosa y la educación cristiana.

Algunas dicen que les falta tiempo para prepararse. ¡Vana excusa! Muy bien que encuentran el tiempo para cuando se trata de otras materias.

Otras se excusan con decir que ya han leído varias veces los catecismos de la biblioteca. Pero éstas no piensan que el conocimiento de la propia religión no depende solamente del estudio de esta clase de libros, sino también de la lectura asidua de libros ascéticos, de la vida de los santos, de la historia de la Iglesia y de la meditación de lo que se ha leído.

N. B.—Pertenece á la preparación remota el estudio concienzudo del idioma nacional. Cuando la catequista habla una jergonzá ridícula, salpicada de errores, las alumnas que no suelen razonar todavía bien, son tentadas de creer ignorante del todo á esta maestra que no sabe hablar; y por esta causa, poca brecha hará en el corazón de aquellas con todas sus explicaciones.

Y cuando se trata de educandas, la propiedad del lenguaje en catequizar es todavía más necesaria. Un despropósito de lengua es suficiente algunas veces para volver inútil la explicación entera. De aquí es que yo llamo con el nombre de *caridad*, eso de corregirse recíprocamente los defectos gramaticales, las palabras no castizas ó no bien pro-

nunciadas. Que si se trata de maestras, tal caridad me parece obligatoria.

La dicción debe ser clara, sin errores. Algunas con tantas síncopas, aféresis y apócopes ilegítimos, su lenguaje lo vuelven casi bárbaro. ¡Aviso á quien convenga! ¡Animo, pues, y procurad corregiros á la brevedad!

3. La *preparación próxima*. Esta consiste:

1.º En aprender casi de memoria, ó á lo menos leer muy atentamente y con reflexión la materia que se debe explicar.

2.º En notar los puntos principales, sobre que es necesario llamar la atención especial de las alumnas.

3.º En prevenir las preguntas secundarias que se pueden hacer sobre cada uno de estos puntos, y concadenar las unas con las otras, de modo que sirvan para desarrollar la verdad, y hacerla comprender hasta por las inteligencias más limitadas.

4.º En tener preparados los pasos históricos y los símiles adecuados para aclarar y confirmar la explicación, y encarnar la verdad en la mente de las alumnas. Los ejemplos que se narran, sean breves, y tengan íntima relación con la verdad explicada.

5.º En preparar también las consecuencias prácticas que se deben proponer al fin de cada explicación.

6.º En orar, sobre todo, y orar bien, pidiendo al Espíritu Santo y á María Santísima, su divina Esposa, que quieran iluminar la mente y tocar vuestro corazón y el de las catequizandas. Para

enfervorizar, es necesario ser fervorosas. Una palabra de una catequista inflamada de amor á Dios, dice San Ligorio, vale más que cualquiera otra exhortación de un teólogo tibio. La que no es fervorosa podrá hacer rumor, pero nunca alcanzará verdadero fruto. *Nemo dat quod non habet. Qui non ardet, non incendit.*

San Francisco de Sales, antes de empezar el catecismo, solía pasear la mirada sobre su auditorio, encomendándose á los ángeles custodios de cada niño, para que lo ayudasen en obtener abundante fruto.

IV. *Importancia del catecismo.* Primeramente es necesario inculcar á vuestras alumnas: 1.º, que el catecismo es el más bello de todos los libros; 2.º, que si ellas lo estudiaren con amoroso empeño, obligarán al Señor á tornarles más fácil el estudio de las otras materias; 3.º, que si en los exámenes finales de este mundo serán preguntadas en tantos libros, en el examen final del juicio particular no serán examinadas, sino sobre las cuatro partes del catecismo, es decir, si han creído firmemente, si han orado bien, si han practicado los mandamientos y recibido bien los Santos Sacramentos; 4.º, que, por consiguiente, traten con amor y respeto este libro santo: que cuiden de no mancharlo ó ajarlo: que procuren darle un puesto de preferencia entre los otros libros; y si alguna vez se les cayere al suelo, lo recojan pronto, dándole un ósculo respetuoso, como se practica en semejante caso con los objetos benditos. En suma, el catecismo débese

estimar cual *divina reliquia*; y antes que perder este libro, deberíamos permitir que se pierdan todos los otros, como bien lo hizo esa alumna de *Pringles*, mentada en la conferencia anterior; 5.º, tres cosas se requieren para que una explicación de catecismo sea bien hecha y eficaz: *método*, *brevedad* y *claridad*.

a) *Método*. Consiste éste: 1.º En tener á las niñas, por cuanto sea posible, cómodamente sentadas y todas bien á la vista, de modo que ninguna pueda sustraerse á vuestras miradas.

2.º No hacer largos discursos, sino más bien interrogar frecuentemente, y no siempre á las mismas, sino ya á la una, ya á la otra, sorprendiendo así á las desatentas, si las hubiese. El catecismo debería ser un continuo diálogo. La que habla continuamente ella sola, saca poco ó ningún fruto.

3.º Procurar dividir en diversos puntos la materia que se explica; por ejemplo, hablando de la caridad, demostrar que es la virtud más perfecta, la más provechosa, la más necesaria, etc. Hablando del pecado mortal, probar que ofende á Dios, da muerte al alma y nos merece el infierno eterno; servirse á menudo de las tres interrogaciones: ¿quién es? ¿por qué? ¿cómo? Por ejemplo: ¿Quién es Este que está aquí crucificado? Y ¿por qué? ó ¿por qué fin se dejó crucificar? ¿Cómo y cuánto sufrió en la cruz antes de expirar? etc.

b) *Brevedad*. Las niñas no pueden aguantar largos discursos. Explíqueseles el catecismo palabra por palabra (excepto donde la prudencia lo

prohibiese). Hágaseles aprender de memoria las respuestas, y *á la letra*. Pero siempre sean estas explicaciones breves por cuanto es posible. Y no se pongan demasiadas planchas al fuego, es decir, no se hagan tantas cuestiones, de modo que la una oprima á la otra, acabando por producir cansancio y confusión.

c) *Claridad*. Esta resulta de la sencillez en los pensamientos; de la concisión en la frase; del no tocar cuestiones intrincadas ó demasiado difíciles, que no están al alcance de las niñas; del no poner objeción alguna, á la cual no se pueda responder más que triunfalmente; del evitar ciertas locuciones figuradas, términos abstractos, etc., sino servirse siempre de breves símiles y ejemplos, sacados especialmente de la *Sagrada Escritura* y de la vida de los Santos.

Es necesario que os hagáis niñas con las niñas, sencillas con las rudas, de modo que podáis decir con San Pablo: *Facti sumus parvuli in medio vestrorum*. (1 ad Thes. 2, 7). Más bien nos hicimos párvulas en medio de vosotras, como una madre que está criando, llena de ternura para con sus hijas: *tamquam si nutrix joveat filios suos* (*ibid*).

V. *Verdades principales que hay que inculcar explicando el catecismo*.

No descausen las catequistas hasta que sus discípulas no hayan aprendido á hacer exacta y devotamente la señal de la Santa Cruz, y no conozcan bien los Divinos Misterios que allí se encierran, es decir: la Unidad de Dios, la Trinidad de

las personas y la Redención por medio de la Cruz; hasta que no sepan decir ¿quién es Nnestro Señor Jesucristo? ¿Quién es su verdadero Padre? ¿Quién es su verdadera Madre? ¿Dónde se encuentra Jesús en cuanto Dios, y dónde en cuanto Hombre-Dios?

Enséñeseles claramente el modo de administrar el Santo Bautismo, en caso de necesidad. Repítaseles á menudo que Dios no nos ha dado la vida tan sólo para comer, beber, etc., sino para amarlo y servirlo en esta vida, y después ir á gozarlo en la otra; que el Paraíso y el infierno *son eternos*, que basta un solo pecado mortal para ir al infierno; que quien reza se salva, y quien no reza se condena; que es mejor quedarse con una víbora en el seno, que no vivir con un pecado mortal en el alma; que es mucho mejor mal no confesarse, que confesarse mal; que quien frecuenta las malas compañías, no tiene necesidad de demonios para precipitarse en el infierno; que el vicio contrario á la bella virtud *llena el infierno de juventud!*— que gritar *¡el lobo!* es caridad para con las ovejas, y por lo mismo se deben acusar á las superiores las malas compañeras; que una verdadera devoción de María Santísima y del Santísimo Sacramento no se perderá ciertamente, etc.

Incúlqueseles, especialmente, que hagan con frecuencia y bien el acto de Caridad y Contrición, es decir, no sólo con los labios, sino y especialmente con el corazón, porque muchas confesiones de las niñas son malas por falta de dolor y de propósito verdadero.

Enséñeseles el modo práctico de confesarse, es

decir, que pidan antes la bendición al confesor, diciendo: *Benedicidme, oh Padre, porque he pecado*, y acto continuo se santigüen; que no repitan tantas veces la palabra *acúsome*, pues basta decir-la al principio; que acaben de una vez con ciertos fastidiosos pleonasmos, ex. gra. *así, así*, etc.; que al padre confesor respondan: *sí, padre*, y no *sí, señor*; que hablando, sean claras, pero más hien breves; que si tienen temor de callar, se bendigan de por sí mismas la lengua con agua bendita antes de presentarse al confesor; que empleen al menos un cuarto de hora en dar gracias después de la Comunion, etc.

¡Cuántas niñas se encuentran, desgraciadamente, que después de haber estado un año y más en ciertos colegios, y haber hecho varias veces la santa Comunion, ignoran absolutamente muchas de las cosas arriba indicadas!.. ¡Ah! ¡Desaparezca pronto este desorden!

Para acercarse á la primera Comunion, las niñas han de saber, no sólo de memoria, sino *intelectualmente*, la explicación del *Credo*, de los *Mandamientos*, de la *Oración* y de los dos Sacramentos: ¡Penitencia y Santa Eucaristia!

VI. *Carácter Eucarístico*. Este es el carácter que debería imprimirse en todas nuestras explicaciones del catecismo. Y con este motivo, si es posible, explíquese la doctrina en la Iglesia, delante del Santísimo, y hágase comprender á las alumnas que estas mismas verdades, encerradas en el catecismo, fueron enseñadas por el mismo Jesús,

que está allí presente en el Santo Tabernáculo, y las está observando; ó á lo menos, como dice el Frassinetti, llevadlas á la Iglesia antes ó después de la doctrina, para que Jesús las bendiga.

.. ¡Qué dulces frutos se recogerán en los catecismos acompañados de tal bendición!

VII. *Buen ejemplo.* Es esta, sin duda, la primera lección que una catequista debe dar á sus alumnas. Las niñas aprenden más con los ojos, que con los oídos. Toda catequista puede estar cierta que tiene tantas escudriñadoras é imitadoras de su persona, cuantas son sus discípulas. Estas la están observando continuamente, y notan toda palabra, toda mirada, todo ademán, hasta el más leve movimiento. Siu que ella ni siquiera lo sospeche, le estudian su carácter, sus buenas y malas cualidades, y se creen con derecho de tenerla por modelo en todo y por todo.

Es inútil hacer bellas explicaciones y no corroborarlas con el ejemplo. La voz de la boca suena, pero la del ejemplo truena. *Vox oris sonat, vos operis tonat.*

Si queréis que recen bien vuestras alumnas, orad bien vosotras primero; si queréis que aprendan la paciencia, la modestia de los ojos, la devoción, el debido respeto y amor al Santísimo Sacramento, al Papa, á los Obispos, á los Sacerdotes, á los Superiores todos, etc., ¡que todo lo vean ellas primeramente en vuestra persona, y después todo lo oigan de vuestra boca! Sed, en suma, cual terrible espejo de virtud para cada una de vuestras discípulas.

Lo que decís á las otras, debéis aplicarlo antes á vosotras mismas, de modo que no debáis merecer la repreusión del Espíritu Santo: — Eres hábil para instruir é inútil para tu alma. *Multorum eruditor, et animae tuae inutilis es.* (Prov. 27, 21).

VIII. Terminaremos recordando las severas prescripciones de Nuestro Santo Padre Pío X, dadas en la encíclica *Acerbo nimis* de 15 de Abril de 1905. En ella, Su Santidad nos repite las palabras de Benedicto XIV, es decir que: «La mayor parte de los que están condenados á los eternos suplicios hallaron su perpetua desventura por su ignorancia de los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para estar inscritos entre los escogidos». Acerbamente se lamenta en seguida de que muchos cristianos vivan cual idólatras en medio de la luz del cristianismo, cabalmente porque no han aprendido nada de la doctrina cristiana. Dice que el oficio de catequista es el más importante, y hasta el más necesario entre los nobles oficios del apostolado católico; y termina recomendando á todos los párrocos y en general á todos los que tienen cura de almas: 1.º Que todos los domingos y fiestas del año, *sin excepción alguna*, con el texto del catecismo, enseñen *por el espacio de una hora* á los niños y á las niñas, lo que cada cual debe creer y hacer para salvarse.

2.º Que los mismos, en determinado tiempo del año, con una instrucción continuada de varias semanas, y si fuere necesario, aun de meses enteros,

preparen á los niños y á las niñas á recibir los Sacramentos de la Penitencia y Confirmación:

3.º Que del mismo modo, y *con un cuidado especial* en todos los días feriales de Cuaresma, y si fuese necesario, en otros días después de Pascua, preparen con oportunas instrucciones y reflexiones á los niños y á las niñas, á hacer santamente la primera Comunión.

El Vicario de Nuestro Señor Jesucristo ha hablado. Es como si hubiera hablado el mismo Dios...  
*¡Desgraciado del que no le obedeciere!*

DEO GRATIAS ET MARIE

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

# PARTE III

## Medios de santificación

### CONFERENCIA XVIII

#### LA SANTA CONFESIÓN

#### *Confesor extraordinario*

*Si confiteamur peccata nostra: fidelis est, et justus, ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate.*

*Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es él (Jesucristo) para perdonarlos, y lavarnos de toda iniquidad, según su promesa. (I. Joan. 1, 9).*

Tomo esta vez la empresa de desarrollar un asunto muy antiguo, pero siempre nuevo, y que tiene el privilegio de despertar á los que duermen: *La Santa Confesión.*

I. Empezaré por la parte más importante: *el dolor.*

He aquí lo que á nosotros, cuando niños, nos recomendaba siempre don Bosco. El dudaba á menudo de la validez de ciertas confesiones, cabalmente porque eran faltas de dolor verdadero.

Puede acontecer que una religiosa, después de haber buscado y rebuscado con diligencia todos los escondrijos de su corazón, haya preparado una retahíla de pecadillos y defectos, y que de ahí, re-

citada su ordinaria letanía, quede muy satisfecha, aun cuando no haya tenido un verdadero dolor ni formado un firme propósito de enmendarse siquiera *de uno de esos pecados*. ¡Qué ilusión! Las mejores confesiones no son las más largas, *sino las más dolorosas*.

Este Sacramento se llama *de la Penitencia*, es decir, Sacramento *del dolor*; faltando el cual, le falta su misma esencia, ó lo que es lo mismo, no hay sacramento; y la confesión se vuelve, por esta razón, á lo menos inútil.

II. Tomemos por blanco, pues, siquiera uno ó dos pecados veniales más graves (todos los pecados veniales son cosa grave, en sí considerados, aun cuando no sean mortales, es decir, son el mayor mal del mundo después del pecado mortal) y decláreseles guerra abierta sin cuartel, hasta no haber destruido la última raíz de ellos; especialmente si se tratase de ciertos pecados veniales bastante gorditos, ex. gra.: ciertas murmuraciones, ciertos juicios temerarios, ciertas palabras pronunciadas ya con un poco de cólera, ya para burlarse del prójimo, ciertas mentiras soltadas á sabiendas, por vanidad ó á fin de eucubrir algún defecto nuestro, etc., etc.

Por regla ordinaria, son estos mismos pecados los que deben formar objeto de nuestro examen particular cotidiano.

A este propósito pláceme señalar, de un modo especial, los pecados que son hijos del amor propio, á quien se ha dado, no sin fundamento, el nombre

de *amor común*, porque todos tenemos una tal cual dosis de él. A las obras, pues, á las palabras, á los juicios, etc., que procedan de este mal amor propio, debemos dar golpes mortales con un dolor verdadero y una confesión sincera. «Yo perseguiré á mis enemigos, decía el Profeta Rey penitente, y los alcanzaré, y no descansaré hasta que del todo no los haya destruido: *Persequar inimicos meos, et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant.* (Ps. 17, 37).

Y estos enemigos son, antes de todo, los hijos malditos del malditísimo amor propio, que todo lo echa á perder.

Deseo insistir sobre la necesidad de disponer el corazón á la contrición ó á lo menos á la atrición, la cual, ya por lo frecuente de las confesiones, ya *por la materia leve* que se suele llevar, hay peligro de que muchas veces falte, volviéndose de este modo nula la confesión,

No será, por tanto, fuera de propósito explicar la pregunta n.º 107 de la IV parte del pequeño Catecismo único, que dice: *¿Es bueno acusarse de algún pecado grave de la vida pasada, etc?*

Es cierto que *en este caso* la acusación, de que habla el catecismo, no es necesaria de un modo absoluto, porque, hablando en rigor, bastaría la acusación dolorosa de todos los pecados de la vida pasada sin especificar ninguno de ellos en particular; pero es aún bien cierto que, tratándose del alma, *nulla nimia securitas ubi periclitatur æternitas*; y es muy fácil que se despierte en

nuestro pobre corazón un dolor á lo menos suficiente, cuando volvamos á acusarnos (aunque sólo en general) de ciertas especies de pecados, como serían: graves desobediencias, pecados de gula, cólera, malos ejemplos, omisiones, soberbias, hurtos, odios, murmuraciones, etc., de la vida pasada.

III. Y es aquí el caso de advertir que no se debe dar crédito á todo dolor que sintamos ó que creamos sentir, aun cuando esté acompañado de abundantes lágrimas, porque varias veces parecerá dolor bueno y será quizás falso. Ejemplo al canto. El padre confesor dice á su penitente, por ejemplo:—¡Puede ser que sea usted la más grande pecadora que vive en esta casa!—La penitente, al oír una tal sentencia, se pone á llorar á cántaros. ¿Serán santas estas lágrimas? ¿Será sincero su dolor? Sí, y no. Si esta llora porque más que todas sus hermanas abofeteó y crucificó á Jesús; porque más que todas las otras afeó su alma, antes tan pura y tan cara á Dios; porque de por sí misma se cerró el Cielo y se abrió el infierno; porque robó almas al pobre Jesús, etc.; ¡ah! entonces sí, ¡benditas lágrimas! Su dolor no solamente será verdadero, sino santo y envidiable: Al contrario, si esta penitente llora tan sólo porque se cree ser sola, como un negro cuervo, entre tan candidas palomas, y continúa llorando de *puro amor propio*, y pensando sólo en sí misma, y nada en su Dios ultrajado, será falsísimo el dolor que piensa tener con semejante doloroso aparato.

Téngase siempre presente, además, cuanto dice

el catecismo, referente á los pecados *veniales*, es decir, que si para la validez de la confesión, basta arrepentirse de alguno de ellos, para obtener, además, el perdón de todos, *es necesario arrepentirse de todos ellos.*

Dos palabras aún sobre la *brevedad en la acusación.*

He ahí una penitente que quiere hacer su confesión mensual. Lo que esta pretende es repetir la infinita letanía de pequeñas miserias, que no solamente ella, sino también el confesor, ya saben perfectamente de memoria. Y ¿qué cosa sucede? Que después de haber repetido una vez más la acostumbrada *cantinela*, queda de ello tan satisfecha como si hubiera hecho la mejor confesión del mundo, sin descender, empero, al particular, es decir, á descubrir la pasión ó defecto dominante, acusando las principales caídas en este pecado, con gran dolor y verdadero propósito. ¡Error! ¡Menos palabras y más dolor! Atáquese de frente al enemigo, diciendo: Padre, mi mayor defecto es éste, ó estotro; en este mes lo he vencido más ó menos que en el pasado. Ayúdeme el Señor, que quiero de veras acabar con estos pecados, etc.

IV. Hay otras aún que desearían oír un sermón cada vez que se presentan al confesor. Para los sermones está el púlpito; pero el confesonario es tan sólo para las *recetas* espirituales, las que son á veces tanto más eficaces cuanto más breves son: don Bosco en una ocasión me dijo allá en Mornese, en la casa de la fundación: «Sé breve,

oyendo confesiones; no permitas, generalmente, que tus penitentes se extiendan y hablen mucho después que han acusado sus pecados. Dale la receta; es decir, con la penitencia, una breve palabra de dirección, de meditación, etc., y diles que no se olviden de la *receta* durante la semana, porque esa vale más que un elocuente sermón." Y á la verdad, el sermón se hace para todos, pero esta receta es propia y exclusivamente para tí, ¡oh alma penitente!

Acordaos, pues, de la receta, á lo menos de una á otra confesión, porque si perdéis ésta, es inútil haber ido al farmacéutico. Pero ¡cuidado con pretender sermones! Esta brevedad no impide que de vez en cuando digáis al padre confesor que pida á Dios por vosotras; ¡cuán feliz es el alma por quien reza de veras su confesor! y que le prometáis recomendarlo á Jesús, cumpliendo así un estricto deber, cual es el de pedir por el mayor de nuestros bienhechores espirituales, como es cabalmente el padre confesor.

Especialmente cuando se acerca alguna fiesta de Nuestra Madre María Santísima, convendrá que todas las hermanas que tienen cuidado especial de las niñas, procuren prepararlas con santo empeño para tal fiesta. Repítanles que nuestra buena Madre les quiere regalar un bellissimo vestido nuevo para su fiesta; pero que solamente se lo dará mediante una buena confesión, la cual desea Ella que sea *general* para aquellas niñas que, habiendo ya llegado á una cierta edad, no la hubiesen hecho aún; ó bien para aquellas á quienes el confesor las aconse-

sejase ó intimáse. Procuren, pues, las maestras y asistentes, prepararlas con prudencia y celo, sugiriéndoles que la hagan, en cuanto sea posible, con el confesor ordinario.

V. Traten de instruir las bien, de modo que sepan:

1.º Rezar el *confiteor* antes de presentarse al confesor, (esto abrevia la confesión).

2.º Que pidan la bendición antes de santiguarse, y después de esto hagan la señal de la cruz y empiecen la confesión.

3.º Que no se acusen condicionalmente, diciendo por ejemplo: acúsome *por si acaso* cometi algún pecado mortal, etc., y tampoco digan *me parece*, cuando están muy ciertas de una cosa; porque esto echaría á perder, ó á lo menos, anularía la confesión. Tales modos de acusarse son, en muchos casos, frutos legítimos del amor propio, que es el primer embrollón doméstico y, por consiguiente, el primer *embrollaconfesiones*.

Estas maneras de confesarse suelen incluir verdaderas mentiras; y como todos los hombres son mendaces, *omnis homo mendax* (Ps. 115, 2), ó á lo menos todos somos inclinados á la mentira, no nos contentemos con desarraigarla solamente de nuestras niñas, sino también y particularmente de nosotras mismas; porque nunca uos haremos santas sin la santa humildad; ni nunca gozaremos de una paz verdadera, si no hubiéremos vencido antes á nosotras mismas con una sincerísima confesión.

4.º Que no basta acusarse de haber consentido

en malos pensamientos, cuando éstos se hubiesen puesto por obra.

5.º Que nunca se excusen malamente mientras se confiesan, porque esto sería indicio de que no hay verdadero dolor. Ya se sabe que cuando uno en la confesión se acusa, Dios lo excusa; mas si al contrario se excusa, Dios lo acusa. (*San Agustín*).

6.º Que acusen el número exacto de los pecados cometidos, y si esto fuese absolutamente imposible, á lo menos el aproximativo.

Tengan muy presente las catequistas, que la mitad de las niñas y quizá la mitad de la otra mitad, por regla ordinaria, no suele acusar el número exacto de los propios pecados y tal vez ni el aproximativo. (El aproximativo es suficiente, cuando después de un examen cabal, no se ha podido hacer una cuenta exacta).

Yo bien sé que la regla de acusar el número de los pecados, no se refiere á los veniales, pero sé también que á veces es cosa incierta si el pecado cometido es solamente venial ó ha excedido ya los límites de éste y sea mortal. En este caso, es claro que es bueno expresar su número. Y quien se habitúa á no decir el número de los pecados veniales más notables, corre peligro de no manifestar ni siquiera el número de los mayores, que son los mortales. Y por este motivo aconsejad á vuestras alumnas á que manifiesten siempre el número de los veniales más considerables. Repítase siempre y siempre, y hágase resaltar más y más esta doctrina, que es de la mayor transcendencia.

7.º Instruidlas, además, con respecto al acto de contrición que se dice antes de recibir la absolución. ¿Quién me podrá decir la precipitación con que rezan este acto muchísimas niñas? Salen las palabras *á la grande hate* y como si se recitase una lección que se ha aprendido perfectamente de memoria, como lo haría cabalmente un papagayo. ¡Pobre confesión! y ¿qué tiene que ver la verdadera contrición, con un torrente tan impetuoso de palabras? Cuando un dolor sincero oprime el corazón, nos sofoca hasta la palabra. ¡Alerta sobre este punto! no sea que hagáis reir al diablito con tanta palabrería, y nada de verdadera contrición.

¡Récese el acto de contrición despacio, despacio! Reflexiónese bien sobre las palabras: *pecando he ofendido á un Dios tan bueno, tan grande como sois Vos, etc.*, es decir, á un Dios que es la misma bondad, crucificado por nosotros, muerto, etc.; la cual cosa bien meditada uos moverá á contrición perfecta. Incúlquese también á las niñas que durante este acto ya no piensen más en buscar ó examinar los pecados, sino que más bien se imaginen estar bajo el árbol de la Cruz, desde el cual Jesús crucificado hace caer la lluvia de su preciosísima Sangre, en la cual son lavadas sus almas mediante la confesión dolorosa y la absolución.

8.º Que al acabar la acusación particular de sus pecados, hagan la acusación general, *dolorosa*, etc., como ya dijimos, de algún pecado más grave de la vida pasada.

9.º Que apenas salidas del confesonario den

gracias á Jesús crucificado por el beneficio recibido, y no se olviden de cumplir lo más pronta y sautamente la penitencia sacramental. La Venerable María de Jesús Agreda cumplía siempre la penitencia con las rodillas desnudas en el suelo, y decía que ésta era una oración muy diversa de las otras, en cuanto que por ella Dios conmuta otra pena mucho mayor.

¡Oh! felices las religiosas que, movidas por el celo de las almas, preparan convenientemente á sus alumnas á fin de que sepan asirse de ésta, que es justamente defuida, *segunda tabla de salvación después del naufragio: secunda post naufragium tábula.*

VI. *Confesor ordinario.* Reñad por él; respetadlo cordialmente; pedid amplia libertad para comunicarle todo lo que atañe á vuestra conciencia; mas fuera de confesión se ha de tener poca comunicación con él, tanto de palabra como por escrito, á fin de evitar la demasiada familiaridad.

Un buen confesor es el mejor regalo de Dios. ¡Felices de vosotras si tenéis siempre un confesor *tan docto* que os sepa guiar rectamente por la senda del Paraíso, y, lo que es mejor, *tan santo*, que con su ejemplo, consejos y oraciones, os obtenga de Dios un eusanche de corazón con la caridad, en términos que podáis correr gozosas por el camino de los SS. Maudamientos y de vuestra Santa Regla. (Ps. 118, 32).

VII. *Confesor extraordinario particular.* Su Santidad León XIII, en su famoso decreto sobre la confesión de las religiosas, manda (y esto quiere decir que es Jesucristo mismo que manda) que los Superiores no rehusen á sus súbditos el confesor extraordinario cuantas veces tengan *necesidad* de él *para proocer* á su propia conciencia; y quiere que no indaguen de modo alguno el motivo de la petición ó demuestren que no les agrada.

Exceptuado, pues, el caso que se supone hipotético, en que una hermana pidiera *tantas veces* al extraordinario, en términos de convertirlo en *ordinario* (dando así evidente motivo para juzgar que lo hace, no tanto por proveer á su propia conciencia, cuanto para satisfacer su propio capricho, y hacer desesperar á los pobres superiores); se le debe conceder fácilmente el *extraordinario* que pidan, con tal de que éste sea aprobado *ad hoc* por el Diocesano.

Harto es verdad, que eso de fácilmente cambiar de confesores, no es ciertamente el modo más eficaz de progresar en la virtud; que por el contrario, si la manía de hacer cambios se fuera generalizando en una casa religiosa, peligraría por cierto el espíritu de toda la comunidad; pero es también evidente, que si con impedir el *extraordinario* fuésemos causa de que se cometiera un sacrilegio tan sólo, *caeríamos en un mal enormemente mayor*. Es cosa clara que entre dos males, debemos escoger el menor. Procuremos, pues, facilitar en cuanto sea posible, el extraordinario á todas las que de él tuvieran necesidad.

En las cosas difíciles recurra la Directora á la *Mater Boni Consilii* María Auxiliadora, y después de esto esté cierta (don Bosco lo prometió) que no se equivocará en las resoluciones que tenga que tomar.

*Notas.* 1.<sup>a</sup> El *Monitor Eclesiástico* (An. 31 fasc. 1) dice que una hermana no sólo puede válidamente y lícitamente confesarse en las iglesias públicas con cualquier confesor, aún no aprobado para las religiosas (S. C. de Ob. y Reg., 20 de julio de 1875), sino que si hubiese salido ella lícitamente de casa y se confesase en una iglesia pública sin consentimiento y noticia de la Superiora, *utitur jure suo*; porque la ley en esto no exige ni consentimiento ni noticia de la Superiora; y justamente no lo exige, porque se trata de la libertad de conciencia, la cual es sagrada é inviolable.

2.<sup>a</sup> La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en 5 de agosto de 1904, declaró que las Superiores no tienen facultad para negar el confesor extraordinario particular, cuando lo pida alguna de las religiosas súbditas suyas, por más que la tal Superiora crea tener razones especiales *extrínsecas* para no permitir que sea llamado el confesor que la religiosa pide; (v. gr.) porque la Superiora cree que dicho confesor es poco favorable al monasterio, ó casa; ó que es causa de perturbación en la comunidad. Lo único que en tales casos puede hacer la Superiora es, después de conceder el confesor que se pide y hacerle llamar, exponer al Ordinario las razones que se le ofrezcan, á fin de que tal confesor sea excluido del

número de los extraordinarios particulares para aquella casa ó para aquella religiosa. Expuestas estas razones, debe sujetarse á lo que resuelva el Ordinario.

3.<sup>a</sup> He aquí el *modus agendi* que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares trazó á los Obispos y demás Rmos. Ordinarios Diocesanos con respecto al Confesor extraordinario y ordinario.

a) Si se trata de confesores extraordinarios *generales*, se pueden conceder á las religiosas que tienen *absoluta repugnancia* para confesarse al Confesor ordinario.

Tratándose de Confesores extraordinarios *particulares* se han de conceder *siempre* en las graves y peligrosas enfermedades. Para las Religiosas que no están en peligro de muerte, mas que, aún confesándose con el confesor ordinario, desean, *para mayor paz de conciencia y mayor provecho espiritual*, un confesor extraordinario, débese permitirselo también, en este caso, con tal que esté aprobado para Religiosas, y no se obre por ligereza ó por indiscreto apego á la persona, sino puramente por las razones susodichas.

Y, finalmente, si el Obispo sabe ciertamente que el motivo de la petición ha sido el capricho ó una afición indiscreta, no deberá concederlo.

b) Cuando el confesor ordinario hubiere acabado su trienio, podrá ser confesor extraordinario del mismo monasterio *después de un año*; y aún antes, si el Obispo no sabe cómo proveer, por falta de sujetos idóneos.

c) La ley del *trienio* afecta tan sólo á los con-

fesores ordinarios; de consiguiente, los *extraordinarios*, ya particulares, ya generales, no necesitan la venia apostólica para ser confirmados después del trienio.

d) La obligación del trienio para el Confesor de las alumnas, que viven en los colegios y demás institutos, ya no existe; en otros términos: la ley del Confesor ordinario, deputado para cada monasterio, no se refiere á los colegios de las niñas y doncellas que allí moran. (*Monit eccles. Anno 31 fasc. 12*).

DEO GRATIAS ET MARIE

## CONFERENCIA XIX

### LA SANTA COMUNIÓN

*Panem nostrum supersubstantiali-*  
*lem (quotidianum) da nobis hodie.*

*El pan sobresubstancial (de cada*  
*día) ádnosle hoy.*

(Math. 6, 11. Luc. 11, 2).

I. *Frecuencia de la Santa Comunión.* Supongo que en todas vuestras casas haya la feliz costumbre de superar las prescripciones de la Santa Regla en relación á este punto. La Comunión es ordinariamente cotidiana, ¿no es así? No puede haber mayor consuelo para Jesús Sacramentado, ni fortuna más grande para vosotras.

Una sola comunión bien hecha, dice S. Vicente Ferrer, brinda al alma más gracias que una semana de ayuno á pan y agua. ¿Quién podrá, pues, encarecer lo bastante las ventajas de la comunión cotidiana?

Toda casa religiosa es como una especie de Paraíso terrestre, en medio del cual plantó Dios el árbol de la vida—el Santísimo Sacramento—que es cabalmente llamado el Pan de la vida. *Ego sum panis vitae.* (Joan 5, 35).

Ahora bien: Nuestro Señor Jesucristo ha colocado en la puerta de este Paraíso de espirituales delicias, un querubín que arroja llamas, no de enojos, sino de amor. *Collocavit ante Paradisum voluptatis cherubim et flammeum gladium:* pero

no ya para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida, sino para llevar las almas más fácilmente á El, á fin de que cada religiosa alargue todos los días su mano, tome del fruto de este árbol vital, y coma de él y viva para siempre. *Mittat manum suam et sumat etiam de ligno vitae, et comedat et vivat in aeternum. (Gen. 3, 22, etc.)*

¡Qué misterioso es el corazón del hombre! Dios le dijo un día:—¡No comas el fruto de ese árbol si no quieres morir!—Mas el hombre quiso comer y se tragó la muerte.

Ahora, al contrario, le dice:—¡Come el fruto de este árbol (la SS. Eucaristía), pues es éste el verdadero árbol de la vida!—Y muchos le tienen náusea, y no lo quieren comer, y se quedan muertos. ¿Si habrá alguna entre vosotras, oh hermanas, atacada de semejante náusea? ¡Dios nos libre de tal religiosa!

Jesús es llamado con todo derecho el Divino Prisionero del Tabernáculo. Ahora bien, ¿qué más puede desear un pobre eucarcelado, sino salir lo más pronto de su prisión, y volver á su casa para recibir los abrazos de sus seres queridos? La casa que Jesús Sacramentado grandemente ansía visitar, es nuestro corazón. De ahí que le salta el corazón de contento, cada vez que el sacerdote abre la puerta de la Prisión Eucarística.

*Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei. (Apoc. 2, 7).* Al que venciere, dice el Señor (perseverando santamente en su vocación), yo le daré á comer el árbol de la vida, que está plantado en medio del Paraíso de

mi Dios. Este es el verdadero árbol, cuyo fruto no sólo corrobora el alma, quitándole todo rastro de languidez y de enfermedad, sino que acarrea al comulgante la feliz eternidad.

Oid, oh buenas religiosas, la voz de vuestro Amado; vedle como viene saltando por los montes y atravesando collados; y «levántate—os dice cada mañana—apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y veute. (*Cant. 2, 10*). Yo quiero introducirte en la cámara del *vino más exquisito*; quiero que mi bandera de amor trenele sobre ti, para que valerosamente milites bajo el estandarte de mi amor; deseo verte cada día sentada á la sombra del eucarístico Manzano, para que pruebes lo dulces que son sus frutos á tu paladar.»

Las necesidades de nuestras almas reclaman la Comunión cotidiana, como cotidiana es la comida del cuerpo:

1.º Para tenerla en vida.

2.º Para que crezca en fuerza y lozanía.

Si queremos ser, no diré verdaderos religiosos siuo tan sólo verdaderos católicos prácticos, es menester comulgar muy á menudo; estando escrito: *á fructu frumenti multiplicasti fideles* (*ex Ps. 4, 8*), con la abundancia del trigo (de la comunión) se multiplican los fieles.

Dijo muy bien Tertuliano, que la sangre de los mártires era semilla de cristianos: *sanguis martyrum semen christianorum*; mas con mucha más razón debemos afirmar esta verdad con respecto á la Sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Padre, el Venerable don Bosco, fué

llamado por el Cardenal Alimonda: *La Unión con Dios*. Nosotros hemos de imitarlo. Ahora bien, la Unión, dice Santo Tomás, es la perfección del Amor. Y esta perfección no se adquiere sin unirnos cada día con Aquel que ha dicho: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre, mora en Mi, y Yo en él. (*Joan. 6, 57*).

Alguien dirá, quizás:—¿Y no será suficiente aplicarse á otras obras de piedad, sin tanta Comunión?—Respondo que en práctica no es suficiente:

a) Porque todos los otros medios de santificación no pueden reemplazar este Augustísimo Sacramento, que es el manantial de todas las gracias.

b) Porque muy difícilmente un alma se sostiene y persevera en el uso de esos otros medios, sin la Comunión frecuente, de donde toda fuerza procede.

c) Porque, aunque parezca que algunas almas se sostengan sin comunión frecuente, su vida, sin embargo, está, por lo regular, atacada de una languidez natural tal, que raya en agonía y muerte. Sin el sol diario de la Comunión cotidiana, las flores del jardín de nuestro corazón se tornan mnsstias, y en pocos días se mueren.

Actualmente el mundo está lleno de personas anémicas, no tan sólo física, sino espiritualmente. La saugre de muchos está, más que empobrecida, envenenada. Y... ¡cosa extraña! mientras se están arbitrando la mar de medios para la regeneración y catolización del mundo, no se piénsa en poner por obra el medio milagroso, infalible, á saber; la Comunión cotidiana. ¡Nos morimos de anemia,

teniendo en nuestro poder la Sangre de todo un Dios, la sola que puede regenerarnos.

Sentimos el veneno de las malas pasiones circular por nuestras venas; tenemos la sangre negra á causa de tantas culpas, y descuidamos el antídoto soberano, el solo capaz de sacarnos el virus, y depurarnos la tan viciada sangre.

¡Oh Religiosas, oh Esposas de Jesús! ¡Que cada una de vosotras se torne un apóstol de la Comunión frecuente y cotidiana!

¡Que desaparezcan á la brevedad esos copones tan diminutos y, quisiera llamar *jansenisticos*, sean substituídos por otros muy grandes, siempre llenos y siempre vaciados cada día! ¡Sembrad! Sembrad muchas Hostias en el campo de la Iglesia, de los Colegios, de las Casas Religiosas, y alcanzaréis cosechar á muchas almas santas, cristianos prácticos, católicos héroes, y la mar de vocaciones sacerdotales y religiosas. Sin la Comunión frecuente no tendremos sino á una juventud corrompida y corruptora, triste contingente para el infierno.

Tocante á vosotras, persuadíos de una vez, oh hermanas, que *esse cum Jesu dulcis est Paradisus (Imitac.)*: tener á Jesús en vuestro corazón, es lo mismo que gozar un Paraíso anticipado.

¡Pero en el Paraíso es necesario permanecer para siempre. ¡Necio el que quiere salir del Paraíso!

De consiguiente, la Comunión ha de ser *cotidiana*, es decir, tal como la querían el Venerable don Bosco, el Venerable Cottolengo, el Venerable

Frassinetti y todos los verdaderos y grandes amantes de Jesús y de las almas.

El Venerable Dupont de Tours solía decir:— Si yo supiera que en alguna parte del mundo se permitiese comulgar cuatro veces al día, arreglaría inmediatamente mi equipaje para irme á vivir en ese dichoso lugar.

II. Todos sabemos que Su Santidad Pío X nos ha vuelto muy fácil la práctica de la Comuuión frecuente y hasta cotidiana.

En efecto:

1.º A los que comulgan cotidianamente, ó á lo menos cinco días por semana, quitó la obligación de la confesión semanal, exigida anteriormente para lucrar la Indulgencia Plenaria, supuesto que estén sin pecado mortal.

2.º Quiere que la Comuuión cotidiana se permita á todos los fieles cristianos de cualquier clase y condición, con tal que estén *en estado de gracia* y se acerquen á la Sagrada Mesa con pía y recta intención, es decir, no por costumbre ó vanidad, ó por otras razones humanas, sino más bien con intención de dar gusto á la voluntad de Dios, de unirse á El con la más íntima caridad, y curar con este remedio divino los propios defectos y enfermedades.

3.º Nos dice, además, que aun cuando para hacer la Comuuión frecuente y cotidiana *con mayor seguridad y tener mayor mérito*, sea necesario que intervenga el *consejo* (no ya el permiso del confesor, *y esto quiere decir que en sí no*

*sería de necesidad absoluta el consejo del confesor, ni pecaría quien no lo pidiese, porque eso de pedirlo es sólo para recibir la comunión con mayor prudencia y mérito más amplio*), no obstante, añade: «Guárdense, empero, los confesores, de alejar de la Comunión frecuente ó cotidiana á quien se hallare en estado de gracia y se acercare con recta intención». (Decreto de 17 de diciembre de 1905. *No obstante cualquier costumbre en contrario*).

4.º Observa, finalmente, que aunque sea muy conveniente que los que comulgan cada día estén exentos de culpas veniales, á lo menos de las deliberadas, y del afecto á ellas, es suficiente, siu embargo, que estén exentos de culpas mortales junto con el propósito de no pecar en adelante; con el cual sincero propósito, es de esperarse que la misma Santa Comunión los ayudará á librarse poco á poco hasta de los pecados veniales y del afecto á ellos, siendo ella, como dice el Concilio Tridentino: «un antídoto, por el cual nos purificamos de las culpas cotidianas y nos preservamos de los pecados mortales. (*Sess. 13, cap. 21*).

5.º Con Decreto de 15 de septiembre de 1906, establece que la Comunión *frecuente* se debe recomendar *también á los niños*, á los cuales, una vez admitidos á la Santa Mesa, según las normas del Catecismo Romano (*Cap. 4, n.º 63*), no se les debe impedir acercarse con frecuencia, sino que al contrario, deberán exhortarse á ella: quedando reprobada la práctica contraria, vigente en algunos lugares.

6.º Con otro decreto de la L. C. del Concilio de 7 de diciembre de 1906, benignamente concedió que los enfermos, postrados desde un mes, sin tener esperanza de *pronto* convalecer, puedan, según el consejo del confesor, recibir la Comunión *una ó dos* veces por semana, si se trata de enfermos que viven en píos institutos, donde se conserva el Santísimo Sacramento, ó bien gozan del privilegio del oratorio doméstico; y *una vez ó dos por cada mes* tratándose de otros enfermos, *aunque hayan antes tomado algo á manera de bebida*.

7.º En 8 de mayo de 1907, este Papa de la Santa Eucaristía, declaró que en privilegio del Oratorio *privado* está incluido también el de dar la Santa Comunión á todas las personas que asistan á la Santa Misa, exceptuando sólo la Comunión pascual y el Santo Viático.

8.º Y finalmente, el 1.º de agosto de 1907 concedió benignamente y á perpetuidad, que en todos los monasterios y demás institutos religiosos, conventos, seminarios, colegios, que tengan oratorio semi-público ó privado, con facultad de reservar habitualmente el Santísimo Sacramento, se puede en la Noche de Navidad, celebrar las tres Misas, ó si se quiere una sola (*á puertas cerradas*); y que se pueda también distribuir la Comunión á los fieles presentes á la función. ¡Ah! ¿qué no ha hecho y sigue haciendo este Pontífice Santo para restablecer el uso de la primitiva Iglesia con respecto á la Comunión cotidiana? Verdadero *Ignis ardens* este Papa está realizando los deseos ardentísimos de Jesús que ha dicho: *Ignem veni mittere in*

*terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Luc. 12, 49). Yo he venido á poner fuego en la tierra —por medio de la Santísima Eucaristía—¿qué he de querer sino que arda?..

III. Oigase ahora una consolante doctrina: Solamente el pecado mortal, que no se ha querido confesar, ó al cual se tiene todavía apego, por falta de verdadero dolor, impide la Comunión. La sola contrición (aún la perfecta) no es bastante, por regla general, para que uno pueda acercarse á la Comunión.

Hemos, sin embargo, de notar lo siguiente:

1.º Si uno calló *involuntariamente* una culpa grave, aunque es bueno que, si le es fácil, la vaya á confesar antes de comulgar, con todo será suficiente que la acense cuando se vaya á confesar otra vez.

2.º En la duda de si el pecado que se ha cometido es mortal, ó tan sólo venial, podemos comulgar; mas se *aconseja* en este caso, para mayor seguridad, de hacer un acto de contrición perfecto antes de la Comunión. *El probet autem se ipsum homo* de San Pablo, obliga á la confesión sólo á los que saben ciertamente de haber hecho un pecado mortal.

3.º Cuando se duda de haber confesado un pecado mortal, *que ciertamente se ha cometido* ¿qué habrá que hacer?—Si la duda es grave, debemos confesarnos antes de comulgar; si es leve, no hay tal obligación; mas es bueno confesarse, siempre que no se trate de escrupulosas.

4.º El que cree de buena fe que está en gracia de Dios, y no lo está, acercándose á la Comunión recibe la primera gracia; es decir, queda limpio de la culpa grave, porque en este caso la Comunión viene á ser *per accidens*, sacramento de muertos. (*Santo Tomás*). A la verdad, no es precisamente el estado de pecado que pone obstáculo á los efectos del Sacramento, sino más bien el afecto al pecado mortal.

Verdadero impedimento á la gracia, dice la Teología, no es el pecado que está *de cualquier modo* en el sujeto, sino el que está en la conciencia. Cuando se ignora el pecado inculpablemente, la Comunión lo borra todo, no habiendo afecto al pecado.

IV. Yo, sin embargo, dirá alguna, quisiera estar exenta hasta de los veniales. Pero... ¿cómo hacer?—*Ama et fac quod vis*, dice San Agustín. El amor es fuego, y á este fuego no se pueden acercar ni los mortíferos *moscardones* de los pecados mortales, ni las hediondas moscas de los veniales habituales. Ama mucho á Jesús Sacramentado que habita en tu misma casa, que vive bajo tu mismo techo, y así no dudarás comulgar todos los días, porque el amor perfecto arroja fuera todo temor: *perfecta charitas foras mittit timorem*. (1.ª Joan, 4, 18).

Y si tu alma está afeada por pecados veniales, la Comunión misma te los borrará, con tal que los detestes; pues el Concilio de Trento dijo que la Comunión es el gran antídoto, que nos libra de los veniales y nos preserva de los mortales.

Una buena religiosa trata con Jesús Sacramentado *peramanter*, es decir, amantísimamente, como solía decir don Bosco. La Santísima Eucaristía es para ella como un *imán continuo* del corazón, y le parecerá imposible pasar aunque fuese tan sólo una media horita, sin pensar en su Jesús y repetirle con todo el afecto: soy toda tuya, ¡oh Jesús mío!

Para ella, la Santísima Eucaristía es un grave, y al mismo tiempo *dulcísimo peso*, que la atrae prepotentemente, como dice el adagio latino: *amor est pondus*, el amor (aun el mundano) es un peso que nos arrastra; con mayor razón lo será el *Amor amoris*, el amor por excelencia, Jesús Sacramentado. Por lo tanto, mientras esta religiosa considera el Santo Tabernáculo como la *despensa* de su alma, donde encuentra al *Panis Angelorum*, es decir, el Pan que nos hace Angeles, y la balaustrada, cual riquísimo *refectorio*, donde recibe cada día el Pan del Cielo, que encierra en sí todo gusto el más exquisito; considera también la Capilla ó Iglesia, donde reside Jesús en el Sacramento, como un *jardín* celestial, al que se debe ir á menudo durante el día para descansar y recrearse, á fin de que el alma se vuelva robusta, adquiera más vigor en ese ambiente de Paraíso, y desaparezcan de este modo todos los dolores de cabeza y de corazón, es decir, los pecados veniales habituales, enemigos del amor á la frecuente Comunión.

El Santo Tabernáculo es aún, para la religiosa, como una especie de *estación telefónico-central*, desde donde su Amigo, su Maestro, su Esposo, su

Médico, su Todo, tocando de vez en cuando la campanilla eléctrica del amor sauto, que corresponde al corazón de la religiosa, le dice: *Magister adest et vocat te*: está aquí el Maestro y te llama. (*Joan. 2, 28*). *Praebe cor tuum mihi*. Dame, oh hija mía, tu corazón, y fija tus ojos en mis santos caminos. (*Prov. 23, 26*). *Aperi mihi soror mea, amica mea, columba mea*: ábreme, oh hermana mía, amiga mía, paloma mía. (*Cant. 5, 2*). *Veni in hortum meum, soror mea, sponsa... comedi favum cum melle meo, bibi vinum cum lacte meo*. Yo he venido á mi huerto, hermana mía, esposa..., he comido mi panal con la miel mía: he bebido mi vino con mi leche, es decir, el fervor de tu espíritu y el candor de tu inocencia. (*ibid. 5, 1*).

Y la afortunada religiosa, aun en medio de las duras, difíciles y fatigosas ocupaciones, se pone inmediatamente en comunicación con Jesús. Y con la Esposa de los cantares, le contesta con el corazón en los labios: *Veniat Dilectus meus in hortum suum, et comedat fructum pomorum suorum*: Venga, pues, mi Amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos (*ibid. 5, 1*), puesto que todo el amor que hacia Ti mi corazón abraza, Jesús mío, es cosa tuya, regalo tuyo: ¡Ven, pues, desciende, entra, siéntate y reina!

Y si en tal visita Jesús le pidiera algún gran sacrificio, por ejemplo: el de no defenderse de una calumnia atroz, ella se estimaría afortunada con poderle responder:—¡Sí, Jesús mío, sí, como Tú lo quieres!

Para una sauta religiosa, Jesús Sacramentado es el *centro* de todas sus acciones, deseos y pensamientos.

Una hermana egoísta, llena de amor propio, se coloca á sí misma en el centro de todo, de manera que van á referirse á ella, como á su término, las cosas y las personas todas, y hasta las mismas obediencias, puesto que obedece solamente como y cuando le place, hasta (y esto es horrible) en lo tocante á las comuniones; de suerte que, si no las deja, es únicamente por el *¿qué dirán?* Por otra parte, durante el día no piensa nunca, ni en la Comunión que hizo por la mañana, ni en la que tendrá que hacer al día siguiente; en una palabra, la Comunión, para tal religiosa egoísta, no es ya el centro de su vida, sino más bien un punto cualquiera del círculo que la rodea. ¡Pobre religiosa! Ella ve pasar ante sí *todas sus comunicaciones diarias* con la misma indiferencia con que ve pasar la clase, la asistencia, la refección, la recreación, etc., y ¡ojalá que no se sentase nunca á la mesa con mayor ansiedad que cuando se sienta al Banquete Encarístico!

Todo lo contrario sucede con la religiosa amante de la Sagrada Comunión. Para ella, repito, la Santa Comunión viene á ser el centro, *el gran centro de todo*. Sus acciones, sus palabras, sus deseos y pensamientos innumerables de cada día, son como puntos de la misma circunferencia, los que, como otros tantos radios de recta intención, se dirigen al centro, que lo es la Santa Comunión.—Esta palabra, acción, omisión, etc., este

pensamiento, esta mirada, etc., ¿no me impedirán la Comunión de mañana? la manera con que obedezco ó trato á mis compañeras, ó á las niñas, etc., ¿agradará á mi Jesús, á quien pocas horas ha, tuvo la inmensa fortuna de recibir en mi corazón?

He aquí cómo piensa y obra esta feliz religiosa; y con razón, porque si es cierto que debemos dar cuenta á Dios de toda comunión que hemos dejado, pudiéndola hacer, no es menos cierto que también hemos de dar cuenta de cómo nos hemos preparado, y del fruto que sacamos de cada una.

V. En fin, así como Jesús posee dos Paraísos, el de la Gloria y el del corazón de su amada Esposa, así también esta hermana, además del cielo eterno, posee un segundo paraíso en el Santo Tabernáculo, en el cual halla todas sus delicias, y por el cual la vida religiosa, con todas sus dificultades y penitencias, no sólo se vuelve soportable, sino que se torna en una anticipada bienaventuranza. Y mientras que las otras pobres hermanas, privadas de este amor divino, sufren siempre distracciones hasta en la oración, y su pensamiento vuela de continuo lejos, muy lejos de Jesús, hacia los parientes y demás personas del mundo ó bien hacia sí mismas ó á ciertas misérrimas miserias, nuestra dichosísima amante de Jesús Sacramentado, hasta durante el trabajo experimenta santas distracciones; porque piensa en la Santa Comunión que hizo y en la que hará la mañana siguiente, y no viendo el momento de recibirla, procura anticiparse tan inefable consuelo. Para tal

objeto, toca el *teléfono divino*, ó bien encarga á su mismo Angel Custodio que le traiga luego á su Jesús, aunque sea furtivamente, de modo que ninguno lo note; se prepara por breves instantes, abre devotamente la boca, asoma un poco la lengua, y no bien haya recibido espiritualmente á Jesús, le abraza y le dice un *gracias* ardentísimo, un *¡perdón! oh Jesús mío*; y continúa después su trabajo con alegría, saboreando anticipadamente las inefables delicias que Dios ha preparado para los que le aman, *quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum. (1.º ad Corint. 2, 9).*

¿Quién más afortunada que un alma que cumpla á menudo y santamente? En ella verificase, ciertamente, la palabra de Jesús cuando dijo: El que come mi carne mora en mí, y Yo en él. *Qui manducat meam carnem in me manet et ego in illo (Joan, 6)*, ó lo que le hace decir al Abad Ruperto: Alimentaos con mi cuerpo, y seréis por gracia lo que Yo soy por naturaleza: *comedite et eritis vos gratia, quod ego sum natura*, conforme también á lo que Jesús mismo dijo á San Agustín: *Non ego in te, sed tu mutaberis in me (Lignori. Mon. Santu cap. 18, part. 4).*

Empero, para que todo esto suceda, es necesario que toda Comunión sea santa.

VI. *Preparación.* Dijo un día Jesús á Santa Margarita de Cortona: «Yo trato como me tratan». Tratad, pues, como lo merece, dice Avila, al hijo de la Virgen; puesto que, agrega Santa Teresa. Jesús no suele pagar mal el hospedaje, si le hacemos buena acogida.

El Decreto de Su Santidad Pío X (20 diciembre de 1905) tocante la Comuni6n cotidiana, dice claramente que aunque baste que el comulgante est6 vacio de pecados mortales con el prop6sito de no pecar jam6s en lo sucesivo (con el cual prop6sito sincero no puede dejar de suceder que los que comulgan cada d6a, se expediten de los pecados a6n veniales y del afecto 6 ellos), con todo, dice, claro que *m6ximamente conviene* que los que comulgan frecuente y diariamente est6n libres de los pecados veniales, al menos de los plenamente deliberados.

Ahora bien, si esto es sobremanera *conveniente* 6 toda clase de personas, ¿qu6 se deber6 decir trat6ndose de Religiosas, exprofeso llamadas 6 la perfecci6n? En la pr6ctica, pues, hoy como siempre, deb6is exhortar 6 vuestras ni6as y 6 vosotras mismas, 6 hacer guerra continua 6 los pecados veniales deliberados, como digna preparaci6n para la santa Comuni6n frecuente.

No basta a6n. El mencionado Decreto exige, adem6s, la *recta intenci6n*; esto es, que el que se acerque 6 la Sagrada Mesa, no lo haga *por rutina, vanidad 6 humanos motivos*, sino para satisfacer al benepl6cito de Dios, unirse 6 El m6s estrechamente por la caridad; y ocurrir con esa medicina 6 sus enfermedades y defectos. N6tese bien que esta *recta intenci6n* no s6lo es de consejo, sino *absolutamente necesaria*. Examinad pues; 1.º, si por desgracia comulgaseis *por rutina*, sin cuidado, sin intenci6n fija, y sin esperar ni desear fruto alguno; 2.º, *por vanidad*, por

ejemplo, para conquistar el afecto ó la estimación, el aprecio, la protección de los superiores y confesores; 3.º, *por otros humanos motivos*, ex. gracia, por intereses terrenales, para hacerse acreedoras á algún empleo ó cargo, etc.

Además de las tres conclusiones *exclusivas*, pensad sobre si poseéis las otras tres *conjuntivas* ó *exigidas* para la frecuente y diaria Comunión; 1.ª, conligar para el agrado de Jesús y para la gloria de Dios; 2.ª, para unirnos más á El en caridad, ó por caridad, ó con caridad; 3.ª, para remediar la flaqueza y defectos del alma.

Nótese aún, que las tres intenciones *exclusivas* reprobadas por el Decreto, se han de entender perpetuas, y han de acompañar á toda Comunión. En cuanto á las tres intenciones *recomendadas* (exigidas), deben influir en la acción de un modo eficaz, no deben mezclarse con las malas intenciones; y deben acompañar toda Comunión, por cuanto es posible, las tres juntas, según parece exigir la conjunción *y (et)* del Decreto.

Se narra en el Génesis (*Cap. 41, 18, seq.*) que Faraón vió en un sueño siete vacas muy gordas y hermosas fuera de toda ponderación, que pastaban en la orilla del Nilo; y después otras siete tan feas y macilentas, como nunca se habían visto semejantes en Egipto; las cuales, devorando y consumiendo las primeras, no dieron señales de saciarse, sino que quedaron flacas y demacradas como antes. El Nilo, del cual venía la fertilidad ó esterilidad de Egipto, es figura de la Santísima Eucaristía. Las vacas gordas simbolizan las almas.

que, preparándose santamente para la Comunión, sacan de ahí cada vez un copioso incremento espiritual; mientras que las flacas nos recuerdan las otras almas que, aún comulgando todos los días, están siempre más feas y demacradas, porque tienen interiormente algún humor maligno, algún vicio orgánico de afección morbosa, de soberbia, de antipatía deliberada, etc., que no quieren apartar de sí. Ah, *parate viam Domini*, (Is. 40, 3). Preparad bien los caminos á Jesús Sacramentado. Cuando te sentares á comer con un príncipe, dice el Eclesiástico, repara con atención lo que te ponen delante. (23, 1).

Para tranquilidad de las que dicen que no tienen tiempo suficiente para prepararse á la Santa Comunión, diré que la meditación que precede, es *óptima preparación inmediata* para ello. El que va á comulgar debe conservar el mismo espíritu que ha tenido en la oración ó meditación precedente. No hay necesidad de buscar nuevas meditaciones, nuevos pensamientos, afectos y resoluciones, sino que basta dirigir los mismos pensamientos, afectos y resoluciones á la Santa Comunión que se va á recibir. Recordad siempre: 1.º, que hemos de tratar con un Dios, que es la misma bondad y misericordia; 2.º, que la Comunión es *un remedio*, no ya *un premio*.

Muévanos el ejemplo de Santa Gertrudis.

Todas sus acciones de la mañana, antes de comulgar, las ofrecía á Jesús para que sirvieran como de preparación próxima; y las otras que seguían á la Comunión, las ofrecía en acción de gracias por tan inestimable beneficio.

Aconteció una vez que, estando ya para ir á comulgar, se sintió asaltado el corazón por una fuerte pena.—¡Ay de mí, se decía á sí misma, he aquí que tu Esposo te llama, y aún no estás adornada con las prendas que tanto le agradan!..—Pero no se desalentó. Al contrario, humillándose profundamente por la propia indignidad, y poniendo toda su confianza en la infinita bondad de Jesús, añadió:—Pero, ¿por qué deberé diferir la Comunión? Aun teniendo á mi disposición mil años para prepararme, nunca lo podría hacer de una manera digna!.. ¡Me acercaré, pues, con humildad y confianza, y estoy cierta de que, cuando mi dulce Salvador me vea desde lejos, movido por su propio amor, será tan poderoso como para enviarme las prendas de que tanto necesito!

Se acercó, en efecto, enteramente penetrada de estos sentimientos, y vió á Nuestro Señor con el rostro todo lleno de misericordia; y en una simbólica visión se encontró revestida de una túnica de color violáceo, figura de la humildad; con un adorno verde, símbolo de la esperanza, con piedras preciosas, que simbolizaban la alegría de Jesucristo cuando penetra en un corazón enteramente suyo. Y así, adornada, se presentó con toda confianza al Rey de los reyes.

Nárrase de la Beata Margarita María Alacoque, que ardiendo un día en deseos de recibir á Jesús, le dijo: Señor mío, enseñadme lo que queréis que yo os diga para bien prepararme.—No me dirás sino esto, contestóle Jesús:—«¡Dios mío, mi único y mi todo: Vos sois todo para mí y yo

soy toda para Vos!”—“Estas palabras te defende-  
rán de toda clase de tentación, y suplirán todos  
los actos que quisieras hacer antes de la Comunión.”

San Juan Crisóstomo al ir á comulgar se figu-  
raba de acercar los labios al Costado de Jesús, á  
fin de recibir con más abundancia esa Preciosísi-  
ma Sangre.

San Francisco de Borja recogíase dentro de  
las llagas del Redentor, cual ovejita perdida dentro  
el redil de su Divino Pastor.

Otros Santos imaginábanse de estar junto á la  
Cruz sobre el Calvario, para recibir sobre su ca-  
beza ese diluvio de Sangre que Jesús derramó  
por nuestro bien.

Otros, figurándose desde la noche antecedente  
de oír las palabras del Profeta Isaías al Rey Ece-  
quies: Dispón de las cosas de tu casa, porque vas  
á morir y estás al fin de tu vida (*Isai. 38. 1*),  
gritan con temor, fe, y amor á su Jesús: Ven  
pronto, Jesús mío, pues sin comunión no oso pre-  
sentarme á tu terrible juicio: *Veni, Domine Jesu,  
Veni. (Apoc. 22, 20).* †

Otros suponían de tomar parte en la última  
Cena hincados entre San Pedro y San Juan, y,  
armados de la fe del primero y del amor del se-  
gundo, que reclinó su cabeza sobre el corazón de  
su Dios, recibían la Comunión de las mismas  
manos de Jesús.

† Optima preparación para la Comunión sacra-  
mental es la *espiritual*, que todas las almas fer-  
vorosas hacen á menudo durante el día, y especial-  
mente al entrar y salir de la Iglesia; durante las

sagradas funciones, al principio, á la mitad y al fin de cada Visita, y durante la santa Misa. La Comunión espiritual es más apta para despertar en nuestro corazón uu hambre santo de la Comunión sacramental; *hambre* que es indispensable para que nuestra alma coseche los preciosos frutos que la Comunión encierra; pues, como escribió Gersón: en este sagrado Convite no se hartarán sino los hambrientos: *non saturantur nisi famelici*; ó como cantó estupendamente María Santísima: *Esurientes implevit bonis*. (Luc. 1, 55). Dios colmó de bienes á los hambrientos.

Es, además, necesario que para comulgar tengamos un ardentísimo deseo de unirnos á Aquel que en la Institución de la Santísima Encaristía dijo á los apóstoles:-- Ardientemente he deseado comer este Cordero pascual con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pasca manducare vobisum*. (Luc. 22, 15). Bien venga, pues, la Comunión espiritual, y que sea ferventísima siempre, máxime al aproximarse la Comunión sacramental, de manera que el alma pueda con verdad decir al Señor con David: Como brama el sediente ciervo por las fuentes de agua, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad Te, Deus*. (Ps. 41, 1).

En esta Comunión espiritual pidamos á Jesús, por intercesión de María, una gran humildad y pureza de alma... San José de Arimatea era un hombre muy rico: *vir dives* (Matt. 27, 57) y á buen seguro que su casa estaba provista de blanca y

fin lencería; pero para dar sepultura al Cuerpo de Jesús, que fué figura de la Santa Comuni6n, dice San Marcos que compr6 una sávana nueva y limpia: *mercatus Sindonem* (Marc. 15, 46) que no hubiese servido para otros: *involvit illud in Sindone munda.* (Matt. 27, 59).

S. Beda el Venerable, explicando estas palabras, dice: envuelve á Jesús en una sávana limpia aquel que lo recibe en un alma pura: *Ille in Sindone munda involvit Jesum, qui pura mente eum suscepit.* Y tendrá el alma pura la que se humillare de veras, repitiendo con el profeta Jeremías:—¿Quién dará agua á mi cabeza y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche la muerte que he dado tantas veces á mi Jesús con mis pecados? (*Ex. Cap. 9, 1*); ó con el Hijo pródigo: ¡Padre mío, yo he pecado contra el Cielo y contra Ti; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo! (*Luc. 15, 21*); ó con el leproso del Evangelio: ¡Señor, si tú quieres puedes curarme! (*Luc. 5, 12*); ó bien con las hermanas de Lázaro:—¡Señor, mira que aquella á quien amas está enferma! *Ecce quem amas infirmatur* (*Juan 11, 3*); ó con San Pedro:—¡Apártate de mí, Señor, que soy nua gran pecadora! *esci, a me, quia homo peccator sum, Domine* (*Luc. 5, 8*); ó finalmente con San Juan Bantista:—¡Oh, Jesús, yo no soy digna de desatar la correa de tu zapato! (*Joan. 1, 27*).

¿Cuál será aquella Religiosa que teniendo bien presentes sus pecados no obedezca exactamente al mandato de Jesús que le dice: Si al tiempo de presentar tu ofrenda al Altar (en la Comuni6n)

allí te acuerdas que tu hermana tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del Altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermana, y después volverás á presentar tu ofrenda. (*Matt. 5, 23, et seq.*)

Humillémonos de veras, y entonces ya no nos acobardaremos por nuestra indignidad, porque Jesús es infinitamente más bueno y misericordioso de lo que nosotros seamos malos y miserables: *O res mirabilis, manducat Dominum, pauper, servus et humilis.* (*Himno del Santísimo Sacramento*).

Servirá potentemente para la preparación inmediata el imaginarnos que María Santísima, ó bien San José, cediéndonos por una temporadita á Jesús, nos lo coloquen dulcemente en los brazos, no sin recomendarnos el tratarlo delicadamente y agasajarlo del mejor modo posible.

La Santa Comunión, solía decir nuestro santito don Andrés Beltrami, debe ser para nosotros el *Sacramento milagroso*. Y cuando no produce milagros en nosotros, es indicio de que no hemos hecho con los debidos requisitos la preparación y haciimiento de gracias.

A la verdad, este mismo Jesús, á quien solemos recibir cotidianamente, extendiendo la mano tocó al leproso, diciendo: Quiero; ¡queda limpio! Y al instante quedó curado de su lepra (*Matt. 8, 3*); miró á la mujer enferma hacía doce años, y le dijo: ten confianza, ¡tu fe te ha curado! y desde aqnel punto quedó curada la mujer (*Matt. 3, 22*); á ese muchacho poseído del espíritu maligno que le hacía quedar mudo y lo atormentaba horrible-

mente, lo libró á ruegos de su padre bañado en lágrimas (*Matt. 9, 16, etc.*); á la suegra de San Pedro que se hallaba con una gran calentura *tenebatur magnis febribus*, la curó instantáneamente (*Luc. 4, 38*); á la hija de Jairo, jefe de la Sinagoga, que había muerto á la edad de doce años, tomándola de la mano, le dijo: *Talitha cumi*: muchacha, levántate, ¡yo te lo mando! E inmediatamente se puso en pie la muchacha, y echó á andar (*Marc. 5, 35, etc.*); al ciego de Betsaida púsole las manos, echóle saliva en los ojos, y le dió la vista (*Marc. 8, 23*); al ciego de nacimiento dió la vista aplicándole sobre los ojos barro formado con su saliva divina (*Joan, 9, 1, et seq.*), etc. etc. Pasando por alto sobre la resurrección de Lázaro, y tantísimos otros milagros, diremos: si con sólo mirar ó tocar de la mano, ó con un acto de su voluntad, hizo tantos milagros, ¿qué no hará con nosotros, si recibimos con fe en nuestro corazón todo su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad? Con una Comunión bien hecha Jesús puede hacernos santos.

VII. *Hacimiento de gracias.* Nuestro Señor Jesucristo, acto seguido después de la Institución de la Santísima Eucaristía, recitó un cántico con sus Apóstoles antes de salir del Cenáculo, *et himno dicto exierunt in montem Oliveti* (*Matt. 26, 30*). De este modo, dice San Juan Crisóstomo, Jesús nos ha enseñado con el ejemplo que, así como después de la refección corporal debemos agradecer á la Divina Providencia, así con mayor razón debemos darle gracias después de la santa

Comunión, en el cual El alimenta nuestras almas con su mismo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. De ahí la costumbre que tiene la Iglesia de coronar la Misa con el *Postcommunio* y de rezar *Sexta y Nona* después de acabada la Misa.

Dicen los Teólogos que la Santa Comunión produce mayores gracias en el alma mientras perduran las Especies sacramentales, siempre que el alma esté en gracia de Dios, y continúe disponiéndose con nuevos actos de virtud que se llaman entonces *teándricos*, puesto que nuestro corazón está en esos momentos unido al Corazón de Jesús Sacramentado, Dios y Hombre verdadero. El manjar material, después de entrado en nuestro cuerpo, sigue obrando sus buenos efectos en proporción de la disposición del cuerpo mismo. Lo propio produce en el alma el manjar eucarístico, con tal que ella no tenga impedimentos voluntarios.

Es, pues, el tiempo de negociar, dice Santa Teresa, el que sigue inmediatamente á la Comunión. ¡No desperdiciemos ni un segundo de este tiempo tan precioso!

Al recibir á nuestra vida Jesús Sacramentado, invitémosle y hagámosle dulce violencia para que quiera penetrar en lo más recóndito de nuestro corazón, á fin de curar nuestro amor propio desde sus más profundas raíces.

Si llegase á visitarnos una persona desconocida y sin recomendación alguna, puede que nos limitásemos á darle audiencia tan sólo en el atrio ó en el patio de casa; pero si tal persona fuese un grande amigo nuestro, un bienhechor, un pariente,

máxime si fuese él nuestro hermano ó nuestro mismo carísimo papá, ¡ah! entonces no solamente lo recibiríamos en la sala, sino que sin más ni más lo introduciríamos al interior de la casa; y si hubiera venido de lejos, lo haríamos pasar inmediatamente al refectorio, para tratarlo con confianza y obsequiarlo del mejor modo posible.—Pues bien, Jesús Sacramentado, en la Santa Comunión, viene en calidad de nuestro amigo, de Hermano, de Esposo y de Padre... ¡y qué Padre!.. ¡Viene de lejos, muy lejos! y *¡tiene hambre!* No debemos, pues, contentarnos con cuatro palabras frías y ordinarias, y dejarlo después sin casi despedirnos de El, ni pedirle la bendición... Y dejarlo allí, en el patio, fuera de las puertas de nuestro corazón ¡no, jamás! sino que debemos hacerlo entrar hasta lo más íntimo, prepararle los manjares más exquisitos y que El más apetece. Hemos de tener presente que, aunque Jesús se nos da en la Sagrada Mesa todo á sí mismo en manjar, con eso y todo, como dice la palabra *Comunión*, El quiere que también nosotros le preparemos la comida. Nuestros actos de adoración, de humildad, de amor, de propósito, de resoluciones generosas, etc., son los manjares que Jesús ardentísimamente desea en esta eucarística *Mesa común*.

Pensemos un momento cual sea la virtud que Jesús está buscando inútilmente desde tanto tiempo en nuestro corazón, y prometámosle hacer luego todos los esfuerzos, mediante su santa gracia, para practicarla de veras y ofrecérsela cada día. Oigamos la dulcísima voz de nuestro Esposo, que

nos está diciendo desde el fondo del corazón: **Dime pronto, amiga mía: *quid tibi vis faciam?* (Luc. 18, 41). ¿Qué quieres que te haga? *Postula quod vis ut faciam tibi.* (4, Reg. 2, 9). Pide lo que quieres que yo haga por ti. ¡Haz pronto, pues el tiempo vuela! *Adhuc modicum tempus vobiscum sum.* (Joan, 7, 33). Todavía estaré contigo un poco de tiempo. *Me autem non semper habetis.* (Matt. 26, 11). A Mi no me tienes siempre. *Dilata os tuum et implebo illud.* (Ps. 80, 11). Abre bien tu boca, que yo te saciaré plenamente.**

No es, pues, necesario que os sirváis de libros para dar gracias. Al contrario, puede que á veces os impidan el negociar con más ganancia en esos momentos de Paraíso. ¡La hija no usa el libro para hablar con su papá!

Decidle, con el corazón en los labios: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum.* (Pr. 3, 4). Me encontré al que adora mi alma: asíle, y no le soltaré hasta que me haya bendecido. Mas ¿cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud (es decir, le ofreceré esta misma Comunión), é invocaré el Nombre del Señor. (Ps. 115, 12). ¡Oh, tratadle bien! os repetiré con el Padre Maestro Avila, mirad que es Hijo de buenos Padres: el Padre Eterno y María Santísima.

Dicen Cayetano, Suárez y otros teólogos, que mientras perduran en nosotros las Especies sacramentales, crece en nosotros la gracia y el amor divino en razón directa de la unión de nuestro corazón con Jesús. Todos los actos buenos que

en ese entonces hacemos, no sólo son meritorios *ex opere operantis*, sino también *ex opere operato*; pues, como ya dijimos, son actos teándricos.

Aprovechaos, pues, con santo esmero, de esos momentos de Paraíso.

VIII. Concluyo este dulcísimo tema, haciendo ardientes votos para que se aumente cada vez más en nuestros corazones el amor hacia la Sagrada Comunión, y, por ende, crezca la delicadeza en el modo de prepararnos para recibirle cotidianamente, á fin de que Jesús se complazca en haber sembrado la tierra de Casas Religiosas, formándose así tantos pequeños paraísos cuantos son los corazones de sus afortunadas Esposas. ¡Oh, la frecuente comunión! ¿Quién podrá ponderar la milésima parte de sus ubérrimos frutos? Ella es la que trueca las duras piedras en hijos de Abraham, y los desiertos y los valles de las espinas en floridos jardines. *Fons de domo Domini egredietur et irrigabit torrentem spinarum.* (Joel. 3, 18).

Y si en este siglo de tanta anemia espiritual y corrupción, hallamos todavía tantas vocaciones religiosas, lo debemos, casi diría exclusivamente, á la frecuente comunión.

Los institutos religiosos que, por su desgracia, no quieren admitirla, deberán resignarse á volverse tísicos y morir precozmente por falta de vocaciones.

Ella es el riego cotidiano que deriva de la mística Piedra (Jesús Eucarístico) que hace germinar y rejuvenecer los lirios en nuestros jardines

(los colegios y las casas religiosas). Y es cabalmente entre estos lirios donde corre á apacentarse y recrearse el Cordero Divino, el Esposo de las almas: *descendit in hortum suum ut pascatur in hortis et lilia colligat.* (Cant. 6, 1). Entonces es cuando este Divino Esposo hace resonar en el corazón de la que frecuentemente comulga, la encantadora invitación: escucha, oh hija, y considera y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre: *audi, filia, et vide et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui.* Y el Rey se enamorará más de tu belleza, porque El es el Señor Dios tuyo. *Et concupiscet Rex decorem tuum: quoniam ipse est Dominus Deus tuus.* (Ps. 44, 10 et seq.) El mundo es falaz. Su poder es frágil caña; sus riquezas un poco de humo; sus placeres son cual traidores escollos, donde la virtud naufraga del todo. Sal de tu tierra y de tu parentela... y ven á la tierra que yo te mostraré: *Egrederere de terra tua, et de cognatione tua, et veni in terram quam monstrabo tibi.* (Gen. 12, 1). Esta tierra prometida es la casa religiosa, el jardín de los elegidos, donde el hermoso lirio, trasplautado y bien cuidado, despedirá fragancia anticipada de Paraíso. En una palabra, fruto de la Comunión frecuente es á menudo *la vocación religiosa, la cual después del Bautismo es la gracia más bella que Dios pueda hacer á un alma.*

Y nótese que esta gracia la alcanza por medio de la frecuente Comnión, hasta esa niña que ya haya sido, por desgracia, enemiga de Dios.

“Con todo, dice el Señor, yo la acariciaré y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón (*Osea. 2, 14*); daréle viñadores para que la cultiven; y quitaré de su boca los nombres de Baalim (del mundo), ni volverá á acordarse más de los nombres de su ídolos (17)— y la desposaré conmigo para siempre; y la desposaré conmigo mediante la santidad y el juicio, y mediante la misericordia y la clemencia... y conocerá que yo soy el Señor, ¡Oh religiosas! ¡oh esposas mías! llamad... á vuestra hermana: *La que ha alcanzado misericordia: Dicite... sorori vestrae: misericordiam consecuta. (ibid. 1).*

De consiguiente... ¡santas y frecuentes comuniones! Es éste el consejo de don Bosco, del Venerable Cottolengo y de tantísimos otros santos que nos recuerda el piadoso Frassinetti, quien, en sus escritos anteriores al Decreto de Su Santidad Pío X, tuvo ya el alcance de hacernos observar que ni aún la imposibilidad de poderse confesar cada ocho días (en la que pueda una hallarse á causa de la escasez de confesores) podrá impedir la Comunión cotidiana; porque en tal caso bastará que el confesor pueda oírnos cada quince ó veinte días, ó aun una sola vez al mes, como dice muy claro el Concilio de Trento en el Reglamento de las Monjas. (Léase la Moral. Disertación sobre la confesión).

Mas Nnuestro Santo Padre Pío X, finalmente, por medio del ya citado Decreto, nos ha quitado todo obstáculo, toda excusa, todo pretexto para no comulgar cada día.

*Unus ergo sit noster dolor: hac esca privari: no tengamos, pues, otra mayor pena ni dolor más vivo, que este de no poder comulgar frecuentemente. (San Juan Crisóstomo).*

Cada mañana, al abrirse la portezuela del Santo Sagrario, imaginaos que se os abre la puerta del Cielo, y que los Angeles del Santísimo están clamando: — «¡Oh Vírgenes del Señor, preparad vuestras lámparas! ¡mirad que viene el Esposo; salidle al encuentro! *Ecce Sponsus venit, erite obviam Ei. (Matt. 25, 6).*

¡Ay de las vírgenes necias, que, descuidando la Comunión frecuente se hallaren, cuando la llegada del Esposo, desprovistas del aceite del santo amor!

Agregaremos, al terminar, un caso de conciencia.

Una Superiora que nota que alguna Hermana no cumple con las Comuniones de regla, ¿tiene derecho de mandarle tal cumplimiento?

R. Sí y no.—Tratándose de una que otra comunión de regla, dejada *accidentalmente*, no hay tal derecho. Y el motivo es que toda Comunión exige ciertas disposiciones interiores, sobre las que juzgan la conciencia y el confesor.—En otros términos, necesitándose el estado de gracia, el deseo de observar la regla no dispensa de esta condición esencial.

Ahora bien, puede darse el caso de que una religiosa se crea en pecado mortal, y, por lo tanto, no puede comulgar; y como á los Superiores no les es permitido obligar á sus subalternos ó manifestarles

su conciencia, se sigue que no le es lícito preguntar á tal religiosa por qué omite *accidentalmente* la Comunión.

Por lo contrario, si se trata de una omisión *habitual* de Comuniones de regla, la Superiora puede intervenir recordando las Constituciones. Desde el momento que la religiosa comulga alguna vez, se supone que tenga las condiciones esenciales y, por ende, el estado de gracia. Al entrar en el Instituto, la religiosa se compromete á observar todas las Reglas, sin excluir la que respecta las comuniones; y aún dado que la Comunión frecuente requiera mayores esfuerzos, éstos están ya implícitamente aceptados en la misma aceptación de las Reglas en general; y como todo esto es algo de *exterior* y se identifica con la observancia de la Regla, la Superiora puede y hasta debe ocuparse de ello, como de cualquier otro punto de regla.

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XX

### VISITA AL SANTÍSIMO

*Quid est homo quod memor es  
ejus? aut filius hominis quoniam  
visitas eum?*

*¿Qué es el hombre para que tú te  
acuerdes de él?—¿O qué es el hijo  
del hombre, para que vengas á vi-  
sitarle?*

(Ps. 8, 4).

Confío que esta Conferencia será ventajosa para los que la leyeren, y aún con más razón, para quien la escribe. ¡Dios lo quiera!

I. Persuadíos desde ahora, buenas hermanas, que la visita al Santísimo Sacramento (se entiende la frecuente y fervorosa) es para todas vosotras un sagrado deber. En efecto: Jesús quiere hacer compañía día y noche y continuamente; pero también quiere El gozar de la compañía de cada una de vosotras. ¡Nada más justo!

He aquí que yo estaré con vosotros, El nos dice, no por un día ni por un año, sino hasta la consumación de los siglos. (*Math. 28, 20*). Mas si nosotros no vamos á El, no estará El con nosotros; y daremos así en tierra con todas las medidas y planes de su Sacratísimo Corazón.

Jesús os hace sumo honor habitando bajo vuestro mismo techo; y bien podréis repetirle á cada instante: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus*. Tú has honrado sobremanera á tus amigas. (*Salmo 138, 16*). Con justicia, pues, exige El de vos-

otras, que vayáis á menudo á figurar en la guardia de honor que en derredor del Altar le hacen los Angeles.

Jesús es el verdadero Manuel, es decir, *Dios con nosotros*, un Dios perfectísimo, infinitamente hermoso, sabio, bueno, misericordioso, etc. Pero esta soberana belleza no quiere quedarse desconocida, y busca ojos que la contemplen; esta soberana verdad no quiere ser ignorada: quiere almas que se dejen iluminar de sus rayos; esta soberana bondad y misericordia no quiere quedarse en sí misma, y por este motivo va en busca de corazones que se dejen abrasar en su amor santo: *O admirabile commercium!*

Jesús está allí todo ojos para mirar nuestras necesidades, y todo corazón para aliviárnoslas. ¿Por qué, pues, no corremos á menudo á sus plantas los que nos sentimos tan endeble y miserables?

El principal y más agudo dolor que experimentó nuestro primer padre Adán, después del fatalísimo pecado, debió de ser el no poder más hablar con Dios, como antes lo bacía, al aire después de mediodía: *ad auram post meridiem* (*Gen. 3, 8*) en el Paraíso terrenal.

Mas á nosotros cabe esa dicha que antes tenía Adán, pues no sólo podemos decir que Jesús fué visto en la tierra y conversó con los hombres: *in terris virus est, et cum hominibus conversatus est* (*Baruch. 3, 38*), sino que nos es dado poder conversar con El familiarmente, y á nuestras anchas, porque El se digna morar continuamente en nuestra misma Casa.

Antiguamente se solía decir:—el hombre es de Dios—mas ahora podemos, con derecho, agregar:— ¡Dios es del hombre!—*O Emmanuel!*

II. Pero algunas tal vez me dirán: Y ¿por qué deberé ir á visitar tan á menudo á Jesús, si no sé qué decirle?—*Aquí está Juan*, decía á Jesús ese buen aldeano, cuando iba á visitarlo, y, dicho esto, esperaba que Jesús le respondiese, le ayudase, le consolase. Imitad, á ese afortunado Juan. ¿No sabéis qué decirle? ¿Y no hay acaso libros *ad hoc*, como por ejemplo: las preciosas visitas de San Alfonso? Además, ¿cuándo se ha oído decir que para hablar con papá ó con mamá, haya sido necesario servirse de libros? Ahora bien, ¿nunca se hallará un padre y una madre tan buenos como Jesús! Esta verdad es clara como el sol.

Otra podrá añadir: Yo soy una pobre hija muy débil, iguorante y pecadora: ¿cómo es posible que me soporte el Señor en su presencia?

Le responderé que si el Señor se complace en ver postrados ante su acatamiento á los Angeles y á los sacerdotes, con todo forman también sus delicias los corazones de las mujeres y de las niñas, máxime si éstas son religiosas, sus esposas, aún cuando débiles y pecadoras.

Allá en el templo de Salomón, ante el Tabernáculo (que no era sino la figura del nuestro), quiso Dios que hubiese un asilo ó colegio para las Vírgenes dedicadas á la oración y al cuidado del mismo Tabernáculo. Allá fué educada nuestra Madre María Auxiliadora desde los tres hasta los quin-

ce años de su edad, bajo la dirección de Ana la profetisa. Esta anciana, que había pasado en el templo la mayor parte de su vida, siendo ya octogenaria nunca lo abandonó, sirviendo al Señor en el ayuno y en continua oración.

Dicen, además, los libros santos, que cuando el sacrílego Heliodoro penetró en el templo para saquearlo, unas cuantas de entre las Vírgenes que vivían, corrieron, llorando, al sumo sacerdote Onías. (2 Macab. 13, 19).

Finalmente, la Santa Biblia nos asegura que desde el momento que por orden del Señor fué edificado el Tabernáculo en el desierto, *mulieres excubabant in ostio Tabernaculi*: las mujeres bácia la vela en la puerta del Tabernáculo (*Exod. 38, 8*), es decir, que había piadosas mujeres que por orden de Dios, en determinadas horas del día iban en cuerpo á hacer oración á la entrada del Tabernáculo, y se ocupaban, al mismo tiempo, en lo que ocurría, y según lo que exigía la necesidad, en el servicio del mismo Tabernáculo, en los oficios convenientes á su sexo. Tales mujeres piadosas eran, precisamente, una figura de las religiosas de nuestros días. Parece que la misma hermana de Moisés, María, ella también profetisa y virgen, haya sido la primera fundadora. Las religiosas, dice Cornelio á Lápide, pueden, con razón, hacer derivar de ella su origen y antigüedad.

Ahora bien, yo pienso que se pueda suponer que entre esas piadosas mujeres haya habido también algunas débiles, ignorantes y pecadoras; y por tanto... ¡dejemos todo temor!

Sabemos, además, por el Santo Evangelio, que allá sobre el Calvario estaban las piadosas mujeres observando en qué lugar José de Arimatea, Nicodemus y los demás, colocaban el Divino Cuerpo de Jesús: *aspiciebant ubi poneretur* (Marc. 15, 47; Luc. 23, 55); y más tarde, tornando al monumento, desahogaron su corazón llorando á su Señor: *mulieres stantes ad monumentum lamentabantur, fleutes Dominum.* (Ant. de Laud. in Sab. Sancto).

Y aun en estos tiempos, ¡cuántas mujeres piadosas no imitan á aquellas del Evangelio, observando con ojo de santa envidia á los Sacerdotes cuando transportan de un lugar á otro á Nuestro Señor Sacramentado, para ir en seguida como á hartadillas á derramar su corazón ante su Divino Prisionero, no bien todos los demás lo hayan dejado solo! ¿Si será verdad que hay religiosas que se dejan vencer por unas seglares?

¡Ah! ¡no os olvidéis, mis buenas hermanas, que una de las espinas más agudas que laceran el Sagrado Corazón de Jesús, es, según El mismo lo manifestó á la Beata Margarita María Alacoque, la glacial indiferencia de corazones á El consagrados!

¡Pobre Jesús! En el momento mismo en que la mano sacerdotal lo cierra en el Santo Sagrario, nos parece oír á los Angeles repetir gimiendo: *Et sepultus est!!*

Alguna que otra vez, es cierto, irradia luz y gloria ese Sagrario, por ejemplo, cuando la Exposición solemne; y entonces puédesse decir de Jesús:

*et erit sepulcrum ejus gloriosum (Isai. 11, 10)*; pero esa gloria es tan sólo accidental, y, excepción hecha de ciertas Iglesias privilegiadas que mantienen la *Adoración perpetua*, apenas si el Santo Sagrario está alumbrado por una pequeña lámpara, muy semejante á la que está prendida junto á un féretro.

¡Pobre Jesús! ó mejor dicho, ¡pobres de nosotros que dejamos solito al que es nuestra vida, nuestra felicidad, nuestro todo!

Inefable pena causa á los Santos este abandono. La Beata Margarita de los Angeles (en Holanda, siglo xvii), pidió y obtuvo de Jesús, que su propio cuerpo, después de muerto, se convirtiera en aceite, para alimentar la lámpara del Santísimo Sacramento; ¡tan grande era el deseo que ella tenía de acompañarlo día y noche en su morada eucarística!

III. Es de considerar aún, que el Señor quiere que lo visiten frecuentemente, no sólo para quedar El consolado y para aumento de su gloria extrínseca, sino también de un modo especial y principal para proveer á nuestras innumerables necesidades.

*Bonus est Dominus animae quaerenti illum. (Thren. 3, 25)*. Bueno es el Señor para los que esperan en El, para las almas que le buscan.

¿Os recordáis aún lo que tantas veces he repetido en los sermones, con relación al bello jardín del alma? Lo repito una vez más. Para sostener nuestro cuerpo bajamos varias veces cada día al refectorio. Pero es tan grande nuestra flaqueza, que

frecuentemente entre una refección y otra nos sentimos languidecer, ya por un fuerte dolor de cabeza, ya por dificultad de respirar ó por una afeción al corazón, etc.

¿Qué se hace en tales casos? Si podemos salir, y si la casa tiene un jardín anexo, nos trasladamos luego ahí para respirar el aire libre y balsámico; y de este modo nos sentimos bien pronto aliviados, cuando no desaparezca como por encanto todo malestar.

Haced de ello la aplicación á vuestra alma. Su refectorio está continuamente preparado en la balaustrada, como lo está el del sacerdote en el mismo altar.

Regularmente comulgamos todos los días; pero he aquí que antes de ponerse el sol nos sentimos á veces acometidos por mil dolores de cabeza (vanidades, fautasías, soberbias, etc.) ó de corazón (tibiezas, euvidias, impaciencias, amor sensible, etc.) ¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? ¡Por buena suerte el alma posee también su jardín bellísimo y bien abastecido! Es la Iglesia, desde la balaustrada hasta la puerta. ¡Divino jardín de las almas, feliz quien te sabe visitar á menudo! Un corto paseo, un poco de ese aire balsámico que exhala continuamente el Tabernáculo, basta para que el alma torne á respirar libremente y se sienta con nuevo vigor, como para llevar cualquiera cruz que al Señor plazca mandarle.

¡Nunca olvidéis este hermoso jardín del alma! ¡que sea frecuentemente visitado este verdadero Paraíso terrenal! ¡Cuántas hermanas y niñas de am-

vos mundos me han asegurado que desde que comenzaron á frecuentar este incomparable jardín gozan de más robusta salud espiritual! ¡Oh! ¡de cuántos sé yo que deben su perseverancia en la vocación á la frecuente visita! ¿Por qué no haréis vosotras lo mismo? Todas debéis vivir de santo amor, porque eso de obrar y trabajar sin amor de Dios, es un querer negociar á pura pérdida; y como no podríais vivir vida de amor sin acercaros á menudo al fuego del Tabernáculo, se colige que debe ser una realidad para cada una de vosotras la frecuente visita.

Algunas veces la obediencia os prohibirá quizás la entrada á ese ameno jardín: bien lo sé; pero si no os es dado entrar y entreteneros ahí por un buen espacio de tiempo, nadie os impedirá que en ciertos momentos difíciles, pasando cerca de la capilla abráis un poco la puerta y, asomando un tanto la cabeza, respiréis por un segundo ese aire vital del Tabernáculo, diciendo, por ejemplo, á Jesús: ¡Vida mía! socórreme, que ya no puedo más.

El sacerdote chileno D. Blas Cañas, de s. m., con el cual nos hemos varias veces carteadado, daba á sus religiosas de la Casa de María estos consejos: Las hermanas ocupadas en los oficios materiales, tendrán cuidado de suplir las visitas personales, enviando frecuentemente su corazón al Coro, y prosternándolo espiritualmente ante la portezuela del Tabernáculo, dirán á Jesús con gran fervor: «¡Oh, esposo mío! ya que no puedo ir en persona á postrarme en tu presencia y estrecharte entre mis brazos, te envío mi corazón; él te dirá

cuánto te amo y pienso en Ti. Sí, Jesús mío, tu hija te adora. Desde el Santo Tabernáculo, oculto me miras Tú. Te amo con todas mis fuerzas y te pido tu bendición para desempeñar mis deberes. Muy pronto iré á tu presencia: prepárame alguna gracia, pues yo sólo quiero vivir para Ti y serte fiel hasta la muerte».

Y agregaba: Siempre que paséis por las cercanías del Coro, ó bien diviséis la Capilla, haced algunos actos de amor á Jesús Sacramentado.

IV. Entendedlo de una vez, oh hermanas, que después de la Santa Comuni6n, la visita al Santísimo Sacramento es, entre todas, la devoci6n más sólida, más útil y más conforme á los fines é intenciones de Nnestro Señor Jesucristo. ¡Florezca, por lo tanto, este feliz jardín, con las vivas flores de vuestro corazón, que tanto agradan al Divino Esposo! Que cada una pueda decir con verdad: Mientras estaba el Rey sentado en su asiento (eucarístico), mi nardo precioso (el corazón) difundió su fragancia; *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suavitatis. (Cant. 1, 11)*. ¡Amaré al que es principio de todo bien, porque El me amó desde toda la eternidad y dió la vida por mí; y se quedó ahí todo entero para mi comida de vida eterna!

Nuestro D. Andrés Beltrami, solía pasar cuatro, cinco horas, y á veces gran parte de la noche, y hasta la noche entera, ante Jesús Sacramentado. — «Delante del Santísimo, él decía, las horas me parecen minutos». — El Augustísimo Misterio del Al-

tar ha sido siempre el imán de su corazón, el blanco de sus celestes amores.—Y ¿cómo pasaba ese tiempo tan precioso?—He aquí el cómo. Empleaba una hora en pedir á Jesús la virtud de la humildad; otra hora en pedir la santa Castidad, el amor á los sufrimientos y demás virtudes necesarias para su propia santificación. En seguida pasaba en reseñar las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia, las del Papa, de los Obispos, de sus padres y parientes, de los superiores, de las diversas Misiones Salesianas, las de cada Inspectoría, de cada Casa ó Colegio, de cada Director, las de las Hijas de María Auxiliadora, etc... y á veces, echando mano del Catálogo, suplicaba á Dios para que concediese á cada uno la Santa Perseverancia: ¡qué obras tan admirables produce el amor acendrado hacia el Santísimo Sacramento!

El Ven. José B. Cottolengo quería que en su *Piccola Casa* no se dejase nunca solo al Santísimo Sacramento, sino que siempre hubiese allí alguno que le tuviese *buena compañía*, y él mismo quería ser el primer *centinela* del Santo Tabernáculo. De este modo se estableció en esa Casa la *laus perennis*, que la convirtió en una ciudadela espiritual, no sólo para Turín, sino para todo el Piamonte.

Cualquier negocio ó viaje que tuviese que emprender, ó simplemente antes de salir de casa: *ante todo*, decía, *hay que reverenciar al Dueño*; y se iba derecho ante el Santísimo, donde se detenía en breve adoración.

Una santa religiosa del Venerable Cottolengo,

antes de ir á descansar pasaba ante el altar, se detenía un instante, y al despedirse decía con ardor inefable: —¡Buenas noches, Jesús mío!— ¡Ah! si todas la imitaseis, diciendo á menudo: ¡*Buenos días (ó buenas noches)*, Jesús mío! Jesús no se dejaría vencer en ternura. Y os repetiría al corazón, lo que contestó á esa afortunada hija: *Y para tí también, ¡buenas noches, hija mía!*

Al decirle vosotras, ¡buenos días, ó buenas noches! entenderéis augurarle que pase todo ese determinado tiempo, sin ser insultado y maltratado por ninguna culpa, ni en vuestra casa, ni en el mundo entero; y al devolveros Jesús su tierno saludo, querrá significaros que os protegerá, que acrecentará en vosotras la llama de su santo amor; que establecerá como una especie de celestial *teléfono* entre vuestro corazón y el Santo Tabernáculo, y que en breve tiempo os hará santas.

Así como un amigo, decía Santa María Magdalena de Pazzis, visita con frecuencia á su amigo, dándole los *buenos días* por la mañana, y las *buenas noches* por la tarde, y saludándolo muchas veces durante el día, así también vosotras visitad frecuentemente á Jesús Sacramentado, y en cada visita ofreced muchas veces su preciosísima Sangre al Eterno Padre; y ya veréis que haciéndolo así, aumentará vuestro amor maravillosamente.

En las casas religiosas, si fuese posible, deberían estar de continuo en torno de Jesús algunas almas fervorosas como otras tantas amantes mariposas; y su corazón debiera consumirse de amor

más que los cirios y la lámpara del altar. (*San Alfonso*).

¡Ah! ¡Jesús está siempre con nosotros y no pensamos en El! (el mismo).—Donde está tu tesoro, allí está tu corazón, dice la Eterna Palabra. (*Math. 6, 21*).

Por este motivo nuestro Ven. D. Bosco hubiera querido pasar su vida entera ante el Santísimo, si la voz del Cielo no lo hubiese llamado al trabajo para la salvación de las almas. Pero aun en esa tarea, él continuaba estando en espíritu delante de Jesús Sacramentado. El altar era para él, ora un Tabor donde parecía transfigurado, ora un Sinaí donde recibía sobrenaturales comunicaciones.

Del Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, narra San Alfonso que solía exclamar: ¡Ah! ¡es harto grande la dicha de los religiosos, quienes en sus mismas Casas pueden visitar, cuando les place, de día y de noche, á este gran Señor en el Santísimo Sacramento! ¡Tanta dicha no la poseen los seglares!—¡Y visitando, en efecto, día y noche á su Jesús, lloraba amargamente, viendo que el Tabernáculo del Rey de los reyes está desamparado, al paso que los palacios de los magnates de este mundo están rebosando de gente, que allí acude para cortejar á un mortal miserable!

¡Ah! ¿quién nos dará alas como de paloma para volar al Santo Tabernáculo y allí encontrar nuestro reposo? *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo et requiescam?* (*Psal. 54, 6*).

Las vocaciones religiosas despuntan en razón directa del número de Comuniones y Visitas san-

tamente hechas. Es entonces que Jesús dice al corazón feliz de sus siervas: Desamparad las ciudades, oh habitantes de Moab (el mundo); idós á vivir en la breña, é imitad la paloma que hace su nido en la hendidura más alta de la peña. (*Jeremías 48, 281*). *Dejad las ciudades*, donde no se ve sino la iniquidad y la contradicción. ¡Ah! ¡ellas día y noche son rodeadas de pecados como de murallas! ¡En ellas todo es soberbia é inmundicia, y guerra á Dios y á los hombres!

*Id á vivir en las breñas* (las casas religiosas), donde hay una roca viva, y esta roca soy Yo, Yo mismo: *Petra autem erat Christus* (1.<sup>a</sup> *Corint. 10, 4*).

Reposad sobre esta Piedra, y hallaréis como Jacob el cielo abierto, y viviréis en compañía de los Angeles.

*Imitad á la paloma*. ¡Venid á colgar á mi Santo Sagrario el nido de vuestros castísimos amores! La hendidura alta de la roca, es la herida de mi Corazón, vuestra puerta y refugio segurísimo.

Ea, pues, levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y vente.

*Surge, propera, amica mea, formosa mea, et veni* (*Cant. 2, 10*). *Surge*, levántate de tu pereza habitual y de tus miserias, pues yo aquí estoy para enriquecerte y llenarte de gracias. *Propera*, acércate sin tener miedo de mi Majestad, puesto que se há humillado en este Sacramento, precisamente para quitarte el temor y darte confianza. *Amica mea*, ya no eres mi enemiga, ¡porque tú me amas y Yo te amo! *Formosa mea*, mi gracia te ha

hermoseado. *Veni: ea*, ven con ilimitada confianza: entra.

Entra en esta arca de salvación y te hallarás un día, como por encanto, en la puerta del Paraíso.

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XXI

### VISITA AL SANTÍSIMO

(Continuación)

*Hospes eram, et non collegistis me.*

*Era peregrino y no me recogisteis. In carcere (eram) et non visitastis me.*

*Estaba encarcelado y no me visitasteis.*

(Math. 25, 43).

I. He sabido, con verdadero estupor, que en ciertos colegios se deja al Santísimo Sacramento sin una flor siquiera, mientras que á pocos pasos del Tabernáculo las imágenes de la Virgen, de San José y otros santos, tienen flores en abundancia.

¿Os parece razonable esa vuestra devoción? Y ¿dónde habéis aprendido que se deban honrar más las imágenes de los santos que al mismo Dios vivo y verdadero, quien está allí aprisionado por amor nuestro en el Santo Tabernáculo?

¡He visto yo mismo que en otros institutos las alumnas, entrando á la Iglesia, corrían derecho á una santa imagen, y no partían de allí sino después de algúu minuto, sin decir palabra alguna ni dar un saludo al Divino Prisionero, que desde el Santo Tabernáculo en vano suspiraba por una mirada de amor siquiera!

¡Da pena, ciertamente, tanta ignorancia en tales alumnas! Procurad disipar lo más pronto posible esa ignorancia con oportunas instrucciones.

Diréis, pues, á vuestras alumnas, poco más ó menos así:—Apenas entráis á la Iglesia, el primer saludo sea siempre dirigido á Jesús: La flor y nata de nuestros afectos sea siempre ofrecida al Santísimo Sacramento. Considérense los otros altares, por decirlo así, como un adorno del Altar del Santísimo Sacramento. Todas las devociones á los santos, comprendida la dulcísima de la Virgen, no son sino radios que van al centro, que es Jesús Sacramentado, siempre admirable en sus santos. Por consiguiente, ¡Jesús sobre todo!

Del Ven. José B. Cottolengo se lee que, viéndose como el altar de la Virgen estuviese de frente al del Santísimo, ordenó que cuando se exponía la Sagrada Hostia, la imagen de la Virgen fuese cubierta con un velo, á fin de que nadie diera la espalda al Divinísimo Sacramento para venerar á la Virgen.

II. Pero yo he visto con mis propios ojos una cosa todavía más extraña; ¡más desconsoladora! He visto la Iglesia ó Capilla desierta, los bancos desocupados durante las largas horas del día, en que el Divino Prisionero en vano daba aldabadas en la puerta de su prisión para hacerse oír.—*Ecco sto ad ostium*, decía, *et pulso*. (Apoc. 3, 20). Estoy á la puerta y llamo; ¡pero, ay de mí! ¡en vano golpeo! ¡en vano clamo! ¡en vano mando á mis ángeles á recoger un pequeño grupo de fieles adoradoras que me abran la puerta de su corazón para que entre ahí, y cene con ellas, y ellas conmigo, y así me consuelen del todo! Me fatigué en dar

voces; secóseme la garganta: *Laboravi clamans, raucae factae sunt fauces meae. (Ps. 68, 4). Sustinui... qui consolaretur et non inveni. (Salmo 68, 21).* ¡Esperé que alguien me consolase y no lo encontré!

Pero ¿por qué no serán todos los colegios católicos otros tantos jardines de flores vivas que vayan á porfía á derramar, sobre todo en tiempo de recreación, la fragancia del santo amor que tanto recrea y consuela al Prisionero del Santo Sagrario?

¡Semejante vacío en derredor del Santo Tabernáculo, además de ser muy desconsolador para Jesús, es harto fatal para nosotros! Cuando las damas de corte, los ministros y cortesanos hacen el vacío en derredor de un rey ó de un presidente de República, es clara señal que ya no le quieren y prefieren buscarse otro. Mas si nosotros hiciéramos el vacío alrededor de Jesús, ¿á dónde iremos á encontrar á otro Dios? *Ad quem ibimus. (Joan. 6, 69).* ¡Ah, El tendrá razón de disgustarse y hasta de abandonarnos! Y estar sin Jesús, ¿quién no lo sabe? es un cruel infierno anticipado: *Ecce sine Jesu, durus est infernus. (Kempis).*

III. Falta el tiempo, se me dice. Pero ¿por qué otros colegios saben hallar este tiempo?

¿Por qué para visitar ó recibir visitas de las criaturas tenemos siempre tiempo de sobra?.. Y eso que las tales visitas, además de robarnos mucho tiempo, no pocas veces son disgustosas, peligrosas y hasta dañosas al alma, como que son causa

de murmuraciones, de disipación y de un mal-estar espiritual notable.

Empero, las visitas á Jesús Sacramentado son todas muy saludables, consoladoras, santas.

Además, no se trata aquí de visitas... no se trata de visitas largas, sino de brevísimas, que por nada impiden dar al cuerpo el solaz necesario.

—Pero las niñas son muy traviesas y no es prudente dejarlas solas.—Claro está que no debéis nunca permitir que estén solas sin la asistencia debida; eso no obstante, si tenéis fuego en el corazón, bien sabréis hallar tiempo oportuno para visitar con algunas de ellas á Jesús. El amor es sobremanera ingenioso.

—Pero el Señor, replica otra, no sabrá qué hacer conmigo; ¡soy harto miserable!—¿Por qué, entonces, te habrá llamado á palacio? ¿Con qué fin habrá dicho: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos?* Venid á Mí todos los que andáis agobiados en trabajos y cargas, que yo os aliviaré? (*Math. 11, 28*). ¿Y que hasta encuentra sus delicias en habitar con los hijos de los hombres? Cabalmente porque eres miserable debes visitar á menudo á ese gran Dios, que con su santidad y potencia infinita, sabrá sacarte del abismo de toda miseria. El *venite ad me omnes*, lo ha prauunciado también para ti; y, aún más, quisiera verte siempre á sus pies. A Santa María Magdalena de Pazzis, ordenó El mismo que treinta y tres veces al día lo visitara. No te quejes, pues, si la tibieza te oprime, si la frialdad te causa la muerte. El fuego está allá. Fuego he traído á la

tierra, te dice Jesús, y ¿qué otra cosa quiero, sino que se encienda? *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur.* (Luc. 12, 49).

Su corazón es todo un horno de divinas llamas, cual lo vió la Beata Margarita María Alacoque, precisamente después de la Santa Comunión. Y San Wenceslao rey, de sus visitas nocturnas al Santísimo Sacramento salía tan inflamado, que el paje que le seguía, poniendo sus pies sobre las huellas del rey no sentía frío, por más que el suelo estuviese cubierto de hielo.

¿Será posible que los Angeles, también por vuestra causa, oh Religiosas, deban exclamar llorando: *in propria venit et sui Eum non receperunt?* (Joan. 1, 11); Jesús se quedó en el mundo, y el mundo no lo conoció; quiso entrar en su Casa, y sus Esposas no lo quisieron recibir.

IV. Jesús es médico, es medicina, es luz, es consuelo, es todo: *Deus meus et omnia*: mi Dios y mi todo, decía San Francisco de Asís. De consiguiente, ¡oh, almas tibias! ¡oh, almas frías! acercaos al fuego; ¡oh, enfermas del alma! una sola mirada suya puede sanaros; ¡oh, almas hambrientas! Él es el verdadero árbol de la vida, el Cordero Pascual, el Pan del Cielo, el Banquete siempre preparado. *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant nos.* Aparejaste delante de Mí una mesa abundante á la vista de mis perseguidores. (Ps. 22, 5). ¡Oh, almas sitibundas por causa de vuestras ardientes pasiones! la Santísima Eucaristía es mucho mejor que el pozo de Jacob y la cis-

terna de Belén. Ella es el verdadero *fons aquae salientis in vitam aeternam*: manantial de agua que manará hasta la vida eterna (*Joan. 4, 14*) y que fué abierto para la purificación de todos los pecadores; manantial siempre rebosante de una agua tan fresca y saludable, que quita toda sed de cosas terrenas á los que de ella beben: *Omnes sitiientes venite ad aquas*: todos los que tenéis sed venid á las aguas, nos dice Jesús por Isaías (*Capítulo 55, 1*); ¡y las sacaréis con gozo de la fuente de vuestro Salvador! Cerremos y circundemos la cátedra Eucarística. Desde allí Jesús nos da lecciones prácticas en la ciencia de los santos, es decir, de obediencia, de pobreza, de unión con Dios y dulce abandono en sus manos; de vida oculta, apostólica, expiatoria; de gratitud, de contrición, de amor, de perseverancia, en fin, de todas las más bellas virtudes.

El Santísimo Sacramento es fuente inagotable de divinas gracias. Cuando el profeta Eliseo, en favor de la viuda de Sarepta, multiplicó el aceite, éste cesó de manar cuando el hijo de la viuda dijo á su madre, que le pedía otros vasos vacíos: *Non habeo* (*1 Reg. 4, 6*). Ya no tengo.

¡Ah, cuántos corazones quiere Jesús llenar de gracias si se lo pedimos en la santa visita!—Que nadie se atreva á decirle: *non habeo vas*! ¡no tengo corazones que presentarte para que los santifiques! pues, sobre ser el nuestro quizás muy vacío de amor santo, hay siempre la mar de corazones: de nuestros padres y parientes, de nuestras alumnas, de los pobres pecadores, que necesitan el di-

vino aceite que brota del Santo Tabernáculo. Acercaos, pues, con ilimitada confianza á esa fuente de salud: abrid bien vuestra boca, que El os saciará plenamente: *dilata os, tuum et implebo illud.* (Os. 80, 11).

V. El Santísimo Sacramento debe formar nuestro verdadero Paraíso en la tierra.

Santa Teresa, aparecida á una religiosa suya, le dijo: Los del Cielo y los de la tierra debemos ser una sola cosa en la pureza y en el amor: nosotros gozando, vosotros padeciendo; y lo que nosotros hacemos ante la Divina Esencia, debéis vosotros practicarlo ante el Santísimo Sacramento...

Es, pues, nuestro paraíso en la tierra el Santo Tabernáculo.

¿Quién de nosotros no querrá llegar pronto al Paraíso? *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiae.* (Ad Hebr. 4, 16). Acerquémonos con confianza al trono de la gracia. El está muy cerca de nosotros; es el Manuel, es decir, Dios con nosotros; busquémosle de veras, pues le podemos hallar con toda facilidad.

No es el trono de Jesús como el de los de este mundo, que exigen largas horas y días, y á veces hasta meses de espera para admitir una audiencia, y muy á menudo no se puede hablar sino por medio de una tercera persona. La Iglesia es el único lugar donde no se nos hace esperar: allí siempre encontramos á Aquel á quien buscamos. *Adeamus!*

Es el Pontífice eterno, es decir, el que mediante el sacrificio Eucarístico que renueva cada

momento, nos hace pasar sobre el puente de oro, por el cual desde esta misérrima vida, podemos fácilmente llegar á la otra ribera, es decir, á las eternas y felicísimas playas del Paraíso. *Adeamus!*

No hay devoción más *sólida* que ésta, dice Bourdaloue; no la hay más conforme á las miras é intenciones de Nuestro Señor Jesucristo; no hay ninguna más *saludable* ni más útil para vosotras mismas.

La piedra de toque para conocer al verdadero cristiano entre los averiados, para distinguir á las religiosas efectivas, de las que lo son sólo de nombre, es la ferviente y continua devoción á Jesús Sacramentado. *Adeamus!*

Y allí postrados ante el Prisionero del Tabernáculo, digámosle con el Rey penitente: Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es que pueda yo vivir en la Casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor, frecuentando su Templo: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini, omnibus diebus vitae meae! Ut videam voluptatem Domini et visitem templum ejus. (Ps. 26, 4).*

San Francisco Javier, pasaba el día trabajando para la salvación de las almas; y las noches, postrado delante del Santísimo Sacramento.

San Alfonso, el gran devoto del Santísimo Sacramento, envidiaba hasta las flores del Altar del Santísimo, y acostumbraba apostrofarlas así:

*¡Flores felices, las que noche y día  
Cerca de mi Jesús siempre quedáis,*

*Ni nunca abandonáis la guarda pia,  
Hasta que al fin dichosas no muráis;  
¡Oh, si pudiera yo la vida mía  
Pasar entera allí donde habitáis!  
¿Cuál no sería mi dicha? ¿cuál mi suerte?  
¡Vivir para mi Vida hasta la muerte!*

Su ardentísimo amor lo llevaba hasta á envidiar las velas, el Santo Tabernáculo, etc.

Una óptima hija de María Auxiliadora, al postrarse ante Jesús Sacramentado, cerrados los ojos y los labios, abría de par en par las puertas de su corazón, estableciéndose de esta manera una mutua comunicación de aspiraciones y afectos inesfables entre el suyo y el Corazón siempre abierto de Nuestra Vida Jesús.

El sacerdote salesiano Don Andrés Beltrami, como ya dijimos, aun cuando estaba muy enfermo, pasaba gran parte del día y de la noche asomado á una ventanita, desde donde podía ver el Santo Tabernáculo. Y ¿qué hacía allí? Adoraba á Jesús, le glorificaba, le tributaba actos de amor, le daba gracias por haberlo hecho cristiano y salesiano; imploraba perdón de sus pecados y de los de todo el mundo; impetraba gracias especiales para sí, á fin de sufrir más: *né guarire, né morire*, decía, *ma vivere per patire!* En seguida pedía gracias para la Congregación, para los Superiores, para los Misioneros, para cada noviciado, para todo socio salesiano, *para las Hijas de Don Bosco*, para los colegios, para los pecadores, para los moribundos, para las pobres almas del Purgatorio. Y así

pasaba cuatro, seis y más horas, sin casi notarlo.

El clérigo salesiano Domingo Biga, que iba á llamar á la puerta del Tabernáculo, hasta de noche cuando la Iglesia estaba cerrada, visitaba á Jesús á lo menos con el corazón.—¿Lo ve?—dijo una noche á su Superior. ¡El está allí, no duerme!—¿Quién?—Jesús.—Dices bien, añadió el Superior, El nos está velando—¡Oh, sí, nunca nos pierde de vista!

Semejante á Biga era esa alma cándida da nuestro inolvidable Don Adolfo Delcarría. Una vez, entre otras, allá en el Colegio de Almagro (Buenos Aires), dándome las buenas noches.—Padre, me dijo, mire allá, ¿la vé?—¿Qué cosa?—La lámpara del Santísimo. ¡Qué elocuente es de noche aquella cara lámpara!—Y con esto quería decirme tantas cosas, que su corazón amante sentía, pero que no sabía expresar con palabras.

Y uno de los grandes amigos de nuestro Venerable Don Bosco, Monseñor Pablo Tarosci, acostumbraba visitar á Jesús dos veces por la mañana y dos por la tarde de cada día, señalando en cada visita un fin particular, ex. gracia: para alcanzar la gracia de recibir el Santísimo Viático antes de morir, obtener muchas vocaciones eclesiásticas y religiosas, etc. Y cuando en su celda estudiaba ú oraba, solía tener la cara vuelta hacia la Iglesia.

«Daniel escribía abriendo las ventanas de su aposento por el lado que miraba hacia Jerusalén, adoraba á su Dios. Lo propio hemos de hacer nosotros mirando á Jesús Sacramentado».

Hasta durante la noche solía reposar vuelto el rostro hacia el Santísimo, verificándose así en él el *Oculi mei semper ad Dominum*, de David (*Ps. 24, 15*); mis ojos están siempre fijos en el Señor, como el girasol mira continuamente al astro rey.

En sus viajes y paseos ansiaba ver, al menos, el campanario de la Iglesia, y no bien reparaba la cúpide, decía con el corazón palpitante: ¡Allá está, allá está mi Jesús!

Lo propio repetía cuando sonaban las campanas. Y al ver una avecilla volar hacia la Iglesia, decía: ¡Quisiera volar yo también hasta el Santo Tabernáculo!

VI. Pero ¿qué continente deberéis tener ante el acatamiento de Jesús Sacramentado? Y ¿qué gracias le pediréis con frecuencia? Sois las hijas del Venerable Don Bosco. ¡Imiten, pues, las hijas á su Padre! Don Bosco, delante de Jesús Sacramentado, solía estar inmóvil, con el cuerpo derecho, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos bajos, y las manos juntas ante el pecho. No se le oía un suspiro; sólo de cuando en cuando se le veían temblar los labios, que proferían una muda jaculatoria; ¡pero en su semblante aparecía tan viva la expresión de la fe, que daba encanto mirarlo! Así nos lo pinta nuestro caro Don Lemoyne, que ha sido santamente curioso en fijarse varias veces en esa celestial actitud del Patriarca de los Salesianos.

Si imitamos á nuestro Padre, Jesús mismo nos hablará y enseñará lo que debemos pedirle para alcanzar la santidad.

VII. Pero tenéis aún otros preclaros<sup>n</sup> ejemplos que imitar, es decir, el de Sor María Mazzarello, vuestra primera Superiora.\*

El que esto escribe visitó varias veces la solitaria casa de esta santita. Estaba distante una buena media hora de la Iglesia Parroquial, á la que se debía llegar por un sendero difícil y á veces peligroso.

Y sin embargo, María, desde muy pequeña, no dejó pasar un día sin ir á visitar á Jesús Sacramentado.

En ciertas madrugadas de invierno, narra Don Francesia, para quitarse un tanto el gran frío, llevaba consigo un haz de sarmientos, y llegada á una vuelta, por ella muy conocida, se paraba, lo encendía y se gozaba con la llamarada, dirigiéndose en seguida á la Iglesia. Pero no siempre encontraba ya abiertas las puertas de San Silvestre (la Iglesia Parroquial). Entonces se detenía en el sacro dintel, é hiucada en espíritu delante de Jesús Sacramentado, esperaba que abrieran la puerta de la Iglesia. Una vez, entre otras, llegó por equivocación á las 2 a. m.; ¡tauta era su ansia de estar con su Jesús! Y se estimó feliz con tener así más tiempo para orar.

A causa de la grande distancia, no podía volver á visitar á Jesús por la tarde; pero supo ella muy bien hallar un santo ardid para desquitarse. Había observado que una ventana de casa miraba hacia la colina, sobre la cual erguía-se la Iglesia. Así es que por la noche, mientras la obscuridad era muy

densa y profundo el silencio, iba allá á desahogarse con su Señor Sacramentado. Obtuvo de su padre que el Rosario en común de cada noche se rezara en aquella habitación; por supuesto, que ella no cedía á otros su puestecito cerca de la ventana; ¡y de cuando en cuando levantaba la cabeza, y fijando su dulce mirada en la ventana iluminada por la lámpara de la lejaua Parroquia! ¡Helo allá! se decía á sí misma, ¡allá está tu Señor!

Y cuando su padre la mandaba al pueblo por algún recado, se alegraba mucho porque podía visitar á sus anchas al Prisionero del Santo Sagrario.—Hermana, le decía la huena Felicina, y ¿qué haces allí tanto tiempo delante del Señor?—¡Ah, tengo tantas cosas que pedirle, que se pasa el tiempo sin que lo note!

Yo que esto escribo, que dirigí su espíritu por tres largos años, y que la oí á menudo hablar de Jesús Sacramentado con acento de fuego y de inefable dulzura y confianza, puedo, con toda razón, asegurar que la Madre María Mazzarello fué un serafín de amor hacia la Santísima Eucaristía. ¡Qué ejemplo tan hermoso nos ha dado Jesús en esta Sierva suya para que lo imitemos!

Una de las primeras Hermanas del Venerable Don Bosco, siempre que de noche despertaba del sueño, se creía estar en adoración ante el Santísimo.—¡Quizás, decía ella ingenuamente, quizás sea Jesús mismo el que, cansado de buscar corazones amigos y de no hallarlos, se digna despertar el mío para refugiarse en él!

¡Ea, pues, hermanas: persuadíos una vez para

siempre de que la visita al Santísimo es de veras *la gran cosa!* Oid la voz del Eterno Padre, que exclama: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia. (*Math. 3, 17*). ¿Por qué no tendréis á mucha honra el imitarme?.. Escuchad las tiernas reconvenciones que os hace el mismo Jesús desde el Santo Sagrario: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* (*Math. 26, 40*). ¿Es posible que no hayáis podido vigilar una horita conmigo?..

¡Oh! ¿por qué no tratáis de hallar vuestras delicias estando un tantico en mi compañía, siendo así que todas mis delicias son el estar con los hijos de los hombres?.. (*Prov. 8, 31*). ¡Mi Padre mismo ha puesto en Mí todas sus complacencias y me llama su Hijo predilecto (*Math. 3, 17*), y vosotras no experimentáis sino fastidio en pasar algunos minutos conmigo! ¿Queréis de veras obligarme en el día del juicio á daros en el rostro con el terrible: *Hospes eram et non collegistis me?* (*hoc est.*) *et in carcere et non visitastis me?* ¡Era vuestro huésped, y no me habéis recogido; en la cárcel estaba por vosotros, y no me habéis visitado!..

¡Oh, Señor! acrecienta nuestra fe: *adange nobis fidem* (*Luc. 17, 5*); no sea que al descorrerse, despñés de muertos, el velo encarístico, nos encontremos con tu rostro airado: ¡con ese *Rostro*, ante cuyo acatamiento nos postramos cada día, sí, pero con una fe tan débil y un corazón tan helado!..

La Madre de San Alejo, al amortajar el cuerpo de este su hijo, que había vivido desconocido

bajo la escalera de su palacio diez y siete años, gritaba fuera de sí por el dolor: ¡oh, hijo mío, qué tarde te he conocido!—Nuestra alma, al salir de esta vida, á la vista de los consuelos, de las bellezas y de las riquezas que habría podido poseer en Jesús Sacramentado, á quien ha desconocido, exclamará también desconsoladísima: ¡oh Jesús, oh Dios mío! ¿será posible que os haya conocido tan tarde?..

¡Oh Religiosas! todavía estamos á tiempo para impedir tamaña desgracia en nosotros. De hoy más, sea el Santísimo Sacramento el verdadero imán de nuestros corazones.

¡Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, rogad por nosotros! (*Indulgencia de 300 dias*):

#### ORACIÓN

(*Delante del Santísimo Sacramento*)

«¡Oh Jesús, os ruego con todo el corazón; hacedme la gracia de crecer con Vos en sabiduría y en toda suerte de virtudes! ¡hacedme recordar incessantemente el que *Vos sois mi Modelo y que yo debo imitaros!*

»Si la vanidad, el amor de mí misma y la soberbia tratan de levantar mi espíritu sobre las demás, y me quieren inducir á contestar acremente y á recibir las amonestaciones con poca humildad, yo les responderé: *Jesús era dulce y humilde... ¡yo debo imitarle!*

»Si el incentivo de los placeres sensuales, ó aun sólo profanos, se presentase á mi mente, yo le contestaré: La vida de Jesús no fué sino una alter-

nativa continua de penas y sufrimientos... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

»Si el demonio viniese á sugerirme algún pensamiento de odio, de venganza ó de celos, yo le responderé: Jesús ha amado á todos, hasta á sus enemigos; El por todos ha rogado... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

»Y cuando tenga que hacerme violencia, ya para obedecer, ya para reprimir mi carácter, ó bien para cumplir un deber difícil, yo diré á mí misma: ¿Qué haría Jesús si estuviese en mi lugar? *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*

»En todas las horas del día, en todos los pequeños percances que se sucedieren en estas horas, ya sean agradables, ya tristes y penosos, yo diré á mí misma: ¿Qué habría pensado Jesús? ¿qué habría hecho Jesús?... *¡El es mi modelo; yo debo imitarle!*»

## CONFERENCIA XXII

### EXAMEN COTIDIANO

*Et meditatus sum nocte in corde meo, et exercitabar et escopebam spiritum meum.*

*En esto me ocupaba allá en mi corazón durante la noche, lo rumiaba, y examinaba mi interior.*

(Salm. 76, 6).

I. He aquí una de las prácticas de piedad contra las que acomete rabiosamente el enemigo de las almas. El desearía que nosotros empezáramos por reducirlo á una mirada rápida, vaga y superficial, con la esperanza de hacérselo abandonar luego del todo.

El examen de conciencia es como una fotografía de nuestra alma, que sacamos dos veces al día, para ver cómo refleja la bella imagen de Dios.

La vida de una buena religiosa, dice el Kempis, debe estar adornada de todas las virtudes, para ser tal interiormente cual parece exteriormente á los hombres. Y con hártio motivo debe ser más lo que está dentro, que lo que se ve de fuera: porque quien nos mira es Dios, á quien sumamente debemos venerar.

Para este fin sirve perfectamente el examen de conciencia.

Tened por seguro, hermanas, que si tanto vosotras como vuestras alumnas, hicieréis este exa-

men con diligencia, llegaréis muy luego á formar un pueblo de santas.

El examen es necesario para el que quiere de veras progresar en la virtud. Quien no lo hace, suele permanecer estacionario, y con facilidad hasta retrocede.

El negociante repasa cada día sus cuentas para conocer si acaso va perdiendo, más bien que ganando; y así hacer luego el reparo.

Examinando y pensando cada día en nuestras faltas, las pasiones no tendrán tiempo de arraigarse en nuestro corazón; y nuestra alma se irá purificando cada vez más de esas manchas pequeñas que le impiden conseguir la perfección.

La que habitualmente descuida el examen de conciencia, merecerá oír que el Señor le diga:— Pasé un día por el campo de una perezosa y por la viña de una tonta, y vi que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedra. (*Prov. 25, 30, et seq.*)

San Pablo nos asegura que si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados por Dios. (*Si nos metipsos dijudicaremus, non utique judicemur. (I ad Cor. 11, 31).*)

Por este motivo San Bernardo solía decir: *Volo vultui irae judicis judicatus praesentari, non judicandus, quia non bis judicat in idipsum.* Quiero presentarme ante la faz airada del Juez, no para que me juzgue, sino ya juzgado: porque Él no juzga dos veces una cosa.

II. *Examen particular.* Consiste en examinarnos acerca del principal defecto, pecado ó vicio, que hemos establecido combatir durante el mes, según los propósitos hechos durante el día de retiro. Este examen se puede hacer en cualquier momento del día; pero en las Comunidades suélese practicar inmediatamente antes ó después de la comida de mediodía.

Os suplico que *verbo et opere* inculquéis su práctica á vuestras discípulas. Una óptima hermana, así decía á sus niñas:—¿Por qué tanta premura, oh hijitas, para estar todos los días largo tiempo al espejo por temor de aparecer mal, y mientras tanto no sabéis deteneros un minuto ante el espejo divino, Jesús Crucificado, para numerar y detestar las manchas cotidianas de vuestra alma?—En seguida les enseñaba el modo de hacer el examen particular sobre el defecto ó pasión dominante, que es causa de mayor número de faltas; y les decía que para conocer esta pasión, se aconsejaran con el propio confesor; que todos los días se propusieran combatirla con el auxilio divino, sin darle nunca tregua; porque de no hacerlo así, la pasión dominante, sobre disminuir la gloria que nos espera en el Cielo y anmentarnos los suplicios del Purgatorio, nos vuelve inhábiles para elevarnos hasta el grado de perfección á que Dios nos llama, contrista al Espíritu Santo, hiere el Corazón de Jesús, nos priva de las afectuosas caricias de María Santísima, y hasta puede arrastrarnos poco á poco al pecado mortal...

Mas, para no espautarlas demasiado, concluía

diciéndoles que todas las veces que recayesen no se desanimaran, sino que más bien se humillasen, levantándose inmediatamente y proponiendo firmemente no caer más, etc.

Solía también inculcarles de un modo especial el examen particular acerca de la tibieza espiritual, la cual suele hacer tanto daño á las almas devotas; y les indicaba las principales señales de adelanto espiritual, es decir: 1.º, caer más raramente en ciertos pecados veniales habituales á que estuvieron acostumbradas antes; 2.º, decir más á menudo jaculatorias, hacer más actos de amor á Dios y de mortificación; 3.º, buscar de cuando en cuando nuevos recursos para fomentar la devoción en las santas comuniones, visitas al Santísimo Sacramento, etc.; 4.º, sentir mayor desprecio del mundo y de cuanto no conduzca á Dios; no tener ya dificultad en rechazar los pensamientos de vanidad y de amor propio; 5.º, soportar con más valor, calma y resignación las cruce y las humillaciones, etc.

Escoged, primeramente, uno de vuestros defectos, según el consejo de vuestro confesor.

Combatid, aute todo, lo que ofeude y escandaliza á nuestro prójimo. No cambiéis el sujeto del examen hasta que el tal defecto no haya desaparecido del todo, ó á lo menos en gran parte. Yo perseguiré á mis euegigos, decía David, y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos. Los destrozaré, no podrán resistir; caerán debajo de mis pies. (*Ps. 17, 37*).

Recordemos que el demonio es ese terrible ge-

neral enemigo, que gira á nuestro derredor para reconocer la plaza y atacarla por el lado más débil.

El examen particular cuidadoso y fortalecido por un verdadero dolor, es cabalmente dirigido á fortificar las partes más débiles de la fortaleza de nuestra alma.

Persuadámonos también que mientras no se haya abatido la hidra de siete cabezas, que lo es la pasión dominante, no se podrá nunca dar un paso adelante en la virtud.

Vencido Goliat, huyeron desbaratados todos los filisteos; rechazada la pasión predominante, todo estará vencido porque se irán de consuno los otros vicios, pecados y defectos; y de este modo tendremos la plenitud de la paz.

¡Ah, si todos pudiéramos repetir lo que decía un santo religioso: «Yo nunca he hecho las paces con mis defectos».

¡Ah, si alcanzásemos ver disminuidas vuestras caídas siquiera cada mes! Por cierto nos enmendaríamos poquito á poco, y ya no nos daría miedo esa terrible sentencia, lanzada por el Señor contra la higuera infructífera: «Hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no le hallo: córtala, pues: ¿Para qué ha de ocupar terreno en balde?» *Succide ergo illam; ut quid etiam terram occupat?* (Luc. 13, 7).

III. *Examen general.* Dice San Francisco de Sales que debemos acercarnos á la cama de nuestro reposo como al confesonario; á saber, después

de habernos bien examinado; é imitando también á los comerciantes, que todas las noches averiguan el *Haber y Debe* de caja, tratemos de ver las pérdidas sufridas durante el día, á fin de remediarlas.

Este se suele hacer por la noche, antes de ir á acostarse. Os aconsejo que después de haber impetrado el auxilio divino, cada una haga á sí misma estas tres preguntas:

1.º—¿Cómo te has portado hoy con tu Dios en la oración, Misa y Comunión, en las inspiraciones, en la Iglesia, etc?

2.º—¿Cómo te has portado con el prójimo, con los superiores, con los iguales é inferiores? —¿Has tratado á la Superiora como á la Santísima Virgen? ¿á las iguales como á tus hermanas? ¿á las inferiores como á hijas?

3.º—¿Cómo te has portado contigo misma en mortificar las tres potencias del alma y los cinco sentidos del cuerpo? Con respecto á nuestra lengua, el examen hallará, por desgracia, siempre algún defecto, cuando no pecados en gran número. De consiguiente, ¡cnidado con la lengual..

El Señor nos dice como á Jeremías: He aquí que hoy te doy autoridad para desarraigar, y destruir, y arrancar, y disipar, y edificar y plantar. *Ecce constitui-te hodie... ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes: (Jer. 1, 10).*

Sou muy visibles las ventajas que nos acarrea este examen:

1.ª Nos ayuda grandemente á confesarnos con distinción, claridad, dolor y propósito.

2.<sup>a</sup> Si, como se supone, el examen termina con un acto de contrición perfecta, no sólo nos dispone habitualmente á esta contrición para el momento de la confesión, sino también para el punto de la muerte, y así nos salvaremos ciertamente.

3.<sup>a</sup> Nos ayuda eficazmente para vivir siempre en gracia de Dios, y para alcanzar en breve tiempo un grado muy subido de perfección religiosa.

San Bernardo escribe: El Criador ha dado á cada uno de nosotros un libro, que es la conciencia. Los demás libros no tienen otro objeto sino dirigirla, explicarla, corregirla. Este libro conviene abrirlo y leerlo con premura: porque de toda nuestra biblioteca, es el único que llevaremos con nosotros á la eternidad. (*Lib. de Con.*)

San Buenaventura aconseja que preparemos este examen de la noche, llevando la mano al corazón cada vez que se falta en algo, y diciendo al mismo tiempo: ¡Señor, he pecado! ¡Jesús mío, misericordia!

San Antonio Abad quería que se tomase nota por escrito de todas las faltas que resultaban del examen, á fin de que se pueda conocer mejor la propia miseria, y así procurar la enmienda. Por ningún motivo, dice el Rodríguez, hemos de dejar el examen; las mismas enfermedades, que no dispensan de la oración, no nos dispensan de él.

Si durante el examen notamos que hemos hecho alguna cosa buena, atribuyámosla sola y exclusivamente á Dios y démosle las debidas gracias; empero los defectos, negligencias y demás pecados,

ya se sabe que son propiedad nuestra exclusiva; y debemos llorarlos cada día á todo llorar.

Método para hacer el examen general:

1.º *Gratias age*: da gracias á Dios por tantos favores recibidos.

2.º *Pete lumen*: pide luz para conocer tus pecados.

3.º *Discute mentem*: examínate sobre los pensamientos, afectos, palabras, obras, deberes del propio estado.

4.º *Dole*: excítate al dolor de los pecados cometidos.

5.º *Propone*: toma buenas resoluciones para lo futuro.

Nuestro corazón es como un reloj preciosísimo, al cual es necesario dar cuerda todos los días. La cuerda se le da cabalmente con el examen de conciencia. Pero esto no basta; este reloj debería siempre dar las horas al unísono con el Corazón de Jesús.—¿Qué hora es?—se preguntaban recíprocamente las primeras Hermanas de Mornese. Y luego una respondía:—Es la hora de amar á Jesús.—Otras añadían:—¡Amémosle con todo el corazón!

¡Pero, por desgracia, cada día entra un poco de polvo en este reloj! Entonces se retrasa, y algunas veces hasta se para. ¡Hay más! podría caerse al suelo y romperse del todo. Será, pues, necesario que además de examinar todos los días este reloj, lo entreguemos á nuestra Madre María Santísima, para que Ella lo guarde en sus mismas manos. De este modo ya no nos acontecerá de en-

contrar en el examen del día los mismos defectos y pecados de los días, meses, y quizás años antecedentes!

¡Oh, la Virgen!.. Ella es siempre nuestra esperanza en todo. ¡Viva María!

Recomendad, os ruego, oh hermanas, recomendad mi alma á esta *tota ratio spei meae*; no sea que habiendo predicado yo á los otros, vaya á ser reprobado: *ne forte dum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar. (I. ad Cor. 9, 27).*

Al acabar de escribir esta Conferencia, don Pagliere me mandaba desde Patagones los versos que van á continuación, para que los pusiera en música; versos que él leyó en los labios de un joven moribundo; y que, recitados por nosotros después del examen de la tarde con el fin de que María Santísima nos obtenga de Dios una contrición perfecta, nos proporcionarán sin duda una noche muy tranquila.

¡Dulce Jesús de mi vida,  
 Dueño de mi corazón!  
 ¡Tú conoces mis pecados,  
 Y Tú sabes cuántos son!  
 ¡Mira la pobre alma mía!  
 ¡Llénala de contrición!  
 ¡Por tu dulcísima Madre  
 Dame tu absolución!  
 Y si esta noche me muero,  
 ¡No me niegues, no, el perdón!  
 ¡Dulce Jesús de mi vida,  
 Dueño de mi corazón!

## CONFERENCIA XXIII

### MEDITACIÓN

*Et quasi columbae meditatores gemimus.*

*Y meditando gemimos como palomas.*

(Is. 59, 11).

Nos entretendremos un tantico sobre el dulce deber que tenéis de meditar cada día.

¿Y será necesario que yo os recomiende la meditación?—Sí, oh hermanas, temo que alguna vez ésta se deje, ó se trunque sin suficiente motivo, ó bien no se haga con mucho cuidado.

I. *Necesidad.* ¿Dejar la meditación? ¿Y será esto posible? Si esto aconteciera, ¡qué desgracia sería para vosotras!

El axioma teológico de San Alfonso: *el que no ora se condena*, se aplica también á quien *no reza como se debe*; porque *paria sunt non facere et male facere*: tanto vale orar mal como el no orar.

Pero ¿puede orar bien la que no medita? ¡Jamás, ni nunca! Santo Tomás define la oración: *elevatio mentis in Deum*: una elevación de la mente á Dios. La oración mental da crédito y fuerza á la vocal. Sin ella merecemos el reproche que Dios hizo á los judíos: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de Mí. *Populus*

*hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me. (Math. 15, 8).*

Una religiosa que no se detenga cada día á lo menos una media hora delante de su Dios rindiéndole homenaje, escuchando sus palabras, dándole gracias por los beneficios recibidos, ofreciéndosele para servirlo, exprimiéndole todas sus necesidades, mostrándole sus debilidades, pidiéndole su auxilio especial, y prometiéndole hacer algo para complacerlo, es imposible que esté nuda de corazón con El; sus oraciones vocales son siempre distraídas; no está devota en la Iglesia, ni modesta en el convento; se muestra disipada en las conferencias, melancólica é inquieta en todo. El trabajo le es importuno, la obediencia le desagrada, los artificios del diablo la engañan, las tentaciones triunfan de sus fragilidades. Así como el calor natural es necesario para conservar la vida del cuerpo, así lo es la meditación para que el alma tenga vida lozana y pueda cumplir todos sus deberes. Así habla Santo Tomás de Villanueva.

Y Santa Teresa decía: el alma que abandona la oración, no tiene necesidad que la tiente el demonio: ella es demonio para sí misma. «Dadme un cuarto de hora de oración diaria y yo os prometo el Cielo».

San Alfonso llama perdido el día en que no se hizo la meditación. Y ¡Dios no quiera que sea el día en que comienza la perdición! San Francisco de Sales y San Buenaventura, dicen que un religioso sin la práctica de la meditación nunca tendrá virtud alguna, y rodará hacia el abismo.

Esas desgraciadas (pocas por fortuna) que acabaron por salirse de la Congregación, ¿no habrán dado, tal vez, el primer paso en el fatal sendero, por haber dejado la meditación?

Muy fácilmente nos acostumbramos á ver y tratar las cosas santas con indiferencia, y á cumplir nuestros deberes religiosos de un modo rutinario. Es, pues, necesaria la meditación para evitar este gravísimo inconveniente, si no queremos que el oro se oscurezca y el color rosaceo de las virtudes se cambie en negras de vicios.

Los religiosos de vida activa deben tratar á veces, mal que les pese, con ese mundo peligrosísimo, al que Nuestro Señor Jesucristo no vaciló en tildar de *totus in maligno positus*, todo lleno de maldad; deben habérselas muy á menudo con esa generación perversa, que esconde por doquiera asechanzas de la serpiente infernal, aun en el desempeño de las obras de caridad y de educación religiosa.

¡Ah, cuán fácilmente, sin el auxilio de la meditación cotidiana, los corazones religiosos pueden ensuciarse con el polvo mundano!

Además, ¿cómo podrá el corazón de una religiosa unirse más y más con el de su Divino Esposo, cómo alcanzar la perfección religiosa sin la meditación divina, siendo así que el fuego santo se enardece y aviva en la meditación?

Se pueden dar por axioma las siguientes observaciones:

1.<sup>a</sup> Una religiosa que haga mucha y buena oración, es una buena religiosa.

2.<sup>a</sup> La que hace poca oración, tiene también poco de buena religiosa.

3.<sup>a</sup> La que descuida del todo la oración, no tiene de religiosa más que el *nombre* y el *hábito*.

El mismo Señor nos inculca la oración mental cuando dice á su pueblo por boca de Josué: *Tu boca hable de continuo del libro de esta ley, y medita de día y de noche lo que en él se contiene á fin de guardar y cumplir todas las cosas en él escritas, con lo cual irás por el camino recto y procederás sabiamente.* (Josué 1, 8).

Y en las palabras de David: *A no haber sido tu ley el objeto de mi meditación, hubiera sin duda perecido en mi angustia. Nisi quod lex tua meditatio mea est, tum forte periissem in humilitate mea.* (Ps. 118, 92).

Y todavía más por boca de Jeremías: Está horrorosamente desolada toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazón: *Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde.* (Jer. 12, 11).

¿De qué nos sirve tener dos buenos ojos y no abrirlos cuando es necesario? ¡Caeremos en el abismo! ¡Se sabe, por ejemplo, que el pecado mortal crucifica á Jesús, mas el que no medita, no sabe reparar más allá, y crucifica de veras á su Divino Redentor! ¡Se sabe que el infierno existe con su fuego terrible y con su terribilísima eternidad, mas el que no lo medita, caerá adentro inexorablemente! ¿Por qué tanta aridez, indiferencia y hasta frialdad en las obras de piedad, de celo, etc? ¡Ah! *nulbus est qui recogilet corde!* (Jer. 12, 11) no hay nadie que reflexione en su corazón.

Si el entendimiento no queda iluminado por la meditación, ¿cómo sabrá guiar á la voluntad? Será cual ciego que guía á otro ciego. Y dice el Señor que si un ciego se mete á guiar á otro ciego, entrambos caerán en la hoya: *Si caecus caeco ducutum praestat, ambo in foveam cadunt.* (*Matthaeus 15, 14*).

Imitemos al experto y cuidadoso jardinero. No se contenta éste con dar un vistazo general á su jardín, á boca de noche, sino que por la mañanita, á mediodía y por la tarde inspecciona prolijamente cada planta, arbustos y flores, para quitar toda hojarazca dañina, todo bicho venenoso, para enderezar lo torcido, etc. Sin estos solícitos cuidados, muy pronto el jardín convertiríase en erial y en madriguera de feos reptiles y asquerosas sabandijas.

Nuestro corazón es como un altar, en el cual hemos de echar leña todos los días para mantener vivo el fuego del santo amor. Es cabalmente éste el efecto que produce la meditación.

Pero como ya se dijo: *paria sunt non facere et male facere*; es decir, que tanto vale descuidar un deber, como hacerlo mal. De aquí es que ciertas meditaciones dejan siempre el tiempo que eucuentrau; es decir, que son del todo inútiles por falta de aplicación de la voluntad.

Si por otra parte la meditación está bien hecha ¿quién podrá encarecer lo bastante su

II. *Utilidad? He aprendido yo más que todos mis maestros, decía David, porque tus man-*

*damientos son mi meditación continua. (Salmo 118, 19).*

«*Dentro de mi corazón deposité tus palabras, para no pecar contra Ti. In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi.*» (Ibid. 11).

«¡Dichoso el varón que está meditando en la ley del Señor día y noche! El será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo; y cuya hoja no caerá nunca; y cuanto él hiciere tendrá próspero efecto». (Ps. 1, 2, 3).

Dios está en medio de ella, no será conmovida; la ayudará el Señor por la mañana al rayar el alba; *adjuvabit eam Deus mane diluculo* (Sol. 45, 6), siendo la madrugada el tiempo más propio para meditar y obrar.

Y en el Eclesiástico: En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás. *In omnibus operibus tuis meditare novissima tua et in aeternum non peccabis.* (Eccle. 7, 10).

A la verdad, como dice un antiguo escritor (entre las obras de San Agustín), esta consideración (de la muerte, del severísimo juicio, y de la eternidad de gloria ó de pena) destruye la soberbia, da muerte á la envidia, sana la malicia, ahuyenta la lujuria, aniquila la vanidad y la jactancia, establece la disciplina, perfecciona la santidad y prepara el alma para la eterna salud.

«La oración mental y el pecado, dice San Felipe Neri, no pueden vivir juntamente en un alma.» Y San Alfonso añade: «Hay cristianos que comulgan todos los días y están en pecado mortal; otros

que se mortifican de todos modos, y están en pecado mortal; otros que dan abundantes limosnas, y están en pecado mortal; ¡pero no se encontrará nunca un alma que haga oración todos los días y que viva en pecado mortal!

Al infierno no irán sino los que no lo meditan. ¡Oh, condeuados! ¿Por qué caisteis en ese lugar de todos los tormentos?—Porque no lo hemos meditado, contestan ellos.

¿Quién teudrá valor de pecar, después de haber meditado, por ejemplo, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo?

La meditación, además de hacernos evitar el pecado, nos hace dar pasos agigantados por la senda de la perfección. Ella es comparada á la escala de Jacob. Los que saben meditar bien, se desapegan de la tierra, se acercan á Dios, y, tornando en seguida á sus niñas, irradian santidad por doquiera.

La meditación cotidiana de las cosas eternas, dice Su Santidad Pío X, con la luz y el calor de la gracia comunica al alma *el sentir de Cristo*. (*Exhort. al Clero*).

III. Hay, empero, alguien que dice:—¿Por qué tanto meditar?.. ¿si son cosas que ya se saben al dedillo?—Cabalmente, porque el saberlas no basta. Muere en una casa el padre de familia; los hijos mayores lloran desconsolados, pero la niña más pequeña está jugando.—¿Por qué semejante diferencia? ¡Ah! ¡hé aquí el por qué! ¡Los primeros meditan en las tristes consecuencias de la muerte del papá, mientras que la chiquitita lo ve muerto, ciertamente

te, pero no reflexiona y no medita en las consecuencias!

Haced la debida aplicación á vosotras mismas. La que medita sobre el borde del abismo eterno, que de un momento á otro se le puede abrir bajo los pies; ó al pie de Jesús crucificado, que es obra de nuestras manos, es imposible que pueda durar en su estado de indiferencia.

—*¡Pero, yo no sé absolutamente meditar!*—  
Di más bien que no quieres. Hasta los malos saben meditar cada día, respecto al modo de llevar á cabo sus maldades: *et dolos tota die meditabuntur.* (Ps. 37, 43). *Iniquitatem meditatus est in cubili suo.* (Ps. 35, 4). Estando en su lecho discurre como obrar la iniquidad. Su ánimo está meditando robos: *rapinas meditatur mens eorum.* (Proverbium 24, 2). Los codiciosos, los avaros, hacen día y noche largas, lentas y profundas meditaciones, con respecto al modo de salir bien en sus negocios, de extender sus posesiones, de llenar con oro sus cajas de hierro...

Y tú por los intereses de tu alma, por las posesiones infinitas del cielo, por un Negocio, del que depende la Eternidad, ¿no encuentras la manera de meditar una media horita á lo menos cada día?

¿Y por qué no suplicas á Jesús que te ensene el modo de meditar?—Los niños, dice San Francisco de Sales, á fuerza de oír á sus madres, y de balbucear con ellas, aprenden á hablar su lengua. Y nosotros morando cerca de Jesús por la meditación, escuchando sus palabras y ponderando sus

acciones y afectos ¿no aprenderemos, mediante su gracia, á hablar, obrar y querer como lo hace El?

— *Es que, cuando medito, añade otra, estoy siempre distraída, árida, sin consuelos, sin poder sacar nada en limpio.*

¿Y serán éstos suficientes motivos para deberla dejar, ó aún solamente acortarla?

Las distracciones voluntarias hay que combatir las á todo trance mediante la mortificación, sin la cual la oración es un cuerpo sin alma. De las involuntarias no hay que hacer caso. Tocante á los consuelos debemos teuer presente que quien ahora no busca las consolaciones de Dios, sino sólo al Dios de las consolaciones, tiempo vendrá que entrará en un mar sin orilla de dulzuras infinitas. Lo que por de pronto merecemos nosotros, son los castigos de Dios, no ya sus consuelos. Pasemos esta media hora de meditación en espíritu de penitencia, y entonces hasta las distracciones, si no son voluntarias, nos ayudarán muy mucho, siquiera para humillarnos.

Las rosas secas, dice San Francisco de Sales, son menos bellas, pero más olorosas.

IV. Muchas veces, sin embargo, lo diremos otra vez, no sacaremos quizás fruto de la meditación, porque está repleta de voluntarios defectos. Ahora bien, en vez de dejar ó abreviar la meditación, dejemos del todo los defectos; por ejemplo: la pereza, la disipación, el demasiado amor al trabajo, al estudio, á las tareas de casa, etc.

En las crónicas de un ejemplar Instituto se

lee que Nuestro Señor Jesucristo dió una bofetada á un religioso tibio, que estaba durmiendo durante la meditación. A otro dió, despechado, la espalda; y á un tercero, quien perezoso y aburrido estaba bostezando, lanzó una mirada tan formidable, que lo hizo caer desmayado al suelo, de puro espanto.

Claro está que el enojo de Dios estalla tan sólo sobre los que *voluntariamente* se duermen ó se distraen, pues las arideces y las distracciones involuntarias no son señal de meditación defectuosa, como tampoco son indicio claro y seguro de que medita uno perfectamente las lágrimas que derrama en la meditación, si conserva, sin embargo, siempre muy vivas sus malas pasiones.

Reflexiónese bien sobre lo que se lee. Oveja que no rumia, no engorda, dice el proverbio. Imitemos á la palomita. Ella, tomando en su pico una gota de agua, levanta la cabeza y la traga; toma después otra gota, y hace lo mismo, hasta que del todo queda refrigerada. Copiémosla, levantando el corazón á Dios en cada verdad que meditamos, y entonces habrá provecho y no pequeño.

Así solía hacer el profeta Isaías:—Mis ojos se debilitaron con el mirar hacia arriba: *Attenuati sunt oculi mei, suspicientes in excelsum*: yo gritaba como un pollito de golondrina; gemía como paloma: *sicut pullus hirundinis, sic clamabo, meditabor ut columba*. (Isai. 38, 14).

Establezcamos entre nuestro corazón y el Cielo una especie de telegrafía *sin hilos*. Exhalemos de amor compungido hacia Dios. Este suspiro se elevará en ondas sonoras y volará más rápido que

el relámpago hasta el trono de Dios, y herirá dulcemente el Corazón de Jesús, quien nos enviará luego una sonrisa de amor infinito, que nos confortará el alma y llenará nuestro corazón de consuelos inefables.

—Pero hay días, añade todavía otra, en que la aglomeración de las cosas materiales ó intelectuales me absorbe todo el tiempo, y entonces, ¡adiós meditación!—Os responde el Venerable Monseñor Gianelli, fundador de las Hermanas del Huerto, diciendo:—Maldita sea la ocupación que impide mi santificación!—¡nuestra alma ante todo! Y el doctísimo Suárez, solía decir: —«Yo desearía perder toda mi ciencia, más bien que una hora de meditación».

¿Quieres de veras salvarte? haz seriamente la meditación cada día. Oigase lo que dice San Buenaventura: si deseas vencer las tentaciones, medita; si pretendes mortificar tu propia voluntad con sus malas aficiones y deseos, medita; si quieres apartar de tu alma los importunos y peligrosos mosquitos de los malos pensamientos, medita; si aspiras á vivir en santa alegría y á caminar con suavidad por la senda del trabajo, de la penitencia y de la perfección, dedícate á la meditación; si quieres mantener en tu alma el divino óleo de la devoción y traerla siempre repleta de buenos pensamientos y santos deseos, entrégate á la meditación; si piensas desarraigar de tu alma todos los vicios, para plantar en su lugar todas las virtudes, has de ser dedicada á la oración y meditación, porque en ella se recibe la gracia y unción

del Espíritu Santo; si fácilmente quieres subir á las alturas de la contemplación y gozar los dulces abrazos del Divino Esposo, has de ejercitarte en la oración, pues este es el camino real por donde se sube á la contemplación y gusto de las cosas celestiales.

Fruto de la meditación debe ser, especialmente, la victoria sobre nuestros vicios y pasiones dominantes.

Y esto no hay que pretender obtenerlo de golpe, sino pasito á pasito. Un general que quiere expugnar una fortaleza, no se contenta con un solo asalto, sino que vuelve animoso cada día y tienta todos los medios para tomarla. La meditación cotidiana bate en brecha contra la pasión dominante, donde se encastilló el demonio, y poco á poco lo desaloja.

Hay que fijarse bien en este punto esencial. La que no dirige los propósitos de la meditación contra la pasión dominante, nunca saldrá con la suya. Si, por ejemplo, una hermana sujeta á una irascibilidad tan marcada, que la vuelve molesta á todos, intratable, etc., propone en la meditación ser devota, no mentir, etc., continuará siendo el tormento de la Casa, y no dará nunca un paso hacia adelante.

V. Además de vuestra santificación, está también la de vuestras alumnas, para obtener la cual se requiere oración, mucha oración. ¿Creéis vosotras que para alcanzar de Dios la gracia de la conversión de ciertas discípulas perversas, y la perseve-

rancia en el bien de todas vuestras colegialas, bastan pocas oraciones vocales tiradas allá precl-pitadamente? El Señor quiere que seáis sus coo-peradoras *in salutem animarum*. Pero para con-mover las almas ajenas, es necesario estar antes conmovidas; para inflamarlas, es necesario que vosotras mismas estéis ardiendo de santo amor. *Qui non ardet, non incendit*, dice el B. Juan de Avila. Ahora bien: ¿quién no sabe que cabal-mente en la meditación es donde el fuego se avl-va? «Sentí que se me inflamaba el corazón; y en mi meditación se encendían llamas de fuego:» *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (Ps. 38, 3).

Al profeta Ezequiel dijo un día el Señor, al presentarle un libro misterioso: Hijo mío, come cuanto hallares; come ese volumen, y ve á hablar á los hijos de Israel.—Hízolo así Ezequiel y nos dejó escritas estas palabras: Comíle, pues, y ha-llóle mi paladar dulce como la miel: *Et comedi illud, et factus est in ore meo sicut mel dulco.* (Cap. III, v. 1, 3).

Aquí no se trata de comida corporal, sino de una seria aplicación de la mente á las palabras de Dios, contenidas en ese libro, á fin de poder-las anunciar á los otros.

«No sabe predicar ni catequizar bien, dice San Jerónimo, el que no convierte en propia subs-tancia el Libro santo». Quien no acostumbra con-versar con Dios, al hablar de El á los hombres, ó darles consejo de vida cristiaua, carece absolu-tamente de divina inspiración, y en sus labios la

palabra evangélica parece moribunda. Su voz, aunque estudiada y elocuente, no es la voz del buen Pastor, que es oída con gusto por sus ovejas: hace ruido y se derrama en vano.. porque falta el rocío divino, que sólo lo hace llover abundantemente la oración del que se humilla. (*Eccle. 35, 21*). (*Pío X, exhortación al Clero*).

Es, pues, en la meditación donde se aprende el arte de conmover santamente los corazones y llevarlos á Dios.

VI. Luego ninguno considere la meditación como cosa indiferente y que se pueda dejar por cualquier pequeña causa; ni tampoco la juzgue un peso. Peso será, si se quiere, pero peso de alas, indispensable para esta pobre palomita, el alma, para que pueda remontarse hasta su Dios.

Considerad siempre la meditación como una despensa divina, y cual un tesoro inagotable de favores celestiales. Sin meditación no seréis sino fantasmas de religiosas. Con la meditación, al contrario, formaréis un pueblo de santas. El mundo mismo si se pierde es porque no medita. Si todos meditaran, el mundo sería un paraíso. ¿Qué digo? El infierno mismo, si admitiese la oración, ya no sería infierno.

¡Que nos impela el ejemplo de ese buen Jesús, quien pasaba la noche entera en oración: *erat pernoctans in oratione Dei*. (*Luc. 6, 12*). Así como El exhortaba á sus discípulos, también nos exhorta á nosotros cotidianamente cuando dice: «Ve-

ñld aparte conmigo á un lugar solitario y descansad un poco." (*Marc. 6, 31*).

¡Atráiganos también el ejemplo de María Santísima! Sabemos, por la tradición, que ella meditaba en el templo, donde estuvo hasta los diez y seis años: y que el Angel la encontró en la casa de San José, que meditaba sobre las Sagradas Escrituras, cuando fué á anunciarle la Maternidad divina.

San Lucas, que pudo hablar tantas veces con María Santísima, nos asegura que Ella, viendo y oyendo las cosas maravillosas que dijeron y cantaron los Angeles y los pastores alrededor del Niño Jesús, las conservaba todas y las meditaba en su corazón. *Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo* (*Luc. 2, 19*), y en esta meditación nutría su fe y su gratitud hacia Dios, á quien plugo destinarla para que fuese partícipe de cosas tan grandes.

En el Calvario también la encontramos meditando por tres horas seguidas en la crucifixión de Jesús: y añade la tradición, que por espacio de cerca de 12, ó quizás de 22 años, solía Ella trasladarse á meditar la Pasión de su Divino Hijo en los mismos lugares donde ésta habíase verificado.

Muévanos, finalmente, el ejemplo de los Santos, quienes pusieron todos por obra el consejo que San Pablo dió á su discípulo Timoteo, relativamente á la práctica de las virtudes cristianas:— Medita estas cosas y ocúpate eúteramente en ellas, de manera que vea todo el mundo tu aprovechamiento. *Haec meditare, in is esto, ut profectus*

*tuus manifestus sit omnibus.* (1.<sup>a</sup> ad Tim. 4, 15).

VII. Las reglas para meditar bien, las tenéis en vuestro áureo libro de oraciones. Si éstas para alguna de vosotras no bastan, la aconsejo de repetir á menudo: *Domine doce nos orare.* (Luc. 11, 1). ¡Oh, Señor, enséñame Tú á hacer siempre bien mi meditación!

Ese santito, que fué don Andrés Beltrami, solía ponerse á la presencia de Dios de dos modos diversos: 1.<sup>o</sup>, fijando la mirada en el Santo Tabernaculo, se imaginaba de ver á Jesús con el Corazón palpitante de amor por él; 2.<sup>o</sup>, teniendo en las manos un pequeño crucifijo, figurábase de oír á Jesús crucificado y coronado de espinas, que le decía: ¡por ti he sufrido yo tanto! ¡contéplame bien! ¡soy la obra de tus manos! ¡Ah! ¡siquiera desde ahora sécame estas lágrimas, límpiame esta sangre con actos de profunda contrición y de amor perfecto!

¡Qué mucho que después de tal preparación, estuviera la meditación de don Andrés exenta de distracciones y fecunda en prodigiosas gracias!

Acatemos el aviso del Espíritu Santo que nos dice: Antes de la oración prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta á Dios: *aute orationem praepara animam tuam et noli esse sicut homo qui tentat Deum.* (Eccle. 18, 23). Imitemos á San Bernardo, el cual, antes de entrar á la capilla para la meditación, despedíase de todo pensamiento extraño, inútil y de distracción,

diciendo: Esperadme aquí fuera, oh pensamientos míos: *expectate hic, cogitationes meae.* (*De Cont. Dei, 1*).

Hagamos ante todo un simple acto de fe en la presencia de Dios, quien está en todas partes; escudámonos entre los pliegues del manto de su Bondad infinita, cual polluelos bajo las alas de su madre; ó bien concentrémonos dentro de nosotros mismos, contemplándole en nuestro corazón, ya que allí se digna morar de un modo tan especial, etcétera.

Acto continuo, humillándonos profundamente ante su acatamiento, después de haber implorado su divina asistencia, principiaremos con suave sencillez la consideración del primer punto, etc... no olvidando, empero, el aviso de San Alfonso, de detenernos, á saber, algo en las consideraciones, y mucho, muy mucho en los coloquios, afectos y propósitos.

¿Vendrán las distracciones, y cual aves de rapiña intentarán robarnos todo afecto, todo pensamiento, todo propósito santo? Una *Avemaría* dicha de corazón, desbaratará todo ese importuno ejército del demonio. Dice San Francisco de Sales: *María es el vas insigne devotionis*, que siempre está *rebosando*, y puede llenar todos los corazones de celeste devoción, con tal de que frecuentemente la supliquemos.

VIII. En cuanto á elegir los libros de meditación para vosotras, ob hermanas, preguntadlo á los Superiores. Pinamonti, la Filotea de San Francisco

de Sales, el Kempis, el Maná del alma del Ségneri, etc., son óptimos.

Los aguiluchos, no pudiendo volar todavía, se hacen llevar sobre las espaldas de su madre. Y nosotros, no sabiendo aún levantarnos en la meditación, dejémonos levantar, por decirlo así, por los libros, donde están las meditaciones con sus respectivos afectos y propósitos particulares.

Pero, para las meditaciones de las alumnas, son preferibles ciertamente las de la *Juventud instruida*, por don Bosco, la *Preparación para la muerte*, y la *Práctica de amar á Jesucristo*, por San Alfonso. Léase siempre despacio, en voz suave y devota y haciendo las debidas pausas.

Lo que más interesa, son las resoluciones que hay que tomar en cada meditación. Inútil es meditar, si no se viene á la práctica. Por ejemplo, meditando en la muerte, se dirá: cuando estuviere para morir, yo no quisiera haber dado gusto demasiado á este cuerpezol.. Luego, ya desde hoy no le daré gusto en tal ó cual cosa: En el juicio no quisiera ser juzgada severamente; luego no juzgaré yo con severidad á tal ó cual persona, contra la cual siento antipatía, etc. Jesús en la cruz no tuvo la más mínima impaciencia; luego en la tal circunstancia en que hoy, una pecadora como yo, deberá sufrir un tantico, no abriré los labios para lamentarme.

IX. Os recomiendo, finalmente, de un modo particular, la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Las imágenes del Crucificado le movían tanto, que le hacían exclamar: Y ¿por qué Tú estás en la cruz, oh Jesús, y yo no?—Y dirigiéndose á las aves del monte de Alvernia, les decía: ¡Pajaritos, no cantéis, sino más bien gemid! ¡hermanos arrojados, lloremos juntos! ¡y vosotros, oh árboles, no enderecéis ya vuestros ramos al cielo, sino dobladlos y unidlos en forma de cruz!

De continuo meditaba las afrentas, los escarnios y martirios de Jesús, y tenía presente día y noche la tremenda tragedia del Gólgota.

La piadosa reina de Francia, María Lazinska, postrada á los pies del Crucifijo, con los ojos arrasados en lágrimas, solía exclamar: ¡Ah! ¡he sido yo la que he pecado, y es mi Dios el que sufre! ¡El está sobre una cruz, y yo sobre un trono! ¡Sobre mi cabeza está una diadema, y sobre la de mi Jesús una corona de espinas!..

El crucifijo es el mejor de todos los libros. Hasta los ciegos y los analfabetos pueden leerlo. Ya esto lo había profetizado Isaías (*Cap. 39, 12*) cuando dijo: y darán el libro al que no sabe leer, y le dirán: léelo.—Meditándolo bien y viendo que Jesús es todo una llaga desde la planta de los pies hasta la coronilla (*Isai, 1, 6*), deberemos quizás, y sin quizás, exclamar: ¡Ay de mí! ¡que soy todo una llaga fétida de pecado, desde la cabeza hasta los pies! ¡No hay sentido de mi cuerpo, ni potencia de mi alma que no tenga manchas! y ¡cuáles manchas! ¡no existe virtud que no haya ultrajado, ni un mandamiento que no haya barrenado! ¡doquiera pisé, he dejado huellas chamuscadas de fue-

go infernal! ¡Mis iniquidades se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza! (*Ps. 39, 13*). Y será entonces que el corazón se nos derretirá en lágrimas, que los ángeles se apresurarán á recoger en copas de oro para brindar con sus compañeros en los eternos banquetes del Cielo; pues, como dijo muy bien un santo Padre: *lacrymae peccatorum, vinum sunt angelorum*.

El que medita bien el Crucifijo castigará su cuerpo, y lo pondrá en servidumbre, de consiguiente no será reprobado (*1 Cor. 10, 27*), antes bien, tendrá la señal clara de ser predestinado; porque á los que Dios conoció en su presencia, á estos también predestinó, para ser hechos conformes á la imagen de su Hijo. (*ad Rom. 8, 29*).

Hubo santos que, al acostarse, colocaban el Crucifijo sobre cada uno de los sentidos que serán ungidos con el óleo santo, y decían. Por esta cruz y por tu piísima misericordia, ¡perdóname, Señor, cuanto hoy te he ofendido mis ojos, mis oídos, mi boca, mis manos, etc!.

El Crucifijo es nuestra última esperanza en punto de muerte. Citaremos, en prueba, dos hechos.

1.º Uno de los grandes generales de Luis XIV estaba moribundo. El rey, para recompensarlo por los servicios prestados á la patria, envióle el bastón de Mariscal. Al verlo el moribundo, exclamó: —bello, sí, pero inútil en el país adonde voy. ¡Traedme un crucifijo! ¡En éste me apoyaré con seguridad!

2.º En su lecho de muerte una joven, cuya vida había sido gastada en vanidades, desoía las

exhortaciones de un sacerdote y de una religiosa, que le animaban á esperar en Dios y confesarse.

Con el semblante desencajado, la mirada extraviada, y bañada en sudor frío, repetía con acento de terror indescriptible, mirando á sus manos: —¡Vacías!.. ¡Vacías!.. ¡Con las manos vacías!..

Los asistentes, entristecidos, suplicaban al Señor pidiendo un medio de salvar á esa alma, ya casi del todo entregada á la desesperación.

De repente el sacerdote se levanta, y tomando un Crucifijo, lo pone en aquellas manos vacías... La joven lo contempla, se anima, se serena, y, besando fervorosamente los pies del Crucifijo, exclama: ¡He comprendido, Jesús mío crucificado! ¡ahora ya no tengo las manos vacías! ¡En Vos espero!—Y se confesó y murió muy tranquila.

¡Ah! no hay recuerdo más saludable para el alma, y más dulce al corazón, que el de Jesús Crucificado.

¡Que todo lo criado os sirva para despertar en vosotras este recuerdo!

Las tinieblas de la noche traigan á vuestra mente las horas de la terrible agonía del buen Jesús en la noche de su Pasión.

Este era el pensamiento que traía siempre como arrobado en la más alta contemplación al Seráfico San Francisco de Asís.

Las horas del día os recuerden algún paso de la Pasión de Jesús. Cuando toca el reloj las horas, ¡ah! no llegue ese sonido á vuestro oído sin traeros algún gemido, algún suspiro de Jesús.

Si veis algún monte, recordad el Calvario.

Si veis un huerto, recordad el Getsemaní.

Si un madero, el de la Cruz.

Las espinas os han de recordar la corona que ciñó el amable Salvador.

Una caña os ha de recordar su cetro irrisorio.

Una túnica, el girón de púrpura con que le vistieron como á rey de burla.

Cuando se os presente debajo de los ojos una cuerda, corred con el pensamiento al jardín de los olivos, cuando echaron á Jesús una soga al cuello.

Si os es dado ver unos azotes, corred al pretorio, y presenciad la cruel flagelación de Jesús.

Si unos martillos, unos clavos, figuraos su crucifixión.

Si una lanza, su pecho rasgado.

Cuando veais agua, pensad en la que salió de su Costado; cuando veais sangre, en la que El derramó en el Huerto, en el Pretorio, en el camino del Calvario, en la Cruz.

Cuando tuviereis sed, meditad en la ardiente sed que sufrió Jesús en la Cruz.

Cuando os encontrareis en tribulaciones y penas, dirigid al Eterno Padre la misma plegaria del Salvador: *¡Fiat voluntas tua!*

Cuando los hombres os persiguieren, no tenéis más sino repetir esa plegaria que Jesús hacía por sus verdugos: *¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!*

¡Oh! con qué facilidad podría el alma vivir en íntima unión con su Dios Crucificado, si supiera sacar partido de todo lo que se le presenta á la vista.

Santa Clara de Montefalco poseyó de tal manera este espíritu, que su celestial Esposo quiso premiarla, dejando fuertemente impresas en el corazón de la Santa, la imagen de la columna, de los azotes, espinas é instrumentos de la Pasión.

Concluyamos con las palabras de San Alfonso: «Sin la meditación es difícil perseverar, é imposible llegar á la perfección. ¡Debe juzgarse perdido el día en que se deja la meditación!

Y con las otras del R. P. Mach: ¡Por santa que sea una religiosa, caerá, sin el auxilio de la meditación! Por relajada que ella sea, se enmendará ciertamente, haciendo bien la meditación.

## CONFERENCIA XXIV

### LECTURA ESPIRITUAL

*Attende lectioni.*

*Applícate á la lectura sagrada.*

1.<sup>a</sup> ad. Tim. 4, 13.

I. La visita al Santísimo Sacramento, el examen cotidiano, la meditación y la lectura espiritual deben considerarse como las cuatro ruedas del carro que nos ha de llevar al Paraíso. Una sola de estas cuatro ruedas que se rompa, basta para que nos encontremos embarazados, y ya no caminemos adelante, sino con incomodidad.

Hémos dicho que la meditación nos es muy necesaria; pero la lectura espiritual, Dice San Francisco de Sales, es como el aceite de la lámpara de la oración. ¡Ah, cuántas lámparas se apagan cada mañana por defecto de este óleo!

De consiguiente, no se deje nunca esta cara lectura que otros suelen llamar: *hermana de la meditación*; y que precisamente por este motivo debe correr parejas con ella.

San Jerónimo, Doctor de la Iglesia, la recomienda á su discípula Eustoquia; y habría querido que ella hubiese continuado leyendo, mientras la cabeza no le cayese sobre el libro santo. *Tenenti codicem somnus obrepat, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat.*

Y San Atanasio nos dice: Sin el ejercicio de la lectura espiritual, no puede vuestro espíritu elevarse á Dios y ocuparse en las cosas divinas: *Sine legendi studio nemo ad Deum valebit esse intentus* (*Exhort. ad Monachos*).

San Juan Crisóstomo nos asegura que es imposible alcanzar la salvación, sin ocuparnos á menudo en la lección de los libros santos: *Neque enim fieri potest, ut quisquam salutem assequatur, nisi in assidue versetur in lectione spirituali*. (*Conc. 3, de Lázaro*).

Y ya desde sus tiempos la recomendaba San Pablo á su discípulo Timoteo: *attende lectioni*: aplicate á la lectura, (se entiende la espiritual).

La lectura espiritual es un panal de miel, un manjar del Paraíso. «Esas páginas santas, dice San Agustín, son otras tantas cartas amorosas que nos manda el Señor, á fin de instruirnos en las virtudes que debemos practicar, y en los peligros que hemos de evitar».

La vuestra no debe ser tan larga, pero es obligatorio el hacerla. Nunca se lea harto de prisa, como si se leyera un periódico, sino pausadamente y con ponderación. No es ya el impetuoso aguácerro, sino más bien el agua que cae tranquila, la que hace fértiles los campos. También en esta lectura, como en la meditación, se puede contemplar y orar. (*In. Spec. Monach.*)

Cuando leáis, deberéis recoger algún pensamiento que más os convenga, para traerlo después á la memoria, y meditarlo frecuentemente durante el día.

Pero no os contentéis con oír y meditar la lec-

tura; tratad más bien de practicarla, si no queréis engañaros miserablemente. *Estote autem factores verbi; et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos. (Jac. 1, 22).*

Quien se contenta con sólo oirla, sin ponerla en práctica, se hará parecido á un hombre que contempla al espejo su rostro nativo ensuciado con algunas manchas, y que no hace más que mirarse, y se va sin quitarlas, y luego se olvida de cómo está. (*Ibid.*)

San Gregorio, antes de la lectura, decía con espíritu de fe:— «Alejaos de mí, espíritus malignos, que voy á meditar la ley de mi Dios:» *Declinate a me maligni, et scrutabor mandata Dei mei. (Ps. 118, 115).*

Y San Etrén nos aconseja hacer antes de la lectura una breve súplica á Nuestro Señor, para que se digne abrirnos los ojos y los oídos de nuestro corazón, á fin de conocer su Santísima Voluntad: *cum te ad legendum paras, Deum ora, dicens: Domine Jesu Christe, aperi aures et oculos cordis mei; non abscondas a me mandata tua. (Tractatus de Patientia).*

Toda lectura pía, así como toda piadosa instrucción, encierra siempre, por una gracia especial, algo útil para todos los que la escuchan con espíritu de fe.

II. Si la lectura se hace en común, no se lea con voz tan fuerte que comprometa tanto los pulmones de la lectora, como los oídos de los que la escuchan; pero tampoco con voz tan débil, nasal,

chilladora, monótona, ó bien, tan lenta, que produzca sueño más bien que atención. Si fuere necesario, prepárense las lectoras haciendo los debidos ensayos antes de leer en público.

Si se hiciese la lectura en privado, léase pausadamente sin ninguna prisa. Imitemos á la abeja que no abandona una flor sin haber antes extraído el jugo aromático de aquélla.

El citado San Efrén dice, á este propósito: *instar sapientis apiculae mel ex floribus aligentis, fructum ex iis quae legit pro animae medela desumit*: saquemos fruto de lo que leemos para remedio de nuestra alma, como las sabias abejitas sacan la miel de las flores. — Y San Bernardo quiere que estampemos siempre en nuestra mente algún paso más saliente, junto con alguna buena resolución.

Hagamos, pues, una pausa de vez en cuando, y repasemos aquellos trozos que más impresión nos hicieron, suplicando al buen Dios nos conceda las virtudes que, según podemos colegir de la meditación, todavía nos hacen falta.

III. En cuanto á escoger los libros adecuados, téngase presente que los mejores son siempre aquellos cuyo autor lleva un nombre con la *S* inicial, es decir, *Santo*.

Las Directoras tomen consejo de quien convenga, para saber cuáles sean los libros apropiados para la lectura del dormitorio, de la iglesia, del taller, etc. A la verdad, aun cuando todos los libros que se leen sean buenos, no todos, sin em-

bargo, son adaptados para cada una de las sobredichas lecturas.

La *Imitación de Cristo* es el óptimo entre los libros. En él se inspiraron los santos, se saturaron los místicos y los ascetas; en él bebieron los pecadores. He ahí el libro que debiera ser el consejero de vuestras educandas: su verdadero *Vade mecum*.

Vienen en seguida los libros de San Francisco de Sales: *la Filotea*, etc.; los de San Alfonso María de Liguorio: *la Práctica de amar á Jesucristo*, *el Gran Medio de la Oracion*, *las Glorias de María*, etc.; escritos todos con tanta unción y doctrina, que es imposible leerlos sin sentirnos enteramente transformados en otros.

Son también recomendables: *El tratado de la verdadera devoción á María Santísima* del B. Grignon de Montfort; el *Combate espiritual* de Scupoli; los libros del P. Faber, especialmente el *Todo por Jesús*.

La vida de vuestro Padre Fundador, las de los santos, escritas por él mismo, las biografías de sus hijos é hijas difuntos, son libros que hay que preferir á los demás, porque en ellos, tanto las hermanas como sus alumnas encontrarán un aliado espiritual muy conveniente á su propio estado.

IV. Avisad también á vuestras caras alumnas:

1.º Que no empiecen la lectura sin encomendarse á Dios, á fin de que les ilumine la mente y toque el corazón. Cuando se ora, hablamos con Dios, y cuando leemos libros santos, Él es enton-

ces quien nos habla. Por este motivo no lean nunca con indiferencia los libros santos, como si fueran lecturas de hombres; sino con toda reverencia, porque son epístolas que nos manda el buen Dios.

2.º Que siempre lean con recto fin, es decir, no por curiosidad, ó sólo por el deseo de saber, ó por la belleza del estilo y pureza del lenguaje, ó por pura vanidad, deseando, por ejemplo, *saber hablar de la virtud*, sin voluntad de practicarla, sino por espiritual provecho, es decir, con vivo deseo de progresar en la virtud.

Mientras más se leen estos santos libros, más se conoce á Dios, siempre admirable en sus santos. Y cuanto más conociéremos á Dios, tanto más, por dulce necesidad, lo amaremos.

3.º Que lean con mucha calma y atención. Repito que no son los chaparrones de recia lluvia los que penetran y fertilizan la tierra, sino las lluvias suaves y continuas. Sngeridles que siempre que topen con algún paso muy adecuado, se detengan un tantico para saborearlo santamente, y elevar el corazón á Dios.

4.º Recuerden el aviso de los santos de *no leer mucho, sino leer bien*. Hay quien piensa que para volverse uno muy espiritual y santo, hay que devorar muchos libros que tratan de mística, etc.; pero no muestran saber que así como el nutrimento del cuerpo no depende de la cantidad de los alimentos que se toman, sino más bien de la buena digestión, así el nutrimento del alma no proviene de la prolijidad de la lectura, sino del esmero santo que se usa en leer y meditar.

5.º Hagan siempre la lectura espiritual, aun durante las vacaciones, y despnes de acabados sus estudios.

Las bibliotecas compuestas de Vidas de Santos, merecen llevar sobre su frontispicio la inscripci3n: *Farmacia del alma*.

La vida de los mártires y de todos los Santos del Cielo, son, al decir de San Bernardo, la poesía de nuestra alma. Son como una sagrada reliquia que se debería besar antes y después de la lectura. Así lo hacía Santo Domingo. «Estos libros de piedad, decía él, me dan la leche que me nutre». Y los besaba tiernamente y los apretaba contra su corazón.

Felipe Neri se hizo santo leyendo vidas de santos, y Santa Teresa, leyendo vidas de mártires, San Agustín, San Ignacio de Loyola, el B. Juan Colombini, etc., hallaron el camino del Cielo en los libros de esta misma clase.

Vuestras alumnas no debieran nunca dejar el buen libro diciéndole —¡Adiós!— sino solamente: ¡Hasta luego! revolviendo mientras tanto en su mente cuanto hubiesen leído, á fin de sacar de allí abundante provecho. Solamente á los libros malos, y también á los que no son muy buenos, deben dar ellas un sempiterno *adiós*, y odiarlos de corazón para siempre, como se debe odiar el pecado.

De los primitivos cristianos, narran los Hechos Apostólicos, que llevaban con ardor los libros malos á los pies de los Apóstoles, y los quemaban á la vista de todos; y valuados una vez, se halló que montaban á cincuenta mil denarios, ó siclos de plata, (es decir, 140.000 reales de vellón).

¡Cuánto daño acarrea, ciertamente, un libro malo!

Semejante á esos animales que toman el color de las plantas y hojas de que se alimentan, vuestras niñas irán adquiriendo costumbres y carácter análogo á las lecturas que hacen.

El molino muele el grano que recibe. Lo propio hace nuestra cabeza. Si se leen libros profanos, son pensamientos fútiles, frívolos, mundanos los que ocupan nuestra mente; si por el contrario los libros que leemos son santos, serán también santos nuestros pensamientos y afectos.

Por las lecturas romancescas estuvo á punto de perderse Santa Teresa cuando era joven, como ella misma tuvo que confesarlo. Semejantes lecturas han poblado el infierno.

¡Oh, cuántos se perdieron porque no fueron prudentes en la elección de los libros! El astutísimo demonio dirá que en ciertos libros malos, se hallan cosas muy buenas, pero ¿qué necesidad hay, dice San Jerónimo, de ir á buscar un poco de oro en medio de tanto fango, mientras existen tantos libros, que son todos oro purísimo de subidos quilates?

Y nótese que la mayor parte de esos libracos feos son perjudiciales hasta para la sana literatura; alejan del estudio de los grandes modelos de bien escribir: exaltan la fantasía, excitan las pasiones causan el suicidio... ¡Oh, échense al fuego, todos los libros de semejante laya!

Sean amigas sólo de los libros buenos y santos que fueron, son y serán siempre factores admira-

bles de santificación, como lo prueban las conversiones de un Agustín, de un Ignacio de Loyola, de Juan Colombini y de tantos otros.

En el caso de no tener á mano ningún libro bueno, lean bien el Crucifijo, meditándolo un poquito cada día. Esto hacía el acólito Biga, salesiano, cuando no le era dable leer otros libros; y era ésta, por cierto, su mejor lectura espiritual.

6.º Decidles, finalmente, que siempre se aconsejen con el propio confesor, ó con quien es amigo de sus almas, con respecto á escoger los libros de lectura, á fin de no cometer en esto, equivocaciones que serían fatales. Este aviso es de la mayor importancia.

Abandono á vuestra consideración los avisos anteriores, á fin de que, con el auxilio de Dios, sepáis de ellos aprovecharos, para vuestra salud y la de vuestras amadísimas alumnas.

Pidamos *ad invicem* á la Divina Misericordia para que se digue escribir en el *Libro de la vida* vuestro nombre y el del pobre escritor de estas Conferencias.

## CONFERENCIA XXV

### LAS ORACIONES

*Et effundam super habitatores Jerusalem spiritum gratiae et precum.  
Y derramaré sobre los habitantes de Jerusalén (las casas religiosas) el espíritu de gracia y de oración.  
(Zaco. 12, 10).*

La oración es la fuente de las divinas gracias, la escuela del divino amor, la vida de la Religiosa. Es una conversación familiar entre el alma y su Dios. Es buscar á Dios y hallarlo, según lo que dice el Salmo: busqué al Señor y me oyó. (*Salmo 33, 5*). De consiguiente, dice San Agustín, si no somos oídos es porque no buscamos á Dios; á saber: no oramos bien.

I. Entrando luego en materia, os diré que en no pocos colegios de educandas hay una fuerte propensión á rezar de corrida las oraciones. ¡Despacio, por caridad! Si se va muy de prisa, también así se irá la devoción; y eutonces...

Dice San Agustín, que sabe vivir bien, sólo el que sabe bien orar.

¿Por qué somos tibios y flojos? Porque no sabemos desenvainar á tiempo la espada de la oración, ó bien la tenemos rota, ó embotada por falta de devoción.—La oración es, para nosotros, cabal-

mente lo que la espada para el soldado—dice San Vicente de Paúl. ¿De qué proviene el que algunas hacen vuelos admirables en la vía de la perfección? Del tener siempre desplegadas las alas de una santa oración.

¡Más despacio, oh hermanas, más despacio!—La precipitación es el primer embrollón, especialmente de las cosas santas, decíame un día Monseñor Belasio de s. m.

Hay algunas que mientras rezan parece que tengan los enemigos á las espaldas; caminan siempre á vapor; rezan respirando y aspirando sin detenerse nunca; dicen, ciertamente, la mar de oraciones, y siu embargo no rezan; porque una cosa es desembuchar oraciones y oraciones, y otra rezar de veras, de un modo aceptable á Dios. Creerán las pobrecitas de haber hecho una gran cosa por haber recitado una retahila de *Padrenuestros*; pero les concederá como á aquél que había soñado que estaba comiendo, y al despertar se encontró del todo en ayuvas.

Os recomiendo hacer las debidas pausas á cada petición del *Pater*; á las palabras *mulieribus* y *peccatoribus del Avemaria*; *et Filio* en el *Gloria Patri*; al *semper* en el *sicut erat*, etc.

II. Se suele empezar el Oficio de la B. V. María, el Santo Rosario y otras oraciones de regla, diciendo: *Deus in adiutorium meum intende*. Ahora bien, imaginen las apresuradas, que el Angel Custodio así las amonesta: «Hermana mía, si quieres que Dios te preste atención, es necesario que

tú se la prestes á El». ¡Más despacio; anda más despacio, oh hija mía, si quieres que Dios te entienda!—Pero la apresurada continúa diciendo:—*Domine ad adiuvandum me festina*: Señor, date prisa á venir en mi auxilio.—Y el Angel añade: «Hermana, ¡sea, no tan ligero! En tu premura parece que digas: «¡Señor, ayúdame á andar ligero!» «Así no está bien, hermana mía, ¡reza más despacio y con más devoción!»

De Santa María Magdalena de Pazzis, se narra que no podía tolerar la precipitación en el rezo del Divino Oficio.

Un día corrió á echarse á los pies de la misma Madre Priora, que estaba guiando el Oficio, y le dijo:—Reverenda Madre, ¿por qué rezamos tan de prisa? ¿Quizás tengamos que hacer otra cosa mejor que ésta para la gloria de Dios?—Otras veces solía decir: Me parece que no es conveniente ni lícito eso de despachar aprisa las divinas alabanzas á la manera de los trabajos domésticos.

Y un buen religioso decía á un cohermano suyo, que solía estropear las palabras:—¡Despacio, ¡hola! despacio, pues el demonio nos está al lado para recoger cuantas sílabas omitimos ó pronunciamos mal, para llevarlas al juicio cual materia de acusación contra nosotros!

Nuestro Venerable Fundador Don Bosco mostrábase siempre enemigo declarado de la prisa de que hablamos. A uno de sus alumnos, que, ayudando á Misa, omitía no pocas palabras, dijo él un día:—Pero tú tienes siempre harto apetito... —¿De veras? ¿por qué me dice Vd. esto?—¡Porque

te estás comiendo hasta las palabras de la Misa!

El muchacho trató luego de corregirse, y después de la Misa del día siguiente preguntó á Don Bosco:—Padre mío, ¿qué tal mi apetito?—Va disminuyendo, respondió el Venerable.

III. Hay quien se lamenta porque el Rosario recitado en tiempo de Misa impide hacer la debida preparación y acción de gracias para la Santa Comunión. Pero si se reza el Rosario despacio y con gran devoción, nos ayudará también á cumplir con este deber. En efecto: en el Santo Rosario, además de repetir muchas veces la más excelente de las oraciones, el *Padrenuestro*, que la Iglesia pone en los labios del sacerdote antes de la Comunión, se repite aún cincuenta veces el *Benedictus fructus ventris tui Jesus*, bendito el fruto de tu seno, Jesús, quien está ahí presente en el altar; y otras cincuenta veces se reza el *Ora pro nobis peccatoribus*: casi diciendo: Oh, María, yo no sé hacer mi preparación, ni la manera de dar gracias; ah, por piedad, rogad Vos por mí *nunc*: ahora sobre todo; preparadme el corazón para recibirlo y dad Vos misma las gracias al carísimo Jesús por mí.

Hay también alguna que se queja por estar continuamente distraída, y dice que es inútil que reze, porque Dios ciertamente no la escenchará. Pero ¿no es acaso esta no bendita prisa, la verdadera causa de tantas distracciones y la que, según dijo el profeta Jeremías, obliga á Dios á ponerse por delante nna nube, para que no llegue á El la ora-

ción? *Opposuisti nubem tibi ne transeat oratio.*  
(*Thren.* 3, 44).

Otras se quejan de que las alumnas externas no son buenas, las internas son malas, las del oratorio festivo son incorregibles, y, de consiguiente, resulta inútil cualquier aviso que se les dé, cualquier cuidado que de ellas se tenga. Pero se han olvidado de que la oración *bien hecha* viene á ser como la llaman los Santos Padres: *Llave del Paraiso*; muro incontrastable de la virtud; *cimiento sólido* del edificio espiritual; *alma* de toda obra buena; *firme puente* echado sobre el peligroso río de las tentaciones; *fragua* en que se aviva el fuego de la fe, la esperanza se afirma, la caridad se fomenta, los vicios se consumen, y se practican todas las virtudes.

Se han olvidado de que la oración *bien hecha* es como un *acto omnipotente* que pone á disposición del alma todas las fuerzas del Cielo; es una *llave divina* que abre el arca de los tesoros de Dios; ó, por decirlo con frase muy gráfica, es la *omnipotencia del hombre*, y al mismo tiempo la *debilidad de ese Dios*, que no sabe negar nada á quien le suplica; se han olvidado de que el corazón de las alumnas está en manos de Dios, y que el corazón de Dios está en las manos de las hermanas que saben orar debidamente, y que por esta razón debemos acudir al trono de la gracia, frecuente, devota, humilde y confiadamente, á fin de alcanzar la Divina Misericordia siempre que la necesitemos. *Adeamus cum fiducia ad thronum gratia, ut misericordiam inveniarum, in auxilio op-*

portuno. (*Ad Hebr. 4, 16*). Se han olvidado de cuanto escribió el poeta cristiano, Mascheroni, á saber:

*Non sa parlare agli uomini, di Dio,  
Chi degli uomini a Dio molto non parla.*

Más aún. Para obtener la conversión de nuestras queridas alumnas, debiéramos, si fuera posible, entretenernos más con Dios para hablarle de ellas, que no quedarnos con ellas para hablarles de Dios; puesto que, como escribió San Alfonso: «Se salvan más almas con las rodillas, rezando, que con la boca predicando; de consiguiente, la oración debe siempre preceder á la predicación, puesto que sin oración, nunca haremos nada bueno». ¡Oh! siuviéseis la fe de las heroicas madres cristianas de la Fiandra, ¡cómo sería potente vuestra plegaria, enderezada á la salvación de vuestras niñas!

Oíd el estupendo cántico que ellas repiten en sus reuniones de cada domingo:

«¡No, no nos la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos! ¡No nos la arrebatarán mientras el sol del buen Dios brille sobre la Fianza; mientras haya en nuestros pobres bolsillos el último maravedí!

»¡Quiéren quitar al buen Dios el alma, la bella alma de nuestros hijos! ¡No, no se la quitarán, mientras corra por nuestras venas una sola gota de esa sangre que derramaron nuestros padres en defensa de su fe!

»¡Oh, Fianza, oh, dulce Patria! quieren hacer de ti una guarida de incrédulos. ¡No, no la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos!

„¡Perderemos de buena gana nuestros bienes, nuestra vida, pero jamás ni nunca, el alma, la bella alma de nuestros hijos!

„Y hasta el último suspiro, y desde la misma tumba gritaremos: ¡No, no la arrebatarán el alma, la bella alma de nuestros hijos!”

Armáos, oh Hijas de Don Bosco, del celo de esas heroínas, y confiadas en ese Dios que nada sabe negar á quien le pide incesantemente por la salud de las almas, repetiréis también vosotras con santo orgullo, al mundo y á todos los demonios del infierno: *„¡No, no arrebataréis el alma, la bella alma de nuestras queridísimas alumnas!”*

IV. Otrás hay, finalmente, que mandadas á asistir, á hacer el catecismo, ó una breve exhortación á las niñas, se excusan con decir que les falta el don de la palabra, que no tienen valor, ni ingenio, ni recurso alguno para cantivarse la atención de las niñas, etc. ¡Fútiles excusas! Abranse el corazón y la boca en una devota plegaria, y por ella vendrá luego el Espíritu Santo, dice el Real Salmista. *Os meum aperui, et attraxi spiritum:* abrí mi boca y atraje el Espíritu. (*Ps. 118, 13*).

Y es justamente este Espíritu Santo, que cambia á los pobres ignorantes en Apóstoles, y renueva admirablemente la faz de la tierra.

Entendedlo bien de una vez, oh hermanas: si no rezáis bien, trabajaréis inútilmente en la pesca de las almas, y al finalizar el año y la vida, os encontraréis con las manos vacías.

Pero si todas, sin excepción, fuéreis amigas de la oración hecha, según se ha dicho, despacio y devotamente, obtendréis, muy luego, una pesca milagrosa de almas; y todas vuestras alumnas se harán santas.

El buen acólito Domingo Biga, asistente de los pequeños, en el colegio de Alassio, escribía de este modo á su antiguo Director:—Cuando alguno de mis niños se me muestra rehacio, recorro al remedio primo é infalible de la oración. A usted puedo decir como lo hago:—Voy á la Iglesia, y rezo; y si la encuentro desierta, entonces cobro valor: me acerco al Tabernáculo, y llamando con toda confianza á la porteznela, digo: ¡Oh, Jesús mío, tan bueno con la juventud! os recomiendo á mis pobres niños. ¡Hacédmelos buenos á todos!

¡Qué celo tan ardiente tenía este salesiano! ¡Ea, pues, mis buenas hermanas, imitemos!

Tomo margen de lo que acabo de narrar para recordaros que, si queréis obtener la conversión de ciertas niñas traviesas, ó cualquiera otra gracia, máxime si espiritual, os sirváis de la oración de las niñas más pequeñitas é inocentes.

Narra la Sagrada Biblia que, hallándose el pueblo hebreo oprimido por grandes calamidades, después de agotados todos los medios para aplacar la cólera divina, acudía eficazmente al rezo de los pequeñuelos.

También la Iglesia antigua solía hacer rezar á los niñitos, para la perseverancia de los catecúmenos, antes que éstos saliesen de la Iglesia. Acabada la oración de los niños, todos los cristianos

presentes respondían: *Amén*. Era una escena la más conmovedora.

El Capitán de marina Alfonso Albuquerke obtuvo que se sosegase una tempestad deshecha, presentando al Cielo un niño inocente que gemía y lloraba.

En 1590, cuando la peste hacía grandes estragos en París, la autoridad eclesiástica ordenó una solemne procesión de penitencia, encabezada por las madres llevando en los brazos á sus propios hijitos, como para demostrar que eran éstos los que podían aplacar la mano justiciera de Dios. A la verdad, muy luego, la ciudad quedó libre de la pestilencia.

San Francisco Javier servíase de la oración de los niños para convertir á los infieles. «A los niños, solía decir, soy deudor de mis triunfos sobre el Paganismo.

San Felipe Neri, á fin de obtener la conversión de los pecadores, rennidos los niños, les hacía repetir: —¡Oh Jesús, tened piedad de los pobres pecadores!

Lo propio practicaba San Vicente Ferrer para convertir á los padres de sus alumnos de catecismo.

Y nuestro Venerable Padre Don Bosco, desde la Ciudad eterna, cuando estallaban persecuciones sobre nuestro naciente Instituto, ó se trataba de la aprobación de la Santa Regla, etc., escribía: Haced rezar á vuestros niños; y que los más tiernos vayan á rodear el Santísimo Sacramento. Son éstos, especialmente, los que nos han de alcanzar de Dios el favor que necesitamos.

V. Una palabra aún con respecto al *Oficio parvo* de la Santísima Virgen.—Una parte de este *Oficio* (los salmos) lo recitaba la Sagrada Familia; ¡y podéis imaginaros con qué devoción!

El oficio es un eco de las alabanzas que á Dios y á María Santísima cantan los ángeles del Cielo. En el acto, pues, de recitar el oficio, podéis emular á los cantores de la Sión celestial. Mas, para este fin, es necesario que lo receis siempre *integre*, es decir, sin omitir nada en cuanto os sea posible, *digne*, esto es, con las convenientes disposiciones de amor, ó á lo menos de contrición; *attente*, á saber, previniendo y alejando las distracciones; *reverenter*, esto es, con un continente compuesto, con la pronunciación clara de cada sílaba, con la pausa al asterisco, sin ninguna precipitación; y finalmente, *devote*, ó sea con todo corazón, sin experimentar nunca disgusto y aburrimiento.

Las que entienden algo del Oficio, sírvanse de él para levantarse á Dios con sentimientos de amor, de reconocimiento, de dolor, etc., de los que abundan esas santas páginas. Y las que nada comprenden absolutamente, no se crean por esto dispensadas de rezarlo; pronuncien también ellas el latín muy claramente, marcando bien los acentos, haciendo las debidas pausas, y manteniendo su corazón siempre unido á Dios. ¿Perderá acaso su valor intrínseco un diamante, cuando está en mano de uno, que tal valor no conoce?—¡Es claro que no!—Dígase lo mismo del *Oficio en latín*, verdadero diamante preciosísimo del Cielo.

A fin de rezarlo dignamente; meditemos cuanto dijo San Francisco de Sales á sus religiosas de la Visitación:—Es necesario pensar que hacemos oficio de ángeles, aunque de un modo diverso, y que estamos en la presencia de ese mismo Dios, ante quien tiemblan los ángeles.

Cuando uno se presenta ante un rey de esta tierra, procura estar muy atento por temor de equivocarse; y si no obstante toda su atención, se le escapase alguna palabra mal dicha, tiene por esto un gran rubor. Con mayor razón debemos guardarnos de cometer errores rezando el oficio. (*Tratado 18*).

Santa Francisca de Chantal acostumbraba decir á las que no comprendían el latín: Quedaos sencillamente en la presencia de Dios, cada una según la gracia que le es otorgada; ó si queréis, pronunciad frecuentes jaculatorias, mientras el otro coro reza su versículo.

Termino con recomendar calurosamente, primero á mí mismo, y después á todas vosotras, de rezar y *rezar mucho*; y como dice el Doctor San Alfonso, nunca cansarnos de orar; pero, sobre todo, de *orar bien*.

(*Respuestas*): 1.º *Rezar mucho*. Sin oración, somos cual peces sin agua, cual aves sin alas; flores sin riego, tierra sin lluvia: *anima mea sicut terra sine aqua tibi*. (*Ps. 142, 6*).

: Sin mucha oración, somos como ciudades sin defensa, soldados sin armas; nave sin lastre y sin timón, cuerpos sin alma.

«Sin Mí, dice el Señor, nada bueno podéis ha-

cer: *sine me nihil potestis facere.* (Joan. 15, 5). El pobre vive de limosna; sin ésta perece. Lo propio será de nosotros si no pidiéremos á Dios, por medio de la oración, limosna por nuestras pobres almas. Si un pobre viajero desarmado, se ve asaltado de sus enemigos, ó de bestias feroces, su único recurso es clamar pidiendo socorro. Es éste el continuo estado de nuestra pobre alma en medio de tantos enemigos.

La oración es necesaria á todos; al justo para perseverar; al pecador para convertirse; al débil para fortalecerse; al perfecto para mantenerse tal.

Ella es fuente de celo para los apóstoles, de ciencia para los doctores, de prudencia para los Obispos y Rectores de Comunidad, de fuerza para los débiles. Ella es la defensa de las vírgenes, el arma de los mártires, la corona de los elegidos.

¡Oh, oración! ¡qué potente eres! Y nadie, nadie me diga que para una religiosa que huyó del mundo donde había tantos peligros, y se retiró en la Casa Santa, ya no es tan necesaria la oración, puesto que todos los enemigos del alma se retiraron; pues, si hay una Casa que los ladrones infernales atacuen con ahinco y furor, es cabalmente la Casa religiosa, donde los tesoros de gracias abundan.

Los Israelitas, los que salieron de Egipto, se creían exentos ya, de todo peligro, cuando de repente fueron atacados furiosamente por un sinnúmero de Amalecitas, á quienes derrotaron, no tanto por el denodado valor de Josué, cuanto por el ardor con que Moisés oraba en el monte vecino, te-

niendo de continuo los brazos abiertos en forma de cruz.

2.<sup>o</sup> *Orar bien.* Si pedimos y no recibimos, es porque oramos mal. *Petitis et non accipitis eo quod male petatis.* (Jacob. 4, 3). El grado de oración, es la medida de la santidad de un alma.

Condiciones para que la oración sea bien hecha.

1.<sup>a</sup> Antes de la oración, preparar nuestra alma: *ante orationem praepara animam tuam.* (Lucas 28, 23). Cuando orares, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto (Matt. 6, 6), es decir, ora en la presencia de Dios y en el olvido de todas las criaturas, cerrando la puerta á todo pensamiento, que no sirva para hacerte conocer la bondad de Dios, tu miseria extrema, etc.

2.<sup>a</sup> *Orar despacio y con atención,* porque de lo contrario, está escrito:—Cuantas más oraciones me hicieréis, tanto menos os escucharé. *Cum multiplicaveritis orationem vestram non exaudiam.* (Is. 1, 15).

Orar sin atención es lo mismo que olvidarse de escribir la dirección sobre la carta que dirigimos al buen Dios.

3.<sup>a</sup> *Orar con ánimo puro,* siempre dispuestas á escuchar la divina ley, las divinas inspiraciones; pues el Espíritu Santo dice:—Quien cierra sus oídos para no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración. *Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.* (Prov. 28, 9).

4.<sup>a</sup> *Orar con humildad,* como lo hicieron el Publicano y el Centurión, porque sólo la oración

de quien se humilla traspasará las nubes, y no reposará hasta acercarse al Altísimo, del cual no se apartará hasta tanto que incline hacia ella los ojos. *Oratio humiliantis se nubes penetrabit et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec Altissimus aspiciat.* (Eccle. 35, 21). El atendió á la oración de los humildes y no despreció sus plegarias: *Respexit in orationem humilium, et non sprevit preces eorum.* (Ps. 101, 18).

5.<sup>a</sup> *Orar con ilimitada confianza*, á imitación de la Cananea en el nombre de Jesús, pues Jesús mismo dijo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán: *Petite et dabitur vobis, quaerite et invenietis; pulsate et aperietur vobis.* (Math. 7, 7). Y todo cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis. (Matt. 21, 22). Si algo pidiéreis en mi nombre, yo lo haré. *Et quodcumque petieritis in nomine meo, hoc faciam.* (Joan. 14, 14). Y San Juan agrega:—Esta es la confianza que tenemos en El, que El nos oye en todo lo que le pedimos, siendo conforme á su voluntad. (1.<sup>a</sup> Joan. 5, 1-5).

El éxito de nuestra oración será en razón directa de nuestra confianza, según las palabras del Espíritu Santo: *Dilata os tuum et implebo illud.* (Ps. 80, 11).

El santo abad Sisvi, viendo que su pobre discípulo Abrahán había sucumbido á la tentación, dijo al Señor: ¡Dios mío, Dios mío! quieras que no quieras, has de curarme á ese pobrecito: ¡no te dejaré hasta que no escuches mi súplica! *Vis, non vis, non dimittam te, Deus meus, nisi curave-*

*rimus eum (in vita Patr. lib. 6, cap. 4, num. 14)*, y fué convertido el pecador Abrahán.

También solía orar con ilimitada confianza Santa Catalina de Sena:—Señor, decía, no me voy de aquí, ni nunca te dejaré, hasta que no me salves á esa alma, no me concedas esa otra gracia, etc.

Orar sin confianza, es como si uno escribiese una carta y la dejase sobre el escritorio, diciendo: Es inútil mandarla, puesto que no me van á contestar.

El que pide dudando y desconfiando, parece poseer dos almas: la una que espera, la otra que desespera; la primera cree que Dios es omnipotente y misericordiosísimo, la segunda lo estima severo é impotente.

6.<sup>a</sup> *Orar*, por cuanto es posible, *delante de Jesús Sacramentado*, con el fervor y las lágrimas de una Judith, y rebosando amor para con Dios, cual lo hicieran Moisés y San Pablo. Érase una Hija de María Auxiliadora, que hubiera deseado tener alas para volar de Sagrario en Sagrario, como las palomitas vuelan de flor en flor. Y solía exhalar su corazón con estos pensamientos:

¿Veis cómo vuela  
la mariposa,  
siempre gozosa  
de flor en flor?  
acariciándolas  
muy amorosa  
y embriagándose  
del rico olor?

volar doquiera  
Sacramentado  
vive mi Vida  
Jesús Amado;  
y, acariciándolo  
con nuevo ardor,  
y embriagándome  
de santo amor,

|                |                 |
|----------------|-----------------|
| . . . . .      | del Tabernáculo |
| . . . . .      | en los fulgores |
| Es mi continuo | colgar el nido  |
| sueño dorado:  | de mis amores.  |

7.<sup>a</sup> *Orar con María*, confiando en su omnipotente intercesión. Es cosa certísima que la oración que hacemos para *nuestra propia alma* es infaliblemente impetratoria, puesto que Dios ha prometido y empeñado su palabra de que oirá á todo el que le pida, con tal *que le pida bien*, esto es, con las debidas condiciones. Mas, ¡ay! nadie puede estar seguro de que su oración esté revestida de las condiciones que la vuelvan infalible *sin una especial revelación*. He ahí, por qué acudimos á la intercesión de los santos en la seguridad de que sus oraciones son poderosas ante Dios: *Multum enim valet deprecatio justí assidua*. (Jacob. 5, 16). Pero ¿cuál santo podrá comparar el poder de su oración al de María Santísima? Un solo suspiro de la Madre de Dios, es más poderoso que las oraciones de todos los santos del cielo y de la tierra: *Unum Beatae Mariae suspirum plus potest quam omnium sanctorum simul suffragia*. (Just. Ms. in lit B. M. V. Verbo: *Virgo potens*). La oración de María es omnipotente por gracia: y con razón Tertuliano llama á María la omnipotencia suplicante. *Omnipotentia suplex*.

Hay todavía más. María Santísima es, y lo será para siempre, la verdadera Madre de Nuestro Señor Jesucristo, y Jesús es y será siempre el buen Hijo de esta gran Madre, siempre dispuesto á obe-

decerla, á complacerla en todos sus deseos; de modo que María Santísima rogando, no impetra, sino que impera: *non impetrat, sed imperat*. Los ruegos de María, dice San Pedro Damiano, son más bien órdenes de señora que súplicas de esclava: *Accedis non solum rogans sed imperans: Domina, non ancilla (servas 1 de Nativitate Virginis)*.

He aquí por qué nuestra Santa Madre la Iglesia después de habernos enseñado á pedir gracias al Eterno Padre por la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo: *Per Dominum nostrum, etc.*, quiere que supliquemos á Nuestro Señor Jesucristo—á quien tanto hemos ofendido—por la intercesión de María, como se puede ver en el himno *Ave Maris Stella*, donde le cantamos: Nuestra que eres Madre: por ti reciba nuestras plegarias, El, que naciendo por nosotros, quiso ser tuyo:

*Monstra te esse Matrem,  
Sumat per Te preces  
Qui pro nobis natus,  
Tulit esse tuus.*

Así como el Eterno Padre no escucha la plegaria de ninguno, sino por amor á Jesucristo, así Jesús no oye la oración de nadie, sino por amor de María.

Cierto es que la humildad, la oración, la Santa Comunión frecuente, etc., son medios poderosos y necesarios para salvarnos, mas todo esto nos lo obtiene María Santísima, si á Ella acudimos.

Ella hace llover el maná celestial sobre los que la invocan; Ella no sólo recomienda, sino que ase-

gura las cartas que por su medio enviamos al Cielo con nuestras oraciones.

8.<sup>a</sup> *Orar con perseverancia.* Perseverad en la oración velando en ella, dice San Pablo. *Orationi instate, vigilantes in ea.* (Colos. 4, 2). Ejercítese en plegarias y oraciones noche y día: *Instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die.* (1. ad Timot. 5, 5). Jacob luchó con el Angel por toda la noche. Y ¿de qué manera luchó? llorando y rogando para que le defendiera de la ira terrible de su hermano Esaú, y le cambiara el corazón: *ſlevit et rogavit eum,* dice Oseas. (Cap. 12, 11). *Et invaluit ad Angelum;* y prevaleció. Déjame, que ya sube la aurora, dijo el Angel. Mas Jacob le respondió: *¡No te dejaré, si no me bendices! Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.* (Gen. 33, 26). Y el Angel que venía en nombre de Dios, le bendijo en el mismo lugar: *Et benedixit ei in eodem loco.* (32, 29). Orad los nnos para los otros, dijo Santiago, para que seáis salvos, porque vale mucho la oración *perseverante* del justo (*Epist. 5, 16 can.*), y el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados. (*Ibid. 20*).

Jesús pasaba hasta las noches enteras en oración: *Erat per noctans in oratione Dei.* (Luc. 6, 12). Y ahora mismo desde el Sagrario y en el Cielo ruega y vive eternamente para interceder por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis.* (Hebr. 7, 25). La vida de María Santísima es un trasunto fiel de la vida de su Hijo

Jesús. Y en pos de su ejemplo los primitivos cristianos perseveraban juntos en la oración. *Omnes erant perseverantes unanimiter in oratione.* (*Actas 1, 14*).

Y nosotros ¿qué haremos? Aún cuando Jesús no nos hubiera mandado con su palabra y ejemplo que velásemos orando sin intermisión para no caer en la tentación, aun suponiendo que nuestro ministerio de salvar á las almas pudiese, por imposible, cumplirse sin oración, no podríamos, sin embargo, dejar de rezar de continuo y bien, acometidos como nos vemos incesantemente por los demonios, el mundo y las feas pasiones: tres feroces enemigos que nos atacan de día y de noche en la soledad y en público, y hasta en el Templo Santo del Señor. ¿Cómo los podremos derrotar sin esgrimir con arte y de continuo las bien templadas armas de la oración? ¿Cómo volar hasta el lejano Cielo sin las potentes alas de la santa plegaria?

¡Ah, cuántas funestas caídas por no haber orado, ó por no haberlo hecho bien! ¿Cómo nos salvaremos sin la oración? ¡Imposible!

Enseña el doctor San Alfonso que la gracia de la salvación no es una gracia sola, sino una cadena de gracias, las cuales se unen en seguida con la gracia de la perseverancia final. Ahora bien, á esta gracia que nos quiere hacer Dios, debe corresponder otra cadena: la cadena de nuestras plegarias. Pero, si nosotros descuidamos el orar y despedazamos así la cadena de nuestras oraciones, se romperá también la cadena de las gracias, que nos ha de obtener la salvación, y así no nos salvaremos.

Que nos quede impreso este severo aviso de un santo tan docto á fin de practicarlo y obtener con seguridad el Paraíso que ha sido prometido á quien ora, ora bien, y ora continuamente.

¡Que en ninguna casa religiosa se ponga óbice para que se cumplan las promesas que Dios hizo por boca del profeta Zacarías:—Derramaré sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración. (*Cap. 12, 10*).

Método eficaz para pasar nuestra vida orando, es el estar siempre en *la presencia de Dios*, poniendo la punta de oro, ó sea la recta intención, á todas nuestras acciones, palabras y pensamientos, á fin de que todo se cumpla para placer á Dios.

La Beata Margarita María Alacoque, solía presentar al Señor su alma pura, seucilla, recogida, y libre de los cuidados mundanos, rogándole, le imprimiera la imagen de su Divino Hijo, primogénito que es de los predestinados, á guisa de un bello cristal preparado por la química, sobre el cual la fotografía refleja bien claramente la figura de una persona. Sólo sabremos vivir santamente, cuando sepamos orar bien: *vere novit recte vivere, qui recte novit orare*. (*S. Agust. Tom. 1 c. c. Ps. 50*).

San Beda el Venerable se hizo santo á fuerza de jaculatorias, que solía repetir hasta cuando explicaba teología en el aula magna (*Padre Rivadeneira*).

Terminaré con encarecer en tanto sé y puedo, la *Oración en común*.

Esta es más eficaz que la privada por varios motivos.

1.º Porque Jesús ha dicho: Donde dos ó tres (es decir, algunos pocos), se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo Yo en medio de ellos. (*Matt. 18, 20*).

2.º Porque si, durante la oración, algunos están por un momento distraídos, siempre habrá otros del grupo que están unidos á Dios, y de este modo la oración común será siempre aceptada á su Divina Majestad; pues, como nos decía nuestro Venerable Padre Don Bosco: no deja de ser bello y fragante el ramillete, aunque alguna de sus muchas flores esté algo magullada ó no tenga olor.

3.º Por el buen ejemplo que se dan mutuamente los que acuden á la oración común. Se narra de una piadosa madre de familia que se presentó muy afligida al confesor, quejándose de que tanto su esposo como su hijo eran del todo indiferentes en materia de religión.—¿Hace Vd. la oración en común?—pregúntale el sacerdote.—No, Padre mío, pues nadie asistiría á ella.—¡Exijala Vd. al menos de los criados, y verá!—Así lo haré.—Y cumplió la palabra.

Al cabo de algún tiempo su esposo tuvo curiosidad de ver lo que allí pasaba. Era el rezo del Santo Rosario. Una noche se quedó él también, pero sólo sentado. Al día siguiente ya se arrodilló, y... en breve se confesó y fué cristiano práctico. El hijo siguió, como por encanto, el ejemplo de su padre, y aquella fué una familia afortunada en gracia de la oración en común.

Aprendamos también nosotros á querer con preferencia, cuando nos es dable, la oración común: *orantes unanimes*, para que el Dios de Israel muestre su misericordia sobre su pueblo. (*Judit. 7, 4*).

*Orate etiam pro me.—Exaudiat Dominus orationes vestras ut adjuvetis me in orationibus vestris.* Entretanto, hermanas, os suplico por Nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con las oraciones que hagáis á Dios por mí. (*Ad Rom. 15, 30*).

DEO GRATIAS ET MARIE

## CONFERENCIA XXVI

### EL DÍA DE RETIRO

*Venite secorsum et requiescite pusillum.*

*Venid á retiraros conmigo en un lugar solitario y reposaréis un poquito. (Marc. 6, 31).*

I.—También yo he sido joven, pero ya no lo soy. *Junior fui, etenim senui (Salmo 26, 25)*. Siento que la muerte se acerca, y debo por este motivo prepararme al gran paso. Concedamos no más, que las lectoras de esta conferencia estén aun en la edad juvenil, ¿estarán por eso dispensadas de prepararse, á lo menos por ahora?—Es claro que no. También ellas mneren. Eu efecto, despnes que por órden del Venerable Don Bosco habe yo traído á estas lejanas tierras americanas (en noviembre de 1877) á las primeras Hermanas, que debían ser como las raíces de un frondoso y fructífero árbol, aun cuando este mismo árbol, eu el espacio de treinta y tres años se haya agigantado, no obstante mucho más de sesenta son ya las ramas que la mano del Señor cortó, para injertarlas (así lo esperamos) en el nobilísimo Arbol, que ya forma sus delicias, allá, eu los amenos jardines del Cielo.

Y ¡cosa singlar! Parece que la muerte, como de intento, quiera hacer gala, por decirlo así, de su fnerza, atacando con preferencia á las más jóvenes

y más robustas.—Y ahora ¡cuántas de estas estarán una en los torbellinos del fuego del Purgatorio, con los ojos vueltos á todas y á cada una de vosotras, exclamando con acento que da lástima hasta á las piedras:—¡Te suplico, oh hermana, que tengas piedad de mí! *Obsecro ut miserearis animae meae. (Reg. 1, 11).* ¡Compadecedes de mí á lo menos vosotras, que sois mis hermanas, compadecedes de mí! *Miseremini mei, miseremini mei!.. saltem vos! (Job. 19, 21).*

Por parte mía, ya durante mis largos viajes, ya en el *Memento* de la misa, tengo siempre muy presentes á estas pobres hermanas, que partieron para la patria celestial, dejándonos en este valle de destierro y de llanto. Y vosotras ¿las tendréis también presentes, delante de Dios? No lo dudo, son vuestras hermanas: es este uno de vuestros más estrictos deberes, tanto más, cuanto que no pocas de ellas han partido ciertamente, pero quizás no han llegado al puerto todavía.

II.—Por otra parte, la primera caridad empieza por vosotras.

¡Preparaos! El retiro espiritual que acostumbraís hacer al principio de cada mes, es uno de los medios más eficaces para disponeros bien á la muerte.

Según San Bernardo, el *ejercicio de la buena muerte* nos procura el santo temor de Dios, arroja el pecado lejos de nosotros, é impide la tibieza». Todos los santos lo han practicado, y todos los maestros de espíritu lo recomendaron con insisten-

cia. No pocos seglares se hacen escrúpulo de omitirlo. ¿Qué mucho que se deba pretender de las religiosas? Permitid, pues, que también á este propósito os de algunos paternales consejos:

1.º No hay reloj, por más perfecto que sea, dice San Francisco de Sales, que no tenga necesidad de darle cuerda y regularlo. Es preciso que, de cuando en cuando, se examinen todas sus partes, para quitar el polvo y el orín que se le haya infiltrado, para enderezar las partes torcidas, para sustituir las deterioradas por el uso, etc.

Del mismo modo la que tiene verdaderamente cuidado de su alma, debe de vez en cuando, especialmente una vez al mes, en el día de retiro, rehacer su corazón ante Dios; examinando separadamente cada pieza, es decir, toda pasión, toda afección, para remediar todos los defectos que haya; repasando todo mandamiento, toda regla, para ver cómo se ha observado, etc.; viendo por otra parte que cuidado se ha tenido para proteger la propia vocación, como se han observado los tres votos; cómo se practicó la humildad, la caridad fraterna, la mortificación; cómo se ha empleado el tiempo tan precioso que Dios nos ha dado; con qué empeño y fervor se han hecho los ejercicios de piedad, etc.

2.º Quieren los maestros de espíritu que en ese día consideréis por espacio de media hora el progreso y retroceso hecho en la virtud, durante el mes que acaba de pasar. Es evidente que, si omitimos esta concienzuda consideración, el Ejercicio será muy poco provechoso para nuestra alma.

Para evitar el peligro de olvidarse de tal reflexión, se adoptó en varias casas religiosas, el uso de hacerlo en común y á manera de examen de conciencia, sirviéndose al efecto, de los libros de San Alfonso y de otros, que ofrecen como en un espejo el examen para los religiosos, en lo que respecta á la práctica de los votos y de la Santa Regla.

3.º Para aumentar en el fervor os aconsejo que en ese día renovéis de corazón vuestros votos, no una sola vez delante del Santísimo expuesto, sino muchas veces durante el día.—Siempre que renuevo mis votos, me siento rejuvenecer, decia San Francisco de Borja. Por ejemplo:

a) Inmediatamente despñés de la Santa Comunión, pidiendo á Jesús que quiera ponerse *ut signaculum super cor vestrum*, como sello sobre vuestro corazón (*Cant. 8, 6*), á fin de que ni en un tilde lleguéis á faltar en vuestros santos votos.

b) Rezando el *Angelus Domini*, etc., renovaréis el voto de castidad; al decir, *Ecce ancilla*, etc., el de obediencia; y el de pobreza, diciendo: *Et Verbum caro*, etc. Y recitando en seguida de corazón el *Ave Maria*, obligaréis á la Virgen á bendecir cada uno de vuestros votos, y á que os ayude para no quebrantarlos nunca.

c) Al mirar de vez en cuando el crucifijo que lleváis colgado, besaréis el clavo de la mano derecha, repitiendo el voto de pobreza; el de la izquierda, renovando el de castidad; y el de los pies, confirmando el voto de obediencia.

d) Hasta el Hábito bendito que habéis vestido,

os ayudará admirablemente á renovar los votos, si le diéreis una afectuosa y santa mirada. Entre paréntesis os hago notar, que la bendición que se dió á vuestro primer Hábito el día de la vestición, pasó y pasará á todos los que vistiéreis hasta el día de vuestra muerte. El Hábito es todo un predicador que os habla al corazón, es símbolo de ese estado de muerte á sí misma, por el cual debe pasar toda religiosa, si quiere llegar á la vida eterna. «Tú debes morir á tí misma», dice á cada hermana el santo Hábito con su negro color de muerte. Un muerto no ambiciona nada, sino que se contenta con cualquier trato.—Renueva tu voto de pobreza y cúmplelo exacta y alegremente.—Un muerto, continúa hablando el santo Hábito, es frío, no tiene ya pasiones, ni sensibilidad alguna.—Repite, pues, tu voto de castidad exactamente —Un muerto, en fin, obedece perfectamente á todos y de nada se lamenta jamás.—Remacha, luego, fuertemente el tercer clavo: el voto de obediencia, la cual se llama con razón *sepulchrum propriae voluntatis!*

Tanto os predica, oh hermanas, el Hábito bendito, verdadero amigo de vuestra alma. Agradeceoselo con un ósculo reverente, y poned por obra cuanto os insinúa en sus íntimas, continuas y santas predicaciones.

III.—Ayndará también muchísimo para prepararse mejor á la muerte en ese día, suponer que se ha recibido el Santísimo Viático y la Extremaunción, y que se está postrada y como clavada en

la cruz, es decir, en el lecho de la última agonía.

Tomad en la mano vuestro crucifijo, é imaginaos que oís las últimas palabras de Jesús, repitiéndolas á vosotras mismas, y todas en vuestro favor: por ejemplo:

Palabra 7.<sup>a</sup>

" 4.<sup>a</sup>

" 1.<sup>a</sup>



*Primera palabra.*—¡Padre, perdónala! ¡Oh, harto sé, que cuando pecaba yo sabía lo que hacía! ¡Ay, más culpable soy que los mismos verdugos del Divino Hijo! ¡Piedad!.. ¡Perdón! *Per sanguinem Innocentis, lava culpas poenitentis!*

*Segunda:*—¡Oh Jesús mío! decid también á mí, como al buen ladrón: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradiso!* En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso. (*Luc. 23, 46*).

*Tercera:*—Decid, ¡oh Jesús mío, á vuestra Madre dilectísima: *He ahí á tu hija N. N.; defiéndela, sálvala, ya que Tú lo puedes!*

*Cuarta:*—¡Oh, Dios mío! ¡no me abandones en esta hora tremenda!

*Quinta:—Sitio.* Sí, Dios mío, mi alma tiene sed de Tí, que eres fuente de agua viva: *Veni, Domine Jesu. Ven, Señor Jesús.* (Apoc. 22; 20). ¡Dadme sed de sufrir todavía más, para hacer penitencia de mis pecados, y salvar mi pobre alma!

*Sexta:—Todo está consumado.* Mi vida pasó como una sombra, como un sueño. ¡Tú sólo, Dios mío, Tú sólo!.. ¡lo demás no es sino vanidad y engaño!

*Séptima:—*Por esta causa cabalmente, ya de este momento y para toda la eternidad *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum:* en tus manos encomiendo mi espíritu. (Luc. 23, 46).

Acto continuo, os imaginaréis que María Santísima, estando á los pies de vuestro lecho, en tono de súplica, diga á Jesús:—¡Oh, hijo mío! ¡Te pido por el amor que me tienes, que no dejes morir aun esta mi hija. Dale todavía un poco de tiempo para que haga penitencia, y así se prepare mejor para la muerte!

Y aquí supongamos que María nos haya revelado que nos ha obtenido de Dios la prolongación de otros dos ó tres años de vida (ó más, según la edad y las enfermedades que nos molestan); y empecemos luego á prepararnos para morir bien. En seguida, reflexionaremos cada día como el tiempo transcurre velozmente, y que de cada acción de la vida, como sería: la Misa, la meditación, la Comunión, el examen de conciencia, la lectura espiritual, la recreación, el trabajo, el estudio, etc., deberemos dentro de breve tiempo dar estrechísima cuenta al Divino Juez.

En el día de retiro del mes subsiguiente, haremos el cómputo de cuantas semanas, días, horas, se haya abreviado nuestra vida. Figurémonos á cada instante que Jesús, Maria, ó Don Bosco, nos repitan: *haced el bien mientras tengáis tiempo. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum, (ad Galat. 6, 10),* y que vendrá esa noche, cuando ninguno podrá obrar más. *Venit nox quando nemo potest operari. (Joan. 9, 4).*

IV.—Si nosotros lo hiciéremos todo bien y con fin recto, estemos bien seguros que en ese tiempo que quizá nos resta, nos haremos santos; y al acercársenos la muerte, la recibiremos cantando como lo hizo allá en la Casa Madre de Mornese Sor Lucrecia Becchio. Entre el llanto y la sonrisa de sus hermanas, ella quiso cantar la alabanza: *Llamando á Maria, etc.*; pero llegada á las palabras: *Morir con Maria, ¡qué dicha será!*, Sor Lucrecia, trunció el canto y fué á terminarlo en el Cielo, como varias veces narraba Don Lemoyne, que la asistía, y que, suplicado por ella, debió acompañarla haciendo la segunda voz, en ese felicísimo entre los felices cantos.

Empero, ¡pobres de nosotros si fuéremos negligentes! ¡Oh, cuántos y cuántas, que fueron aplazando de día en día el prepararse para la muerte, se encuentran ahora ardiendo en medio del fuego del Purgatorio, si acaso no están en un lugar más profundo, donde con desesperados alaridos, exclaman sin cesar: *Oh daretur hora!*

¡Pero no nos acobardemos! Asgámonos de la

omnipotente mano de Jesucristo, y desbarataremos así á los enemigos de nuestra alma. Nuestra muerte será la de los Santos; y allá en el Cielo cantaremos eternamente: *Dextera Domini fecit virtutem*: La diestra del Señor hizo proezas (*Ps. 117, 16*), y nos narraremos mutuamente, las prodigiosas obras que Dios hizo en nuestro favor: *non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini* (*Ibid. 71*): no moriré, si no que viviré aun y publicaré las obras del Señor.

¡Así sea, mis buenas hermanas! ¡Así sea, para cada una de vosotras y para mí también!

¡Ah, sí, sí! Pueda yo lograr morir como los justos: *meriatur anima mea morte iustorum*. (*Num. 23, 10*).

## CONFERENCIA XXVII

### LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

*Ecco María erat spes nostra, ad quam confugimus in auxilium, ut liberaret nos, et venit in adiutorium nobis. (Ex festo B. V. Mariam Auxiliam Cristian)*

*He aquí que María era nuestra esperanza, á la cual acudimos para que nos librara y Ella vino en nuestro auxilio...*

Y, ¿tendrá alguna relación, nuestra devoción á María Santísima con la confesión?—Por supuesto que la hay, y muy grande.—En efecto: ¿basta acaso al pecador, confesarse de cualquier modo para poderse salvar?—No. Es menester confesarse bien. Pero, el que desea salir bien en una empresa, sobre todo si es espiritual, no tiene que hacer otra cosa sino recurrir con confianza á María, y hacerla socia en dicha empresa, que todo saldrá á pedir de boca. La confesión, *in re vel in voto*, es llave de oro: la sola que puede abrir á los pecadores las puertas del cielo.

Y esta llave podremos fácilmente conseguirla de María Santísima.—Veámoslo.

L. Narra San Juan en su Evangelio (*Cap. 5*) que en Jerusalén, cerca de la puerta llamada *Probática* ó sea *pecuaria*, había una piscina, rodeada de cinco pórticos, en los cuales yacía una gran

muchedumbre de enfermos, lánguidos, ciegos, paralíticos, cojos, los cuales esperaban que el Ángel del Señor bajase allí á agitar las aguas; y el primero que, después de removida el agua, entraba en la piscina, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese: *sanus fiebat a quacumque detinebatur infirmitate.* (*Ibid.* 4).

Una piadosa tradición añade, que los pastores conducían las ovejas á aquella piscina para lavarlas bien, antes de hacerlas subir al templo cercano, en donde debían ser sacrificadas al Dios vivo y verdadero. La sangre de esas víctimas, figura de la Sangre preciosísima de N. S. Jesucristo, corriendo de los altares, descendía por canales subterráneos á mezclarse con las aguas de la piscina probática, que estaba más abajo, las cuales, precisamente por la Sangre de Jesús que figuraban, se volvían prodigiosas.

II. Esa Piscina ó fuente, además de ser un símbolo de la fuente bautismal, era también una figura de la fuente santa de la Confesión, ya profetizada por Zacarías, que dijo explícitamente: — «En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para todos los habitantes de Jerusalén á fin de lavar las manchas del pecado: *In die illa erit fons patens domui David, et omnibus habitantibus Jerusalem in ablutionem peccatoris.* (*Cap. 13, 1*).

El Señor envía también á esa piscina su ángel, es decir, el confesor; y no una vez al año solamente, sino toda vez que tenemos necesidad, á

fin de que levantando la mano y haciendo correr la Divina Sangre sobre nuestras almas pecadoras, las libre de toda especie de manchas y enfermedades espirituales.

Y ¡harto es cierto que, en derredor de esta Probática Piscina de la confesión, se agrupa frecuentemente una muchedumbre de *languídos* ó sea tísicos del alma, que nunca se confiesan de buena gana; de *ciegos*, que nunca hacen bien su examen de conciencia; de *áridos* ó parálíticos, que tienen el corazón del todo seco, es decir, sin lágrima alguna de dolor; finalmente, de *cojos*, que hacen saltos desgraciados, á saber, que callan en todo ó en parte, ciertos pecados que tienen obligación de acusar.

III. ¿Quién remediará tanto mal?—¡La intervención de María!—Ella es la Divina Pastora que, mezclando las suyas con nuestras pobres lágrimas, y echándonos en las ondas saludables de esta sacra fuente, toda llena y rebosante de la Sangre vivificadora de N. S. Jesucristo, su Divino Hijo, nos ayudará á purificar nuestras almas de tal manera que se puedan presentar al Altar del Divino Sacrificio de la Misa y Comunión; y más tarde á las *Nupcias eternas* del Cordero Divino, al Cual presentándonos Ella, dirá: *Hi sunt qui laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in Sanguine Agni.* (Apoc. 7, 14). Estas son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la Sangre del Cordero. Y nosotros conmovidos exclamaremos:— ¡Toda merced vuestra, oh María!

IV. Dije arriba que hay muchos lánguidos, tibios ó tísicos espirituales, á quienes hablar de confesión, es como hablarles de muerte. *Multitudo languentium*. Estos quisieran que nunca llegara el día de la confesión.

¡Ay! que lejos están éstos del ideal, que de una buena religiosa tenía, Sor Teresa Lezinska, hija del rey Luis XV:—Una religiosa, decía ella, debe estar siempre preparada por tres cosas: confesarse, comulgar y morir.—No tengo pecado mortal en el alma, dice fulano, ¿qué necesidad entonces de confesarme?

Comienzo por responderte que á veces la conciencia tiene fuertes dudas que la acosan; tal vez hay pecados mortales escondidos bajo el espeso velo de la ignorancia, del amor propio, de la pasión, (y ninguno debería maravillarse, que se peque también mortalmente en una casa religiosa, ya que se pecó gravísimamente en el Cielo, en el Paraíso terrestre y en el mismo Colegio Apostólico); y además, ¿quizá fué la confesión instituida para borrar tan solo los pecados mortales?

¿Y no sabes que los pecados veniales nos hacen precipitar en los mortales? Yo te invito, pues, á confesarte á menudo, no ya porque estés absolutamente obligado á ello, sino para que no te acontezca tener imperiosa necesidad, cayendo desgraciadamente por causa de los veniales, en culpas mortales. Es ya una desgracia muy grande, ésta de deber decir: «hoy todos comulgan y yo no lo puedo hacer sin confesarme antes».—Confesémo-

nos, pues, á menudo por amor, á fin de que no debamos confesarnos á la fuerza.

*Objeción.* Pero los pecados veniales se pueden remitir de tantas otras maneras; por ejemplo, con la misma Comunión y la Misa, ó con los sacramentales, es decir: el confiteor, la bendición episcopal, el agua bendita, el pan bendito, el *Pater Noster*, oír la palabra de Dios, hacer novenas, golpearse el pecho, las obras de misericordia, los funerales y otras ceremonias; y además Su Santidad Pío X, nos ha quitado la obligación de confesarnos, cuando no hay pecados mortales.

*Rta.*—Respondo que los sacramentales no borran de por sí mismos los pecados veniales, sino solamente ayudan, es decir, disponen á moverse al dolor, que quita los pecados mismos.—Sin dolor no hay perdón.—Por otra parte, el Santo Padre no ha quitado las reglas que los diversos institutos religiosos tienen con respecto á la frecuencia de la confesión, sino que solamente ha derogado del Decreto de Clemente VIII (9 Dic. 1763), el cual exigía al menos la *confesión semanal* para lucrar la indulgencia plenaria. Que para ganar las indulgencias plenarias que antes requerían confesión y comunión, bastará de hoy en adelante estar en gracia de Dios y tener la costumbre de acercarse á la Comunión, ó todos los días ó á lo menos cinco veces cada semana. (Decret. 14 feb. 1906). Empero, no ha derogado de otros Decretos, ni menos de las Constituciones religiosas. De consiguiente, cuando la obligación de confesarse emerge de otro punto, diverso del Decreto de Clemente, dé-

bese cumplir exactamente también por los que comulgan cada día. ¿Quién no sabe que en las casas religiosas, por lo regular, la dirección espiritual va, ordinariamente junta con la confesión? En tal caso la confesión semanal se impone.

¡Dichoso el que tiene comodidad de confesarse cada ocho días!

V.—Es certísimo que la Comunión borra *ex opere operato*, todos los pecados veniales (de los cuales uno se haya arrepentido de veras). Pero también es cierto, que desgraciadamente muchas almas comulgan con frecuencia, y no obstante, están siempre en la condición de aquellas siete vacas flacas, que vió en el sueño Faraón; las que á medida que se apacentaban en las orillas del Nilo, (figura de la Santísima Eucaristía), resultaban más macilentas.

—De ciertos defectos no tan leves (así me aseguraron no pocas almas) si he querido librarme de una vez, he debido confesarlos muy claramente.—Sólo entonces triunfó la gracia.—Los sacramentales, las penitencias y aun la misma Comunión no habían logrado tanto.—¡Ah! es porque, como dijo el demonio, á Santa Matilde en ocasión de un exorcismo: *nihil est in Ecclesia Dei quod magis vires nostras encruet, quam frequens confessio et communio.* (*Prad. esp. tom. 2, lib. 5, c. 27*). Porque cuando el alma se acerca al Sacramento de la Penitencia con las debidas disposiciones, se lava muy bien en la Sangre de Jesús, queda aromatizada con ella y derrama al mismo

tiempo una fragancia celestial en derredor, de suerte que nosotros no osamos ya acercarnos por algunos días».—Y de veras que es así. Después de la confesión se siente uno fuerte, ágil, resuelto, cercano á Dios, y le parece que el infierno entero se ha alejado, para dejarlo libre. Pero la plenitud de los buenos efectos prácticos de una confesión bien hecha, no suele durar más de tres ó cuatro días; después de los cuales uno se siente con menos fervor, menos mortificado, más inclinado al mal, etc. La misma respuesta dió el demonio á un religioso dominico, moribundo:—Nada hay que tanto daño nos haga como la frecuente confesión; pues, mientras el alma está atada por el pecado mortal, hacemos de ella lo que queremos; mas, apenas confesada, ya queda libre para lo bueno, y así nos deja burlados (*Cesario*). Por la confesión bien hecha, el alma queda más blanca que la nieve, pues se lavó en la Sangre del Cordero Inmaculado; la que ama la pureza de su alma, debe sanar la frecuente confesión.

2.<sup>a</sup> *Objeción.* Pero, ¿y si yo no tuviera ni aún pecados veniales?

*Rta.*—Hay siempre, no obstante, las infaustas *reliquias* de los pecados pasados; quiero decir, las perversas inclinaciones; y tanto más fuertes, cuanto más en los años pasados se hubiese dado acogida al pecado en el corazón. Para estos tales, á veces, hasta la vista de ciertas palabras, cosas ó personas santas, les es causa de tentación.—Ciertos microbios, como la espora del carbuncio, germen del microbio, que se alimentan especialmente

de la carne de animal vacuno, ó de la del cerdo, no se destruyen con cualquier grado de calor, sino que hay necesidad de añadir fuego y más fuego, hasta elevar á 147° la temperatura, para extinguirlos. Así también algunos microbios ó gérmenes de ciertos pecadotes no se destruyen sino á fuerza del *lavacro* de la Divina Sangre en la confesión.

Siempre recuerdo, que una vez, en tiempo de los ejercicios espirituales, me designaron un cuarto, donde casi no se podía respirar, tantos eran los miasmas que salían de las paredes, del pavimento y de los tabiques de tan desgraciada habitación. Supe después la causa de ello. Ese departamento había servido por mucho tiempo de enfermería para los atacados de enfermedades asquerosas, y había hasta servido de depósito de muertos.

Inútilmente antes de ofrecérmelo lo habían lavado cien veces y desinfectado dos ó tres. Muchos gérmenes de muerte habían aún allí: el ambiente estaba saturado, y hubo necesidad de picar y revocar las paredes y esterilizar todo microbio mortífero.

Lo mismo sucede en nuestro pobre corazón. La enfermedad repugnante de ciertos pecados veniales, ó los cadáveres asquerosos de los pecados mortales, fueron quitados por la primera absolución; pero quedaron todavía tantas intaustas reliquias que contagian el alma. ¿Qué hacer? Se lava, se desinfecta otra vez, con el más eficaz de los desinfectantes espirituales: la Sangre de N. S. Jesu- •

cristo en la confesión.—*Amplius lava me!* repetiremos con el Rey penitente, el cual había oído de la boca de Natán las consoladoras palabras. *Dominus quoque transtulit peccatum tuum.* (II Reg. 12, 13). También el Señor te ha quitado el pecado.—Pero no le basta. Repetiremos la humilde y dolorosa acusación, aunque sea de un modo general, de los pecados ya perdonados, que son siempre materia *suficiente* para nuevas confesiones, y la onda salutífera de la Divina Sangre, pasando y repasando sobre nuestra alma, acabará por quitarnos toda mala inclinación, y así tornarnos á la infancia espiritual, que asemeja los mortales á los espíritus celestes.

VI.—Es necesario además tener muy presente, que nosotros los religiosos, somos como los pajes, ó sea como los ángeles del Rey de los reyes, que se digna habitar bajo nuestro mismo techo. Un rey no hará tanto caso si alguno de los súbditos, que encuentra por el camino, no está tan aseado; pero si notase la mínima mancilla ó imperfección, en la persona de sus pajes, al punto se resiente de ello. Lo mismo diremos del gran Dios. Sed santos vosotros, dice el Señor, porque Yo soy santo: *Sancti estote, quia ego sanctus sum* (Lev. II, 44).

El quiere escribir su nombre en nuestro corazón, cual prenda de eterna salvación, pero no lo hará hasta que las páginas de nuestro corazón, no sean más blancas que la nieve.

¿Será acaso suficiente, lavar una sola vez un

pobre harapo, para que luego quede blanco como la nieve? ¡Ah, no! es necesario pasarlo y repasarlo por muchas aguas. Me viene aquí á la mente la gran fábrica salesiana de papel de Matbi. Allá en un remoto ángulo de la fábrica hay sendos montones de negruzcos y sucios harapos, los cuales echados en un primer recipiente ó sea cilindro, donde domina el agua hirviendo con ciertos ingredientes desinfectantes, salen dichos harapos de un color blanquecino. Pasando á continuación por otros y otros semejantes recipientes, por otras y otras purificaciones, aparecen gradualmente siempre más blancos, hasta que se reducen á un blanquísimo papel, sobre el cual puedo yo escribir cuanto se me antoje; por ejemplo: *¡Viva Don Bosco, que ha dado vida á una fábrica de papel tan admirable!*

Algo semejante pasa con los harapos de nuestra alma. Antes que el Señor pueda escribir con su Dedo Divino: —esta alma es toda mía y yo seré todo suyo: mi Amado para mí y yo para El. *Dilectus meus mihi, et ego illi* (Cant. 2, 6), — á muchos y muchos lavados debemos someterla en la santa confesión.

¿Qué contestó uno de los ancianos á San Juan, que quería saber quienes eran y de dónde venían los tantos celestiales Comprehensores, vestidos de blancas estolas? —Estos son los que vinieron de una grande tribulación, (es decir, de las tremendas tentaciones suscitadas por el demonio, el mundo y las reas pasiones) y han lavado sus estolas, y las han blanqueado en la Sangre del Cordero: *la-*

*ferunt stolas suas* y á fuerza de lavarlas, *dealba-verunt eas* (*Apoc.* 7, 14). *Confessio et pulchritudo*, etc. San Agustín, explicando este versículo, dice: *vis esse pulcher? confiteri peccata tua: ubi confessio, ibi pulchritudo*. ¿Quieres tener bella el alma? Confiesa tus pecados. ¡Donde hay confesión, allí hay belleza!

VII. — Hay que notar, además, que la confesión, después de limpiarnos de los pecados y restituírnos, poco á poco, la belleza que tenía el alma cuando salió de la fuente bautismal, nos instruye, nos ilumina, fortifica, consuela; nos colma de méritos, porque nuestro confesor es también médico, es padre, es maestro, consejero y predicador, que nos hace un sermón especial, exclusivamente adaptado para nosotros. Y San Lorenzo Justiniano decía que en cada confesión el hombre se acerca más á su Dios; adquiere un conocimiento más claro de su interior; se hace más activo en el ejercicio de la virtud, más apto para alcanzar misericordia, y mejor dispuesto para recibir los más altos dones de Dios.

En la confesión, además, se practican muchas bellas virtudes: la fe, la esperanza, el amor, la humildad, la paciencia, la penitencia, la prudencia, la fortaleza, etc. y se obtiene, especialmente, la paz, la incomparable paz del alma, con el derecho de ir á sentarse después á la Mesa del Señor: *qui posuit fines tuos pacem et adipe frumenti vatiat te* (*Ps.* 147, 3), de ese Señor, que ha establecido la paz en tu territorio y te alimenta de la Flor del harina.

VIII. — ¡Cuántos motivos para confesarnos y para proporcionar comodidad á los otros de confesarse siempre cada semana! El que habitualmente, de puro perezoso, deja pasar los quince días sin acercarse al confesor, hay que contarle entre los tibios, que de ningún modo agradan á Jesús. Don Victorio Alasonatti, había destinado el sábado para su confesión; y á la hora señalada, ya que se hallase ó no el confesor, se quedaba allí de rodillas esperando.—Esta es mi hora, solía responder á los que le decían:—Don Bosco, el confesor, no está en casa.

Mons. Bertagna quería que todos los predicadores instruyeran bien á los fieles, sobre la eficacia de la confesión frecuente, y aconsejaba también á los confesores, que repitieran á menudo la absolución á los moribundos, aún en el caso de que éstos ya no pudieran hablar; poniéndose de antemano de acuerdo con los mismos, cuando están todavía en sí, en dar una señal convenida, como p. ej.: cerrar los ojos, apretar la mano, etc.; porque en esa hora *descendit diabolus ad vos habens iram magnam* (Apoc. 12, 12), y sólo la Sangre de N. S. Jesucristo puede alejarlo.

La Condesa de Noaille y su sobrina, en el tiempo del terror, fueron condenadas á la guillotina. A duras penas pudieron encontrar á un sacerdote (no juramentado) que se llegase á confesarlas allá en lo profundo del calabozo; pero ellas hubieran deseado otra absolución pocos minutos antes de subir al patíbulo. Suplicaron, en efecto,

al buen sacerdote, que al día siguiente tuviese la bondad de colocarse en un ángulo del parapeto del puente, por donde debían pasar, para recibir así la última absolución, que fuese como el pasaporte para el Cielo. El sacerdote convino, y fué al día siguiente al lugar designado; pero por la mar de gente que acompañaba el carro de las nobles condenadas, fué empujado más allá, de modo que á las pobres no fué dado divisarlo. Desconsoladas, pálidas, no por la muerte inminente, sino por la desgracia de no poder recibir el último auxilio, paseaban errantes sus ojos sobre la multitud en busca del confesor. Finalmente lo divisaron por cierta señal que él les hacía; é hincándose luego, recibieron la última absolución; y cual verdaderas heroínas subieron gozosas al patíbulo, para volar de allí á las eternas mansiones de la Vida.

IX.—Abora bien, ¿quién alejará de nuestro corazón toda náusea, toda frialdad ó indiferencia hacia la santa confesión? ¿Quién nos obtendrá un deseo siempre creciente de ser á menudo lavados por la onda saludable de la penitencia sacramental?—María, la *Mater boni consilii*, nuestra Madre, Maestra y Pastora. A Ella acojámonos, y nos conducirá; y, si hubiere necesidad, nos impelerá ó nos llevará en brazos á los pies del confesor, nos lavará en la probática piscina, y volverá nuestra alma cándida cual ovejilla del sacrificio: *Ubi confessio, ibi pulchritudo*.

Por más negra que sea, por más desgraciada, y tal vez desesperada, la pobre alma de una re-

ligiosa, si se abandona en los brazos de María, ésta indudablemente la salvará, y le alcanzará la fuerza de romper toda cadena de ocasiones próximas, y de hábitos, aun los más inveterados.

¡Lejos, pues, toda pereza, negligencia ó náusea!—*Venite, procidamus ante Deum, ploremus coram Domino qui fecit nos; praeoccupemus faciem eius in confessione (Invit. ad Matut.)* (es decir, como explica San Agustín): *Maturemus mane ante lucem venire ad Deum in confessione (laudis et gratiarum actione) et in confessione peccatorum.*

DEO GRATIAS ET MARIAE

## CONFERENCIA XXVIII

### LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

(Continuación).

*Scrutabor Jerusalem in lucernis:  
Yo encendré á Jerusalén con la  
vela en la mano.*

(Soph. 1, 12).

*Deducant oculi mei lacrymam per  
noctem et diem.*

*Derramen mis ojos lágrimas de  
noche y de día.*

(Jerem. 14, 17).

1. *Multitudo caecorum.* Ciegos son todos los que no se examinan bien, como es deber, y de este modo se van á ciegas al encuentro de ese tremendo Juez, que ha dicho: *Scrutabor Jerusalem in lucernis*: Yo iré con una antorcha en la mano registrando á Jerusalén (es decir, á la pobre alma) (*loc. cit.*). Aquel que teme bajar hasta el fondo de su conciencia, teme visitar al más sincero de sus amigos, decía la reina María Lezinska, esposa de Luis XV.

La Magdalena, primero conoció la fealdad de sus culpas; después se arrepintió de ellas, y luego corrió á lavarse en la fuente de gracia, Jesucristo Nuestro Señor.

Aquella mujer del Evangelio que había perdido la dracma, revolvió toda la casa, y solícita y cuidadosa no paró hasta que no la halló. Lo pro-

pio deberá hacer, la que por desgracia haya perdido la preciosísima dracma de la gracia y amistad de Dios: revuelva todo su interior sin dejar rincón alguno que no escudriñe, y, recogida toda la inmundicia de las culpas, con lágrimas de arrepentimiento, arrójela á los pies de Jesús, y de su ministro el padre confesor.

En la vida de San Juan María Vianney, párroco de Ars, se narra que apareciéndole una vez el demonio, con rabia infernal empezó á replicarle así:—“¿Por qué me haces tú la guerra? ¡oh avarote de almas, ya me has arrebatado más de ochenta mil! Si no fuera por *Aquella* (y lanzó una horrible blasfemia contra María Santísima, sin poder, no obstante, pronunciar su Nombre potentísimo) que te defiende, ya verías lo que sabría hacer yo de tí... ¿Por qué madrugas tanto? ¿Por qué no tienes cuidado de tu salud? ¡Y eso que el Obispo te lo aconsejó muchas veces! ¿Por qué predicas con tanta sencillez, al punto de pasar por ignorante? Y..., ¡pero mientras tanto tus palabras hieren los corazones, y las almas se convierten! A mí me gustan los sermones de tabla que dejan el tiempo que encuentran. Estos no me fastidian.

Y finalmente, muy enfurecido y como amenazando golpearlo.—“¿Por qué,—le gritó,—por qué examinas siempre tú mismo la conciencia de tus penitentes? ¿Por qué te afanas tanto? ¿No te basta quizá el examen con que *yo mismo los preparo?*”...

II. ¡Estas palabras son toda una revelación!

De ellas se deduce, que cuando un pobre pecador se recoge á hacer su examen, además de tener que luchar con la propia memoria tan frágil, y especialmente, con el feo amor propio, que no quisiera nunca declararse culpable, tiene también que batallar con el ángel de las tinieblas, quien en la pobre alma hace lóbrega noche; contra ese gran forjador de mentiras, que hace creer blanco lo negro, bien el mal, los pecados graves como ligeros, los veniales como nada, etc.; contra ese capatáz de los embrollones, que enseña á componer frases y palabras, de modo que el confesor no llegue á comprender ni la gravedad, ni las circunstancias que cambian la especie, ni el número cabal de los pecados.

¡Pobre alma! ¡si el pecador la tiene en sus propias inexpertas manos!—Llevo siempre mi alma en mis manos, decía David: *anima mea in manibus meis semper.* (Ps. 118, 109). ¡Feliz de aquel que sabe entregar su alma á María Santísima, á fin de que Ella misma, y no el demonio, le prepare un examen de conciencia satisfactorio!

Es necesario barrer bien nuestro interior según la expresión davídica: *et scopebam spiritum meum* (Ps. 76, 6), y examinaba y barría mi interior. Y María Santísima sabrá también usar con perfección la escoba; no dejará vestigio de basura en nuestro pobre corazón.

Es necesario repulir muy bien el reloj de nuestro corazón, á fin de que camine perfectamente de acuerdo con el Corazón Sacratísimo de Jesús.—Y María, en este oficio, habilísima Maestra, sabrá

descomponer delicadamente todas las ruedas y demás piezas de este reloj, y devolvémoslo más bello y como si fuese nuevo.

Es necesario que penetre mucha luz para disipar tan densas tinieblas.

III. Ahora bien, invocar á María Santísima, es como tocar un botón ó una llave eléctrica: en el acto sale la luz; y ¡qué luz! La más lóbrega noche se cambia en un día espléndido. María Santísima es la Esposa del Espíritu Santo, y Este es el *Digitus paternae dexteræ*, el Dedo de la diestra del Eterno Padre, Dedo que irradia de luz hasta en los más profundos abismos del corazón. María Santísima es *Mulier amicta sole*: la gran Señora revestida del Sol. No bien Ella asoma, cuando huyen los demonios con sus tinieblas, la memoria se esfuerza, y el amor propio baja la cabeza.

Nuestro examen, de este modo, saldrá una copia fiel del que hará Jesús en el Juicio particular á los que no se hayan examinado, ni acusado de una manera cabal; veremos en este examen todos nuestros pecados bien deslindados, los internos y ocultos, los ajenos cometidos por causa nuestra, y hasta los menores defectos, que mancillaron nuestras buenas obras.

María, además de ser nuestra Madre, es también nuestra Maestra, y ¡qué Maestra! Ella echará mano de la página de nuestra conciencia, y en un instante nos hará resaltar á la vista, todas las manchas, los borrones, las faltas de concordancia, los errores de omisiones, etc., que afean esta po-

bre página de nuestra alma. Y, sirviéndose siempre del *Digitus paternae dexteræ*, de quien, por ser Ella la Divina Esposa, soberanamente dispone, nos indicará una á una todas las culpas de comisión ú omisión contra los mandamientos de Dios y los preceptos de la Iglesia, contra la Santa Regla, y los deberes de nuestro estado; nos recordará todos los modos como hemos manchado los sentidos de nuestro cuerpo, las potencias de nuestra alma, todos los insultos hechos á la virtud, y por consecuencia á Dios mismo. Y, recorriendo la cortina de lo pasado, nos demostrará claramente que tal pecado, *para nosotros*, no era leve, sino grave; que la tal circunstancia cambió ó aumentó notablemente la especie; que las tales restituciones de bienes, ó de fama, ó *de almas*, no fueron hechas como se debía, etc. etc.

Es cierto que basta haber confesado nuestros pecados, no ya según la gravedad, que ahora, después de tantas instrucciones, hemos llegado á conocer que encierran, sino solamente, según el grado de malicia que teníamos cuando los hemos cometido; pero también es cierto, que fácilmente, sobre todo cuando uno es joven, no siempre se acusa de todo el grado de malicia que tuvo, ya porque el amor propio es siempre muy grande, ya porque, como decíamos, los demonios son grandes embrolladores. Es necesario, por consiguiente, que acuda María, y nos ayude á acabar de una vez con tantos ardidés diabólicos, tantas penas y dadas que tiranizan y acosan nuestra pobre alma.

IV. *Multitudo aridorum*. En derredor de la Probática Piscina había una muchedumbre de áridos ó paralíticos, figura que eran de los que no tienen dolor alguno de sus pecados.

*Necesidad del dolor*. El dolor es la parte más esencial de los actos del penitente en el Sacramento de la confesión. Es la parte constitutiva y precípua de este gran remedio, y por esta razón da el nombre al remedio mismo.

En efecto, este Sacramento se llama: *de la penitencia*; que quiere decir: *del dolor*. Podrá haber una buena confesión sin perfecto examen, sin la acusación materialmente entera de los pecados; cuando, á saber, ya por olvido ó por alguna otra circunstancia, (por ejemplo, en ocasión de enfermedad gravísima, de guerra, de naufragio, etc.), no se ha podido hacer más; pero una confesión sin dolor, aun suponiendo, que éste falte sin culpa del penitente, será siempre *una confesión nula*. Sería como bautizar con agua de rosas, ó consagrar una hostia de azúcar. Ni el Papa, junto con todos los sacerdotes del mundo, ¿qué digo? ni el mismo Dios, puede absolver un pecado, aunque fuera sólo venial, cuando el pecador no tiene verdadero dolor.

Por este motivo, se ha de concebir el dolor antes de recibir la absolución, puesto que ésta, para ser válida, debe hallar el corazón arrepentido siquiera por la atrición.

¡Alerta, pues, sobre la materialidad de la confesión, sobre el modo *á vapor* y rutinario de acercarse al Sacramento; sobre todo, tratándose de

pecados veniales! Ya se sabe que no hay obligación de confesar estos pecados (aunque es útil el hacerlo de los pecados veniales deliberados, más dañosos al alma); pero también es cierto, que nadie puede obtener el perdón de cualquier pecado venial, aunque se haya confesado con toda claridad, si no se ha arrepentido de veras. Sería mejor aun no confesarnos, y comulgar sin tener dolor de los veniales, más bien que confesarnos *con la certeza de no tener dolor á lo menos de uno de ellos*, ó bien de la multitud de los mismos en general; porque así nos expondríamos al peligro de una profanación.

V. Pero, ¿de qué manera podremos evitar este peligro?—Si por desgracia, las pequeñas miserias de la semana no te causan dolor, recuerda y acusa en general los pecados más graves de la vida pasada; pero si quieres estar, moralmente cierta, de tener un dolor á lo menos suficiente, ya de los pecados mortales, ya de los veniales, recurre á María, *Mater Dolorosa*.

Ella, como ya dijimos, es Madre y Maestra, y como tal te hará comprender desde un principio *la excelencia de la contrición*.—Las lágrimas de los pecadores, oh hija mía, te dirá Ella, son el vino de los ángeles: *lacrymae peccatorum vinum sunt angelorum!* Cuanto más aumentan en tí las lágrimas del dolor, tanto más te alejarás del infierno y del Purgatorio, y te acercarás al Paraíso; del mismo modo que siempre más remontábase hacia el cielo el arca de Noé, á medida que crecían las aguas del diluvio.

Todos los bieues nos vendrían juntamente con la contrición. (*Sap.* 7, 11).

VI. Con la bendición de María comprendere-  
mos y obtendremos, fácilmente, las cualidades del  
dolor; que debe ser:

1.º *Interno*, (del corazón) porque la flecha del  
dolor debe partir de allá, de donde partió la fle-  
cha del pecado, que dió muerte á Jesús. Y además,  
el Señor ha dicho: «haced pedazos vuestro corazón  
y no vuestros vestidos»: *scindite corda vestra et  
non vestimenta vestra.* (*Joel.* 11. 13),

2.º *Universal* en cuanto á los pecados mortales:—he detestado todos los caminos de la iniqui-  
dad: *omnen viam iniquam odio habui.* (*Salmo*  
118, 128).

3.º *Sumo*, porque el pecado es el más grande  
de todos los males; autes bien el único y verda-  
dero mal; y por este motivo, nos debe disgustar  
más que cualquiera otro mal temporal en que hu-  
biéramos podido incurrir.

No obstante, hemos de notar que, siendo el do-  
lor un acto de voluntad, y siendo ésta una poten-  
cia espiritual elevada sobre los sentidos, no hay  
que maravillarse si estos sentidos no experimentan  
el disgusto y la pena que hay en la voluntad. Por  
otra parte, el comercio íntimo entre el alma y el  
cuerpo, hace de modo que el alma sienta más al  
vivo, la impresión de las cosas corporales, que no  
de las espirituales. Y por consiguiente, para que  
el dolor pueda decirse *sumo*, basta que uno se de-  
cida á no querer absolutamente cometer los peca-

dos y á querer huír de ellos más que de cualquier otro temporal.

4.º *Sobrenatural*: a) *ratione motivi*: fundadó, á saber, en motivos revelados por la fe, y no en motivos naturales y humanos, ex. gr. el deshonor ó la enfermedad que siguió á la culpa, el temor de un castigo de los superiores, etc.

b) *ratione principii*, es decir, un dolor excitado por el auxilio de la gracia.

Y aquí la *Mater dolorosa*, estrechándote contra el corazón te dirá: hija mía, si no hubieras hecho más que un solo pecado mortal, no sólo habrías afeado tu bella alma, que es semejante á Dios, no sólo te habrías cerrado con una mano el Paraíso, borrando tu nombre del libro de los predestinados, abriéndote con la otra el infierno bajo los pies, y poniendo tu firma, nombre y apellido, en el libro de los condenados que tiene Satanás; sino que habrías crucificado con tus manos al mismo Dios. Tú misma fuiste el sayón, el verdugo de Nuestro Señor Jesucristo: *rursum crucifigentes sibi-metipsis Filium Dei et ostentui habentes* (Hebr. 6, 6), como dijo San Pablo: crucificando nuevamente al Hijo de Dios y exponiéndolo á la ignominia.—Mira á menudo al Crucificado todo manando Sangre, y exclama: ¡He ahí la obra de mis manos!

Que si no fueran los tuyos más que pecados veniales, debes saber, oh hija mía, que después del pecado mortal, el venial es el mayor mal del mundo; que toda la sangre de los mártires no lo podría borrar; que si el pecado venial no dió muerte al alma, la hirió, la ateó, la volvió hedionda y

hórrida delante de Dios; y si no llegó á dar muerte á Jesús, sin embargo, lo ha disgustado, maltratado, vilipendiado, abofeteado; y todo esto, por obra ¿de quién? de un alma religiosa, favorecida extraordinariamente, tratada como la pupila de sus ojos por el mismo Jesús.

¡Ah! no sólo del pecado venial debes horrorizarte, sino hasta de los pequeños descuidos, de las pequeñas frialdades y ligerezas; porque disgustan á todo un Dios que es la misma Bondad. ¡Oh, maldito pecado, que ha hecho llorar y ha crucificado á mi Dios!

Que si esto no basta aún para despertar en tí un verdadero dolor, puedes invitar á María Santísima á que quiera acompañarte Ella misma á la admirable *Alameda de la salvación*, que lo es el Vía-Crucis; alameda compnesta de sólo catorce árboles, pero todos de vida verdadera y vigorosa, á cuyos pies yace la muerte vencida. La Iglesia misma no se aleja un momento de la Virgen dolorosa, cuando hace este piadoso y santo ejercicio.

La Virgen María te dirá alguna palabrita al oído, en cada estaci6n. En la tercera, por ejemplo te dirá:—esta primera caída la has ocasionado tú con tus primeros pecados.—En la séptima, añadirá:—esta segunda caída es obra de los pecados que hiciste después de tu primera Comnión.—En la nona, te pondrá á la vista las iniquidades que cometiste eu la misma casa religiosa, y llorando exclamará:—¡Sí, son especialmente los pecados de las casas religiosas los que arrojan al suelo y aplastan á Jesús bajo la prensa de la cruz!—Y así an-

dando hasta el último árbol, á cuya sombra hallarás frutas muy dulces á tu paladar.

Pero el dolor es también sobrenatural *ratione principii*; á saber, porque viene de Dios. La flor de la contrición no nace en nuestros jardines, mas despunta tan sólo en los celestiales pensiles.

VII. Y ¿cómo haremos cuando, no obstante, las consideraciones precedentes, continuase la frialdad en el corazón, y no derramásemos ni siquiera una lágrima? En tal caso nos acogemos más y más al manto de la Dolorosa. Ella es la Jardinera del Cielo, y, si quiere, puede regalarnos esta iudispeusable flor; y lo querrá, ciertamente, si se lo suplicamos.—Oh Madre mía, diremos, ¿no ves que no sé llorar? ¡Ah, llora tú por mí, derrama á lo menos una lágrima por esta tu desgraciada pecadora!—Y Ella al instante nos escuchará, y se presentará á Jesús enojado, con los ojos arrasados en lágrimas, como ha aparecido ya mil y mil veces.—¿Y qué sucederá entonces? Recordemos el milagro de Naím narrado por San Lucas en el Cap. VII, v. 11 y sig: «Cuando Jesús estuvo cerca de la ciudad de Naím, he aquí que salían á enterrar al hijo único de su madre; y ésta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. Y viéndola el Señor, y movido á compasión de ella, le dijo:—¡No llores!—Y acercóse al féretro y lo tocó (y se detuvieron los que lo llevaban). Y El dijo:—Joven, á tí te lo digo, levántate.—Y el muerto se sentó y empezó á hablar. Y Jesús lo devolvió á su madre».

¡Qué ejemplo tan hermoso! ¡Cuán bueno y misericordioso es Jesús! —Que si se conmovió El por las lágrimas de esa vinda (que hasta podría ser una mujer no buena, pero era siempre madre); ¿qué no hará ante el corazón de María deshecho en lágrimas?—Madre mía, le dirá ¿y por qué tan afligida? ¡Ah, Madre mía, no llores! *Mater, noli flere!*

Y respondiéndole María: «Lloro, porque esta hija mía no llora,» Jesús dará luego á la pobre pecadora una mirada, que le conmoverá las entrañas; y ella, á imitación de Pedro, empezará á llorar: *Et coepit, flere, (Marc. 14, 72)* y bendecirá los ojos misericordiosos de María, que llorando por ella le han obtenido un dolor amoroso y suave, pero amarguísimo á la vez: *ecce in pace amaritudo mea amarissima (Isai. 38)*: le han alcanzado una verdadera contrición, de la cual podrá con verdad decir: y me vinieron todos los bienes junto con ella: *et venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap. 7, 11).*

VIII. *Propósito.*—Este es parte esencial de la contrición, la cual es definida precisamente por el Concilio de Trento: *Dolor et detestatio de peccato commisso cum proposito non peccandi de coetero.* No hay verdadera contrición sin propósito. Y por este motivo, excepto un caso repentino, después del acto de verdadero dolor, débese llegar, como á necesario efecto, no sólo al *propósito*, sino á *los propósitos particulares*. Sea 1.º *firme*, sin vacilación ó veleidad de dejar ó no el pecado; 2.º *universal*, es decir, que se extienda á to-

dos y á cada uno de los pecados mortales, (en la confesión de los veniales para evitar la profanación ó la nulidad, basta tenerlo á lo menos de uno); 3.º *eficaz*, es decir, con la voluntad de practicar los medios para no pecar más, especialmente, de evitar tales ó cuales ocasiones, de practicar tales ó cuales obras buenas y necesarias para no tornar al vómito. ¡Oh, qué asco nos dá ese inmundo perro que vuelve á devorar la inmundicia, que ha vomitado poco antes, pero más asco causa al Señor el pecador que quebranta sus propósitos y vuelve á tomar la comida prohibida, vuelve á revolcarse en la inmundicia! Volvióse el perro á comer lo que vomitó, *canis reversus ad suum vomitum* y la marrana lavada á revolcarse en el fango, *et sus lota in volutabro luti* (II Peir. 2, 22). ¡Ay de mí! ¡qué congoja no causará esto á la Virgen Dolorida! Cada vez que uno confiesa bien sus pecados, es como si, á semejanza de Nicodemus ó de José, desclavase á Jesús, sacando con su boca otros tantos clavos, cuantos son los pecados que confiesa; y después depusiese á Jesús en los brazos de María para que se consuele con El. Pero si llegase, por desgracia, el día funesto en que volviera á pecar, entonces sería como un presentarse de repente á María, arrebatarse sin más ni más á Jesús de los brazos y sin piedad, volvérselo á crucificar ante su vista. *Rursus crucifigentes Filium Dei* (Hebr. 6, 6), el cual es también verdadero hijo de María. ¡Oh! escribamos también nosotros, como Domingo Savio, al pié de la Imagen de María: —¡La muerte, antes que pecar más!—Y, por con-

siguiente, evitaremos escrupulosamente toda ocasión, que para nosotros pueda ser próxima de pecar, estando escrito que: el que ama el peligro, perecerá en él; el que toca la pez, quedará manchado con ella; y el que toque el fuego, experimentará sus ardores, (*Eccle. 3, 27, 13, 1*).

Y ésta sea la gracia que incesantemente pediremos á María, á saber: un verdadero propósito de no pecar más en el porvenir.

IX. Señalaremos aquí varios sueños-visiones de Don Bosco, que vienen á propósito:

1.º Una vez se le apareció su difunto alumno Valfré, quieu le dijo: «No hay paz recíproca entre los hermanos porque no la hay con Dios.—¿Cómo es esto? añadió Don Bosco, ¿con tanta frecuencia de confesiones y comuniones?—Sí, es cierto, replicó Valfré, pero lo que falta radicalmente en tantas almas es la firmeza de los *propósitos*. Se confiesan; pero siempre las mismas culpas, ocasiones, costumbres, siempre las mismas desobediencias y transgresiones de los propios deberes. Sus confesiones valen poco ó nada; y por este motivo no acarrearán la paz, y si en este estado alguno fuere llamado al tribunal de Dios, sería esto un negocio muy serio.

2.º Don Bosco quiso una vez saber por el demonio, quienes fueran sus mayores enemigos.—Son dos cosas, respondió el *inmundo*: la devoción á la Virgen, y... (aquí se calló y no quería ya continuar). Su aspecto era al mismo tiempo de perro, de gato, de oso, de lobo; ora tenía tres cuernos, ora cinco, ora diez; de repente se lo veía con tres

cabezas, inmediatamente después con cinco, con siete, y todo esto lo hacía en un abrir y cerrar de ojos. Ese monstruo quería huir; pero Don Bosco, aunque temblando, le dijo:—quiero absolutamente que me digas cual es la cosa, que temes más. Te lo mando en el Nombre de Dios criador, mi Señor y tuyo, á quien todos hemos de obedecer.—A tal amenaza, el maldito respondió.—*¡Es la observancia de los propósitos* que se hacen en la confesión!....—Y lanzando un aullido, desapareció.

3.º Otra vez Don Bosco nos habló así:—Desde algún tiempo estoy pidiendo al Señor que me dé á conocer, qué es lo que arroja más almas al infierno. Y tuve el siguiente sueño: Me parecía ver á mis niños, que salían de la iglesia viniendo de confesarse, y con dos cuernos en la frente.—Pero, ¿qué significa eso?—decía entre mí. Y se me contestó:—Depende de la ineficacia de los propósitos hechos en la confesión. Se confiesan frecuentemente, pero siempre los mismos pecados. Algunos desde principios del año tenían una mala nota de conducta, y continúan siempre en la misma vía, etc.

4.º En otro sueño, que Don Bosco tuvo en San Benigno, vió un gran convite, todo luces, rosas y lirios, al cual tomaron parte muchísimos de sus Hijos é Hijas; pero á las luces sucedió la obscuridad, en medio de la cual se veían entre los comensales ciertas caras enrojecidas por el fuego; (eran aquellos que no habían recibido los lirios y las rosas). Algunos de éstos se fatigaban inútilmente en derredor de una cuerda medio podrida y enlodada, que colgaba de arriba. Ellos forcejaban

para agarrarla y subir, pero caían siempre en tierra con los vestidos enlodados. Y fué significada á Don Bosco la causa:—*Poco dolor y propósito!* Con tales confesiones nunca subirán al Cielo.

5.º El 8 de abril de 1869 Don Bosco vió en sueños una multitud de niños de todas sus casas, los cuales estaban para confesarse. Y mientras iba él á buscar quien le ayudara á confesar, notó que varios de estos niños tenían un lazo de cuerda al cuello tirada por un monstruoso gatazo, armado de largos cuernos, que estaba en acecho detrás de cada niño. Don Bosco, entonces, amenazando rociar á esos monstruos con agua bendita; y volviéndose á uno de ellos que tenía en las garras tres lazos, le preguntó: ¿Qué significa eso?—Con estos tres lazos, contestó el enemigo, arrastramos á la perdición los nueve décimos del género humano.—¿Cómo será eso? y ¿de qué manera? En nombre de Dios, habla, revélalo todo, si no quieres que te rocíe.—El monstruo retrocediendo entonces de un modo espantoso, añadió: «Con el primer lazo hago callar los pecados; con el segundo, impido el dolor.—¿Y con el tercero?—¡No te lo quiero decir!—Pero después, como se viera amenazado siempre por Don Bosco, chisporroteando llamas sus ojos, con algunas gotas de sangre, dijo:—Con el tercer lazo impido de hacer firmes propósitos en la confesión y de poner en práctica los consejos del confesor. Si tú quieres saber si tengo ó no enlazado algún niño, fijate en su enmienda.

Luego, ¡por caridad, no nos flemos de nuestros propósitos! Estos son como si se hincase un clavo

en una pared de lodo, que por una nada se saca; confiemos á ojos cerrados en María, á quien encomendaremos todas nuestras confesiones. Ella asegurará estos clavos, (los propósitos) no ya en la pared de fango de nuestro débil corazón, sino en el *Santo Leño de la Cruz* de su Jesús; y todos saben que un clavo hincado en un madero, difícilmente se puede sacar; tanto más, cuanto que María obtendrá de Jesús alguna gota de su preciosísima Sangre para sellar estos mismos propósitos.

DEO GRATIAS ET MARIE

## CONFERENCIA XXIX

### LA CONFESIÓN CON MARÍA SANTÍSIMA

(Continuación)

*Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus ut remittat peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate.* (1.<sup>a</sup> Joan. 9)

*Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es El, para perdonarnos y lavarnos de toda iniquidad según su promesa.*

I. *Multitudo claudorum.*—En la Probática Piscina, finalmente, había una muchedumbre de cojos, símbolo de los que no acusan, como deben, sus pecados en la confesión.

En esta acusación se puede faltar:

1.<sup>o</sup> Contra la *brevedad*, extendiéndose mucho en la explicación de las circunstancias innecesarias, volviendo así la confesión una conversación, donde se dice, tal vez, lo que no se debe decir, y se calla lo que debe manifestarse:

2.<sup>o</sup> Contra la *humildad*, por ejemplo: resentirse por los avisos que da el confesor, ó por las penitencias que impone.

3.<sup>o</sup> Contra la *prudencia*, por ejemplo: manifestando el cómplice, ó revelando los pecados de otros, especialmente superiores, ó bien, expresando sin estilo religioso ciertos pecados.

4.<sup>o</sup> Contra la *integridad*, callando voluntaria-

mente algún pecado mortal, ó el número cabal de los mortales, y sabiendo al mismo tiempo que se peca callando.

5.º Contra la *sinceridad*, excusando, embrollando la acusación, de modo que se haga imposible al confesor, entender toda la malicia y el número de los pecados.

II. Y son desgraciadamente éstas dos cosas: —la *integridad* y la *sinceridad*—las que se suelen echar de menos en tantas confesiones. ¡Qué desgracia!—Yo descubriré tus infamias ante tu misma cara, dice el Señor por boca de Naúm, y mostraré á las gentes la desnudez tuya, y á todos los reinos tu oprobio. (3, 5). Mientras tanto, *vermis conscientiae non moritur*: el gusano de la conciencia continúa siempre royendo y formando llaga. *Quoniam tacui inveteraverunt ossa mea, dum clamarent tota die; conversus sum in aerumna mea, dum cofigitur spina.* (Ps. 31, 4): Por haber callado, se consumieron mis huesos, dando alaridos todo el día; revolcándome en mi miseria, mientras tenía clavada la espina.

La conciencia es un tribunal que, si no se aplaca con una confesión, hecha según se debe, no absuelve nunca á ningún criminal, aunque éste haya sido absuelto por todos los tribunales del mundo.

Cayetano dice que la falta de aceite de las vírgines necias significa la falta de una confesión íntegra.

La confesión no entera, es como la de quien

dijese al cirujano:—Cúreme Vd. de todas las heridas que he recibido en este brazo, y no quisiera mostrárselas. ¿Cómo podrá, pues, el cirujano enrarlas? Los que callan en confesión, son de veras necios, porque callando envenenan el mismo remedio que toman para sanar; y por no evitar una confusión momentánea se procuran una confusión eterna ante Dios, ante el Cielo, ante el mismo confesor y el mundo entero.

El P. Colelli, de la Compañía de Jesús, ante los misioneros, confesores y predicadores, que al terminar una misión estaban gozosos, porque habían acabado con los sacrilegios, todo afligido exclamaba: «¡Ah, no nos lisonjeemos! el verdadero número de las confesiones sacrílegas, lo sabremos solamente el día del juicio, cuando los ángeles desenvuelvan los inmensos haces de sacrilegios cometidos por los que callaron pecados en la confesión!»

Otro santo jesuíta narra (callando el lugar donde sucedió) el siguiente hecho acontecido á él mismo: «Fuí llamado para un enfermo grave y lo confesé. El día siguiente me llamaban otra vez, y el enfermó me confesó un pecado que el día anterior había callado por vergüenza. Me retiré estupefacto y consolado á un tiempo, cuando he aquí que me llaman tercera vez. Acudo al instante y el moribundo me declara un pecado, que ni la segunda vez había querido manifestar!.. Si en esta tercera vez lo dijo todo y se salvó, ó si calló y se condenó... ¡¡Dios lo sabe!!

El demonio nos quita la vergüenza para pecar;

pero, una vez cometido el pecado, nos la restituye, no para que nos humillemos y arrepintamos, y libremos del pecado con la confesión, sino para que no osemos confesarlo.

Lo peor es que donde triunfa más este demonio *mudo* es en las casas religiosas y entre las personas que en el mundo gozan fama de piadosas y santas.

—«Venid á ver la perla de mi parroquia» decía un ingenioso párroco á dos misioneros, que en ese entonces habían comenzado la misión en su Parroquia. Y llevándolos á la Escuela Municipal, é indicándoles allí á la maestra, «Os presento, les dice, *la perla de mi Parroquia*». La maestra se avergonzó, tanto más, cuanto que uno de los misioneros, mirándola de fijo, dijo fuerte de modo que todos oyeran: «Si es ciertamente una perla, sólo Dios lo sabe, ¿no es cierto señora maestra? Pero ella al día siguiente cayendo á los pies de aquel misionero, decíale:—¡tenga piedad de mí! Usted ayer con esas palabras me ha envalentonado, porque me ha dado á entender que teme que yo sea una pecadora. Lo soy de veras; pues, por mi desgracia siempre he callado. Y ¿cómo habría tenido valor de manifestar mi desgracia á ese bonachón de mi cura, único confesor en esta aldea, el cual va repitiendo siempre á todo el mundo: *¡He aquí la perla de mi parroquia!*..»

Lumbière cuenta que apareció á un siervo de Dios el alma de una mujer devota:—«Me he condenado, exclamó, por haber dado unas miradas con cierto deleite impuro á un sirviente mío. Aun

cuando yo, sintiese un poco de remordimiento, no lo quise manifestar al confesor, con la esperanza de que fuesen escrúpulos ó solo veuialidades; pero esto no valió en el juicio de Dios, porque yo debí haberme sincerado, de los que reputaba escrúpulos, ante mi confesor».

¡Oh, no siempre se encuentra á una Santa Coleta que haga resucitar á una religiosa suya, para que tenga todavía tiempo de confesar el pecado callado y vuelva después á morir en el Señor!

«Me tiembla la mano, escribe el Venerable Don Bosco, en la vida de mi condiscípulo Miguel Magone, me tiembla la mano al escribir estas líneas, pensando en el gran número de cristianos que caen en el infierno, por no haber declarado con sinceridad algunos pecados en la confesión».

Siendo él todavía sacerdote joven, visitó á un anciano moribundo, y, mientras se congratulaba con éste porque se encontraba en punto de muerte después de una vida llena de méritos, sintió que daba ese anciano un profundo y misterioso suspiro, y después le dijo:—Bosco, ¿no hay aquí ninguno?—Ninguno.—¿Tienes ya permiso de confesar?—Sí; y además, en este caso...—¡Ah, no te escandalices! Mira, todas mis comuniones fueron otros tantos sacrilegios hasta hoy. Siempre tuve vergüenza de confesar un pecado, y aun ayer lo he callado antes de recibir el Viático!.. Después se confesó y murió luego; y es de esperar que se haya salvado. Una persona que al entrar el Venerable en el aposento, no teniendo lugar de retirarse, se había escondido detrás de una cortina,

después de cuarenta años de haber sucedido este hecho, lo narró, callando, por supuesto, la persona y el lugar donde aconteció.

III. En el libro de los sueño-visiones de nuestro Venerable se leen también los siguientes hechos:

1.º Vió él, en San Benigno Canavese, á uno de sus alumnos, con una culebra alrededor del cuello, que lo ataba con dos vueltas; con la cola clavada en el corazón, y la boca en la de ese infeliz, á fin de mordérsela en el caso que la abriera en la confesión. Asustado el Venerable, preguntó: —¿Qué es esto?—¿No ves? le contestaron, ¡es la serpiente antigua!..

2.º En otra ocasión el Venerable vió á ciertos jóvenes con un bozal en la boca.—Y éstos, ¿quiénes son?—Los que callan.—Y, ¿qué callan?—Los pecados...

3.º Otra visión tuvo el Venerable, en la cual un noble Personaje hacía dar vueltas á una gran rueda, símbolo de la Eternidad, en la cual aparecían los niños del Oratorio, unos con las manos en los oídos, otros con la lengua horadada, éstos con el corazón roído por los gusanos, aquellos con un candado á la boca, algunos, finalmente, llevando aferrados á la espalda unos monos horribles y repugnantes. Don Bosco preguntó á ese Personaje el significado de todo; y al interrogarle: —¿Quiénes son los del candado á la boca? aquél le contestó: —Son los que callan en confesión; y los que se tapan las orejas con las manos son los que no

escuchan los consejos, avisos y mandatos del confesor.—Y ¿cómo lo harán para hacer saltar ese candado?—*Ejiciatur superbia de cordibus eorum*: ¡que vomiten la soberbia que tienen en el corazón! —¿Cuál otro consejo me das todavía á este respecto?—En todos los sermones, siempre decir dos palabras acerca de la sinceridad y el dolor en la confesión.

Otros llevaban por detrás un gran mono, que con las patas de adelante les apretaba el cuello, de modo que se les volvía el rostro rojo y casi se les saltaban los ojos fuera de las órbitas; con las patas de atrás les apretaba las rodillas; y con la cola, que llegaba hasta el suelo, les enrollaba los pies, de suerte que no podían caminar.—Estos son aquellos, dijo una voz, que aun después de los Santos Ejercicios permanecen en estado de pecado mortal, especialmente de impureza y de inmodestia. El demonio les aprieta el cuello, y no los deja hablar; les cubre la cara de vergüenza; les hace perder la vista del infierno.—¿Cómo curarlos?—*Labor in assiduis operibus; sudor in poenitentiis continuus: fervor in orationibus frequentibus et perseverantibus*.

4.º Un sábado por la tarde, mientras Don Bosco rodeado de penitentes, confesaba á un jovencito, notó que éste callaba.—¡Habla, habla, por amor de tu alma! le dijo el Venerable, pero el niño seguía callando. Entonces Don Bosco vió un horrible mono paseándose entre los penitentes, que al poco rato se abalanzó sobre las espaldas de ese desgraciado, le apretó el cuello con sus uñas y

hasta metió su feísimo hocico entre la cara del niño y la de Don Bosco.—¡Habla, habla! continuó diciéndole sollozando Don Bosco.—¿No tienes nada más que acusar?—Nada.—¡Oh, mira que estoy viendo ahora mismo un horrible monstruo sobre tus hombros! ¡Ah, que espanto, ya no puedo aguantar por el horror!—Sólo entonces el niño abrazando estrechamente al Venerable, dijo llorando á gritos:—¡Ah, Padre mío, no me abandone, todo se lo diré!.. y vomitó la culpa; y el monstruo desapareció al instante.

¡Si es cosa árdua el confesarse sinceramente!

IV. De consiguiente, es necesario aquí más que en otras circunstancias la intervención de María Santísima.

Ella, lo diremos una vez más, es nuestra Madre y Maestra. Las madres de este mundo no pueden ir á arrodillarse á los pies del confesor, en el acto que una hija suya se está confesando; conténtanse con prepararla antes; pero la Madre celestial puede llegarse muy bien, y vendrá ciertamente si la invitamos; y nos servirá de Maestra, y cerrará con su pie potente la boca embustera y embrollona de la fea serpiente; y nos bendecirá la lengua para que lo diga todo y nada calle. He aquí lo que benignamente nos dirá:

1.º Hija mía, acuérdate bien; *¡ó confesión ó condenación!* no hay término medio. Ya sabes que para el que tomó veneno no hay medio: *¡ó vomitarlo ó morir!* Para salvarte tienes necesidad de buenas obras; pero *initium operum bonorum con-*

*fessio est operum malorum* (San Agustín). Si tu quieres de veras resucitar del sepulcro de tus pecados, es necesario que te presentes al confesor como el difunto Lázaro, ya hediouido, mostrándole todas tus llagas desde la primera hasta la última. Solo entonces dirá Jesús al confesor: *Solvite eum et sinite abire* (Joan. 11, 44). Desátala y déjala caminar. Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad según su promesa: (1 Joan. 10).

2.º *Ten fe.*—La confesión es uu baño del alma en la Sangre de Jesucristo. Cuando te confiesas, imagínate que estás bajo la Cruz allá en el Calvario, y que á cada pecado que acusas, cae una gota de Sangre Divina para borrarlo luego y embellecerte el alma.—*Confessio et pulchritudo in conspectu eius* (Ps. 110, 3). El confesor representa á Dios: es Médico, Maestro y Padre: *Confiteor et tibi, Pater*. Su oído es como la herida del Santísimo Corazón de Jesús, donde tu depones los pecados; y de ellos ya no se acuerda más. Es como una estatua con un triple sello en la boca: el natural, el eclesiástico y el divino. Él es hombre, y como tal, sujeto á mil enfermedades, susceptible de caer en cualquier desgracia, si Dios lo deja de la mano. Está obligado, por este motivo, á compadecerte. Y callará como una estatua puesto que tres sellos cierran sus labios: el sello natural, el divino y el eclesiástico. Él no debe ni pensar en cuanto tu le confiaste en confesión. Jesús permitió que Judas le hiciera traición, que Pedro le

negara, que no pocos sacerdotes se volvieron locos, herejes, escandalosos, mas nunca permitió que un confesor rompiera el sigilo sacramental de la confesión.

3.º *Ten amor.*—Cuando hay verdadero amor en un corazón, se quisiera publicar á son de trompeta los pecados propios, para que no sólo el confesor, sino tambien todo el mundo los sepa. Así hicieron los amantes penitentes: David, Agustín, María Magdalena, Margarita de Cortona, la Venerable Sor María Foruari, y tantos otros santos.

Saúl, al contrario, que estaba lleno de amor propio, aun cuando no podía negar su pecado de desobediencia, pretendía, sin embargo, que Samuel le honrase y le diese fama de santo ante el pueblo: *Peccavi; sed nunc honora me coram senioribus populi mei et coram Israel et revertere mecum.* «Yo he pecado; mas, ruégote que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo, y en presencia de Israel, y te vuelvas conmigo.» (1 Reg. 15, 30).

4.º No te dejes engañar del demonio. Es él, lobo feroz que aferra las ovejas por el cuello, á fin de que no puedan pedir auxilio al Pastor; es como el cóndor rapaz, que cayendo sobre un corderillo, le arranca, luego, la lengua para que no pueda balar y pedir auxilio. Quiere ahogarte en las negras aguas de la vergüenza, para hundirte en seguida en las terribilísimas hondas del fuego eterno.

Es el padre de la mentira que te quiere conducir por una vía que te hace creer recta; pero

que va á terminar en el infierno: *est via quae videtur homini recta, novissima autem eius ducunt ad mortem* (Prov. 14, 12): un camino hay, que al hombre le parece un camino real, y no obstante, le conduce á la muerte.\*

5.º Recuerda bien que los pecados nunca están tan bien cubiertos como cuando están descubiertos en la Confesión: *Numquam magis tecta peccata quam cum in confessione detecta* (San Agustín). Si tú callas ahora, el demonio hablará en el divino tribunal, y, sacando á luz el tremendo *liber scriptus in quo totum continetur*, leerá uno por uno cada pecado tuyo, callado por vergüenza. *Diabolus stabit, et recitabit*. Pero si tú hablas ahora bien claro, se verá él, entonces, obligado á callar. Arrebátale, pues ahora, con la confesión la arenga que querrá hacer él entonces en contra de tí; *arripe initium sermonis*. (San Agustín). Cada pecado que saques del corazón y de la boca, lo arrojas en sus fauces, de modo que no pueda ya hablar. Si tú confesándote cierras tu boca, el infierno abrirá la suya para tragarte al paso que el Cielo cerrará la propia; *et clausa est janua*. Jesús en este sacramento te lanza desde el Cielo una cuerda para que salgas del profundo abismo... ¡Ay de tí, si con esta cuerda te haces un dogal á tu garganta, que ahora te ahoga la palabra, y mañana te ahogará en el fuego eterno!

Sólo con la condición de que lo digas todo, tendrás la conciencia tranquila, la cual es como un perenne banquete: *secura mens quasi jube convivium*. (Prov. 15, 15).

Mas si él te dice que ciertos pecados son bagatelas y que no es necesario confesarlos, respóndele luego: «Precisamente, porque son bagatelas, no me será difícil confesarlos.—Pero nó, añade él, el confesor te dará una reprensión.— ¡Ah, luego no son éstas, bagatelas tan solo. Luego, yo hablaré claro, mal que te pese!»

Escarmienta en cabeza de David: «Porque callé, él exclama, se envejecieron mis huesos, hallé abatidas todas mis fuerzas, mientras que clamaba y bramaba todo el día, pero sin recurrir al remedio por la raíz. Porque día y noche se agravó sobre mí tu mano, ¡oh Señor! me volví en mi miseria, mientras se clavaba la espina del remordimiento. Finalmente, hice manifiesto mi pecado á Nathán tu profeta, y no tuve escondida mi injusticia, dije: Confesaré contra mí al Señor mi injusticia: y tu perdonaste la impiedad de mi pecado. (*Salmo 21*).

Y continuando esta óptima Maestra su catecismo, te dirá todavía.

6.º Acúsate siempre con toda sinceridad y candor; y acusa tan solo tus pecados, no los ajenos, si no quieres que el confesor te dé una grave penitencia también por éstos últimos. *Esto tui accusator, ut Deus sit tibi ignitor.* (*San Agustín*). ¡Cuidado con las excusas; echando la culpa á otros ó á tu natural carácter! Adán y Eva, que se excusaron, tuvieron 900 y más años de penitencia, además de los 3000 y tantos años de Limbo.— *Confiteor quia peccavi nimis, etc. Ego peccavi!* Oye lo que te dice aún San Agustín: *Si*

*tu te excusas, Deus te accusat; si te accusas, Deus te excusat.*

7.º Si has pecado con obras, no basta acusarte de pensamientos; y si con los pensamientos hubo deseos advertidos y consentidos, debes manifestarlos, acusando también su especie.

8.º En la duda de si has cometido ó no un pecado; si lo has confesado ó no; si advertidamente has consentido en tal tentación ó no; si la cosa es grave ó lijera, propón siempre la cuestión al confesor; tanto más si no has sido hasta ahora de conciencia delicada; porque el amor propio te hace propender á juzgar temerariamente en tu favor, atenuando las culpas, y eximiéndote malamente de la obligación.—En el caso, empero, que tu confesor te haya asegurado que, por la gracia de Dios, eres de timorata conciencia, no hay para tí obligación de confesarte hasta que *no estés cierta* de haber pecado mortalmente ó de no haberlos confesado; y esto tanto más si fueses tan escrupulosa que veas pecado en todo; el confesor debe entonces, especialmente tratándose de materias lúbricas, prohibirte de confesarte de ellas, y tú estás obligada á obedecerle.

Y es tan cierto esto, que, si *considerándolo como tal*, confesamos un pecado dudoso, ó como venial, y más tarde hallamos que era ciertamente mortal, no hay obligación de confesarlo de nuevo; y que con estas dudas, cuando nacen de pura ignorancia, puede una persona *temerosa de Dios*, recibir la Santa Comunión sin confesarse antes; y, finalmente, que si al Confesor no se le presenta otra materia más que ésta, no es suficiente para

recibir la absolución, sino que se debe confesar algún pecado cierto, mortal ó venial, confesado ó no confesado, si una quiere ser absuelta. (*Bucceroni n.º 674*).

9.º Cuando el confesor pregunta si se ha cometido tal ó cual pecado, refiriéndose á *los que al presente debemos confesar*, podemos contestar negativamente si el pecado de que se pregunta lo hemos ya ciertamente confesado. Pero si la pregunta es dirigida á saber el estado actual de nuestra alma; ex. gr. si hace tiempo que tenemos el tal vicio, tal ó cual obligación, ú otra circunstancia necesaria para que el confesor decida con prudencia, ó dé los remedios necesarios, entonces, es obligación responder con sinceridad.

De aquí se deduce que en caso de tener que cambiar de confesor, no es necesario hacer una confesión general, sino que basta solamente darle las noticias que creamos útiles para que no se equivoque en la dirección, del mismo modo que, tratándose de la salud, se hace con un médico que aun no nos conoce.

10.º «Confiesa todas las circunstancias que cambian la especie, ó añaden otra (*addentes speciem*) ó que cambian el pecado venial en mortal. Esto es de precepto; por ejemplo: el voto, la rapiña, la costumbre, las faltas de caridad con los propios padres y parientes próximos, con los superiores, cometer un escándalo en la Iglesia, maltratar á una persona sagrada, etc.

Es bueno también, aún cuando no haya obligación, á menos que el confesor no interrogué,

confesar las circunstancias que agravan la malicia; porque tratándose de nuestra alma, *melius est abundare quam deficere*. Entre la tierra y el cielo hay un abismo que traspasar; y cuando á uno le toca saltar una fosa profunda, pega un fuerte brinco para saltar no sólo sobre el borde opuesto, sino un poco más allá, y así estar seguro de no caer en el precipicio.

Pero ciertas circunstancias que no cambian la especie del pecado, y que no aumentan notablemente la malicia, y que por otra parte causan á veces más vergüenza que el pecado mismo, y son causa de que muchos, callándolas *en falsa conciencia*, se confiesen mal, *no hay obligación de acusarlas*.

11.º Es necesario confesar también las raíces de los pecados, porque á menudo se equivoca uno de medio á medio, y el confesor no entiende bien si el pecado es venial ó mortal, si en una acción se ha insultado una sola virtud ó varias. Decir, por ejemplo: he faltado un poco á la caridad con una hermana, mientras se la trató muy duramente por una nonada, y movida por la envidia, (por ejemplo: porque la alabaron) es una acusación bien mísera y deficiente. Arránquense las raíces: en el caso antedicho, además de la raíz de la impaciencia, hay ira, soberbia y envidia.

Acusarse, por ejemplo: de haber faltado un poco contra la pobreza, mientras se ha hecho un regalo, ex. gr.: de un libro de la casa á una *benjamina*, no es suficiente acusación. Arránquense de cuajo las raíces; manifiéstese, además de la

desobediencia, el robo calificado, la simpatía, la amistad particular, etc.

Confesarse de haber faltado un poco contra la santa modestia, encierra á veces un enredo de pecados; miradas, ósculos, deseos malos, escándalos y otros puntos muy negros en el horizonte de nuestra pobre alma. ¡Pobres confesiones! ¡Debieran llamarse éstas más bien *confusiones!*

12.º ¡Ah, continúa diciendo la Virgen Santa: *Filia mea, non confundaris dicere verum; est enim confusio adducens peccatum et est confusio adducens gloriam et gratiam.* Hija mía, no te avergüences de decir la verdad, cuando se trata de tu alma, porque hay vergüenza que conduce al pecado y hay también vergüenza que acarrea la gloria y la gracia de Dios. (*Eccle. 4, 24 y 25*).

Y San Agustín añade, que es mejor padecer esa breve amargura en las famas al proferir las culpas, que las interminables penas del infierno, que se encarnizarán en las mismas entrañas: *melior est mollita amaritudo in faucibus quam aeternus cruciatus in visceribus.* (*Lib. de decem chor.*)

¡Cueste lo que costare, es necesario salvar esta alma! Aquella mujer de quien nos habla San Marcos (*Cap. V*), que desde hacía doce años tenía flujo de sangre y había inútilmente gastado todo su patrimonio para curarse, había oído hablar de Jesús; se le acercó entre la multitud por detrás, *et tetigit vestimenta eius*: le tocó la orla del vestido.—¿Quién me ha tocado? dijo luego Jesús volviéndose atrás. Entonces la pobrecita llena de

temor y temblor *timens et tremens*, venit et pro-  
cidit ante Eum et dixit ei omnem veritatem.  
(*Ibid.*) Se le hechó á los pies y le manifestó todo  
claramente con relación á su mal tan humillante,  
y no se cuidó de la pública confusión.

Haz tu también así, oh hija mía, y sólo enton-  
ces podrás oír las consoladoras palabras:—*Confide,*  
*filia, fides tua te salvam fecit (Ibid)*; tu fe en  
el Sacramento de la confesión te ha salvado. Hija  
mía, imita al perrito herido, que se lame con la  
propia lengua y se cura: en tu lengua está la vi-  
da y la muerte; si la sacas fuera y hablas, vivi-  
rás; si callas morirás. Por tus palabras serás  
justificada, y por tus palabras serás condenada.  
(*Matt. 12, 37*). Imita al gusano de seda, que  
después de haberse imprudentemente encerrado en  
el capullo, ó sepulcro, que él mismo se fabricó  
con tantos hilos sacados de sus propias entrañas,  
finalmente se abre un paso con su misma boca y  
sale de allí, no ya en humilde y hasta hediondo  
gusanillo, sino hecho una bellísima mariposa. Lo  
mismo acontecerá á tu alma, si ella tiene valor de  
abrirse sincera y dolorosamente en la confesión!

¡Pobre pecadora! tienes la espina en el cora-  
zón y tan profunda que te causa gangrena, y ¿no  
quieres sacarla? Ven á mis brazos, pues soy tu  
Madre y sabré sacártela dulcemente, sin que ni  
siquiera lo sientas.

Cuanto mayor fuere el esfuerzo que debas ha-  
cer para superar y aplastar esa serpiente de la  
soberbia, que se retuerce en tu corazón, tanto  
más grande será el consuelo que experimentarás,

librándote de las mordeduras de la conciencia, que hasta ahora no te ha dado paz, ni nunca te la dará, si tu no te confiesas como debes; librándote además de la espantosa confusión, que te espera en el día del juicio y en el terrible fuego del infierno. ¡Ea, valor! Imita á Aleyde, la pecadora convertida, á quién, mientras se iba á confesar, le salió al encuentro el demonio y le dijo:—¿A dónde vas, Aleyde?—A confundirme á mí y á ti, contestó la penitente. ¡Por caridad, no prestes oído al enemigo, que te dice, de esperar á confesarte el último día de tu vida! Las doncellas que se debían presentar al rey Asuero, comenzaban á pulirse y asearse un año antes, según dice la Sagrada Escritura. Y para disponerse á comparecer ante el Tribunal de Dios, ¿será demasiado el limpiarse bien toda la vida? ¿Cómo podrá bastar el último día para medicinar el cuerpo, testar, desvalijar la conciencia, recibir los Sacramentos, etc. ¡Ah, es mucho negocio éste para un solo día!.. ¡Y quizás no tendrás ni una hora, pues morirás, como á tantos sucede, en un abrir y cerrar de ojos!.. Escucha los justos clamores del Divino Esposo que te dice:—Abreme, hermana mía, *aperi mihi, soror mea.* (*Cant. 5, 2*). Abreme, con abertura de una confesión dolorosa, siquiera como el foramen de una aguja; y yo te abriré las anchas puertas de mi misericordia: *et ego aperiam tibi aperturas misericordiae.* (*Gloss. Hebr. Libr. 8, cap. 8*).

V. Quien se confiesa con María Santísima, obtendrá, ciertamente, la victoria.

Cuando la Cananea ó Sirofenisa, que tenía á su pobre hija hecha presa del demonio, se presentó á Jesús para obtener la gracia, aunque rechazada, volvió tantas veces basta poder oír de la boca del Divino Redentor esas consoladoras palabras: *O mulier, magna est fides tua; fiat tibi sicut vis. (Matt. 15, 28)*. ¡Oh mujer, grande es tu fe: hágase conforme tú lo deseas! Y en aquella hora misma, su hija quedó curada. ¿Será posible que María Santísima tenga menos poder sobre el Corazón de Jesús que esa pobre Cananea? Yo tengo para mí que si alguno tuviera no uno sino mil demonios en el corazón, todos saldrían como por encanto en la Confesión, si eu ésta acude á María Santísima, la Omnipotente suplicante. ¡Animo, pues, corre primero á María, y luego arrójate ante el buen Jesús, contempla su Divina Faz, toda escupida y ensangrentada; y dile de corazón:—*¡Oh Jesús mio, que á causa de mis pecados habéis tenido el Divino Rostro todo cubierto de confusión y de sangre, dadme valor para manifestar á mi confesor toda la faz de mi alma, tal cual es, por envilecida que sea á causa de mis pecados! ¡Haced que cuando nos veamos cara á cara, no tenga yo que avergonzarme por las culpas no confesadas ó no perdonadas! Sí, Jesús, concededme la gracia de prevenir vuestro tremendo juicio, con mis confesiones siempre humildes, dolorosas y sinceras.*”  
—Amen.

María Santísima nos obtendrá, además, la virtud de contrición, que nos acompañe por toda la vida. Debemos imitar al Rey penitente David,

quien, aunque ya hubiese confesado su pecado á Dios y á su profeta Nathán, lo tenía siempre delante de los ojos para llorarlo: *Peccatum meum contra me est semper (Ps. 50) quoniam iniquitatem meam annuntiabo: et cogitabo pro peccato meo. (Ps. 27, 19):* pues, yo publicaré mi iniquidad; y andaré pensativo por mi pecado: es decir, congojoso y angustiado, como quien tiene una espina, como dicen, clavada en el corazón».

Los que después de confesar sus pecados, se prometen seguridad, desechando el pensamiento de la satisfacción y penitencia y el temor continuo que debemos tener del pecado, aunque esté perdonado, (*Eccle. 5, 5*). no saben lo que hacen: pues, aunque pecó David sólo una vez, pensó siempre en dar satisfacción á Dios. (*San Agustín*).

Bienaventurados los que lloran amargamente sus pecados, y los de los otros, porque ellos serán consolados en este mundo y en la gloria eterna: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (Matt. 5, 6)*. ¡Dichosos los que, guiados de la mano de María, pasan sobre el puente seguro de la Confesión, que comunica la tierra con el Cielo!

## CONFERENCIA XXX

### LA SANTA PERSEVERANCIA

*Qui perseveraverit usque in finem  
hic salvus erit.*

*El que perseverare hasta el fin  
se salvará.*

(Matt. 10, 22).

Os quiero decir, desde luego, que esta Conferencia emperazá con una página tristísima, pero terminará con otra muy consoladora.

Debo hablaros *de la perseverancia* en esa cara vocación, á que habéis sido llamadas por Dios, por un rasgo exquisito de su especial bondad y misericordia; de esa perseverancia, que es definida por San Bernardo: vigor de las fuerzas, conservación de las virtudes, madre del mérito, medianera para obtener el premio, hermana de la paciencia, hija de la constancia, amiga de la paz, vínculo de la unanimidad y propugnáculo de la Santidad (*Epistolae*, 253).

Debo deciros, en nombre de vuestro Divino Esposo, Jesús, quien día y noche se digna acompañaros por el áspero desierto de esta vida, las palabras que van á continuación:

«Hubo un día feliz en que vosotras oísteis mi Divina Voz, susurraros al oído:—Salid de los peligros del mundo: *exite de medio eorum*, y apartaos, y no toquéis lo que es inmundo; y yo os recibiré:

*et ego recipiam vos*, y os seré Padre, y vosotras me seréis en lugar de hijas; *et ero vobis in Patrem, et vos eritis mihi... in filias.* (II ad. Corinth. 6, 17, 18).

«Y habéis venido á habitar mi casa, donde fluye la leche y la miel del amor santo; y de donde se va al Cielo como por encanto.

«¿Y ahora? ¿Habr  por desgracia algunas, que se vuelvan atrás, suspirando por las cebollas de Egipto? ¡Ah! qued os aquí y velad conmigo: *sustinete hic et vigilate mecum.* (Matt. 26, 28). Si yo me quedo, ¿por qué también no lo podréis vosotras? ¡Ah, por caridad! Que no debéis exclamar algún día desesperadas:—«Han caído de nuestras cabezas las coronas   guirnaldas; ay de nosotras que hemos pecado: *Cecidit corona capitis nostri; vae nobis quia peccavimus*» (Jerem. 5, 10).

Escuchad, oh buenas hermanas, la palabra amiga y severa   un tiempo, de este amantísimo Esposo, que os dice al oído, de cuando en cuando: «Cumple lo que me has prometido, porque me desagrada la promesa infiel y necia». «Mucho mejor es no hacer voto, que después del voto no cumplir lo prometido, *quodcumque voveris reddere... si quid vovisti Deo ne moreris reddere, displicet enim ei infidelis et stulta promissio. Multoque melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere.* (Eccles 5, 3, 4)». Mira que vengo luego; mant n lo que tienes de bueno en tu alma, no sea que otra se lleve tu corona: *Ecce venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* (Apoc. 3, 11). S  fiel hasta la muer-

te, y te daré la corona de la vida eterna: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae.* (Apoc. 2, 6). Es cierto que deberás llevar tu cruz, pero ¡feliz de tí, si la llevares hasta la muerte!—porque está escrito: «Después que el hombre fuere así probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le amau: *Quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se.* (Jacob. 1, 12).

El premio eterno se promete á los principiantes, mas se dará sólo á los perseverantes: *incipientibus praemium promittitur; perseverantibus datur.*

«La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra: *Militia vita hominis super terram.* (Jacob. 7, 1).

«*Al que venciere* daréle yo á comer un maná recóndito, y le daré una piedrecita blanca (esto es, sentencia favorable, ó una señal de la victoria) y en la piedrecita un nombre nuevo (el nombre del Salvador su Esposo). (Apoc. 2, 17).

«*El que venciere* será igualmente vestido de ropas blancas; y no borraré su nombre del Libro de la Vida, antes bien le celebraré delante de mi Padre y delante de sus ángeles. (Ibid. 3, 5).

«*Al que venciere* yo le daré á comer del árbol de la Vida, que está en medio del Paraíso de mi Dios. (Ibi. 2, 7).

«*Al que venciere* yo le haré columna en el Templo de mi Dios, de donde no saldrá jamás fuera; y escribiré sobre él, el nombre de mi Dios... y el nombre mío nuevo. (Ibid. 3, 12).

«*Al que venciere* le haré sentar conmigo en mi trono: así como yo fuí vencedor, y me senté con mi Padre en su trono. (*Ibid.* 3, 21).

«Y ya no tendrá hambre, ni sed, ni ardor, ó incomodidad alguna, porque el Cordero de Dios... será su Pastor, y lo llevará á fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos». (*Ibid.* 21, 4).

Al contrario: ¡ay de aquellos que después de haber comenzado bien, se cansan, le dejan, abandonando los caminos rectos y se van por sendas torcidas: *Vae his qui perdiderunt sustinentiam et qui dereliquerunt vias rectas et diverterunt in vias pravas.* (*Eccle.* 2 16).

II. Aún cuando sólo rarísimas veces el gavilán infernal haya podido penetrar en el celestial Palomar de María Santísima, no obstante, logró clavar, desgraciadamente, sus tremendas garras en alguna incauta palomita, y llevársela lejos, muy lejos, para hacer de ella un completo destrozo.

Vuestro Padre, el Venerable Don Bosco, llamaba simplemente *garrafal despropósito* ese retorno fatal desde la religión al mundo. San Alfonso de Ligorio, cuando, con mano trémula, firmaba alguna dispensa de los votos religiosos, decía llorando: «¡Ay de mí! ¡He firmado un pasaporte para el infierno!»

III. Pero, aún cuando aquellas rarísimas ovejas locas que abandonaron por culpa propia el redil, puedan todavía salvarse, hablando de un modo ab-

soluto, (como lo esperamos y de gran corazón lo pedimos al buen Dios, es cierto, por desgracia, que el Señor suele hacerles pagar muy caro durante la vida el gran despropósito cometido.

También para ellas ha dicho el Espíritu Santo: *Redde Altissimo vota tua*; Cumple tus promesas al Altísimo. (*Salm. 49, 14*). También para ellas fue escrita la sentencia: *Sicut avis transmigrans de nido suo, sic... qui dereliquit locum suum.* (*Prov. 27, 8*). Como el ave que se pasa de su nido á otra parte; así el que deja su lugar. El ave, que deja su nido, dice Monseñor Scio, lleva expuesta su vida; y del mismo modo se expone á muchos peligros é incomodidades el que por inconstancia abandona su estado y vocación. También para ellas estalló esta terrible amenaza: *Ruina est homini... post vota retractore.* (*Prov. 20, 25*). Es la ruina del hombre, el retractarse de los votos que hizo.

#### IV. Hable ahora la elocuencia de los hechos.

Una de esas desgraciadas, no bien había salido, cuando cayó en las manos de un protestante, y... no digo más... ¡Pobre alma!—Otra que, con salirse, quiso secundar su capricho, fué encontrada por mí allá en Mornese, toda trastornada y con los ojos arrasados en lágrimas.—No hace sino llover, me decía el buen párroco; si continúa así acabará por enloquecerse.

Una tercera tuvo el triste valor de no temer el *sedicente* matrimonio civil...! ¡Ay de mí, qué salto mortal, del desposorio divino al diabólico!

¡Oh, la desgraciadísima entre las desgraciadas!...

Una cuarta anduvo errante por el mundo, y si no quería morir de hambre, debió presentarse con los mendigos, escudilla en mano, á la puerta de una casa religiosa.

Una quinta, muy desgraciada, por cierto, que, cansada de estar bajo el yngo de la Santa Regla, se escapó, y no tardó en enyugarse con un... satanás, después de algunos meses, fué asesinada por éste, con tres tiros de revólver, en la ciudad de P.....!!!!

Una sexta, pagó cara, y pagará aún su valentía en huirse. Un día me la hallé postrada de hinojos en el locutorio de la casa de Almagro, pálida, macilenta, con una rueda de chiquillos alrededor, también ellos muertos de hambre y de miedo. «¡Ab, Padre! ¡Padre!—exclamaba entre sollozos.—¡Le hubiera hecho yo caso, cuando en la puerta del vecino *ranchito* (primera casa de noviciado en América) suplicándome que no me fuera, me amenazaba con la cólera de Dios, si lo hubiera verificado! ¡Mi marido ahora me quiere asesinar; de cuando en cuando me apunta con el revólver y me dice que quiere acabar conmigo y con estos infelices hijos míos!»

Y todo ésto no era más que el principio de los dolores. Un hermano suyo, que se había portado con los salesianos, del mismo modo que esta infeliz con las Hijas del Venerable Don Bosco, llegando de España á Buenos Aires para ayudarla, después de mil contradicciones cayó muerto al suelo en una de las calles de la ciudad; y ahora la po-

bre *ex-hermana*, continúa llevando una vida miserable, siempre entre el yunque y el martillo, y lo que es peor, con el remordimiento incesante en el corazón.

A propósito de remordimiento, quiero transcribiros algunos pasajes de varias cartas que me dirigió una *ex-religiosa ex-americana*, la cual, después de haber luchado por mucho tiempo con la divina gracia, acabó por vencerla... ¡Fatal victoria!—Oíd, y conteued el espanto si podéis:

«¡El pensamiento de la desesperación no me abandona nunca....! ¡rezo poco; estoy sin fe; no sé ya nada! ¡No tengo todavía el cabello blanco, pero me consumen los remordimientos!—Si me pongo á orar, luego me acosan estos remordimientos y me quitan todo pensamiento de esperanza en la misericordia de Dios..... ¡Ah! ¡qué cosa hice por....? ¡Ay! ¡qué he hecho!—Esta es la pregunta que desde hace diez años me hago á mi misma, y no obtengo otra respuesta sino amarga pesadilla. *¡Yo no fui sincera!*.... ¿Qué responderé al Señor, á Jesucristo Juez, por haber traicionado mi vocación? ¡Por haber echado mano del arado, y después....! Pero, ¿por qué V. R. no me dió muerte antes de que yo me saliese?»—(Yo, al contrario, la supliqué muchas veces que no abandonase el arca de su salvación).—«¡Yo soy quien dí muerte á la pobre Madre Visitadora con el escándalo de mi partida! ¡Ah! ¡Muriese yo al menos de dolor! ¡Pero ahora ya no hay tiempo! mil obstáculos se interponen: ¡no hay ya remedio! El Señor me concedió hasta demasiado tiempo... ¡Diez años!.. ¡Soy

»una pobre desgraciada que no merezco compa-  
 »sión! ¡Hé aquí el pensamiento que continuamente  
 »me asalta! Vivo desesperada..... Casi nunca co-  
 »mulgo, ni medito, ni rezo; desobedezco al confe-  
 »sor..... ¡Este modo de vivir me aplasta! pero no  
 »tengo fuerza de levantarme. He despreciado la  
 »vocación y el Señor me hace probar un infierno  
 »anticipado.—¡No pertenezco ya á la Congregación!  
 »¡Pertenezco al demonio que me tiene atada....

. . . . . !!!!!

¡Oh, hermanas! Cada vez que leáis estas pavo-  
 rosas líneas, decid eu vuestro corazón:—¡Oh Je-  
 sús, salvad á aquella infeliz! ¡Ah, socórrela tú,  
 oh María Auxiliadora!

V. ¡Qué diferencia... entre el estado de estas  
 ovejas descarriadas y el vuestro, mis buenas her-  
 manas!

Si vosotras queréis decir la verdad, gozáis un  
 paraíso anticipado, y vuestra muerte será cierta-  
 mente un eco de vuestra vida. Una vida santa-  
 mente alegre, termina siempre con una muerte ale-  
 gregamente santa.

Son ya sesenta y más, vuestras hermanas ame-  
 ricanas, quienes, acabando el destierro, partieron pa-  
 ra la Patria; y todas nos dejaron fundadas esperan-  
 zas de su salvación; y la muerte de no pocas de  
 ellas fué muy consoladora.—Lo mismo podéis decir  
 de las que murieron en Italia, Francia, España y  
 otras partes.

*Sor Maria Mazzarello*, primera Superiora Ge-  
 neral, de quien yo pude, durante cerca de tres

años, constatar las virtudes heroicas allá en la inolvidable casa de Mornese, llegado que hubo al extremo de su vida, cantaba alegremente: — «Yo quiero amar á María. Quien ama á María, contento será.» — Después, invitando al canto á las desoladas hermanas que la asistían: — «Cantemos, hermanas, cantemos», decía con enfática voz; y continúa el canto: «Dulce es sufrir, dulce es morir. *Tanto grande é il ben che aspetto che ogni pena mi é diletto*». ¡Qué Madre tan santa habéis tenido, oh afortunadas hermanas!

*Sor Maria Grosso*, primera Maestra de Postulantes y después de Novicias en Mornese, á las hermanas que hacían por su salud tan bellas promesas á la Virgen, solía decir: «Y ¿por qué me queréis impedir que vaya al Paraíso? ¿No es aquella nuestra Patria?» Y moría como santa, la que así había vivido.

*Sor Maria Magdalena Martini*, que fué la primera visitadora de América, sabiendo que estaba yo á punto de partir á Turín para visitar á Don Bosco, próxima á la muerte, me hablaba así: «Dígale á Don Bosco, cuánto gocé, yo en este instante: déle por mí las gracias por haberme aceptado entre sus Hijas. El me escribió una vez que en punto de muerte estaría muy contenta de haber abandonado el mundo; y fué verdadero profeta. — ¡Oh, Don Bosco, en el Cielo sí que te agradeceré la gran caridad que me has hecho! — En seguida me decía: — Cuando hable á las hermanas, dígales en mi nombre, que sólo en el momento de morir se sabe apreciar lo que vale, la gracia de la vo-

cación religiosa. ¡Que perseveren todas! ¡Que ninguna retroceda, por caridad!

*Sor Virginia Magone*, allá en la Villa Colón, cercana á la muerte, tegía alegremente una corona de lirios, que se debía poner sobre su féretro.

*Sor Lucrecia Becchio*, llegada á la extrema agonía, como ya en otra ocasión lo he narrado, quería cantar, pero deseaba que la acompañaran las Hermanas y el Director Don Lemoyne, que la asistía. Fué al instante complacida. Se dá principio á la favorita alabanza de Sor Lucrecia: *Llamando á María*, etc., y poco á poco se llega á la última estrofa. Todos cantan, moribunda y asistentes, pero llegando al último verso: *Morir con María....*, la voz de Sor Lucrecia ya no se oye....; mirau....; Sor Lucrecia espiraba en aquel momento, é iba á terminar el dulcísimo canto en el Paraíso, acompañada, no ya por voces terrenas, sino de los ángeles y de su misma Madre María á quien ella tanto amaba.

*Sor Luisa Vallese*, agouizaba en San Isidro (Buenos Aires); oyendo cantar á las niñas en la Iglesia las Letanías, se les asocia en el canto, y muere, alabando ella también á María.

*Sor Matilde Barilatti*, mientras las alumnas de Almagro cantan el *Venid y vamos todos* del mes mariano, vé ciertamente alguna cosa extraordinaria, tal vez á la misma Virgen. Había muchas hermanas presentes; Sor Matilde incorporándose entonces en el lecho y extendiendo los brazos hacia el objeto de su amor, repetía con dulcísimo

acento: «¡Ah, ven! ¡ven, ven!—En seguida dejaba caer los brazos y expiraba el alma inocente.

*Sor Elvira Busnelli*, también en Almagro, estaba postrada sobre el lecho del dolor, sin saber donde reclinar un instante la cabeza, ni de día ni de noche. A la hermana enfermera que la interrogó:—*Sor Elvira*, ¿qué está haciendo?—Estoy bordando mi vestido nupcial, respondió, porque dentro de breve tiempo debo presentarme á mi Jesús.—Y ciertamente iba recamando con piedras preciosas su vestido. Ella no exhalaba nunca el más leve lamento; parecía antes bien que sufriera con placer. Una mañana finalmente, muy temprano, la vieron hacer un ademán como si depositase algún objeto que tenía entre las manos, y—¡Hé aquí, dijo, mi hermoso vestido está concluido!—Inmediatamente se le llevó por última vez el Santo Viático.—Lo recibió, dió gracias y partió acto continuo para la Patria celestial.—También me tocó á mí la fortuna de asistir á la muerte de esta feliz Esposa del Señor.

*Sor Feroglio*, poco antes de expirar, pidió á las Madres, que por favor la acostasen en el suelo, á fin de poder de algún modo imitar á San Luis Gonzaga.

*Sor Verónica Licca*, que siempre había temido se desesperaría en el punto de la muerte, fué vista por el contrario, estrechar entre sus brazos la imagen de la Virgen Dolorosa, invocar su auxilio y morir con la sonrisa en los labios.

*Sor Dominga Roletti*, quien había sido por largos años la alegría de la casa de Almagro,

no se reputaba digna de recibir el Santo Viático: ¡tan arraigada estaba la santa humildad en ella! Pero el buen Jesús quiso consolarla y ensalzarla al mismo tiempo. — La muerte de Sor Roletti fué la de los santos, y su tumba fué bañada por muchas lágrimas de verdadero afecto y reconocimiento.

*Sor Catalina Damonte*, — un ángel en carne humana, después de haber sufrido con la paciencia de Job la amputación de una pierna, desafiaba la muerte con inalterable alegría.

*Sor Angélica Garzonio*, otro ángel de pureza y sencillez, no cesaba de suspirar por su Jesús en el Sacramento, y tuvo por esta causa una envidiable muerte.

*Sor Catalina Tormey*, que no sabía cómo hacer para resignarse á morir en la flor de su juventud, cambia en un instante de aspecto; no habla ya sino de su próxima muerte, y suspirando por tener luego á Jesús por Viático, que la acompañase en el gran viaje: — ¡quiero á Jesús, decía, porque quiero ir al Paraíso! — Y Jesús la complació, y se la llevaba poco después al Reino Celestial.

*Sor Magdalena Gatti*, había sido siempre fervorosa amante de Jesús y de María; no obstante, le ponía en aprehensión el pensamiento de su cercana muerte. Pero, un hermoso día cambió la escena, y se vió á esta feliz hermana mirar con ojos centelleantes hacia los pies de la cama, y exclamar al mismo tiempo: — ¡Oh María! ¿Soy yo esposa de Jesús? ¿Soy vuestra Hija?... ¡Oh, jamás habría osado llamarme hija vuestra y Esposa de Jesús! temía ser indigna de ello. ¡Gracias, María, gracias!

¡ Oh, qué alegría! María me ha dicho que soy su hija; que soy también Esposa de Jesús, y que me espera en el Paraíso..... ¡Oh, ahora ya no tengo miedo!

Después de esta conmovedora escena, Sor Magdalena no hablaba sino del Paraíso; daba gracias á Dios por haberla hecho cristiana é Hija de María Auxiliadora, y, á las hermanas, que derritiéndose en llanto la asistían, repetía á cada rato con énfasis: «¡Decid á mis parientes, decid á todos que muero como Hija de María y Esposa de Jesús!»

*Sor María Bisso*, Directora de la casa de Morón (Argentina), pocas horas antes que el Cielo nos la arrebatase, llamando á sí todas las hermanas, y dándoles los últimos recuerdos de perseverancia, con el ademán y semblante bañados de alegría, se despedía diciendo: «¡Os espero á todas en el Paraíso!»

*Sor Luisa Arecco*, la cantora de las alazanzas marianas, que solía contemplar la muerte con pavor, acercándose la última hora, se cantó para sí misma el *Recordare Jesu pie*, y después expiró dulcemente.

*Sor Olimpia Martini*, hermana de la Madre María Magdalena, obtuvo que el Venerable Don Bosco mismo la visitase en su última enfermedad. —¿Quieres, le dijo el buen Padre, una bendición *curante*, ó más bien una que te haga ir pronto al Paraíso?—Escojo esta última, respondió Sor Olimpia, quiero ir al Cielo.

*Sor Teresa Miglietta*, resignada hasta el heroísmo, expiraba su alma exclamando: *¡Breve es el padecer—eterno el gozar!*

*Sor Rosa Benelli* tuvo tal consuelo en sus últimos momentos, que le hizo pregustar las alegrías del Paraíso, y á sus hermanas que la asistían en la agonía dijo: «Conservad la conciencia tranquila, confesándoos cada vez como si fuera la última de vuestra vida».

*Sor Catalina Nasi*, la amante del silencio y de la unión con Dios, virtudes que en vida le habían acarreado una calma y tranquilidad de espíritu envidiables, al morir decía á una hermana: «Ten el corazón desapegado de todo lo que no te lleva á Dios, y estarás contenta en vida; y tu muerte será muy dulce».

*Sor Ana Brunetti*, poco antes de morir, toda gozosa, quiso cantar una estrofa de la alabanza *Load á María, la Reina del Cielo*.

*Sor Juana Costa*, bajo los crueles instrumentos de una dolorosísima operación, decía á los cirujanos: «¡No tengan ustedes miedo, corten sin cuidado; así me mandan más pronto al Paraíso.»—Y en realidad expiraba pocos momentos después esta alma bella, después de haber sufrido dolores atrocísimos con heroica resignación.

*Sor María Molino*, que había sido siempre observante de la Santa Regla y propuesta á las hermanas cual modelo, fué vista antes de morir, alzarse, y quedar como suspensa en el lecho, y teniendo los ojos fijos, exclamar: «¡Voy, María, voy!»—Y extendía los brazos como para estrechar á una persona que le estuviese presente; después, con grande esfuerzo, tomaba una campanilla que tenía sobre la mesa y tocaba... tocaba. Corrieron la Su-

periora y el confesor... Pero, mientras éste le recitaba las preces de los agonizantes, Sor María repetía el dulce espectáculo de antes; caía sobre la almohada, y expiraba su alma en el Seno de Dios.

*Sor Angelina Garbagna*, en los últimos días de su vida, sentía tanta alegría de morir religiosa, que siempre desprendía de sus labios una dulce sonrisa.—También ella, antes de expirar, tuvo alguna visión celeste, porque fué hallada con un continente extático.

*Sor Ana Testa*, no acababa de dar gracias á Dios y á sus superiores, porque le habían admitido á los votos perpétuos. Interrogada por si tuviese algo que le diera pena:—«Tengo una gran pena, respondió, cabalmente por encontrarme demasiado tranquila ahora que debo presentarme dentro de poco al Tribunal de Dios».

*Sor Carolina Grillone*, flor de Paraíso, á quien no merecía poseer la tierra, así hablaba á Jesús antes de morir:—«Te ofrezco mis penas, mi vida, oh buen Jesús, por el bien de la Congregación.—Te ofrezco el sacrificio de tener que abandonar tan pronto á mi Superiora y á mis hermanas. ¡Oh! Haz que yo las pueda volver á ver en el Cielo. ¡Hágase tu santísima voluntad!»

*Sor Asunción Gaiño*, la ingénua pastorcilla de la casa de Mornese, fue la personificación de todas las virtudes religiosas, especialmente de la humildad, de la obediencia y del amor al Santísimo Sacramento, que resaltaron en ella de un modo admirable. Yo, que dirigí su espíritu por tres años,

creo que en Sor Asunción tenemos una protectora eficaz en el Cielo.—Un día, mientras ella estaba para salir de la Iglesia, al sonido de la campanilla que la llamaba á otro lugar vió en la Hostia al Niño Celestial, que con amable sonrisa la invitaba á pedirle gracias. Esto lo confió ella misma á la Reverenda Madre Vicaria, Sor Enriqueta Sorbone, en los últimos días de su vida; añadiendo que fué tauta la violencia que debió hacerse en dejarlo, que apenas salida de la Iglesia se ahogaba en llanto. Poco antes de morir, Sor Asunción pidió recostarse sobre un poco de paja, pero, no habiéndoselo concedido, se resignó, y al poco rato iba á reposar en el regazo de su Celestial Esposo.

*Sor Catarina Raglia*, hablaba del Paraíso, de Jesús y de María, como si ya los poseyera, y murió bendiciendo al Señor, que la había llamado del siglo á la religión, y consolando á sus mismos parientes con el pensamiento de que se verían un día en el Paraíso, sin separarse jamás.

*Sor Matilde Gervasio*, dos meses antes de morir, llamando á su padre para darle el último adiós, le habló de esta modo:—«Como usted ve, papá, estoy aún en buen estado de salud; pero lo he hecho llamar ahora, para no hacerlo cuando esté muy mal; y eso, para evitarle una grande pena, y para no ser estorbada en los últimos días de mi vida, cuando deba ocuparme más seriamente de mi alma y prepararme para el gran paso».

*Sor Emilia Piana*, después de una vida de heróicos sacrificios sostenidos por defender su vo-

cación, pudo al morir pronunciar estas palabras:—  
*¡Muero resignada, tranquila y contenta!*

*Sor Josefina Roccati*, hizo de buena gana el sacrificio de su vida con el fin de obtener de Dios que prolongase la de Don Bosco, bendijese á los Superiores y á las obras de la Congregación, como también para que no enviase á ninguna de sus hermanas una enfermedad tan penosa y humillante como la que se la llevaba á ella al sepulcro.

*Sor Teresa Tricerri*, en los últimos momentos de su vida, no pudiendo hablar ya, para hacerla sonreír bastaba hablarle de la Virgen Santísima. Y aun más, antes de morir se le vió el rostro tan alegre y rebosando de júbilo, que hacía sorprechar no la hubiese la Divina Madre regalado con una preciosísima visita.

*Sor Ermelina Marchetti*, recreaba el espíritu de quien se acercaba á su lecho de dolor. Siempre se le veía contenta. Agonizaba y sonreía á la vez. Su muerte fué la de los santos.

*Sor Rosa Calvo*, fué visitada en su última enfermedad por su octogenario padre, quien, recordando haberla contrariado en su vocación religiosa, le pedía perdón de ello, con las lágrimas en los ojos. Sor Rosa le aseguraba que le saldría al encuentro en la puerta del Paraíso; y ese buen padre se despidió de su hija exclamando: «¡Ahora moriré contento!»

*Sor Angelina Rossi*, antes de expirar su bella alma, levantado los brazos, exclamaba en alta voz: «¡Señor, ven luego á llevarme... ¿Cuándo iré al Paraíso?... ¡María, Madre mía, llévame pronto al Paraíso contigo!

— *Sor Rosa Vespignani*, modelo de candor y de sencillez, que con su inalterable paciencia, en el colmo de sus dolores, contribuyó admirablemente á una estrepitosa conversión, aún en el delirio de la fiebre no hablaba más que de Jesús, á quien desde pequeña habíase consagrado todo entera en la Santa Congregación.

*Sor María Favero*, el Viernes Santo de 1892 moría cantando victoria. Cuando aún era postulante en Mornese, á principios de 1876, la Madre General, *Sor María Mazzarello* me la condujo á la sala de la dirección, y me dijo:—Yo no sé á qué santo recomendar á esta pobre *Favero*: quiere irse hoy mismo. Vea su Reverencia:—*Favero* estaba allí en mi presencia imperturbable con su atado bajo el brazo, sin pronunciar una palabra.

—“Deje usted ese atado, le dije, y antes de dar un paso que pueda serle fatal, venga con nosotros á la Iglesia y diga á Jesús Sacramentado que por caridad la haga tomar la resolución que usted misma querría haber tomado cuando estuviera en punto de muerte.

Entramos los tres en la Iglesia y después de cinco minutos *Favero* rompiendo en copioso llanto. —¡Me quedo! ¡me quedo! Jesús mío, quiero perseverar hasta la muerte.—Y así lo hizo en verdad. Su vida fue un tejido de las más bellas virtudes. Cada vez que se encontraba conmigo ó me escribía alguna carta, me agradecía calurosamente por haberle hecho deponer aquel malhadado atado y haberla conducido á oír la voz de Jesús que la quiso escoger para su afortunada Esposa.

*Sor Micaela Vásquez*, un ángel en carne humana, que fué por muchos años mi penitente en Almagro (Buenos Aires) así me escribía de Mendoza desde el lecho de su última enfermedad:— «Le pido por caridad, Padre mío, que, del mismo modo que me ha sacado del infierno del mundo, no me deje en el Purgatorio después de mi muerte.»—Ahora bien, eucontrándose ya en agonía, fué oída exclamar: ¡*María, María!* con tal expresión é insistencia, que las Hermanas allí presentes temían que ella sostuviese entonces una terrible lucha con el ángel de las tinieblas. Pero he aquí que *Sor Micaela*, con la más viva emoción se puso á exclamar: ¡Oh qué linda! ¡Oh qué linda! ¡Si vieran que linda! ¡*María!* ¡*María!*—¿Qué ves á la Virgen?—le preguntó el confesor que hallábase presente.—Sí, Padre, ¡Qué linda! ¡si viera! ¡ay, y cuántos ángeles! —Y ya no habló más con los míseros mortales, sino que se preparó al gran paso toda absorta en su Dios.

. . . . .

IV. Todos estos hechos y aún otros más, que vosotras sabéis, si los meditáis bien, os convencerán de la verdad, que encierran estas palabras de San Jerónimo: *Morientibus Beata Virgo non tantum succurrit, sed etiam occurrit*: *María Santísima* no sólo socorre á sus amantes siervos en la hora de la agonía, sino que les va al encuentro personalmente, (*S. Jeron. Epist. ad Eustoq*), palabras confirmadas por *María Santísima* misma, cuando dijo á Santa Matilde:—Es preciso que comprendas bien, hija mía, que yo me encuentro siempre presente

eu la hora de la muerte, a los que santamente me han servido y constantemente honrado: *Adsum in morte eorum qui mihi pie servierunt*. En segundo lugar os ayudarán estos ejemplos, á tomar las siguientes resoluciones:

1.<sup>o</sup> Dar gracias cada día al buen Dios, por haber escogido á cada una de vosotras entre tantos millones de jovencitas, para hacerlas sus Esposas.

2.<sup>o</sup> Pedir cada día la santa perseverancia. Dios os dió la gracia de la vocación sin que quizás se la pidiéseis; pero la gracia de la perseverancia en la vocación misma, la dará Él tan sólo á la que se la pidiere con ruegos incesantes. ¡Ah! Ninguna tema pedir antes la muerte que perder voluntariamente la cara vocación.—Pieusa en los juicios de Dios,—dice el Espíritu Santo—y persevera en tu estado, en tu vocación, orando sin cesar á Dios, que te dé su gracia, para vivir en él santamente: *et cognosce... judicia Dei, et sta in sorte propositionis, et orationis Altissimi Dei*. (*Eccle. 17, 24*). San Pablo os dice á cada una: en la vocación, en que fuiste llamada, en ella permanece. (*I. ad. Cor. 7, 20*). Portaos como conviene á la vocación con que habéis sido llamada. (*ad. Ephes. 4, 20, 21*). Imitad á la dichosa Ruth y no á la desgraciada Orpha. Las dos eran nueras de Noemi, las dos habían dejado su patria, Moab, donde reinaba la idolatría, y habían hecho ya largo trecho de camino en dirección á la Tierra Prometida, cuando de repente Orpha échase á llorar, besa á su suegra y vuelve á su pueblo, y á sus dioses: *osculata est socrum... reversa est... ad populum*

*suum et ad deos suos (Lib. Ruth. 1, 14)* y se perdió. Ruth, al contrario, lloró también, es cierto, pero no se desasíó de Noemi: *Ruth adhesit socruí suae*; antes bien protestó que no la abandonaría jamás, y le dijo con el corazón en los labios: Madre mía Noemi, á donde quiera que fueres, iré; y donde morares, yo también moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios: *Populus tuus populus meus, et Deus tuus Deus meus. (Ibid. 16)*. De este modo la felicísima Ruth no sólo se salvó, sino que mereció que N. S. Jesucristo naciera de su misma descendencia.

Recordad el ejemplo que nos narra S. Gregorio (*Homil. 38*) de sus tías Tarsila, Emiliana y Gordiana, tres hermanas vírgenes.

Tarsila después de haber perseverado en su estado de virginidad, oyó la voz de su abuelo San Félix, que le llamaba al Cielo. *¡Veni quia in hac te lucis mansione suscipio!* ¡Ven, que te reciba en esta mansión de luz! Y Tarsila, los ojos fijos en el Cielo, exclamó: —¡Ah, retiraos todos, alejaos que viene Jesús! *Recedite, recedite! Jesus venit;* y expiró su bella alma. Llegada al Cielo, Tarsila llamó á su hermana Emiliana en el día de la Epifanía. Mas Emiliana, le contestó: Si yo voy sola ¿á quién dejo mi pobre Gordiana? *Et si sola venio, Gordianam cui dimitto?* Y Tarsila continuó con triste acento: —¡Ven, Emiliana ven! ¿No ves que Gordiana se olvidó de su consagración virginal, de su honor y pudor y se pasó al mundo? *Veni! Gordiana enim inter laicas deputata est, etc....;* que es como decir, ha tomado el camino de la perdición.

El mismo San Gregorio nos asegura que un pobre religioso el cual, por haber abandonado su vocación, había sido entregado en punto de muerte á un hórrido dragón, fué librado por las preces de sus cohermanos; tornó al Convento, hizo penitencia y mereció ser enumerado entre los elegidos. (*A Lápide in Matt. 22, 14*).

Recordad el ejemplo de la novicia *Virginia Bosco*. Ella había precisamente acabado su noviciado, cuando por un motivo independiente de su voluntad, le fué anunciado que debía inexorablemente volver á aquel mundo que ella con tanto esfuerzo había abandonado. Agobiada de dolor por tal anuncio, se me presentó bañada en lágrimas, suplicándome el permiso de pedir al Señor la muerte, antes que salir de la santa casa de Niza. «Si yo vuelvo al mundo, me decía, ciertamente me condeno». Obtuvo una primera repulsa, pero volvió al día siguiente con tal deseo y esperanza del Paraíso, que me fué forzoso acceder á su demanda. Esto acontecía en Septiembre de 1880 el fin de los Ejercicios Espirituales de Niza; Monferrato.—Pero he aquí que apenas terminados los Ejercicios se oye á una hermana gritar:—¡Yo muero!.... ¡Jesús!.... ¡José!.... ¡María!..—Las hermanas corren inmediatamente... Era Sor Virginia Bosco que expiraba en aquellos momentos.

Fuí llamado con toda presteza al lugar, donde encontré á la comunidad presa de la desolación.—¿Quién es ésta? pregunté á las Madres.—Es Sor Virginia Bosco.—¿Virginia Bosco?—Entonces, dije yo, no es ya lícito derramar ni una lágrima.

Sor Virginia, á esta hora, yo espero que esté en el Paraíso.

Les narré el hecho del día anterior y acto continuo sucedió el gozo á la tristeza. La sepultura tuvo mas bien un aire de triunfo, y todos juntos hemos entonado á Dios un himno de agradecimiento.

3.ª Estar siempre más contentas y alegres, como os recomendaba Don Bosco. La fea tristeza, causa de tantos despropósitos, es capaz hasta de agotar y hacer morir la celestial planta de la vocación religiosa. ¡Alerta, mis buenas hermanas! Apenas saca la tentación sus cuernos contra la vocación, rechazadla con el mismo ímpetu con que arrojaríais un pensamiento contra la virtud angélica; llamad inmediatamente la santa alegría: ésta será, sin duda, vuestra salvación.

4.º No dejarse seducir de un falso amor hacia los propios padres y parientes. Y si en sus cartas ó visitas, hablan ellos de sus negocios, cuantas y penas, ó bien de cosas indiferentes, respondedles siempre con el debido respeto, pero tratad de introducir en vuestra respuesta alguna buena palabra de las cosas del alma. Ellos os traen noticias de las cosas y personas de este mundo, y vosotras dádselas de los personajes y cosas del Cielo. Prometedles que vuestras más fervientes oraciones, que continuamente dirigís á vuestro celestial Esposo, serán para que Él los bendiga en sus negocios, en su familia, en su salud corporal, pero muy especialmente en el alma, para que en el Cielo podáis estar juntos, gozando

eteruamente sin temor de separación alguna. Esto sin duda los consolará.

¡Cuidado, empero, con dejaros doblegar, por sus ruegos, caricias, lágrimas y amenazas, á faltar un minuto sólo á vuestra santa vocación!

Dijo ya el Señor por boca de Miqueas, y después lo llegó á confirmar, predicando Él mismo en esta tierra:—Los enemigos del hombre, son los de su familia; *et inimici homini domestici eius.* (*Mich. 7, 6.*—*Matth. 10, 36*).

Y añade aún más claramente:—«No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz, sino la guerra, pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra...—El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí. *Qui amat patrem aut matrem plus quam me, no est me dignus.* (*Matt. 10, 37*).—Y cuando uno de sus discípulos, le dijo:—Señor, dadme antes licencia de ir á sepultar á mi padre, Jesús, le respondió: Sígueme, y deja que los muertos sepulten á sus muertos. (*Matt, 8, 22*). Es decir, deja que los que en cuanto al alma y á las cosas de Dios son muertos, piensen en dar sepultura á sus parientes y amigos difuntos. Con esto no prohíbe los oficios de piedad y caridad, sino que solamente quiere demostrarnos como ninguna razón ó pretexto no podrá jamás servirnos de excusa, si llamados por Él, no le seguimos sin interponer demora; puesto que la verdadera piedad y caridad consiste en obedecer á Él, por cuyo amor debemos amar todo lo que amamos. (*Martini*).

Y finalmente, cuando uno le interrumpió el sermón que hacía á la muchedumbre, diciéndole: Tu Madre y tus hermanos están ahí fuera, y te buscan, contestó á quien le hablaba: «¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo la mano hacia sus discípulos: «Estos, dijo, son la Madre y los hermanos que tengo.— Porque todo el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, hermana y Madre». (*Matt. 12, 50*).

Ahora bien: el que obedece á la vocación hace la voluntad de Dios. Luego, vosotras, oh hermanas perseverantes, sois muy felices, puesto que venís á ser como parientes espirituales en *primera línea* con Dios mismo. Y así como Dios es un Padre tan bueno que tiene cuidado de vestir hasta las aves del campo, y hasta el último hilo de la hierbecilla de la tierra, así debéis tener como seguro que no dejará nunca Él que falte lo necesario á vosotras, ni á vuestros mismos parientes. Mientras más desprendidas estéis de los vuestros *para servir á Dios*, Él será más misericordioso con ellos.

Aquí viene á colación el pasaje de una carta que ése santo varón de Dios, que fue Monseñor Taroni, escribía á su discípulo Don Antonio Sani, quien fué despues mi óptimo Secretario.— «Valor, Antonio; el sacrificio que has hecho, no sólo no será un perjuicio para tí, ni para tus hermanos, sino que será el mejor medio de salvarlos á todos. ¿Qué no sabes el hecho de Santa Teresa? Se le había muerto un hermano, dejando hijos necesitados de asistencia, y cabalmente como tú, tuvo

ella en su congoja una tentación, que le dijo:—  
 ¡Mira, qué cosa has hecho!.. has dejado la familia  
 que se encuentra en peligro. ¿No habría sido me-  
 jor que hubieras cuidado de los tuyos?—Pero el  
 Señor respondió:—«¡Teresa, no temas! Si tú tienes  
 sobrinos necesitados de tu asistencia, también Yo  
 tengo Hijas y Esposas que se encuentran en la  
 misma necesidad. Ten cuidado tú de mis Hijas,  
 que yo lo tendré de tus sobrinos». ¡Qué hermoso  
 hecho! ¿no es verdad? ¡Cuánto me agrada! Recuer-  
 do que lo leí en San Pierlagnna, cuando yo tam-  
 bién estaba agitado de semejantes temores, y me  
 consolé del todo y cobré valor para entregarme al  
 cuidado de las almas de los otros, en la esperanza  
 de que Jesús miraría por las de los míos. Y he  
 visto después que el Señor me ha concedido la  
 gracia. Cuatro de mis sobrinas están ya con Don  
 Bosco, y los demás en vía de acercarse.—¡Cuán  
 bueno es Jesús! ¡Valor, pues, Antonio!!!

5.<sup>a</sup> ¡Sinceridad sin límites con nuestros Su-  
 periores!—*¡Yo no fui sincera!*.. repite aún aque-  
 lla *c.x-hermana* de quien os hice oír los casi de-  
 sesperados acentos. ¡Que ninguna la imite jamás,  
 por caridad! Sea vuestro corazón como un libro  
 abierto, pero con todas las hojas ya cortadas, á  
 fin de que los superiores puedan leer cuanto allí  
 dentro hay escrito, desde la primera hasta la úl-  
 tima página.

6.<sup>a</sup> Gran fervor en las prácticas de piedad.  
 —Todas las miserables ovejillas que abandonaron  
 el redil, empezaron por hacer malamente, ó tam-  
 bién dejar del todo algunas de esas santas prác-

ticas impuestas por la Santa Regla. Imitando á las vírgenes necias, dejaron mermar poco á poco el óleo del fervor en la lámpara del propio corazón, hasta el grado que se apagó del todo. Fué entonces cuando el Divino Esposo dándoles en la cara con la puerta:—«¡Idos, les dijo, idos de mi casa. No os conozco por Esposas mías!.. ¡no os conozco ya!.. *Nescio vos!*..

Os recomiendo de un modo especial que, en cuanto sea posible, nunca dejéis la Santa Comunión. El monte del Señor es muy alto. Ahora bien, cómo podrá ganar la cumbre esta pobre maquinita de corazón que tenemos, sino la abastecemos continuamente con el fuego divino? ¿Cómo podrá, sin el carbón blanco de la Santísima Eucaristía arrastrar consigo por la tan empinada subida, este pesado cuerpo con todas sus malas inclinaciones, y superar al mismo tiempo tantos obstáculos con que el demonio y el mundo tientan obstruirle la vía? El Venerable Cottolengo, solía decir:—¡El que quiera estar bien, que coma bien!—De aquí es que habría querido comulgar él, y hacer que todos los de la Piccola Casa, comulgaran diez veces al día, si ésto hubiera sido permitido.

7.<sup>a</sup> Orar, y con gran fervor por las pobres palomitas huídas del arca, á fin de que, si es posible, vuelvan con el ramo de olivo, cantando himnos á la Divina Misericordia.

8.<sup>a</sup> Sufragar continuamente *las almas de vuestras hermanas difuntas*. Su muerte realmente ha sido feliz: algunas de ellas, como hemos visto, parecían ángeles al morir. Por otra parte,

los ángeles terrestres deben comúnmente ser muy acrisolados, antes de poder entrar en la morada de los ángeles del Cielo. Por consiguiente, sufragad á menudo las almas de esas queridas hermanas. Llegadas ellas al Cielo, pedirán y harán violencia al buen Dios para obtener que las ovejas descarriadas vuelvan al redil, y que ninguna, absolutamente ninguna entre las Hijas de María Auxiliadora, haya de desertar jamás de las filas del Venerable Don Poseo, y pueda así alcanzar todo su efecto, la ardiente súplica que hacéis cada día á la Virgen María, diciéndole: *¡Y que ninguna jamás os abandone!*

No quiero dejar la pluma sin elevar antes á Dios un voto ferviente. — Como bien lo sabéis, oh buenas hermanas, me tocó á mí la suerte de atender á vuestra Congregación por tres años consecutivos, allá en su cuna de Mornese, en la casa de la fundación,

¡Que cada una de vuestras casas presentes y futuras sea una copia fiel de la Casa Madre de Mornese. — ¡He aquí mi voto!

Mornese fué siempre la casa del Señor, del celo por la salud de las almas, del espíritu de sacrificio, de la perfecta obediencia, del santo silencio y de la angélica sencillez y alegría.

La bandera de Don Bosco: *Oración y Trabajo*, tremoló siempre sobre el cúlmen de aquella techumbre afortunada, causando alegría al Paraíso, del que la casa era un vago reflejo.

En Mornese había la primavera, diré así, la juventud de la Congregación, juventud sensible é impresionable, á la cual el tiempo debía hacer

siempre más florida y robusta, trocando sus matizadas flores en sabrosos frutos. Yo tengo para mí que aquella, haya sido quizá la verdadera edad de oro de vuestra Congregación.

¿Quién podrá enumerar una partecica siquiera de sus maravillas?—Allá la oración era fervorosa, incesante; las más ardientes jaculatorias subían á cada rato como nubes de grato incienso al Altísimo. En aquella casa existía ciertamente la *Laus perennis*. En ese afortunado collado debía apoyarse, por cierto, una escala de oro que llegara hasta las puertas del Cielo, semejante á la de Jacob, recorrida continuamente por ángeles *ascendentes et descendentes*.—Allá la Santa Comunión era cotidiana y fervorosísima. Todas estaban persuadidas de que si el árbol del Paraíso terrenal nos dió la muerte, el árbol de la Santísima Eucaristía, por el contrario, nos acarrea la vida; pues, si de aquél se dijo: «Si comiéreis de su fruto, moriréis», de éste se dice: «Si no lo comiéreis, no tendréis vida en vosotros.» (*Joan. 6, 54*).—Allá la *visita* al Santísimo Sacramento es considerada por todas como una dulce y necesaria ocupación. Ellas sabían que eso de trabajar á espaldas del Sagrario, es perder el tiempo, pues Jesús ha dicho: El que no recoge conmigo, desparrama.

Ellas sabían que Jesús Sacramentado  
*es Dios*: luego, tiene derecho á ser continuamente rodeado de adoradores;  
*es Rey*: luego, tiene necesidad de una corte;  
*es Padre*: de consiguiente, hay que tratarlo con respeto, ternura y agasajos continuos;

*es Maestro:* y por este motivo debemos ir á menudo á rodear su cátedra, á escucharle, obedecerle y servirle;

*es Amigo y Esposo:* y por ende, su corazón está clamando de continuo por corazones que le amen y le hagan compañía.

Ellas conocían perfectamente todos estos sacrosantos derechos de Jesús Sacramentado y experimentaban una dulcísima necesidad de acatarlos escrupulosamente.

¿Qué diremos del trabajo? Aún ahora se siente un no se qué de estupor pensando en los penosos y muchas veces humildes trabajos, á que todas indistintamente se sujetaban á porfía. Quien podaba la viña bajo la práctica dirección de la óptima Madre General, Sor María Mazzarello y de la no menos santa de su hermana, Sor Felicita; quien transportaba piedras, ladrillos, cal y maderas para el nuevo edificio; una estaba todo el día en el telar; otra echaba mano del azadón en el huerto, desde la mañana hasta la tarde; otra estudiaba alegremente para prepararse á los exámenes; quienes, entre las robustas, hacían leña en el bosque; lavaban la ropa en el lejano torrente llamado el *Riverno*; pero todo lo hacían en grande unión con Dios, y por consiguiente, en santo silencio, que causaba grata maravilla á cuantos las observaban. Hasta parecía que, á fuerza de hacer silencio, no supieran ya hablar, aun cuando no era tiempo de callar. Oid un ejemplo:

Por orden de Don Bosco había yo llevado á varias hermanas de Mornese á Biella para una

fundación. Llegadas allá, Monseñor Leto (de santa memoria) no quiso que se comenzase la obra sin implorar antes la bendición de la Virgen María de Oropa, y nos hizo subir al monte para visitarla. Un veneraudo anciano, el Padre Fogliano, Rector del Santuario, nos quiso acompañar para visitar todas las maravillas del Santuario y del Hospicio anexo. Pero él era ciego y andaba á tientas. Después de una hora de vueltas, creyendo él estar sólo conmigo, me dijo: ¿En dónde ha dejado usted á las hermanas?—Están todas aquí cerca de nosotros, le contesté, y nos han siempre acompañado en toda esta larga visita.—¡Cuán elocuentes son las Hermanas de Don Bosco! replicó entonces el anciano venerable, y se mostró de ello muy satisfecho.

Pero el silencio de las hermanas mornesinas, lejos de ser sombrío y melancólico, como alguna vez sucede, estaba entonces empapado de tan gallarda alegría, que se hubo de escribir sobre esas benditas paredes:—*¡Casa de la santa alegría!* Es que Jesús era el absoluto dueño de aquella morada y del corazón de cada una de sus felices palomitas; es que allá no se hablaba del prójimo sino para bien; al mundo no se le mentaba absolutamente, porque éste había muerto del todo para ellas: y de los muertos ¿quién no lo sabe? nadie ya habla de ellos: quien ha muerto, ha muerto; basta pedir por ellos.....

Y ¿qué diré del verdadero espíritu de humildad, de sacrificio, de exacta obediencia, de recíproca caridad, que reinaba en aquellas santas pa-

redes? Tengo siempre presentes los ternisimos y generosos desapegos hechos por las fundadoras de las casas de Borgo San Martino, de las del Torrión (Bordighera), de Alassio, de Lanzo, de Turín, de Biella, etc. Me parece ver aún á la Madre General; precipitarse á ojos cerrados en un oscuro barranco lleno de espinas, para salvar á una pobre hermana que habia caído allí malamente. Recuerdo todavía la prontitud con que una profesa zambulló ambas manos en el agua hirviendo de una amasadera, apenas la voz de la obediencia le hizo saber que era hora de amasar; y de cómo se encontró después con las manos desolladas.

Tengo presentes también otras santas escenas domésticas, que referirá la crónica:—Aquí una hermana, que por haber, sin culpa, quebrado una escudilla de barro cocido, lleva públicamente los pedazos colgados del cuello cual si fueran conchitas de peregrino, y no dice: esta boca es mía, no murmura de nadie; por el contrario, muéstrase contenta, por que sabe que así cumple la obediencia; allí otra profesa, que de rodillas pide perdón á una subalterna por bagatelas de imperfecciones cometidas contra la caridad; hoy, una disputa á las otras el honor de lavar por un mes seguido los platos de la comunidad, mañana otra, si no tuviere prohibición de los superiores, quisiera publicar á són de trompeta todas las culpas de su vida pasada....

¡Oh, tiempos felicísimos! ¿si volveréis aún? ¡Oh, Santa Casa de Mornese, seas mil veces bendita! Puedas tú reflejarte en todas las casas religiosas,

presentes y futuras, en términos que de cada una se pueda afirmar lo que de tí un día se cantaba:—  
*La Casa de Mornese es un trasunto del Paraíso.*  
—¡Así sea!

Pero no olvidéis que la Casa de Mornese era muy santa, porque reinaba allí el espíritu de nuestro Venerable Fundador.

¡Cuidado, pues, oh hermanas, con permitir que en vuestras casas se vaya introduciendo paulatinamente un espíritu diverso del que os ha dejado el Venerable! ¡Que Dios en su bondad os preserve de tamaña desgracia, pues, sería ésta el principio del término de vuestro Instituto!

Escuchad, en buena hora, cuantos consejos se os diere; empero, poned en práctica tan sólo aquellos, que mejor os sirven para observar más exactamente vuestra santa Regla, y las santas tradiciones orales y escritas de vuestro santo Fundador, por cuyo medio Dios os ha trazado el verdadero camino de la perfección, prefijado para cada una de vosotras desde toda la Eternidad.

Y he aquí acabada mi tarea, buenas hermanas: ¿Compensaréis mis pobres fatigas encomendando á Dios mi alma antes y después de mi muerte?....  
¡Espero que así lo haréis!

¡Viva el Venerable Don Bosco!

¡Viva María Santísima Auxiliadora!

¡Que la bendición de Nuestro Señor Jesucristo inunde como caudaloso río celestial cada una de vuestras santas moradas!

Floreced y fructificad como rosal plantado sobre las corrientes de las aguas.

Echad olor de suavidad como el Líbano.

Floreced como el lirio, y dad olor, y echad graciosas ramas; y cantad un cántico de alabanza, y bendecid al Señor en sus obras. *Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam, et collaudate canticum, et benedicite Dominum in opereribus suis.* (Eccli. 39, 19). Amén.

*Orate pro nobis. Mementote prepositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei.* (ad. Hebr. 13, 7). Acordaos de rezar por el alma de vuestros prelados, los cuales os han predicado la palabra de Dios! ¡Es vuestro deber! ¡No lo olvidés!



DEO GRATIAS ET MARIE

# ÍNDICE

Págs.

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| DOS PALABRAS DEL EDITOR.         | III |
| A las hijas de María Auxiliadora | VI  |

## Parte Primera

|  |     |
|--|-----|
| Conferencia Primera.—La perfección religiosa por medio de María Santísima. | 9   |
| " II.—Obediencia religiosa . . . .   | 25  |
| " III.—Santa Regla . . . .   | 62  |
| " IV.—El silencio riguroso y el moderado . . . .                           | 83  |
| " V.—Murmuraciones y mentiras . . . .                                      | 98  |
| " VI.—Amor propio.—Amor sensible.  | 113 |
| " VII.—Mortificación especial interna.                                     | 127 |
| " VIII.—Prudencia. . . . .   | 148 |
| " IX.—Buen ejemplo . . . . .   | 165 |
| " X.—Tristeza y alegría. . . . .   | 179 |
| " XI.—Confianza con los Superiores.  | 193 |
| " XII.—La recreación . . . . .   | 202 |

## Parte Segunda

|   |     |
|---|-----|
| Conferencia XIII.—Vigilancia sobre las alumnas. | 212 |
| " XIV.—Buena educación . . . . .                | 224 |
| " XV.—Instrucción religiosa . . . . .           | 240 |
| " XVI.—Trabajo y estudio. . . . .               | 258 |
| " XVII.—El Catecismo . . . . .                  | 277 |

## Parte Tercera

|   |     |
|---|-----|
| Conferencia XVIII.—La Santa Confesión . . . . .   | 295 |
| " XIX.—La Santa Comunión . . . . .                | 309 |
| " XX.—Visita al Santísimo Sacramento              | 341 |
| " XXI.—Idem. ( <i>Continuación</i> ) . . . . .    | 355 |
| " XXII.—Examen cotidiano . . . . .                | 371 |
| " XXIII.—Meditación . . . . .                     | 380 |
| " XXIV.—Lectura espiritual . . . . .              | 403 |
| " XXV.—Las oraciones . . . . .                    | 412 |
| " XXVI.—El día de retiro . . . . .                | 434 |
| " XXVII.—La confesión con María Sma.              | 443 |
| " XXVIII.—Idem. ( <i>Continuación</i> ) . . . . . | 457 |
| " XXIX.—Idem. ( <i>Continuación</i> ) . . . . .   | 474 |
| " XXX.—La Santa Perseverancia. . . . .            | 491 |

